

\$a 50

Praxis ²

ESTUDIOS - DEBATES - DOCUMENTOS.

año 1, Nro. 2

verano 1984

BALANCE DE LAS ELECCIONES

La burocracia: los modelos de interpretación

Socialismo y libertad

Notas sobre Malvinas

- Carta de Toni Negri -

inéditos de: Rakovsky, Hilferding, Claudín Sweezy y Sánchez Vázquez.

Homenaje a Marx en su centenario

ESTUDIOS
DEBATES
DOCUMENTOS.

Praxis

año 1 - nº 2
verano 1984

EDITOR Y DIRECTOR:

Emilio Cafassi

CONSEJO DE REDACCION:

Laura Rossi
Gabriel Rot
Horacio Tarcus
Alejandro Contti

COLABORAN EN ESTE

NUMERO:

Horacio Miguens

ARTE Y DIAGRAMACION:

Daniel Moor

Sumario

EDITORIAL: Balance de las elecciones, pág. 3
sección: *EL SOCIALISMO REAL*:

- Los modelos de interpretación acerca de las relaciones de producción en la URSS, por Federico Fernández, pág. 5.
- Los peligros profesionales del poder por Christian Rakovsky, pág. 78.
- Capitalismo de Estado y economía totalitaria, por Rudolf Hilferding, pág. 93

sección: *SOCIALISMO Y LIBERTAD*:

- Libertad y socialismo, por Fernando Claudín pág. 99

sección: *LECTURAS CRITICAS*:

- Malvinas: una lección para la historia, por Horacio Miguens, pág. 105
- El PC, la democracia y Lenin (A propósito del libro de Agosti "Mirar hacia adelante"), por Gabriel Rot, pág. 117.
- Jorge Schvarzer: Perspectivas de un balance, por Alejandro Contti, pág. 133

sección especial: *CARLOS MARX, homenaje en su centenario, segunda parte*:

- La revolución permanente, por Paul Sweezy, pág. 146.
- El joven Marx y la filosofía especulativa, por Adolfo Sánchez Vázquez, pág. 151.
- Péripetias de la legitimidad burguesa, carta abierta de Toni Negri, pág. 153

PUBLICACIONES RECIBIDAS, pág 158

Estudios - Debates - Documentos, Praxis es una publicación trimestral de carácter cultural. Editor y director editorial: Emilio Cafassi. Dirección: CC 181, Sucursal 13 B (1413), Capital. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual: 231.396. Queda hecho el depósito que marca la ley. Composición e impresión en los talleres de "El Guillonense", Madariaga 778, Luis Guillón, Prov. de Buenos Aires.

Estudios - Debates - Documentos, Praxis recibe toda su correspondencia, colaboraciones, cheques y giros a nombre de:

CC

Sr. Emilio Cafassi
CC 181 Sucursal 13 B
1413 Capital Federal
Argentina

editorial

BALANCE DE LAS ELECCIONES

Los resultados del 30 de octubre, punto nodal del desarrollo político de los últimos años, marcan el decidido intento de un nuevo rumbo en la administración de nuestra sociedad. La caída de la dictadura ha sido precedida por la del partido político que de los que tenían posibilidades de ganar -escaso esfuerzo había puesto en distanciarse y diferenciarse del régimen al que, de alguna manera, había contribuido a crear, lo que fue usufructuado -y con amplio e inesperado margen porcentual- por la fuerza que, dinámicamente, supo interpretar los deseos generales más acuciantes -nada ambiciosos por lo demás- de nuestra sociedad civil: recuperación económica, ocupación, tranquilidad. El eclipse o más bien evanescencia de la izquierda es otro de los singulares matices de este nuevo y colorido cuadro histórico argentino.

Este análisis procura poner en la trama en que se han inscripto los móviles y las acciones, las necesidades y las respuestas sociales que fueran bosquejando la situación política de la hora actual. Ahora bien: si por su objeto es eminentemente coyuntural, el presente editorial desgrana una serie de conceptos generales que -por el carácter señalado del trabajo- hemos de dar por supuestos y que iremos explicitando y reformulando en futuros y sucesivos análisis particulares sobre la formación social argentina. Creemos que, hoy, el intenso debate sobre el significado de las elecciones deberá servir, a la vez, de premisa y conclusión para tender a comprender la naturaleza de la Argentina y cuál habrá de ser nuestro compromiso militante hacia ella.

I- EL GOBIERNO DE BIGNONE: LA SALIDA ELECTORAL

1) La alternancia civil-militar.

La característica saliente de la historia política argentina desde el golpe de Estado de Uriburu es el movimiento pendular entre gobiernos constitucionales y gobiernos de facto.

Las razones que determinan este curso oscilante son: la debilidad estruc-

tural de la burguesía criolla para conformar y dominar sin mayores trabas su frente interno y, consecuentemente, el carácter condicionado de la democracia en la Argentina.

a) La debilidad estructural

Esta fragilidad inherente a la clase dominante argentina -que no ha de confundirse con las ocasionales y causales crisis de sus aparatos ideológicos y de sus formas de dominación coyunturales, pero inseparable, a la vez, de éstas- se asienta en el incumplimiento de las tareas democrático-burguesas en nuestro país y en la ausencia de un sujeto histórico capaz de llevarlos adelante.

Esto se liga al irregular desarrollo entrelazado de nuestra formación social, de tipo dependiente y semicolonial: pseudoindustrializada con un rol exportador de materias primas en la división internacional del trabajo, delegando atributos esencial de la soberanía, definiendo grandes rasgos, ese desarrollo.

La burguesía argentina, unidad de múltiples sectores de intereses encontrados coyuntural aunque no históricamente, conspira permanentemente entre sí para imponerse un modelo ideal según la ligazón mayor o menor al imperialismo de sus diversas fracciones. Esta "indisciplina" es relegada cuando la forma de dominación del sector entonces hegemónico de la clase dirigente entra en crisis amenazando a la burguesía en su conjunto, momento en que cierra filas.

Aún cuando el proletariado no tiene una expresión política independiente, el peligro consiste, para la burguesía, en su potencialidad revolucionaria: cuando aquél gana un espacio político para su lucha -a partir de Yrigoyen-, el sistema global, hasta entonces sostenido, de las formas de dominación burguesas entra en crisis, debiendo ser cambiado, dando lugar al inicio del movimiento pendular. "Lo que el proletariado conquistaba era el campo para luchar por su emancipación revolucionaria pero no, ni mucho menos, esta emancipación misma". (1)

b) El condicionamiento de la democracia argentina

Por todo esto -la debilidad estructural apoyada en el subdesarrollo capitalista argentino, y la irrupción de las masas- tenemos una inestabilidad permanente de nuestra sociedad política de la cual las crisis coyunturales serían la expresión de su agudización episódica, inestabilidad que entraña un constante desgarramiento de la sociedad civil ya que aquella ausencia de sujeto histórico capaz de realizar la democracia en nuestro país -que sea la burguesía la que aparezca levantando esa bandera- que no tiene interés material ni histórico -como quedará dicho- pero a la que recurre cuando la necesita como forma de dominación (1973, 1983) así como la desecha cuando le deviene un obstáculo (1955, 1966, 1976). Esto ilustra el por qué del profundo condicional de los espacios democráticos de nuestra formación social.

2) Razones de la salida electoral

Escencialmente cuatro factores convergieron en la salida electoral: la situación económica, la lucha por los derechos humanos, la lucha sindical y la guerra de Malvinas.

a) Crisis económica.

(1) Marx, Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850, Buenos Aires, Arca, 1973 (3ra. ed.), p. 49.

El agotamiento del modelo hegemónico propuesto por la suboligarquía financiera y aceptado por las demás fracciones burguesas, esto es, el plan Martínez de Hoz, agotamiento que comenzará a hacerse visible en 1980 (crisis financiera) provoca la ruptura del frente burgués en torno a la política de la dictadura: la burguesía busca nuevos ejes de reagrupamiento, cumplidos ya los objetivos del golpe del 76. Esta crisis económica impulsa la política, erosionando aún más el sistema de solidaridades interburguesas: la corrupción, la deuda externa, la desocupación, empiezan a verse como la otra cara de la represión, del belicismo aventurero.

b) Derechos humanos.

Esta lucha, la primera global contra la dictadura, cobra su impulso en 1980 fundamentalmente, sin llegar no obstante a un crecimiento masivo, el único capaz de hacer cumplir sus reclamos; este límite cuantitativo -debido a la desarticulación de este combate con el económico, el primer más sentido por las masas- expresa el extremo cualitativo de la conciencia de la sociedad civil marcando su propia frontera al movimiento. Conjuntamente con el desprestigio creciente de las Fuerzas Armadas y la crisis económica, la tragedia de este problema acorrala al gobierno militar desnudándolo ante la sociedad civil.

c) La lucha sindical tuvo, durante el "Proceso" un carácter restringido y limitado, muy tardía y tibiamente de alcance nacional pero sin llegar a obtener carácter político: las luchas sindicales son débiles comparadas con los movimientos clasistas de fines del '60 y principios del '70. De huelgas defensivas al compás de la descomposición paulatina de los sucesivos gobiernos militares, estos movimientos, paradójicamente, permiten la recomposición -a través de su dinamización- de la burocracia sindical tras el golpe, por más que fuera escasamente representativa al comienzo (Ubalini) o marcadamente traidora (Miguel). Fracasado el intento de aniquilar la burocracia, la dictadura la reflota ('81-'82) cuando -y porque- su proyecto propio se va agotando. La profunda derrota de las masas en 1976, la destrucción de sus cuadros dirigentes impide la existencia de una conciencia social del verdadero rol de la burocracia, la que para mantener su existencia social "lucha" en la medida que contribuya a esto y no sea desbordada, de modo que estrecha ella también los márgenes políticos del gobierno.

d) La guerra de Malvinas dentro del marco de la crisis económica, de la lucha por los derechos y de una incipiente lucha obrera, profundiza la crisis de la forma de dominación imperante, desencadenando el fin de la misma: la sociedad civil verá entonces la aguda descomposición de la fracción gobernante, lo que permite hasta el repudio del ciudadano despolitizado. El irresponsable y estruendoso fracaso hace que la sociedad civil y parte de la política cuestione a las FFAA en su conjunto empezando a ver la ligazón de su participación directa en la corrupción económica, con la política represiva. Esto hace que se ponga en tela de juicio no solamente ya, su rol político como "salvadores de la patria" sino incluso su rol profesional: cuestionamiento del servicio militar, de los sueldos de las FFAA, de los gastos armamentistas.

Tampoco este punto la sociedad civil lo integra a la lucha política global -lo que viene dado, en parte, por el cuidado en hacer lo que pone la sociedad

Continúa en página 161

sección

socialismo real

Esta sección incluirá trabajos referentes a la naturaleza económico social de los países que han iniciado su transición al socialismo, interesándose especialmente en el replantío de las tareas revolucionarias que en ellos se presentan.

Tema especialmente polémico, que reconoce una inmensa variedad de expresiones, y ha motivado un sin fin de estudios particulares. Su problemática no ha sido, ni mucho menos, agotada, y se plantean con el desarrollo de la historia nuevos interrogantes por resolver.

El marxismo, por tanto, no puede sino hacer suyo este debate de fundamental importancia,

que preocupa a todo revolucionario que tome en serio la construcción de una sociedad socialista.

Damos apertura a la sección, en el presente número, con tres trabajos dedicados a la URSS.

En primer término el escritor argentino Federico Fernández, presenta las posiciones de los principales autores de izquierda que se han referido al problema

de la burocracia y las relaciones sociales de producción, encuadrándolas en su contexto histórico,

y analizando retrospectivamente, mediante un agudo balance, el desarrollo de la conciencia antiburocrática,

y las perspectivas que se abren a partir de ello. En segundo lugar, presentamos la carta que Rakovsky envió a Valentinov

en 1928, en la que analiza las raíces de la burocracia y las tareas que implica el combate contra esta última.

Finalmente damos a conocer un artículo póstumo de Hilferding, que rectifica sus posiciones originales en torno a la naturaleza de la Unión Soviética.

LA BUROCRACIA: Los modelos de interpretación acerca de las relaciones de producción en la URSS.

por Federico Fernández

INTRODUCCION

El marxismo, lejos de ser la invención de una conciencia lúcida que erige un nuevo modelo social para orientar la historia, es, antes bien, el constante resultado de la última. Nadie que conozca sus rudimentos siquiera, podría situar al marxismo en otro período histórico que el que lo vio nacer y desarrollarse. Pero -como es obvio- el marxismo no se contenta con una observación pasiva o descriptiva de los acontecimientos sociales, sino que extrae de ellos las leyes de tendencia que los producen, y la dirección relativa de su curso. El socialismo entonces, no es una meta a alcanzar simplemente por sus "bondades" respecto del modo de producción capitalista, sino que es la resultante del desarrollo y ocaso de este último. Este nuevo modo de producción va gestándose en su seno, negándolo hasta superarlo dialécticamente. Tal es la relativa trayectoria histórica que Marx y Engels vislumbraban desde mediados del siglo pasado en el arduo camino de la transformación revolucionaria de la sociedad. El joven Marx escribía: "No vamos a la gente como doctrinarios, para darle a conocer un principio nuevo. No le decimos: ¡Esta es la verdad! ¡Arrodillaos! Lo que hacemos es desarrollar para todo el mundo, a partir de sus propios principios, unos principios nuevos. No les decimos al mundo: ¡Cesa en tus luchas! ¡Son insensateces! Nosotros vamos a darte las verdaderas consignas y el mejor plan de batalla. Sino que nos limitamos a mostrarle por qué lucha, y de esto se dará él cuenta aunque no quiera"(1).

Cualquier marxista serio reconoce actualmente la existencia de este pro-

(1) Carta de Marx a Ruge de setiembre de 1843. V. Marx-Ruge, Los Anales Franco Alemanes, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1970, p. 68. Para una mejor traducción puede consultarse también Henri Lefebvre, Marx, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1974, p.p. 74-75.

blema aceptándolo como un hecho irrefutable en los países que han iniciado su transición al socialismo; la ausencia de un real poder de decisión por parte del proletariado acerca de la producción y del reparto del producto social, tanto a nivel de las empresas como a nivel nacional, la ausencia de tendencias, bloques, o fracciones dentro del partido, o aún la existencia de un partido único, la supervivencia de un monstruoso y sofocante aparato estatal que, lejos de reducirse se incrementa, la persistencia de división entre trabajo manual e intelectual, entre la ciudad y el campo, las diferentes capas sociales que se derivan de los privilegios burocráticos, la represión indiscriminada de toda disidencia, la persistencia de formas mercantiles de distribución, el abandono del internacionalismo proletario, la represión de la vida cotidiana en general y la sexualidad en particular, el culto a la familia, la fetichización del trabajo, etc., no son más que algunos indicadores desordenados de esta oscura realidad. Ante esto la tarea de todo revolucionario será ordenarlos, distinguir entre todos estos síntomas, cuáles se deben a las exigencias históricas condicionantes, y cuáles son producto de la degeneración burocrática. Cuáles, en suma, son debidas a la naturaleza inevitable del período de transición. De lo contrario resultará imposible emprender una lucha efectiva contra estas desviaciones que, siendo producto de condiciones históricas muy precisas, han torcido el rumbo de la humanidad. La interacción necesaria entre la conciencia de una contradicción y su tendencia objetiva es una de las cuestiones más inquietantes de la praxis revolucionaria, de cuya celeridad puede depender la corrección o no de su dirección. Pero estas contradicciones surgen en el marco de condiciones históricas y materiales muy precisas, que a su vez determinan la primera. Comprenderíamos muy mal las raíces de la degeneración burocrática, si atribuyéramos sus causas a las intenciones de tal o cual burócrata, o por el contrario nos apoyáramos en un fatalismo histórico.

Sin embargo, poner al día este tema tan espinoso como fascinante, implica una enorme profundización, a la que no puede accederse exclusivamente por medio del análisis teórico-crítico. Se requeriría para ello, además de un profundo análisis, un manejo estadístico y de fuentes directas, y hasta un trabajo de campo, cuya realización se torna imposible desde este alejado lugar del planeta, y desde nuestras modestas posibilidades de abordaje teórico del mismo. Diversos autores como Mandel o Bettelheim, por citar algunos de los más notorios, vienen trabajando en ello con la especificidad y profundidad que el tema requiere, en el marco de presupuestos divergentes y arribando de esta forma a disímiles conclusiones, que deben ser constantemente reactualizadas. Los gérmenes de la desviación actual de la Revolución Rusa, se encontraban ya presentes en Octubre. Esto no implica, de manera alguna que este debió ser su ineluctable resultado. De aquí que daremos al estudio de los primeros años de este proceso una especial importancia para la comprensión de este fenómeno. Los estudios y polémicas vertidos por las distintas corrientes de izquierda en este período, adquieren un interés mayúsculo en relación a la formulación de una "nueva" problemática para el movimiento revolucionario en general, y el marxismo en particular, atento la necesidad histórica de su resolución (2). Las posiciones sustentadas por estas corrientes políticas, si bien hoy aparecen depuradas y perfeccionadas, en su inmensa mayoría guardan estrecha relación con los convulsionados acontecimientos de la época, y nos permiten deducir la evolución histórica que ha sufrido el planteo del problema. La relación entre la ciencia y la historia reconoce lazos indisolubles: dos caracterizaciones i-

dénticas en diferente período, conducen a conclusiones totalmente diversas (3).

Al mismo tiempo estas posiciones llevan consigo, explícita o implícitamente según los casos, una interpretación que les es propia del concepto de *sociedad de transición*. La comparación del modelo realmente existente con el concepto antedicho, constituirá uno de los ejes vitales de la naturaleza crítica de la caracterización del régimen soviético. Pero precisamente esta categoría de enorme importancia no ha sido desarrollada ni aún hoy, como bien anota Mandel con la particularidad que requiere. Marx y Engels han ido esbozando este concepto a través de toda su obra (4), donde encontramos gran parte de sus párrafos dedicados al aspecto político, es decir al rol de la dictadura del proletariado y a la extinción progresiva del Estado. La ausencia de las experiencias históricas indispensables, que comentamos líneas arriba (a excepción de la Comuna de París), en vida de estos revolucionarios, ha impedido una elaboración más precisa de este concepto, atendiendo más detenidamente a las cuestiones económicas y sociales de esta nueva formación social. No obstante Marx, en las *Observaciones al Programa del Partido Obrero Alemán* dadas a conocer por Engels con posterioridad a la fecha de su redacción (1875), da un panorama en torno a este espinoso problema, sobre el que creemos conveniente detenernos de modo de encuadrar los presupuestos de los que partimos para la elaboración del presente trabajo.

El Marx maduro reconoce la existencia de un período inevitable de transición entre la sociedad capitalista y la comunista: "Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista existe un período de transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la *dictadura revolucionaria del proletariado* (5). En la terminología utilizada por él, aparecen dos fases de la sociedad comunista: la inferior (que actualmente deno-

(2) Ernest Mandel, en un brillante folleto sobre este tema reconoce siete experiencias donde se planteó históricamente el problema. Las primeras cinco son anteriores a la Revolución Rusa: el análisis de Marx de la Comuna de París, el paralelo de Kautsky con la burocratización de la Iglesia Católica luego de haberse convertido en dominante de la sociedad, expresado en su libro *Los Orígenes del Cristianismo* (Creemos que este punto se encuentra un tanto sobrevalorado por el autor, en razón de su carácter fundamentalmente especulativo), la polémica de Trotsky con Lenin sobre la organización del partido, la lucha de Rosa Luxemburg contra la burocracia sindical, la explicación de Lenin de la traición socialdemócrata, y, con posterioridad a la Revolución bolchevique, la teoría trotskista de la degeneración del Estado soviético, y la lucha antiburocrática en la Revolución Cubana. Este análisis, a pesar de las exageradas expectativas que se formula sobre el capitalismo nos muestra muy claramente la repercusión que sobre la conciencia del problema han tenido los acontecimientos históricos. De esto deriva precisamente la existencia actual de los aspectos subjetivos que permiten afrontar su lucha. Al respecto véase Ernest Mandel, *Que es la burocracia?*, Buenos Aires, Ariel Bilbao editor, Cuadernos rojos, 1973.

(3) Recuerdese que Marx llegó a asimilar ambos conceptos para resaltar su inseparable ligazón. Ante una pregunta que le formularan en torno a la ciencia respondió: "La única ciencia que conozco es la historia".

minamos socialismo), y la superior (a la que hoy llamamos comunismo propiamente dicho). En torno a la transición del capitalismo al socialismo Marx pone de manifiesto la persistencia de formas económicas y jurídicas heredadas del "ancien regime" que actúan en tanto reguladores del consumo, y que se verán definitivamente extinguidas en el comunismo. Dicho sea en otros términos: aún en el socialismo perviven formas burguesas de distribución de mercancías. Veremos este concepto en una cita que debido a su riqueza no encuentra desperdicios, a pesar de su extensión.

"No se trata aquí de una sociedad comunista que se ha desarrollado sobre su propia base, sino de una sociedad que acaba de salir precisamente de la sociedad capitalista y que, por lo tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral, y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede. En efecto, el productor individual recibe de la sociedad después de realizadas las obligadas deducciones exactamente lo que ha dado. Lo que el productor ha dado a la sociedad es su cuota individual de trabajo. Así, por ejemplo, la jornada social de trabajo se compone de la suma de horas de trabajo individual; el tiempo individual de trabajo del productor individual es la parte de la jornada de trabajo que él aporta, su participación en ella. La sociedad le entrega un testimonio de que ha rendido tal o cual cantidad de trabajo (después de descontar lo que ha trabajado para el fondo común), y con este testimonio recibe los depósitos sociales de medios de consumo la parte equivalente a la cantidad de trabajo rendido. La misma cuota de trabajo que ha dado a la sociedad en una forma, la recibe de ésta en otra forma distinta"(6).

Marx no menciona en el párrafo anterior la palabra salario, pero resulta indudable que el "testimonio" por el trabajo individual del productor directo adquiere formas muy similares. Con posterioridad el revolucionario se detiene en el principio jurídico que rige esta forma de distribución, forma que debemos considerar, en parte novedosa y en parte heredada del modo de producción capitalista. "Aquí prevalece, evidentemente, el mismo principio que regula el intercambio de mercancías, por cuanto éste es intercambio de valores iguales. Han variado la forma y el contenido, porque bajo las nuevas condiciones nadie puede dar sino su trabajo, y porque, por otra parte, ahora nada pue-

(4) La obra íntegra de los revolucionarios se encuentra plagada de párrafos y consideraciones tangenciales al respecto. Mencionaremos algunas de sus obras más notorias en las que pueden encontrarse comentarios en torno a la extinción progresiva del Estado, su carácter de clase, y el rol de la dictadura del proletariado en este proceso de transición. Entre las obras casi juveniles puede verse el Manifiesto Comunista, y La miseria de la filosofía de Marx. Con posterioridad Marx profundizó sus ideas en La guerra civil en Francia y la Crítica del Programa de Gotha. Por su parte Engels puntualiza estos conceptos en su Anti-Düring, en El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, y aún en el Problema de la Vivienda. Infinidad de cartas y textos menos difundidos testimonian la preocupación de estos pensadores por este urticante tema, que obviaremos consignar aquí.

(5) Carlos Marx, Observaciones al programa del Partido Obrero Alemán, en Obras Escogidas, Buenos Aires, Ediciones Ciencias del Hombre, tomo V, p. 432.

de pasar a ser propiedad del individuo, fuera de los individuales de consumo. Pero en lo que se refiere a la distribución de éstos entre los distintos productores, prevalece el mismo principio que en el intercambio de mercancías equivalentes: una cantidad de trabajo en una forma, es cambiada por igual cantidad de trabajo, en otra forma distinta.

"Por eso el derecho igual sigue siendo aquí, en principio, el derecho burgués, aunque ahora el principio y la práctica ya no se tiran de los pelos, mientras que en el régimen de intercambio de mercancías, el intercambio de equivalentes no existe más que como término medio, y no en caso individual.

A pesar de este progreso continúa el autor, este derecho igual sigue llevando implícita una limitación burguesa. El derecho de los productores es proporcional al trabajo que han rendido; la igualdad aquí, consiste en que se mide por una misma norma, el trabajo"(7). Ahora bien, el autor de El Capital reconoce que estas imperfecciones resultan inevitables en el socialismo, ya que la sociedad debe recorrer un espinoso camino para desembarazarse de su pesada herencia burguesa. "Pero estos defectos aclara Marx son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, tal y como surge de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento. El derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica ni al desarrollo cultural de la sociedad por ella condicionado"(8).

Estas formas "burguesas" de distribución se apoyan en las condiciones de producción aún deficientes para el establecimiento de una sociedad comunista, y acompañarán al período de transición necesario hasta la extinción definitiva de las mismas. "...es en general equivocado -escribe Marx- tomar como lo esencial la llamada distribución y hacer hincapié en ella, como si fuera lo más importante.

"La distribución de los medios de consumo es, en todo momento, consecuencia de la distribución de las propias condiciones de producción. Y esta distribución es una característica del modo de producción... El socialismo vulgar (y por intermedio suyo, una parte de la democracia) ha aprendido de los economistas burgueses a considerar y tratar la distribución como algo independiente del modo de producción y, por lo tanto, a exponer el socialismo

(6) Ibid, p. 424.

(7) Ibid, pp. 424-425.

(8) Ibid, p. 425.

(9) Ibid, p. 426. Ver también Federico Engels, Anti-Düring Buenos Aires, Editorial Cartago, 1973, pp. 241 y ss.

(9 bis) Aún con un alto grado de socialización, mientras este se limite al marco de las fronteras nacionales, encontrará una seria resistencia a superar las limitaciones de este "derecho igual". Esto implica que las modificaciones del modo de distribución en función de las propias condiciones de producción no es fatal de ninguna manera, sino una tendencia histórica que depende de una serie de variables. La superación de esta división entre ambos modos, la consecuente superación de la división del trabajo en manual e intelectual, comienzan a delinear la figura de la sociedad comunista. Pero podemos afirmar que mientras exista este derecho burgués de propiedad, podrá leerse su correspondencia en las relaciones sociales de producción.

como una doctrina que gira principalmente en torno a la distribución⁽⁹⁾. Esta ligazón inextricable entre las condiciones de producción y las formas naturales de distribución derivadas de ella, plantea que aún con medidas que producen serias modificaciones cualitativas en las formas de producción, tal como la propiedad estatal de los medios de producción, esta no ha alcanzado el grado de socialización necesario para esfumar las limitaciones del "derecho igual", y consecuentemente la distribución, en parte burguesa (9 bis). Así por caso, se ha criticado duramente la teoría lasalleana resultante del malthusianismo de la "ley del bronce del salario". En el trabajo que vemos analizando arremete contra la confusión explícita en el programa de Gotha, entre salario y sistema de trabajo asalariado, en tanto que el primero seguirá superviviendo en el período de transición como forma de distribución de la riqueza, a pesar de haberse abolido el segundo. "...Y para que esta 'ley' no vaya a perderse, se comete el error de hablar de 'abolir el sistema del salario' (lo correcto hubiera sido decir el sistema de trabajo asalariado), con su 'ley de bronce'"⁽¹⁰⁾.

Es precisamente en la sociedad comunista donde estas deficiencias se ven definitivamente superadas, y cuya definición no presenta mayores dificultades interpretativas. "Es en la fase superior de la sociedad comunista, cuando hayan desaparecido la subordinación esclavizadora de los hombres a la división del trabajo, y con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo del hombre en todos sus aspectos, aumenten también las fuerzas productivas y manen más abundantemente los manantiales de la riqueza colectiva, solo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá inscribir en su bandera: De cada cual según su capacidad; a cada cual según sus necesidades!"⁽¹¹⁾

Este panorama que, si bien no contempla una serie de aspectos particulares que serán tomados posteriormente a la luz de la experiencia soviética por los críticos de este monumental acontecimiento, y si bien no delimita específicamente las connotaciones particulares de la transición del capitalismo al socialismo, de las del socialismo al comunismo, no permiten situar las posiciones que intentaremos vertir a continuación en el contexto del pensamiento maduro de Marx para enfocar, a posteriori, críticamente las mismas. Resumamos: una de las tareas más importantes que le corresponden al marxismo actual, es la profundización de estos lineamientos, enriquecerlos con las experiencias revolucionarias contemporáneas, delimitar el marco histórico de cada categoría, afirmar la estrategia revolucionaria en torno a ellas. La ausencia de precisión en el concepto de sociedad de transición, ha sido una de las mayores dificultades con que ha tropezado la ciencia en la caracterización de las sociedades postrevolucionarias de este siglo. Pero bien lejos de nuestras posibilidades y de este trabajo en particular se encuentra la factibilidad de aportar algo de valía al respecto. Simplemente intentaremos brindar a continuación un panorama crítico de las posiciones que las distintas corrientes de izquierda han sustentado en torno a la naturaleza social de la URSS, y el rol de la burocracia en las relaciones sociales de producción.

(10) Ibid, p. 429.

(11) Ibid, p. 488.

I. La Socialdemocracia

Sobre el final de la década del ochenta del siglo pasado comienzan a constituirse en varios países europeos, partidos socialdemócratas de inspiración marxista. En 1899, luego de la caída de Bismarck y la consecuente derogación de las leyes antisocialistas, el partido socialdemócrata alemán se reúne en Erfurt para formular un nuevo programa, en reemplazo del lasalleano programa de Gotha. A partir de allí, comenzará un ascenso que lo ubicará como el partido socialista más fuerte y numeroso del mundo al tiempo que se inicia su lenta transición de partido revolucionario a partido reformista. La II Internacional surge para esta fecha con la integración de estos partidos nacionales y algunas otras organizaciones de izquierda, donde no faltó en un comienzo el anarquismo. La socialdemocracia alemana, debido a su peso específico, va jugando un rol cada vez más decisivo dentro de la Internacional, influyendo manifiestamente en sus tácticas de lucha. Desde los primeros años del siglo, el desarrollo del imperialismo comienza a amenazar con la posibilidad de guerra, y era tarea de una internacional obrera luchar contra ella. Los acontecimientos superan la débil resistencia ofrecida y con el estallido de la guerra, la Internacional se desarticula. Cada uno de los partidos nacionales de los países beligerantes se alía con su estado burgués e interrumpe la comunicación con sus similares. Un reducido grupo se opone e intenta reflotarla en el Congreso de Zimmerwald que contó entre otros a Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburg, y Clara Zetkin, mas se ven limitados por los hechos. El socialchauvinismo ataba de pies y manos la posibilidad de convertir la guerra imperialista, en guerra civil revolucionaria; la socialdemocracia mundial se retrajo entonces a la política nacional y reformista (12).

La revolución del 17 necesitaba imperiosamente de una lucha consecuente por su internacionalización. Los líderes de Octubre eran concientes de la importancia que el sostenimiento del internacionalismo proletario, como eje de su política exterior, revestía. Pero esa política debía apoyarse en el proletariado de los diversos países, y para ello debía ser creada una nueva internacional frente a la bancarrota de la II, tenazmente denunciada por Lenin y Trotsky (13). La política que se dió hacia la Revolución Rusa, con sus acidas y severas críticas no dejaba margen alguno para trabajar en ella, y debió abocarse entonces a la difícil tarea de creación y organización de una nueva internacional (14).

No obstante sería erróneo considerar a la socialdemocracia de los diversos países ligada a este organismo, como un bloque coherente y unitario. Cada partido nacional ha sostenido distintas caracterizaciones en torno a la Revolución Rusa con matices de consideración, y aún en algunos casos las diferencias

(12) Ver al respecto, O.E., de, Historia del pensamiento socialista, México, Fondo de... año... 1974, Tomo III.

(13) Los trabajos más difundidos de estos autores sobre este tema son: de Lenin, La bancarrota de la II Internacional, en Obras Escogidas, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1974, tomo III, p. 222 y de Trotsky, La Internacional y la guerra, Buenos Aires, Ediciones del siglo, 1973.

(14) Puede consultarse el discurso inaugural de Lenin al I Congreso de la Internacional Comunista, en O.E., cit. tomo V, p. 337.

en cada uno de ellos han llegado a provocar fracturas y escisiones. De ahí que hayamos dividido esta corriente en dos puntos.

1.1. La "ortodoxia marxista"

La experiencia de Octubre sacudió al mundo entero y exigió de todos los intelectuales una respuesta a tan inmensa transformación social. La socialdemocracia, no tardó en ensayar categóricas definiciones y denuncias. Así, el fenómeno burocrático fue advertido con extrema rapidez. Pero esta burocracia no resultaba, para los principales teóricos de esta corriente política, el aspecto superestructural del atraso ruso, ni de las tendencias inevitables de un proceso de transición de tal magnitud, sino la aplicación conciente de un método terrorista para tergiversar la dictadura del proletariado, convirtiéndola en dictadura sobre el proletariado, traicionando así, a las masas gestoras de la proeza. Si la revolución bolchevique conmueve a la burguesía por su desafío al "statu-quo" mundial, también lo hace con los marxistas, que deben replantearse el problema del poder, de la destrucción del Estado burgués y la construcción de un Estado obrero, en el que están empeñados. En tal sentido la socialdemocracia, recibió un baldazo de agua helada. Sus tácticas parlamentarias rodaban por tierra con el sostenimiento del régimen bolchevique.

El subdesarrollo de las fuerzas productivas, lo constituía en "país prohibido" para todo intento de revolución social que no pasara previamente por la "etapa" histórica del desarrollo burgués capitalista (15). Este desarrollo, debía ser el encargado de gestar las condiciones materiales para la posterior socialización de los medios de producción. Y, este desarrollo a la vez, trae consigo la democracia burguesa, pudiendo proveer las bancas correspondientes en el parlamento para asegurar esa transformación, cerrando de esta forma la espiral evolutiva. La defensa de esta "línea histórica" de desarrollo universal, ha llevado a sus simpatizantes a denominarla "ortodoxia marxista" en alusión a las leyes de tendencia que Marx y Engels formularan, luego de analizar la evolución del capitalismo europeo del siglo pasado. Sin embargo, el devenir de los acontecimientos históricos posteriores, ha mediatizado estas leyes y enriquecido su alcance. La tendencia del capital a la concentración, que se refuerza manifiestamente en las tres últimas décadas del siglo pasado dando origen a la aparición del capital financiero en los niveles decisivos de la escena mundial, o como Lenin lo calificó, ingresando el capitalismo en una fase superior, impedía predecir la guerra imperialista desatada en el año 1914, y el proceso posterior de alza de masas y desencadenamiento de la revolución que se abre a partir de ella.

Veremos a continuación algunos de los principales autores de esta impor-

(15) Un ejemplo máximo de ello es el del pensador inglés Bertrand Russell, que luego de haber visitado la Rusia soviética en 1920, considera que el comunismo ruso ha fallado y extrae la conclusión de que "...en cualquier país que no sean los Estados Unidos de América, una revolución comunista con éxito es imposible por razones económico políticas". Bertrand Russell, Teoría y práctica del bolchevismo, ediciones Ariel, 1969, p. 163.

tante corriente política que ha sostenido, total o parcialmente esta caracterización esbozada líneas arriba. Su importancia radica en la continuidad que estas posiciones, aún con sus variantes, han mantenido hasta la actualidad dentro de la II Internacional.

El teórico marxista Carlos Kautsky es quien más se aproxima en forma casi fidedigna a estos lineamientos, abriendo la polémica desde los albores de la Revolución, rectificando en parte la posición que adoptara en 1909 en *El camino del poder* (16), a la luz de la experiencia revolucionaria del 17. La obra principal del autor en este período, y sobre el tema que nos ocupa es su libro *Terrorismo y Comunismo*, escrito en 1919. En él expone su tesis acerca del desarrollo histórico-político de las experiencias revolucionarias de la Comuna de París y la Revolución de Octubre, donde la dictadura del proletariado es reemplazada por un Estado terrorista con carácter independiente de aquél, que a la vez se vuelve contra él en una agobiante explotación de la fuerza de trabajo. Kautsky "profetiza" (tal como califica sus juicios su prologuista argentino Marcos Merchensky) el inevitable derrumbe del régimen bolchevique, sostenido únicamente por el oportunismo de sus jefes, que han abandonado los principios socialistas. "En efecto, escribe Kautsky, esta caída se hubiera producido hace tiempo si los bolcheviques hubieran permanecido fieles a su programa. No pudieron mantenerse más que a fuerza de concesiones, para acabar llegando a lo contrario de lo que querían conseguir."

Para escalar el poder tuvieron que arrojar por la borda sus principios socialistas... Como personas se mantienen en el poder, pero han sacrificado todos sus principios, mostrándose como verdaderos oportunistas. Hasta ahora el bolchevismo ha triunfado en Rusia, pero el socialismo ha sufrido la derrota más lamentable" (17).

En Kautsky podemos rastrear dos causas principales que sustentan tal opinión. Por un lado el aspecto político, la represión de todo disenso y actividad política en general o como él lo llama: "terrorismo". En segundo lugar las concesiones que el partido bolchevique debió hacer al "capitalismo". En torno al primer punto dice el autor germano que "Los instrumentos del terrorismo fueron los tribunales revolucionarios y las comisiones extraordinarias... Unos y otros han cometido horrores" (18). En torno al segundo aparecen dos indicadores de estas concesiones; la existencia de propiedad privada en el campo, y la producción para el mercado, y la necesidad de requerir el "auxilio" del capital extranjero. Dadas estas condiciones, añade el autor, tiende a gestarse una sociedad, donde la burocracia es la clase superior, generadora de miserables condiciones de explotación del proletariado. Para Kautsky existen en

(16) Carlos Kautsky, *El camino del poder*, Buenos Aires, Editorial Claridad, sin fecha. Esta rectificación es señalada por Trotsky en su respuesta al libro de Kautsky y abundantemente criticada a lo largo de él. León Trotsky, *Comunismo y Terrorismo*, Editorial Harsiarca, 1972, p. 25. Lenin con anterioridad había criticado las desviaciones de Kautsky por la política que imprimiera en la II Internacional ante la Revolución. V.I. Lenin, *El renegado Kautsky y la revolución proletaria*, en O.E. cit. tomo V, p. 277.

(17) Carlos Kautsky, *Terrorismo y Comunismo*, Buenos Aires, Ediciones Transición, 1956, p. 138.

(18) Ibid, p. 144.

la URSS tres clases sociales claramente diferenciables: a) la inferior, comprendida por los antiguos burgueses, capitalistas pequeños burgueses, intelectuales disidentes, y el conjunto de los desposeídos de sus derechos políticos, condenados a los trabajos obligatorios más denigrantes; b) la intermedia, formada por los obreros asalariados, clase políticamente privilegiada respecto a la anterior, y, c) la "falange cerrada" de la burocracia, destinataria de todos los privilegios.

"Del dominio exclusivo de los Consejos obreros -escribe el teórico marxista- sale el dominio exclusivo de la nueva burocracia, nacida en parte de los Consejos obreros, en parte impuesta a ellos, que vienen a constituir la clase más alta, la nueva clase de señores que se forma bajo la dirección de los antiguos luchadores e idealistas comunistas". Va de suyo que la existencia de clases sociales conlleva la presencia de un modo de producción que las sustente, y de cuya naturaleza debe darse respuesta. Kautsky no hace de esta caracterización el tema central de su trabajo. Solo menciona al pasar su definición al respecto. En efecto, agrega que "... el absolutismo de Tschin de la antigua burocracia, renace en la nueva con caracteres nada mejores... y junto a ellas se desarrollan por prácticas verdaderamente criminales, los gérmenes de un nuevo capitalismo, que está muy por debajo del nuevo capitalismo industrial.

"Lo único que no renace en la antigua gran propiedad territorial feudal, Rusia estaba madura para su abolición, pero no para la del capitalismo, que resucita en formas más opresivas para el proletariado que antes" (19).

La caracterización del régimen soviético como capitalismo (de Estado), y la burocracia naciente como su clase explotadora, ha sido mayoritariamente aceptado por esta corriente política. Algunas fracciones han desestimado posteriormente esta tesis como veremos más adelante, así como otras la han acogido favorablemente, sin coincidir en la vía de acceso al poder que ha destacado al grueso de la socialdemocracia. Una última característica remarcable de la teoría kautskiana es su predicción de la destrucción de las fuerzas productivas existentes. Kautsky establece que esta "Dictadura capitalista", a diferencia del modelo clásico, en lugar de engendrar un enorme crecimiento de las fuerzas productivas, aniquila las existentes y con ellas al régimen soviético a pesar de la inhumana explotación de la fuerza de trabajo que denunciara.

Su obra no ahonda en los aspectos económicos del problema y no queda clara la razón de este juicio, al no explicitar el destino final de la plusvalía absoluta extraída al obrero en este régimen "capitalista". Se trata esencialmente de un análisis político de la estrategia bolchevique, apoyado en una exaltación de la democracia. Su crítica hace hincapié en la inmadurez de las condiciones necesarias para la instauración del socialismo en Rusia, lo que le permite concluir en la defensa de la "vía parlamentaria" de acceso al poder. "Pero esta revolución no se verificará por el procedimiento de la dictadura, ni con ametralladoras; no se verificará aniquilando a los adversarios políticos y sociales, sino por la democracia y el humanitarismo. Solo así podrá producirse aquella forma superior de vida en cuya elaboración consiste la misión histórica del proletariado" (20).

(19) Ibid, p. 139-140.

Rodolfo Mondolfo, realiza sus estudios contemporáneamente a Kautsky. No encontraremos en aquél posiciones contrariadas con las del alemán, pero su vigor teórico y su honestidad intelectual lo inducen a una medida muy contraria a la audacia kautskiana. Su obra *Bolchevismo y Capitalismo de Estado* recopila trabajos escritos entre 1919 y 1967 a lo largo de toda su vida, que en su mayoría analizan el periodo 1919-1923. A través de su evolución ideológica va consolidando su crítica al bolchevismo. Desde un comienzo eticista, va pasando por el análisis sociológico y económico, para concluir desde 1921 en la respuesta del capitalismo de Estado para caracterizar las relaciones sociales de producción de la Rusia soviética.

Inicia su ensayo poniendo de manifiesto la contradicción entre la praxis leninista y la doctrina marxista, abrigando serias dudas sobre el "experimento leninista", por la aparente imposibilidad de otorgar un bienestar mayor a las masas que el antiguo régimen, sin lo cual desaparecería todo interés revolucionario y con él, la revolución misma. Luego de 1921, con la aplicación de la N.E.P., Mondolfo encuentra los argumentos necesarios para radicalizar su postura inicial: la apertura hacia la economía de mercado, la propiedad privada de pequeñas empresas, las garantías jurídicas al capital extranjero; son algunos indicadores del capitalismo ruso, que finalmente se verá motorizado hacia el retorno al capitalismo tradicional por la pequeña burguesía rural y como resultante de la necesidad del Estado.

"El retorno al capitalismo -aclara el filósofo italiano- es una necesidad para el Estado de los soviets, en cuanto es una exigencia incoercible de la pequeña burguesía rural, a cuya satisfacción no pueden sustraerse los comunistas, aun prescindiendo sus consecuencias y sus peligros" (21). En las razones empleadas en la fundamentación de su teoría Mondolfo se separa de Kautsky. Pone de manifiesto en su exacto momento (1921), la existencia de formas de distribución burguesas, condición necesaria pero no suficiente como se deduce de los párrafos de Marx que escogimos para la introducción, para considerar al modo de producción en su conjunto como capitalista, y resalta el papel contrarrevolucionario de la pequeña burguesía rural. Al mismo tiempo Mondolfo, no desecha al modo kautskiano la necesidad histórica de gestar la revolución social dejando en claro el necesario empleo de la violencia, pero reniega abiertamente a desviarse de la línea evolutiva que presupone el previo desarrollo y posterior estancamiento de las fuerzas productivas en manos de la burguesía.

Donde se separa aun más de Kautsky es en la caracterización de la burocracia. La obra del teórico italiano, se fundamenta en un análisis económico del proceso revolucionario soviético en torno a la necesidad de superación de las condiciones infraestructurales que limitan la revolución al campo democrático-burgués. La contradicción inicial que pone de relieve Mondolfo entre el feudalismo agrícola y el capitalismo industrial sustenta inicialmente este límite. De aquí, deduce como naturales las medidas tomadas con la N.E.P., en

(20) Ibid, p. 158.

(21) Rodolfo Mondolfo, *Bolchevismo y Capitalismo de Estado*, Ediciones Libérea, Buenos Aires, 1968, p. 157.

tanto tenderían a restituir ciertas formas mercantiles de producción y distribución. En ello, las garantías jurídicas al capital extranjero revestirían gran importancia. Sin embargo, la piedra de toque de la restauración del capitalismo se encuentra para Mondolfo en la propiedad privada de los campesinos. "En la acción de gobierno, por lo tanto, y en estas declaraciones de algunos de los jefes, se reafirma la esencia de la revolución rusa que bajo engañosas apariencias de una revolución comunista, desemboca en la dictadura del proletariado industrial, ha sido en cambio, en la más profunda y firme realidad, una ya irrevocable revolución agraria burguesa, que convierte la nueva clase de campesinos propietarios en base y núcleo del desarrollo de la nueva sociedad" (22). La contradicción entre la pequeña burguesía rural y el Estado proletario, llevaría de esta forma, a la victoria definitiva del capitalismo debido a su elevado número. Esta contradicción fue advertida por varios miembros del partido bolchevique, quienes se han referido a los peligros emergentes de la N.E.P. y su forma de combate. Tanto Lenin y Trotsky, como Bujarin, Ossinsky y Preobrachensky, fueron tomados por el pensador italiano para justificar sus tesis. No es este el lugar adecuado para desarrollar los temores de cada uno de estos revolucionarios en torno al papel de la pequeña burguesía rural en la N.E.P., pero resulta indudable que la tesis de Mondolfo no condice con las conclusiones de estos.

Citaremos exclusivamente a Lenin para ejemplificar la posición dominante en el partido a este respecto. "El Estado proletario puede, sin cambiar su propia naturaleza admitir el libre comercio y el desarrollo del capitalismo solo en determinada medida y solo a condición de que el Estado regule (vigile, controle, determine las formas y métodos, etc.) el comercio privado y el capitalismo privado. El éxito de esta regulación depende no sólo de las autoridades estatales, sino más aún, del grado de madurez del proletariado y de las masas trabajadoras en general, luego del nivel de cultura, etc. Pero incluso con un éxito completo de tal regulación, subsiste evidentemente el antagonismo de los intereses de clase del trabajo y el capital. Por eso, una de las principales tareas de los sindicatos es ahora defender en todos los aspectos y por todos los medios, los intereses de clase del proletariado en su lucha contra el capital. Esta tarea debe ser puesta abiertamente en un primer plano, el aparato de los sindicatos debe ser adecuadamente reorganizado, modificado o completado, deben ser creados, o más exactamente están siendo creados, fondos para huelgas, etc." (23).

Sobre el final de su obra, Mondolfo admite la contramarcha operada a la N.E.P. por Stalin, con la consecuente modificación de las tendencias que señalaba entre 1921 y 1923. Por ello, desaparecen los riesgos señalados anteriormente por el autor acerca del retorno al capitalismo privado, retomando la definición del capitalismo de Estado. Una última fundamentación sobre su ca-

(22) Ibid, p. 131.

(23) V.I. Lenin, Proyecto de tesis sobre el papel y las funciones de los sindicatos bajo la Nueva Política Económica, en O.E. cit., tomo VI, p. 371.

(24) W. Jerome y A. Buick, Soviet State Capitalism? The history of an Idea publicado por la revista londinense Survey ("A Journal of Soviet and East European Studies"), de enero de 1967, N. 62.

racterización la realiza en la respuesta al artículo de Jerome y Buick, ¿Capitalismo de Estado soviético?, la historia de una idea (24). En él critica las argumentaciones del conjunto de la socialdemocracia, consejistas y disidentes leninistas, en fin, todos aquellos marxistas que han arribado a la conclusión de que las relaciones soviéticas de producción constituyen un capitalismo de Estado, por su excesivo "economicismo". El marxista italiano considera que el indicador central es la indubitable alienación de las masas que, parafraseando al joven Marx, no puede sino tener lugar en el capitalismo. Su crítica llega también a la teoría de Dijas al considerar a la burocracia como una nueva clase explotadora y centrar el análisis en ello. "Por eso -sentencia Mondolfo- la persistencia de la autoextrañación del trabajador -más dura e inexorable que bajo el capitalismo privado, ya que toda la organización del poder político y la potencia de sus instrumentos son utilizadas para dominar material y espiritualmente a los individuos y a las masas- nos obliga a reconocer al régimen soviético el carácter de capitalismo de Estado" (25). Este Mondolfo ya maduro, parece retornar al eticismo con que iniciara sus investigaciones en torno a la naturaleza soviética, enriquecido por sus análisis de corte predominantemente económico del período de la N.E.P.

Esta definición fue también sustentada por el autromarxismo desde los primeros años de la revolución, aunque con matices manifiestamente contrastantes con los anteriores. Otto Bauer, principal teórico del marxismo austriaco publica en 1920 su trabajo *Bolchevismo o Socialdemocracia* (26), oponiéndose en él a la perspectiva que sobre el futuro de la revolución tenían los principales líderes de la socialdemocracia, algunos de los cuales expusimos líneas arriba. El teórico austriaco sostiene que la posibilidad de democracia efectiva en Rusia, se encuentra indisolublemente ligada a su desarrollo económico. El atraso en este aspecto, impide el desenvolvimiento de "instituciones democráticas" en Rusia. Bauer confía en que el programa económico bolchevique permitirá un crecimiento racional, que abriría las puertas a la participación política de las masas. El "capitalismo de Estado dictatorial", es para Bauer, un período transitorio de desarrollo económico luego del cual, emergería la sociedad socialista. Sus denuncias en torno a la ausencia de democracia no aportan nuevos elementos a los ya mencionados por la socialdemocracia, el menchevismo, etc. De esta forma el autor se distancia de los anteriores en la caracterización de la tendencia dominante del proceso económico soviético, y en la confianza en la democracia ligada a él.

Lenin, pocos meses después de la aparición de esta obra que comentamos, mencionó muy críticamente el trabajo de Bauer en el discurso inaugural del II Congreso de la Internacional Comunista. Esta caracterización, a pesar de su aparente distancia con las posiciones dominantes en la II Internacional, se ligaba en la exigencia de democracia y pluralidad política. "Bauer -dice Lenin- produjo un panfleto menchevique hasta la médula aunque ocultó sus

(25) Rodolfo Mondolfo, op. cit. pp. 264-265.

(26) Otto Bauer, *Bolshevismus oder Sozialdemokratie*, Viena, 1920, citado por Jerome y Buick, op. cit., p. 60.

simpatías por el mechevismo⁽²⁷⁾.

Con la experiencia stalinista Bauer no parece haber rectificado, al menos en lo esencial, sus esperanzas en torno a la edificación de una sociedad socialista. En un trabajo escrito en febrero de 1931 podemos leer: "En la medida en que pueda ser mejorado el nivel de vida de las masas populares, será superflua y atenuada la dictadura terrorista y se democratizará el régimen soviético. Si la dictadura, que dispone del aparato estatal de la producción, se resuelve en una democracia de las masas laboriosas, saldrá del capitalismo de Estado de la dictadura una organización socialista de la sociedad" (28). No obstante sus expectativas no deja de criticar la metodología bolchevique de acceso y sostenimiento del poder coincidiendo en ello con los autores que expusimos anteriormente. "El camino de la democracia -asegura el teórico austriaco- puede parecer más largo que el de la violencia pero es, indudablemente, el camino más escaso en sacrificio del bienestar, la libertad, y vidas humanas"⁽²⁹⁾.

Estas posiciones, aún en su diversidad, nos muestran un eje de convergencia en el análisis político de los primeros años de la revolución, que contrastan a la vez con el ala izquierda de esta corriente liderada por Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, cuyos conceptos trataremos en el punto siguiente, ya que a pesar de estar referidas y escritas a un mismo período histórico se encuentran separados por enormes diferencias en relación a los primeros. Mas, las caracterizaciones de la socialdemocracia fueron profundizadas y detalladas luego de la muerte de Lenin, y en algunos casos rectificadas en parte. Rodolfo Hilferding es un ejemplo elocuente de esta modificación. En los comienzos se mostró partidario de la caracterización del régimen soviético como capitalismo de Estado. No obstante en 1940, pocos meses antes de su trágica desaparición, y a la luz de la experiencia stalinista, escribe para un periódico de socialistas rusos exilados en París el artículo titulado *Capitalismo de Estado y Eco-*

(27) V.I. Lenin, Informe sobre la situación Internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista, en el II Congreso de la III Internacional, en O.E., cit. tomo VI, p. 136. La crítica a la "ausencia de democracia" en la vida política soviética ha sido la bandera habitual del menchevismo, entre otras corrientes, siendo la que más se ha aproximado al pensamiento socialdemócrata en este aspecto. En 1919, el líder menchevique Julio Martov escribió su obra *El Estado y la Revolución Socialista*, en respuesta a la famosa obra de Lenin *El Estado y la Revolución*, en la que condena la "dictadura de una minoría". Esta ausencia de democracia obrera, es síntoma de no estar en presencia de una sociedad socialista. Pero a diferencia de los autores que hemos estado exponiendo, y de Bauer en particular, no define categóricamente su naturaleza. Se pregunta críticamente si el modo de producción soviético puede ser descrito como capitalista. A su muerte en 1922, su discípulo Abramovich contesta este interrogante siguiendo literalmente a Kautsky en su caracterización del modo soviético de producción. Véase Julius Martov, *The State and the Socialist Revolution*, Londres, International Review, Febrero de 1937, citado por Jerome y Buick, op. cit. p. 61.

(28) Otto Bauer, *Capitalismo y Socialismo en la Postguerra*, Madrid, Ediciones España, 1932, p. 251.

(29) *Ibid.*, p. 256.

nomía totalitaria. En él reniega de tal concepto afirmando que esta idea "no resiste al menor análisis económico... la economía del Estado deroga justamente la autonomía de las leyes económicas. Lo que se produce y como se produce, no se define por el precio, sino que es función de un organismo estatal, el cual establece el carácter y la medida de la producción. Exteriormente los salarios y los precios continúan existiendo, pero sus funciones cambian completamente... los precios y los salarios representan tan sólo, en este sistema, medios de distribución...". No obstante ello, "la economía del sistema difícilmente pueda llamarse socialista... No es ni una cosa ni otra. Representa la economía estadual totalitaria, que es el sistema hacia el cual se acercan cada vez más las economías de Alemania e Italia"⁽³⁰⁾.

Hilferding continúa poniendo el acento en el aspecto político, es decir, en la ausencia de democracia o "totalitarismo", pero se distancia de la conceptualización clásica de sus antecesores en torno a las relaciones de producción, seguramente influido por el posterior desarrollo que el stalinismo imprimió a la economía en base a la colectivización forzada, etc.

Con esto hemos pretendido ejemplificar en base a algunos de los principales exponentes de esta corriente política, los primeros fundamentos de las posiciones que en la socialdemocracia se han extendido, aunque más elaboradamente, hasta la actualidad. En ello radica precisamente su valor, y la necesidad de su estudio y profundización.

1.2. El Ala izquierda en el análisis crítico de Rosa Luxemburg

Rosa Luxemburg escribe, supuestamente en 1918, su *Crítica de la Revolución Rusa*. Las diferencias abismales que encontramos entre el "ala izquierda" de la socialdemocracia y los ejemplos tratados en el punto anterior nos obligan a ubicarlo en este apartado, a pesar de pertenecer, para la fecha de su difundido trabajo, al mismo tronco político. Este fue escrito en la cárcel, negándose posteriormente a su publicación. Después de su muerte este folleto vió la luz a sugerencia de algunos de sus seguidores, que no simpatizaban probablemente con el bolchevismo. Desde sus primeros párrafos, desde el juicio histórico al proceso revolucionario soviético, podemos apreciar esta marcada distancia que la separa de sus camaradas de la II Internacional.

"Sería en efecto una locura -escribe Rosa- que el primer experimento de dictadura del proletariado en la historia del mundo, realizado a su vez en las condiciones más difíciles de concebir (en medio del caos de una masacre imperialista que se extiende a escala mundial, apasionado en las firmes tensiones de la potencia militar más reaccionaria de Europa, y frente a una actitud de apatía por parte del proletariado internacional), que en un experimento de dictadura obrera efectuado en tales condiciones anormales, todo cuanto se hi-

(30) Rudolf Hilferding, *Capitalismo de estado y economía totalitaria*, V. a continuación de este trabajo.

zo o dejó hacer fuera el máximo de perfección. Viceversa, los conceptos elementales de la política socialista y el reconocimiento de sus presupuestos históricos necesarios, inclinan a la hipótesis de que en condiciones tan fatales hasta el idealismo más gigantesco y la energía revolucionaria más inquebrantable no habrían estado en condiciones de realizar ni la democracia ni el socialismo, sino tan solo los primeros rudimentos de ambos" (31).

En efecto, la revolucionaria polaca nos muestra claramente la enorme proeza que supone la construcción del socialismo, en las condiciones en que debió desarrollarse la Revolución Rusa. De hecho este juicio la contrapone claramente a los anteriores en su balance, del mismo modo que critica severamente la táctica de acceso al poder de la socialdemocracia en general y de Kautsky en particular, resaltando el acierto bolchevique. "En su condición de discípulos encarnados del cretinismo parlamentario, no hacen sino transferir al plano revolucionario la sabiduría de entrecasa del infantilismo parlamentario: para hacer algo, se debe tener primero la mayoría. Por consiguiente, hasta para la revolución debemos primero convertirnos en 'mayoría'. La dialéctica revolucionaria concreta vuelve sin embargo a colocar a la cabeza este precepto de tipo parlamentario: la calle no conduce a la táctica revolucionaria, sino a la mayoría a través de la táctica revolucionaria. Solo un partido que sepa dirigir, vale decir impulsar hacia adelante, está en condiciones de conquistar adeptos en la inmensa tempestad" (32).

El juicio de Rosa Luxemburg de las condiciones de desenvolvimiento de la Revolución Rusa, y de la inmensa tarea que supone, no lo convierte de ninguna manera en servilismo. Por el contrario, señala una cantidad de errores que entrañan serios peligros al futuro de la revolución. Estas críticas van desde algún punto económico, que reconoce producto de las condiciones de la revolución, a profundas disidencias políticas. En relación al primero, casi con exclusividad se refiere al aspecto agrario. Sobre este particular, la autora polaca, reconoce dos "presupuestos" en torno al programa. En realidad -agregamos nosotros-, una medida central a adoptar y un objetivo a alcanzar, que si bien supone adopción previa del primero, no depende solo del programa agrario, sino del desenvolvimiento global de la economía. Estos presupuestos son: a) la "nacionalización de la gran propiedad terrateniente" (33), y b) la supresión de la separación entre el campo y la ciudad (34). Ahora bien, el punto a) no pudo desarrollarse de acuerdo a una planificación que determinara las unidades económicas de producción para cada región, en relación a su productividad, etc., por razones distintas a la voluntad e intenciones del partido. Rosa censura este aspecto comprendiendo las limitaciones para su realización.

(31) Rosa Luxemburg, *Crítica de la Revolución Rusa*, Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada, 1969, p. 74.

(32) *Ibid*, p. 88.

(33) *Ibid*, p. 90.

(34) Aquí Rosa dice: "... que la separación de la agricultura y de la industria, aspecto característico de la sociedad burguesa, sea eliminada para dar lugar a una compenetración y función recíproca, a un desarrollo de la producción agrícola como de la industria según puntos de vista unitarios", (pp. 90-91).

"La ocupación de los latifundios por parte de los campesinos -aclarado como consecuencia de la breve y lapidaria consigna de Lenin y de sus amigos '¡Tomad y repartid la tierra!', condujo simplemente al traspaso repentino caótico de la gran propiedad terrateniente a la propiedad campesina. Los resultados no son la propiedad social, sino una nueva propiedad privada, producto del desmembramiento de la gran propiedad en posesiones de pequeña mediana extensión" (35). Pero anteriormente reconoce que "...sería demasiado tonto pretender o esperar que Lenin y sus compañeros, en el breve período de poder y en medio del torbellino impetuoso de luchas interiores y exteriores rodeados de miles de enemigos y de oposiciones, pudieran resolver uno de los objetivos más difíciles, o mejor podemos afirmar con seguridad, el objetivo más difícil de la transformación socialista" (36). La justeza de esta consideración, no contradice la exactitud de la consigna de Lenin, ya que de otra forma hubiera resultado imposible tomar el poder en un país con las características de Rusia (37). El aspecto principal de su crítica radica precisamente en la interpretación de la necesidad imperiosa de democracia política, y en los peligros de la degeneración burocrática que devienen de su ausencia. En efecto, estos "errores" del bolchevismo son cometidos, según Rosa, desde las primeras instancias de la toma del poder.

La revolucionaria polaca critica la disolución de la Asamblea Constituyente de 1917, y si bien acepta los argumentos de Trotsky, en torno al cambio radical que suponen los acontecimientos revolucionarios, objeta que "lo que correspondía era convocar de inmediato a otra asamblea que surgiera de la Rusia renovada y seguir con ella adelante" (38). La apología de la democracia política está hecha con plena conciencia de las limitaciones que las "instituciones democrático-burguesas" conllevan, pero "el remedio inventado por Trotsky y Lenin, la supresión de la democracia en general, es aún peor que el mal que se quiere evitar: sofoca en efecto, la fuente viva de la que únicamente pueden surgir las correcciones de las insuficiencias congénitas de las instituciones sociales, una vida política activa, libre y enérgica de las más amplias masas" (39).

El eje de la participación política reclamada, no pasa exclusivamente por los soviets y la Constituyente, sino además por el ejercicio inmediato del sufragio universal, en oposición al derecho al voto de quienes realizaran un trabajo productivo (excluyendo a comerciantes, rentistas, etc.) contenido en

(35) *Ibid*, p. 92. Subrayado F.F.

(36) *Ibid*, p. 91.

(37) Lukacs advierte lúcidamente que "sólo podía movilizarse para la revolución proletaria las energías liberadas del levantamiento campesino elemental o bien -oponiéndosele- aislar sin esperanzas al proletariado y contribuir a la victoria de la contrarrevolución". Georg Lukacs, *Observaciones críticas a la Crítica de la Revolución Rusa de Rosa Luxemburg*, en *Historia y Conciencia de Clase*. Ver *Histoire et Conscience de Classe - Essais de Dialectique Marxiste*, Paris, Les Editions de Minuit, 1960, pag. 311.

(38) Rosa Luxemburg, *op. cit.*, p. 109.

(39) *Ibid*, p. 113.

la Constitución (40). La exigencia de estos derechos trae consigo el consecuente repudio a la represión política, a la ausencia de libertades democráticas, de expresión, etc. "Sin una vida libre de asociación y reunión, es totalmente imposible concebir el dominio de las grandes masas populares" (41). "La libertad reservada sólo a los partidarios del gobierno, sólo a los miembros del partido -por numerosos que ellos sean- no es libertad, la libertad es siempre únicamente libertad para quien piensa de modo distinto" (42).

Esta encendida exaltación de la libertad, sitúa su postura del ejercicio de la dictadura del proletariado, en el momento histórico que analizamos, en una alternativa diametralmente opuesta a la conducción bolchevique. Tiende a aproximarse a la concepción socialdemócrata clásica de la "dictadura sobre el proletariado", con los peligros que de ella se derivan para el éxito de la revolución. Dejaremos este concepto en Rosa, ya que -aún a riesgo de abrumar al lector con tantas citas- su claridad conceptual nos absuelve de todo resumen. "Sin elecciones generales, libertad de prensa y de reunión ilimitada, lucha libre de opinión y en toda institución pública la vida se extingue, se torna aparente y lo único que queda es la burocracia. La vida pública se adormece poco a poco, algunas docenas de jefes del partido de inagotables energías y animados por un idealismo ilimitado dirigen y gobiernan; entre éstos la guía efectiva está en manos de una docena de inteligencias superiores; y una élite de obreros es convocada de tiempo en tiempo para aplaudir los discursos de los jefes, votar unánimemente resoluciones prefabricadas: es en el fondo el predominio de una pandilla. Una dictadura, es cierto, pero no la dictadura del proletariado, sino la dictadura de un puñado de políticos, vale decir, la dictadura en sentido burgués, en el sentido del dominio jacobino..." (43).

A pesar de las críticas que dirige a Lenin y Trotsky, logra valorar su heroica lucha y sus objetivos. Oponiéndose de esta forma, a ciertas concepciones que prendieron en el anarquismo y en la socialdemocracia, que explican la ausencia de democracia por el "autoritarismo" de los líderes soviéticos o por un complot de lo que llamaron la "nueva clase", para adueñarse del poder, mostrando con ello intenciones antes veladas, Rosa Luxemburg, sin ahorrar energías en señalar lo que juzga errores de sus camaradas, en un juicio que la enaltece, comenta: "Con seguridad también los bolcheviques procederían así si no sufrieran la espantosa presión de la guerra mundial, de la ocupación alemana y todas las dificultades exorbitantes vinculadas a tales hechos, dificultades que no pueden dejar de desviar cualquier política socialista por buena que sean sus intenciones y principios. Sería pretender cosas sobrehumanas de Lenin y sus compañeros, en tamaña circunstancia, que sepan crear como por encanto la mejor de las democracias, la más ejemplar de las dictaduras proletarias y una economía socialista floreciente. Con su decidida actitud re-

(40) Recuérdese que la constitución soviética fue elaborada por el congreso anárquico de los soviets de julio de 1918.

(41) Rosa Luxemburg, op. cit. p. 118.

(42) Ibid, p. 119.

(43) Ibid, p. 123.

volucionaria, su energía ejemplar y su fidelidad escrupulosa al socialismo internacional ellos hicieron verdaderamente cuanto podía hacerse en una situación tan diabólicamente difícil" (44).

Esta opinión, vertida sobre el final de su manuscrito puede parecer que pone entre paréntesis la tesis central del trabajo. Su obra postuma no puede hacer de su tesis un dogma, y debe situarla plenamente en su contexto y remensurarla en su dimensión histórica. Sus puntos de coincidencia con el grueso de la socialdemocracia, y a pesar de la extrema diferencia de contexto que separa las críticas de unos y otros, los hallamos en la exigencia de democracia política desde el comienzo mismo de la Revolución. Claro que esta posición parece haber sido autocriticada con posterioridad como surge de su negativa a publicar el trabajo. De todas formas, la denuncia en torno a la existencia de una capa burocrática desde los inicios del proceso revolucionario la encuadra dentro de esta perspectiva. No obstante esta burocracia no es para la líder polaca una nueva clase social, sino una desviación resultante de las adversas condiciones de desenvolvimiento de la Revolución. Rosa no ensaya en párrafo alguno definición acerca de la naturaleza de régimen soviético. Surge de esta omisión y de la caracterización de la burocracia como capa social, que coincide con la conclusión bolchevique que le otorga a la URSS el carácter de Estado Obrero.

Se trata del trabajo crítico más serio que se produjo durante los primeros años de la experiencia soviética, debido al aporte concreto que realiza en materia de medidas correctivas de estas desviaciones -y más allá de su acierto-, estas son rápida e inteligentemente detectadas, al tiempo que situadas en las condiciones históricas y materiales precisas para su comprensión.

II. El anarquismo

Dedicaremos ahora algunas líneas al anarquismo, que se ha referido a este problema abundantemente, aunque desde el punto de vista analítico se ha centrado en la naturaleza política del fenómeno burocrático. Esta corriente poco a poco se fue sumando al sector mayoritario de la socialdemocracia en su sistemática oposición al gobierno bolchevique. Sus denuncias adoptaban un tenor similar al caso anterior, y su caracterización acerca de la naturaleza de la República Sovietica, coincide con la de la gran mayoría de sus exponentes. Estos revolucionarios siguieron con entusiasmo la experiencia de los soviets, participando activamente en ella, en la medida en que éstos le pudieran permitir aspirar a la gestión directa sin la existencia de aparatos opresores. Pero ni bien el proceso revolucionario necesitó centralizar su funcionamiento, ejercer la dictadura del proletariado como defensa ante la contrarrevolución, se situaron del lado de ella.

El revolucionario ruso Vsevolod Mikailovitch, conocido por el seudónimo de Volin, ha dejado testimonio de estas luchas en su *Revolución Desconocida* (45), obra clásica del anarquismo, que intenta analizar el proceso ruso

(44) Ibid, p. 51.

desde 1825 hasta 1921. Aproximándose fielmente a la denuncia radical de los más ortodoxos socialdemócratas, da cuenta de la existencia de una burocracia "incomparable", que precisa de la represión sangrienta para su subsistencia. Esta burocracia "ahoga en sangre las huelgas, las manifestaciones y las revueltas que se producen de tiempo en tiempo en el país, sin que la prensa bolchevique, naturalmente, diga palabra"(46). Resulta lamentable comprobar que algunos anarquistas se contaban entre los instigadores de tales revueltas. Especialmente Volin, que en 1913, fue electo presidente del consejo militar insurreccional de los Makhnovistas. Esta burocracia no es para Volin, como podrá suponerse, una simple casta o capa social, sino una "burguesía de Estado" (47).

Fiel continuador de la teoría anarquista del XIX, el revolucionario ruso define al Estado como el principal elemento de opresión y el causante de esta burocratización "contrarrevolucionaria" que dejó a la Revolución Rusa "maniatada, castrada, burocratizada, aburguesada, embriagada, desfigurada y petrificada"(48). Debido a esta "burguesía de Estado", el régimen bolchevique deviene en "capitalismo de Estado: tal es el sistema económico, financiero, social y político de la U.R.S.S.". Pero el acuerdo con la ortodoxia socialdemócrata, en especial la alemana no se agota aquí. El capitalismo de Estado no puede sino aniquilarse, ya que el pretendido desarrollo de las fuerzas productivas no es tal. "La industrialización de la U.R.S.S. no es sino un bluff. Los planes quinquenales, tampoco son sino otro inmenso bluff resultante de la industrialización. En base a hechos y cifras precisas, afirmamos que esos planes han sufrido completa quiebra"(49).

Son claramente notorias las coincidencias que esta corriente encuentra con el sector mayoritario de la anterior. Aparece no obstante, un punto de distancia entre estos extremos tocantes. El anarquismo no reniega de la revolución social, esperando el desarrollo burgués de las fuerzas productivas. Solo se remite a derribar todo aparato de dominación (Estado) y toda forma de dictadura (aun la proletaria). Encontraremos en el trabajo de Volin una vehemente reivindicación de la democracia obrera, una incansable denuncia del "terror bolchevique", aunque ausente de precisiones en el análisis económico social. Por lo general el anarquismo clásico, ha desdenado la interrelación que guardan los aspectos económicos y políticos, al menos con la precisión que requerimos los marxistas. El extenso trabajo de este revolucionario solo dedica dos páginas a la consideración de la naturaleza de la U.R.S.S., reconociendo que sólo dará un

(45) Esta obra terminó de ser escrita durante su exilio en Marsella muy posteriormente al período que nos ocupa. No obstante puede ser considerada la "biblia" del pensamiento anarquista de entonces, ya que está plenamente influida por estos acontecimientos, y sus posiciones ya eran conocidas por el público ruso a través de su prédica constante en los periódicos Golostruda de la Unión de Propaganda Anarco-sindicalista de Petrogrado, y el Nabate.

(46) Volin, *La Revolución Desconocida*, Buenos Aires, Ediciones Forja, 1954, p. 235. (Este trabajo fue reeditado recientemente por Editorial Proyección).

(47) *Ibid.*, p. 235.

(48) *Ibid.*, p. 235.

(49) *Ibid.*, p. 210.

breve esbozo de su pensamiento. Volin presta especial atención a la nacionalización de los medios de producción y a la posterior colectivización forzada deduciendo de ello su tesis de la existencia de un "capitalismo de Estado". "Puesto que cuanto es indispensable para el trabajo y la actividad de los hombres -dicho de otro modo, todo lo que es, en el vasto sentido del término, capital - pertenece en Rusia al Estado, se trata en este país de un integral capitalismo de Estado"(50). He aquí la argumentación de Volin, para justificar su concepto.

Este "modelo" ha sido continuado por varios autores sin mayores variantes en lo esencial. Citaremos a continuación a modo de ejemplificación a Arthur Lehning, quien en base a otro tipo de análisis arriba a similares conclusiones. Su trabajo *Marxismo y Anarquismo en la Revolución Rusa*, escrito en 1929, pone especial énfasis en la deformación que Lenin habría hecho de la teoría marxista, que sumado a los "errores" del propio Marx, devienen en el terror actual. El "antisoviétismo leninista", ha sido la táctica para justificar el "superestado" bolchevique, camino directo al capitalismo de Estado con su terror como forma política de dominación. "Los marxistas leninistas -escribe-, con su dictadura del proletariado, su aparato estatal centralista, su burocracia y su policía secreta, inauguraron en Rusia un régimen de terror y una de las peores formas de absolutismo desde el nacimiento del Estado moderno en Europa" (51).

Notamos, al igual que en el caso anterior, un análisis eminentemente político, aunque en base a un rastreo teórico de los clásicos del marxismo en busca de los gérmenes ideológicos de lo que juzga como el "oscuro" resultado de Octubre. El autor recorre puntiliosamente los textos de Marx y Lenin en persecución de su "autoritarismo", que justifica el desenlace que anota Lehning. Concluye su exposición apoyándose en la definición del capitalismo de Estado para caracterizar las relaciones soviéticas de producción a partir de un párrafo de Zi

(50) *Ibid.*, p. 210.

(51) Arthur Lehning, *Marxismo y Anarquismo en la Revolución Rusa*, Buenos Aires, Editorial Proyección, 1974, p. 12.

(52) Este término llegó a ser utilizado por el mismísimo Lenin. Pero sin duda el significado del mismo difiere notablemente del que le da Arthur Lehning. Recuérdese que no existía hasta entonces una definición precisa de su naturaleza. La aplicación de la N.E.P. traía consigo formas mercantiles de distribución y era precisamente el peso de estas formas distributivas a las que el líder de Octubre llamó como tal durante un corto período. Ya nos habíamos referido a esto en la cita correspondiente a la nota 23. No obstante insistiremos en la diferencia de contenido que Lenin le otorga a esta posibilidad. "El capitalismo de Estado -escribe Lenin- es el capitalismo que debemos limitar dentro de cierto marco. Esto es esencial. Y de nosotros depende como será ese capitalismo de Estado. Tenemos suficiente poder político, del todo suficiente; también tenemos a nuestra disposición suficientes recursos económicos, pero la capacidad de la vanguardia de la clase obrera, llamada a dirigir directamente, a determinar las fronteras, fijar los límites, a subordinar y no ser subordinada, no es suficiente. Para ello todo lo que nos hace falta es capacidad, cosa que no tenemos." V.I. Lenin, *Informe político del Comité Central del PC (b) R del XI Congreso*, en O.E., cit. tomo VI, p. 411.

novien en que menciona la posible organización del capitalismo de Estado (52). Trataremos en este caso de simplificar obviando las citas, ya que pueden reconocerse en lo sustancial los lineamientos generales de este autor en la ejemplificación que hicimos en torno al libro de Volín. Este texto trata, a diferencia del anterior, de matizar los hechos históricos de la Revolución Rusa, con la teoría marxista vista críticamente, arribando a las conclusiones ya apuntadas. (52 bis).

Un último ejemplo que encuadraremos dentro de esta corriente, aunque en forma sumamente problemática, es el de Victor Serge. Esta problemática está dada por su evolución posterior hacia el trotskismo, que a la vez se encuentra plagada de marchas y contramarchas dentro de este derrotero ideológico, ligado constantemente a sus incesantes luchas revolucionarias. Resulta sumamente dificultoso poder rastrear con precisión la evolución ideológica de Serge, tan confusamente incluido en alguna corriente específica en base exclusivamente a determinado período de su vida, complicado además por la inexistencia de sus obras completas. No obstante sus memorias, sumamente difundidas, dan una idea de este camino, a veces sinuoso, que representa su vasta obra. En un trabajo publicado en 1939, en plena madurez de Serge, a modo de balance del proceso revolucionario soviético anota: "Aparece cada vez más netamente que se ha constituido una clase privilegiada, que para asegurar su porvenir aparta brutalmente a los artífices de la revolución; pero que debe mantener la propiedad colectiva de los medios de producción, que parece ser hoy la única adquisición duradera de la Revolución Rusa" (53). Esta opinión nos ha llevado no sin dudar por cierto a ubicar al revolucionario dentro de esta corriente que ha sido la sabia nutricia de sus orígenes. No obstante, sin bien en ella se entronca con los ejemplos anteriores en la caracterización de la burocracia soviética como una clase social, evita los excesos característicos de estos, dejando un interrogante, -más bien por omisión- en torno a la naturaleza del régimen soviético.

Algunas otras corrientes, que si bien tienen sus raíces en el anarquismo, se han enriquecido por algunos aportes del marxismo. Y si bien pueden en algunos casos arribar a similares conclusiones, su riqueza y variedad nos fuerza a dedicarle un punto aparte. Trataremos en el parágrafo V estas variantes (54).

(52 bis) Para abundar en la crítica de Lehning al leninismo puede consultarse: Arthur Lehning, *Lo Stato bolscevico ed i Soviet*, (1929), en *L'antistalinismo di sinistra e la natura sociale dell'URSS*, a cura de Bruno Bongiovani, Milán, Giangiacomo Feltrinelli Editore, 1975, p. 68 y ss.

(53) Victor Serge, *La Revolución Rusa*, en *Historia de las revoluciones de Cromwell*, Franco, Buenos Aires, Editorial Losada, 1939.

(54) Un análisis abordado con similar metodología que arriba a la vez a idénticas conclusiones que los anarquistas, aunque desde una perspectiva política diferente es la del eserista Steimberg. Su situación de socialrevolucionario, comisario del pueblo de justicia, le otorga singular interés a su obra, plena de detalles relativos a la vida política soviética. Su oposición a Lenin se apoya, al igual que los anarquistas en la crítica del "uso del terror" haciendo una reivindicación de los narodniki, como "palabras" del movimiento revolucionario ruso, Steimberg, *En el taller de la Revolución*, Buenos Aires, Editorial Americana, 1958.

III. Las primeras disidencias en el seno Del Partido bolchevique

Los acontecimientos posteriores a la toma del poder llevaron al partido bolchevique a centrar sus energías en tareas muy distintas a la construcción paulatina de la nueva sociedad en la que estaban comprometidos. La pesadilla de las luchas internas y externas, no le dejó otra alternativa que asumir casi con exclusividad la defensa de las conquistas adquiridas, confiando en el pronto desencadenamiento de la revolución en la Europa central, con especial expectativa en Alemania. Las medidas económicas adoptadas desde 1918, conocidas como "Comunismo de guerra" no tenían por objeto -resultaba imposible- el establecimiento de un modelo industrial avanzado, sino la racionalización de la penuria existente, y la distribución de recursos para el frente de batalla. Este era el panorama desolador en el que se desenvolvía el proceso, que no permitía vacilación alguna sin poner en peligro la victoria.

Precisamente en abril de 1918, aparece la primera disidencia significativa en el seno del partido con el autoproclamado grupo de los "Proletarios comunistas" que editaban la revista *Kommunist*, periódico de oposición que en su número uno expresa que la República de los Soviets amenaza con avanzar hacia el "Peligro del Capitalismo de Estado". Esta tendencia liderada por Nicolás Bujarín, director de la publicación, y secundada por Radek y Ozinsky, Preobrachensky y Piatakov, no encontró eco en los demás miembros y sucumbió ante las críticas rotundas que la fueron formuladas desde la aparición del polémico primer número. No transcurrieron más que algunos días para que Lenin respondiera a estas argumentaciones con el calificativo de pequeñoburguesas. "Cualquiera sea el ángulo desde el cual se considere el problema, la conclusión es solo una: la argumentación de los 'comunistas de izquierda' sobre el supuesto peligro que nos amenaza, o sea, el del 'Capitalismo de Estado', constituye un completo error en economía, una prueba evidente de que son totalmente esclavos de la ideología pequeñoburguesa" (55). La revista *Kommunist* no pasó del número dos, y tenemos la plena certeza de que en mayo de 1919 -y es posible que antes también-, Bujarín ha rectificado plenamente su postura (56). No obstante, este hecho sienta un importantísimo precedente que incidirá decisivamente en los conflictos posteriores.

Promediando los años veinte la polémica vuelve a tomar carácter prioritario en las entrañas del partido. Estas agudas discusiones se inician en el IX Congreso del Partido, en las que participaran sus más destacados miembros, proyectando a la vez a otros de accionar más desapercibido, a la primera escena del debate. Se trata de las discusiones iniciadas en torno al papel de los sindicatos. Si

(55) V.I. Lenin, *Infantilismo de Izquierda y la mentalidad pequeñoburguesa*, en O.E., cit., tomo V, p. 200.

(56) Para corroborar esta afirmación, remitimos al lector interesado a revisar el Programa de los Bolcheviques, de Nicolás Bujarín, Santiago (Chile), Editorial Quimantú, 1972.

bien este tema puede parecer tangencial a la problemática que nos ocupa, el carácter del debate lo pone como epicentro de la lucha antiburocrática.

En setiembre de ese año, se desarrolla una corriente que decide encarar un combate abierto contra el centralismo democrático de Lenin y Trotsky: la "Oposición Obrera", liderada por Alejandra Kollontai. La revolucionaria soviética inicia su polémica en la IX Conferencia de toda Rusia del Partido, continuando estas discusiones durante 1921, hasta ser liquidados orgánicamente como grupo. Las febriles discusiones en torno al papel de los sindicatos dieron a la "Oposición" la oportunidad de expresar un reclamo de autogestión, tanto a nivel de las fábricas, como a nivel global de la economía, apoyado en la caracterización de serias desviaciones burocráticas en el aparato del partido que avanzaba hacia la dominación por una "capa burocrática" cada vez más alejada de las masas luchadoras. La polarización de las posiciones se marcó en el X Congreso "Por primera vez la República de los trabajadores leemos en los puntos 4 y 5 de la plataforma de la oposición para ese congreso: tiene la posibilidad de conocer un momento de 'tregua', de abandonar la sangrienta lucha armada contra la contrarrevolución interna y subterránea, contra el imperialismo mundial, y concentrar todas las fuerzas del país para superar la ruina económica y elevar el potencial productivo. La experiencia de cuatro años de revolución y de tres años y medio de luchas y construcción soviéticas enseña que la realización de las tareas propuestas ha tenido éxito cuando grandes capas de las masas obreras han participado en su ejecución. Debemos tomar en cuenta esta experiencia y debemos actuar de manera que las masas obreras estén directamente implicadas en la gestión de la economía. Triunfar sobre la desorganización económica es decir poder reconstruir las fuerzas productivas de nuestro país sólo es posible si se efectúa un cambio profundo del sistema económico existente y de los procedimientos de organización y de gestión. El sistema que consiste en apoyarse sobre una máquina burocrática obstructora para restablecer la economía, impide toda iniciativa creadora por parte de los productores organizados en los sindicatos." (57).

Esta caracterización, ha llevado a Alejandra Kollontai a sostener la idea de una profunda crisis en el partido debido a la imposibilidad de dar respuesta adecuada: a) la situación extremadamente crítica de la economía nacional, b) los incesantes ataques del imperialismo y la contrarrevolución durante la guerra civil y, c) la debilidad numérica del proletariado en un país donde no existían las condiciones económicas necesarias para la colectivización y la centralización de la producción. De allí deriva la necesidad de incrementar la iniciativa y gestión de las masas frente a la tendencia burocratizante y desmovilizadora apoyadas en las condiciones arriba enunciadas. La plataforma incluye a la vez una extensa lista de indicaciones de organización de la vida cotidiana atendiendo a la gratuidad de los servicios prestados a los obreros que permitan tal ordenamiento (calefacción, transporte, almuerzo fabril, etc.).

(57) Alejandra Kollontai, La Oposición Obrera, Schapire Editor, Buenos Aires, 1975, pp. 85-86.

Estas argumentaciones fueron respondidas durante el congreso por el grupo de los diez, entre los que se contaban Lenin, Kalinin, Zinoviev, Kamenev, y Stalin. La plataforma presentada por estos revolucionarios al X Congreso difiere seriamente de la anterior en la caracterización de estas tendencias. "Los II y III Congresos panrusos de los Sindicatos y la V Conferencia de los sindicatos fijaron, con el mismo espíritu, las tareas generales de los sindicatos durante la dictadura del proletariado.

Estas definiciones continúan los 'diez' - conservan su justeza y no necesitan ningún cambio. El X Congreso del partido no debe buscar una nueva formulación teórica del rol de los sindicatos durante la dictadura del proletariado sino que deberá determinar los medios para aplicar las decisiones anteriores" (58). Esta plataforma responde al concepto de crisis que sustentará la oposición obrera, y que apoyará Trotsky, como veremos posteriormente, negando su alcance y responsabilizando a las condiciones impuestas por los tiempos de guerra a las dilaciones en la aplicación de los principios enunciados en los II y III Congresos de los sindicatos "La finalización de la guerra civil y la prioridad que se da a los problemas económicos, permiten establecer más concreta y ampliamente que antes los lazos sólidos entre las organizaciones económicas de la República Soviética y los sindicatos" (59). La plataforma concluye con un prolijo detalle de las formas organizativas tendientes a instaurar la ligazón necesaria entre los sindicatos y la planificación económica en la que puede reconocerse la pulcritud de Lenin para abordar hasta los más mínimos detalles.

Una tercera ponencia digna de consideración es la que firman Trotsky, Bujarin, Preobrachensky, y Rakovsky entre otros. Su plataforma se inicia con una crítica de las posiciones vertidas en la "plataforma de los diez". "El 'grupo de los diez' aprueba la política que ha seguido el presidium del Consejo Superior Central de los sindicatos y se opone en consecuencia a un cambio radical de los métodos y los ritmos de trabajo de los sindicatos reconocidos como necesarios por el IX Congreso del Partido. El 'grupo de los diez' se niega a reconocer la profunda crisis de los sindicatos que revela sin embargo, el foso que separa a los sindicatos de la economía y la inadecuación de los métodos empleados y de los problemas de producción" (60). Pero al mismo tiempo, Trotsky y sus compañeros critican la solución presentada por Alejandra Kollontai, por su excesivo sindicalismo. "La plataforma de la Oposición Obrera proviene de la voluntad perfectamente justa y legítima de concentrar la gestión de la industria en manos de los sindicatos; pero también de más en más hacia el 'sindicalismo' (tradeunionismo), lo cual es una posición falsa tanto desde el punto de vista práctico como teórico" (61). Luego de criticar ambas posturas precedentes, estos revolucionarios pasan a exponer sus propuestas, que de alguna manera intentan mediar entre los extremos de Lenin y Kollontai. "La línea que nosotros defendemos incluye los puntos siguientes: no sólo el crecimiento de la democracia

(58) Ver los documentos anexos al libro de Alejandra Kollontai, citado p. 98.

(59) Ibid, p. 100.

(60) Ibid, p. 119.

(61) Ibid, p. 120.

obrero en los sindicatos sino el aumento de la influencia de los sindicatos en la producción; la fusión de los sindicatos y las organizaciones económicas, el establecimiento de un aparato económico fundado en el rol creciente de los sindicatos como organismos de masas. Finalmente, los sindicatos deben ser una 'escuela de comunismo' - término utilizado en la resolución del Congreso sobre sindicatos que retoma el 'grupo de los diez' - sobre todo en el terreno de la educación económica de las masas y de sus representantes.

Nos diferenciamos, pues, prosigue el texto, de las tendencias tradeunionistas de la Oposición Obrera y de la posición poco firme de los 'diez' sobre los sindicatos". (62). Esta plataforma se encuentra dividida en párrafos de estructura similar a la del grupo de los "diez", para facilitar la comparación de los asistentes al congreso entre las dos últimas ponencias. No nos detendremos más en los pormenores de esta riquísima polémica que evidencia el grado de conciencia que las desviaciones burocráticas habían despertado, por un lado, frente a los peligros de escisión que temían, especialmente Lenin, y aunque algo menos Trotsky. (63). Del equilibrio inestable entre estas oposiciones el Congreso se vió finalmente inclinado a hacer pesar la última. A propuesta de Lenin el Congreso votó una resolución que disolvía a la oposición. Esta propuesta incluía severas sanciones para toda tendencia "fraccionista" pero este punto fue eliminado de la resolución final. "Rechazando por principio la desviación hacia el sindicalismo y el anarquismo -leemos en los puntos 5 y 6 de la resolución-, que es analizada en una resolución especial (64), y encomendando al Comité central asegurar la total eliminación de todo fraccionismo, el Congreso declara al mismo tiempo que todas las proposiciones prácticas sobre las cuestiones a las que el grupo llamado 'oposición obrera' dedicó atención especial, tales como depuración del partido de elementos no proletarios e inseguros, lucha contra las prácticas burocráticas, desarrollo de la democracia y de la iniciativa de los obreros, etc., deben ser examinadas con la mayor atención y comprobada en la práctica. El partido debe saber que no hemos tomado todas las medidas necesarias respecto de estas cuestiones, debido a diversos obstáculos, pero que el partido, en tanto que rechaza categóricamente la pseudo crítica no práctica y fraccionista, continuará incansablemente probando nuevos métodos -la lucha con todos los medios a su alcance contra los males de la burocracia, por la ampliación de la democracia y la iniciativa, por descubrir, desenmascarar y expulsar del partido a los elementos que se han introducido en sus filas, etc.

El Congreso, por consiguiente continúa el proyecto, declara disueltos y

(62) Ibid, pp. 122-123.

(63) Para el lector interesado en profundizar en este aspecto, podemos recomendar un texto que combina las críticas a la posición de Trotsky y Bujarin por un lado, y Alejandra Kollontai por otro, con su insistencia de limitar cualquier posibilidad de fraccionamiento. V. V.I. Lenin, Una vez más acerca de los sindicatos, la situación actual y los errores de Trotsky y Bujarin, en O.E. cit., tomo VI, p. 210.

(64) Se trata de la resolución del X Congreso del P.C.R. sobre la desviación sindicalista y anarquista en nuestro partido, cuyo proyecto preliminar puede encontrarse en las obras escogidas de Lenin, cit., tomo VI, p. 285.

ordena la inmediata disolución de todos los grupos sin excepción formados sobre la base de una y otra plataforma (a saber: el grupo 'oposición obrera', 'centralismo democrático', etc.). El no cumplimiento de esta disposición del Congreso implicará la inmediata expulsión del partido" (65). Luego de esto la revolucionaria cesó en sus propósitos y acordó desde 1923 cierto apoyo tácito a la política oficial, ocupando ciertos cargos menores en el Estado Soviético. Resultó ser, finalmente, la única integrante de la "Oposición Obrera" que no fue físicamente eliminada durante las "purgas" de Stalin.

Los peligros subyacentes a la disgregación del partido, tal como se desprende de lo anterior, han sido tema central de preocupación de Lenin y Trotsky. Los cambios evidentes en las relaciones económicas que la NEP introducía hacían temer a los líderes de Octubre ante la posibilidad de poner en peligro las conquistas ganadas por las masas con tanto sacrificio. Pero al mismo tiempo ambos comenzaban a vislumbrar la tendencia burocrática dentro de los aparatos del partido y el Estado, como un flagelo que debía combatirse firmemente. No obstante estas preocupaciones, en el caso de Lenin, fueron negadas durante décadas por el stalinismo, y tanto su testamento político como el diario que dictaba a sus secretarías durante su período de convalecencia, no fue publicado sino con posterioridad a la muerte de Stalin. Pero incluso con anterioridad a estos textos del 22, en enero de 1921, Lenin afirma: "Hay que tener el valor de mirar de frente la amarga verdad: el partido está enfermo". Luego agrega: "El Estado obrero es una formulación teórica. En primer lugar, tenemos un Estado obrero con la particularidad de que en el país no predomina la población obrera, sino la campesina; en segundo lugar, un Estado obrero con una deformación burocrática" (66).

Más tarde, cuando la burocracia se arraiga con mayor fuerza, sobre finales de 1922 escribe: "... la incorporación de numerosos obreros al Comité Central, ayudará a los obreros a mejorar nuestro aparato, que es verdaderamente defectuoso" (67). "El camarada Stalin, convertido en Secretario General, ha concentrado en sus manos un poder ilimitado, y no estoy seguro de que siempre sepa utilizarlo con suficiente prudencia" (68) Trotsky, en su autobiografía, relata un interesante diálogo que tuvo con Lenin en 1922. "Pues bien -dice Lenin- le propongo a usted que formemos un bloque contra la burocracia en general y contra el Comité en particular. Nada más honroso -responde Trotsky- que asociarse con una buena persona para una obra buena" (69). Pero al mismo tiempo, este bloque debía circunscribirse al contexto de la lucha contra la escisión del partido y la inestabilidad de la conducción, que ambos consideraban

(65) V.I. Lenin, Proyecto preliminar de resolución del X Congreso del P.C.R. sobre la unidad del partido, en O.E. cit., tomo VI, pp. 283-284.

(66) V.I. Lenin, La Crisis del Partido, en Obras Completas, Buenos Aires, Ed. Cartago, 1960, Tomo XXXII, pag. 39.

(67) V.I. Lenin, Testamento Político, Editorial Anagrama, Barcelona, 1975, p. 17.

(68) Ibid, p. 14. Este texto fue escrito con un día de antelación respecto al último citado.

(69) León Trotsky, Mi vida, Buenos Aires, Ediciones de Siglo, 1972, p. 501.

posible. El apoyo del partido en dos clases, sumado a las implicancias políticas que la N.E.P. podría acarrear en detrimento de tal equilibrio social, los lleva a subordinar sus posibles ataques a la burocracia al control de esta posibilidad.

La conciencia de los líderes soviéticos de esta excrecencia que se estaba gestando en el seno del partido y del Estado, no fue acompañada suficientemente y en muchos casos fue directamente combatida por medios deshonestos, como surge de la desaparición del testamento político de Lenin y de todas las salvajes arbitrariedades del Thermidor soviético por el resto de los miembros, lo que los llevó a evitar cualquier combate sin que el bloque, de hecho, que habían convenido, se apoyara en la autoridad intelectual de Lenin, a quien, como comenta Trotsky en *Mi vida*, nadie se atrevía a oponerse. La enfermedad de Lenin le impidió a ambos librar el combate que se habían propuesto. Trotsky se lamenta: "Es seguro que nuestra campaña combinada contra el Comité hubiera terminado en una franca victoria a comienzos del 23. Y no me cabe la menor duda que en vísperas del XII Congreso del Partido, yo hubiera roto por mi cuenta el fuego contra el burocratismo staliniano, acogéndome a la idea en que se inspiraba el 'Bloque' concertado con Lenin habría conseguido una victoria completa sin necesidad que este interviniese. Lo que no aseguro es que hubiera conseguido sostener indefinidamente esta victoria" (70).

Cuando Trotsky emprende la lucha frontal sobre las postrimerias del año 23, se encuentra en minoría, ya la gravedad del estado de salud de Lenin convierte en pandillaje los abusos de la troika (71), y la contraréplica contra el trotskismo no se hace esperar. La "Oposición de izquierda", que funda Trotsky, es cada vez más combatida y derrotada. En el año 26 se cifran nuevas esperanzas en la "Oposición unificada", que incluía algunos miembros desplazados del poder por la burocracia, pero el poder burocrático es para entonces absoluto y se vieron imposibilitados de debilitar siquiera esta nefasta tendencia. Durante el periodo que media de 1923 a 1934, el conjunto de los antiguos miembros del partido fue desorganizadamente despertando de su letargo, y advirtiendo impotentemente al poder del monstruo que fue gestándose en su seno. El stalinismo, no tuvo así, dificultad de desarticular al Comité Central del primigenio partido bolchevique, para culminar la tarea de consolidación, produciendo una evidente mutación de cantidad en calidad que reafirmó su poder oránimono (72); un poder que encuentra su génesis en la conjunta

(70) *Ibid.*, p. 503.

(71) Denominación del bloque formado por Stalin, Zinoviev, y Kamenev.

(72) Sobre 71 miembros efectivos del Comité Central del Partido bolchevique, Stalin asesinó 40 con proceso, 8 sin proceso, es decir al 67 0/0. Si consideramos que dos se suicidaron, y 2 murieron por causas naturales, los sobrevivientes ascienden al 27, 7 0/0. Entre los 78 miembros suplentes fueron asesinados 49 sin proceso, 6 con proceso. Fueron ejecutados entonces el 70,5 0/0. Considerando que dos también se suicidaron y no por casualidad evidentemente, los sobrevivientes representan el 14,1 0/0 del total. Para ampliar sobre estos datos véase Michael Morozov, *Quien manda en Rusia?*, Barcelona, Editorial Ayuná, 1977, p. 20

interpenetración de circunstancias coyunturales y profundamente estructurales entre las que no puede descartarse como momento de esta contradicción decisiva, el nivel de conciencia oportuno dentro del partido y la adopción de las correspondientes medidas correctivas, para poder superar las formas ideológicas que revestía el proceso degenerativo del que era partícipe.

En las discusiones en torno al papel de los sindicatos, y en los párrafos de Lenin que hemos mencionado, con posterioridad a esta polémica, advertimos en forma larval la caracterización de la URSS en tanto "Estado Obrero degenerado" que tomará y profundizará Trotsky posteriormente. En efecto,



ZARIA (El Amanecer), concebida como un órgano teórico, era publicada por el mismo consejo de redacción de ISKRA y se editaba en STUTTGART. La portada muestra el número 4, publicado en agosto de 1902.

tanto la plataforma de la "Oposición Obrera" como las de Trotsky y Lenin renuncian a considerar y salvo el período de Bujarín en la *Kommunist*, este es unánime dentro del partido a la URSS, como otras cosa que un Estado Obrero. Pero precisamente la tendencia burocrática señalada por cada uno, aún con los matices diversos que en particular han aportado unos y otros, comienza a delinear la degeneración en la que tanto insistirá el *Uner de la Oposición de Izquierda*.

Llegamos pues, al momento de desarrollo de la conciencia de esta problemática en el que el fenómeno de la burocracia, aparece inextricablemente ligado al de las relaciones sociales de producción. A partir de aquí, ambos se tornan absolutamente indivisibles y, como tales, deben considerarse momentos de este todo problemático que es la naturaleza de la URSS. Claro que aquí

no se detienen los análisis y mucho menos aún, los que parten de las concepciones a las que hicimos referencia en este punto, de la misma manera que no se detiene la historia. Continuaremos entonces con el trotskismo, heredero de estas experiencias de lucha, de las cuales se nutre su teorización.

V. El trotskismo

Desde la constitución de la Oposición de Izquierda en 1923, la burocracia debió enfrentarse con esta en un combate encarnizado. Esta lucha ha sido el referente histórico de la teorización que el trotskismo ha realizado en torno a la naturaleza de la Unión Soviética y al rol de la burocracia. Pero estos análisis no encuentran, como exclusivo protagonista a León Trotsky sino que reconocen algunos antecedentes de otros miembros enrolados en idénticas filas quienes al mismo tiempo no fueron ajenos al pensamiento del primero.

Un claro ejemplo de estos antecedentes, es el análisis que en 1928 realiza Christian Rakovsky. El líder rumano envía para esa fecha una carta a Valentinov, otro militante consecuente de la oposición, en la que lo advierte de los serios peligros que constituye la pasividad e las masas frente a los escándalos del poder. Gérmenes ya desarrollados de la teoría trotskista que posteriormente será ampliamente difundida se encuentran en este trabajo de redacción sencilla, pero de gran envergadura. Trataremos de resumir sus ideas en un par de párrafos, ya que Trotsky acrecentará la rigurosidad teórica de estas caracterizaciones. En Rakovsky podemos encontrar un claro y rotundo ataque a las concepciones de la burocracia como una "nueva clase" en su explicación de la génesis de esta última. "Cuando una clase toma el poder -escribe el revolucionario de la 'oposición'-, un sector de ella se convierte en Agente de este poder. Así surge la burocracia. En un Estado socialista, a cuyos miembros del partido dirigente les está prohibida la acumulación capitalista, esta diferenciación comienza por ser funcional y a poco de andar se hace social" (73). Trotsky, quien guardaba en alta estima los juicios del teórico rumano como lo manifiesta en un famosa *Revolución Traicionada*, tomará además su idea de la necesidad de recortar abundantemente las funciones de los organismos centrales. "A mi juicio -sentencia el escritor rumano-, la primera condición para devolver a la dirección del Partido la capacidad de ejercer un papel educativo, es reducir la importancia de las funciones de esa dirección. Las tres cuarta partes del aparato deberían ser licenciadas. Las tareas del cuarto restante deberían tener límites estrictamente determinados. Análogo criterio debería aplicarse a las tareas, a las funciones y a los derechos de los organismos centrales" (74).

(73) Rakovsky, Christian, *Los peligros profesionales del poder*, v. el texto íntegro a continuación de este trabajo.

(74) *Ibid.*, pp. 44-45.

Rakovsky encuentra un triste final en sus "trabajos forzados" luego de reconocer sus "errores" en los "procesos de Moscú".

Estas concepciones, como hemos mencionado más arriba, son brillantemente profundizadas por Trotsky. Mostrando un profundo conocimiento de la situación de la Unión Soviética, a pesar de su alejamiento involuntario, escribió en 1936 *La Revolución Traicionada*, obra en la que analiza la degeneración stalinista del régimen soviético y la necesidad de provocar el derrocamiento de la casta usurpadora del poder. Mostrando un agudo ingenio define a la burocracia mediante la siguiente ilustración: "Se puede formular un teorema sociológico de este género: la coerción ejercida por las masas en el Estado obrero es directamente proporcional a la solidaridad social y a la felicidad común al nuevo régimen. La burocracia, (en otros términos, 'los funcionarios privilegiados y el comando del ejército permanente') responde a una variedad particular de coerción que las masas no pueden o no quieren aplicar y que se ejerce de uno u otro modo contra ellas" (75).

El gran revolucionario critica seriamente la concepción de la burocracia como clase social, y el capitalismo de Estado como sustrato dominante de las relaciones de producción soviéticas. Trotsky establece que "la URSS es una sociedad intermedia entre el capitalismo y el socialismo, en la cual; a) las fuerzas productivas son todavía demasiado insuficientes para dar a la propiedad de Estado un carácter socialista; b) la propensión a la acumulación primitiva fruto de la necesidad, se manifiesta a través de todos los poros de la economía planificada; c) las normas de repartición de carácter burgués son el punto de partida de la diferenciación social; d) el desarrollo económico, junto con mejorar lentamente la condición de los trabajadores, contribuye a formar rápidamente una capa de privilegiados; e) la burocracia, explotando los antagonismos sociales, ha llegado a ser una casta incontrolable, extraña al socialismo; f) la revolución social traicionada por el partido gobernante vive todavía en las formas de propiedad y en la conciencia de los trabajadores; g) la evolución de las contradicciones acumuladas puede ir a parar al socialismo o lanzar a la sociedad hacia el capitalismo; h) la contrarrevolución en marcha hacia el capitalismo deberá romper la resistencia de los obreros; i) los obreros marchando hacia el socialismo deberán derribar la burocracia. La cuestión será resuelta en definitiva por la lucha de dos fuerzas vivas en los dos terrenos, nacional e internacional" (76).

Trotsky se propone eliminar las fórmulas rotundas y categóricas en torno a la definición de la naturaleza de la URSS. Trata de resaltar sus tendencias progresistas y sus tendencias reaccionarias, observando las fases de desarrollo del fenómeno. Ahora bien, luego de descartar la hipótesis de la existencia de un capitalismo de Estado, y de la consecuente caracterización de la burocracia como su clase dominante, deja abierta la posibilidad de una restauración capitalista en la República Soviética si estas tendencias negativas triunfaran por sobre la organización colectiva de la sociedad, derrumbando de esta forma la

(75) León Trotsky, *La Revolución Traicionada*, Buenos Aires, El Yunque Editora, 3/fechã, p. 123; también: Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1937.

(76) *Ibid.*, p. 238.

enorme tarea desarrollada por las masas desde la revolución. "La burocracia continúa a la cabeza del Estado. No podemos pensar -agrega el exilado soviético- que la burocracia abdique el favor de la igualdad socialista. Así como ha restablecido los grados y las condecoraciones, a pesar de sus evidentes inconvenientes, deberá apoyarse inevitablemente después en relaciones de propiedad. Tal vez se objetará que poco importa al gran funcionario la forma de propiedad de la cual saca sus rentas. Sería ignorar la inestabilidad de los derechos del burócrata y el problema de su descendencia. El reciente culto de la familia soviética no ha caído del cielo. Los privilegios que no se puede legar a los hijos pierden la mitad de su valor. Ahora bien, el derecho a testar es inseparable del derecho de propiedad. No basta ser director de trust, hay que ser accionista. La victoria de la burocracia en este sector decisivo crearía una nueva clase poseedora. Por el contrario, la victoria del proletariado sobre la burocracia marcaría el nacimiento de la revolución socialista.

"Calificar de transitorio o intermediario al régimen soviético significa hacer a un lado las categorías sociales acabadas como el *capitalismo* (incluido el socialismo de Estado) y el *socialismo*. Pero esta definición es en si misma insuficiente y susceptible de sugerir la falsa idea de que la sola transición posible al régimen actual lleva al socialismo. Sin embargo, un retroceso hacia el capitalismo continúa siendo posible." (77).

Como deviene de la cita anterior, será necesario para ello una superestructura jurídica que permita una transición de tal magnitud, para lo cual, a la vez, se requeriría de un margen político que permitiera sustentarlo sin el peligro de que ello generara una réplica de las masas que pusiera en peligro hasta sus actuales privilegios. Es así que hasta el momento, la URSS se encuentra detenida en un inestable equilibrio entre estas dos tendencias, apoyada en el "retraso" de la revolución en los países avanzados. Por lo tanto, para Trotsky "El régimen stalinista constituye una variedad manifiesta del bonapartismo... El stalinismo es una *variación*, pero sobre las bases del Estado obrero despedazado por el antagonismo entre la burocracia soviética organizada y armada, y las masas trabajadoras desarmadas" (78). Surge de esto que la burocracia precisa del equilibrio y mantenimiento del statu-quo para su subsistencia. La política exterior es, para nuestro autor, la continuación de la política interior, con la degeneración consiguiente. La burocracia abandona así, las banderas del internacionalismo proletario, sosteniendo de esta forma una pendulación entre la revolución y la contrarrevolución, calificando su política como "centrismo burocrático". La lucha contra la casta burocrática que se desprende de esta caracterización es el eslabón necesario para poner en marcha el proceso de transición detenido en la Unión Soviética. La revolución contra la burocracia tiene pues, un carácter político ineluctable.

La teoría trotskista ha sufrido un posterior desarrollo, que en algunos casos se mantuvo dentro del cauce ortodoxo de los lineamientos de su fundador, y en otros -aún en vida de Trotsky- se ha hecho en base a desviaciones sumamente serias. La fundación de la IV Internacional generó una intensa polémica en torno a los problemas fundamentales de la teoría trotskista, con espe-

(77) Ibid, p. 237.

(78) Ibid, pp. 255-256.

cial interés en la caracterización de la URSS y la reversión de su "estancamiento" revolucionario, lo que ha dado lugar a algunas escisiones dignas de interés. Así por ejemplo, el ex trotskista italiano Bruno Rizzi, expone en 1937 lo que hasta entonces era una tesis novedosa: tanto en el seno de la sociedad socialista como capitalista, se está gestando una nueva clase social (burocracia) cuyo poder puede prescindir de la propiedad de los medios de producción para controlar a su antojo los excedentes económicos y la vida social en general. Esta "nueva clase" tiende a construir una nueva sociedad, unificando el poder de ambos bloques. "Europa y el mundo han de fascistizarse y socializarse. El capitalista ya no tiene posibilidades de vida. La URSS se ha convertido en el eje de la política mundial: será el bastión de la revolución proletaria o una emboscada para el proletariado mundial.

La burguesía es una fuerza social muerta; políticamente carece de posibilidades de ofensiva" (79). Rizzi retoma la necesidad de derrocar a esta "clase" para dar paso a la revolución proletaria, desfigurada en el desarrollo del régimen soviético. No obstante ello, no encontramos en Rizzi para este período los factores objetivos de esta transfiguración que permitan, al tiempo, evitar las reincidencias en las tendencias acabadas que se esmera en señalar (cosa que realizará en 1983). Su intento, sin embargo, tiene un desarrollo cuasiparalelo en los Estados Unidos con el ex miembro del SWP, -y ex trotskista- James Burnham (80). El americano escribe su trabajo en 1941 arribando a idéntica caracterización que el italiano, aunque su tesis venía siendo expuesta con anterioridad. Tanto el sistema capitalista como el socialista, tienden a ser dominados por una nueva clase (los directores), que a la vez tenderán a su unificación generando un "nuevo modo de producción". La estructura económica sobre la que reposa el poder de los directores, es aquella "basada en la propiedad por el Estado de los principales medios de producción, que sirve de armadura a la dominación social de los directores. Como hemos visto, en la sociedad capitalista, la ascendencia de aquéllos ha ido ampliándose; por una parte, en la empresa privada; por otra, como consecuencia del desarrollo de l

(79) Bruno Rizzi, *La Burocratización del mundo*, Barcelona, Ediciones Península, 1980, p. 37.

(80) En torno a este desarrollo paralelo, el prologuista de Rizzi, Salvador Guiner, acusa de plagio al trabajo del norteamericano, acusación que alcanza también al yugoslavo Milovan Djilas. A estar por las fechas de publicación de ambos trabajos podría atribuírsele credibilidad a esta hipótesis (1939 para el italiano y 1941 para Burnham). Lo cierto es que ambos habían hecho públicas sus ideas con anterioridad como surge de la cita de Trotsky de 1940 que exponemos seguidamente (ver nota 83). Pero más allá de esta digresión anecdótica, las tendencias posteriores a la ruptura que manifestarán uno y otro, pone de manifiesto la enorme diferencia que subyacía entre ambas concepciones aparentemente simétricas. Caso que no ofrece ninguna duda al respecto es el del ex burócrata Milovan Djilas que publica tardíamente en 1957 su tesis de la existencia de una "nueva clase", sin aportar nuevos ni novedosos elementos de análisis que los ya mencionados por los anteriores. De todas formas remitimos al lector curioso a consultar: Milovan Djilas, *La Nueva Clase*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1958.

Empresa, pública, aunque sus poderes sufran interferencias y se vean limitados por el de los capitalistas y por las relaciones económicas capitalistas" (81) Va de suyo que en el Estado soviético, encuentra mayores argumentos aún para sustentar sus ideas. El ex revolucionario norteamericano termina aliado a su Estado para renegar completamente de la causa del socialismo (82) Trotsky, meses antes de su trágica muerte, tuvo oportunidad de dedicar algún párrafo crítico a estas teorías. "Bruno R. y sus continuadores, como Burnham, permanecen en el mejor de los casos en la esfera de las clasificaciones sociales al nivel de Linneo, en cuya justificación sería necesario destacar, sin embargo que vivió antes que Hegel, Darwin y Marx" (83).

Un último y triste caso es el del norteamericano Max Eastman, compañero de Burnham y Shachtman en el SWP, quien luego de haber dirigido por cinco años el periódico *The Masses* (donde colaboró frecuentemente John Reed), culminó "descubriendo" que el socialismo encubría las ideas autoritarias y que su "fracaso" en Rusia ponía de manifiesto el idealismo "ingenuo" de sus mentores. Ante esto propone finalmente el realismo contundente del liberalismo económico (84). Por su parte Max Shachtman (84bis) continuó la ruptura dentro del encuadre que había impreso James Burnham, derivado a la vez de la tesis de Rizzi, luego de haberse unido a Trotsky en un último aliento combativo para criticar la "indulgencia" de Souvarine en su caracterización del stalinismo en general y de Stalin en particular.

Podemos encontrar un caso que, en su problematicidad, no culmina con la rotunda abdicación de los anteriores. Se trata de Victor Serge, a quien ya hemos citado en el punto II. Sus años de madurez, lo han encontrado luchando junto al organizador del ejército rojo desde la guerra, y en el exilio compartiendo en lo principal las ideas de Trotsky. No obstante, muy influido por sus orígenes anarquistas, Serge sospechó siempre de la "complicidad" de Trotsky en las desviaciones del partido bolchevique. La responsabilidad del líder de

(81) James Burnham, *La Revolución de los Directores*, Buenos Aires, Editorial Huemul, 1962, p. 124.

(82) Baste para corroborar lo anotado con echar una mirada a sus trabajos posteriores. En un trabajo publicado en 1954 lo encontramos completamente ocupado en preservar al Estado norteamericano de la corrosión subversiva del "espionaje internacional comunista y su aliado interno". "La red de la subversión -aclara el escritor americano- no es primariamente un desarrollo doméstico. Es la extensión doméstica de un organismo internacional. El tejido de la red y la defensa contra ella son campanas en una vasta y continua lucha que decidirá en que clase de mundo ha de vivir la humanidad. No hay una solución fácil y rápida. Para ganar debemos perseverar. Debemos tener la voluntad de sobrevivir y ser libres". V. James Burnham, *Táctica de la Subversión*, Buenos Aires, Editorial Guillermo KRAFT limitada, 1955, p. 270.

(83) León Trotsky, *En Defensa del Marxismo*, Buenos Aires, Ed. El Yunque, 1975, pp. 30-31.

(84 bis) Shachtman, Max, op. cit. Los gérmenes de esta posición pueden hallarse en su polémica con Trotsky de 1939-40. V. su artículo *La Rusia é uno Stato operario?* en *L'antistalinismo di sinistra*, cit. p.299

(84) Véase Max Eastman, *Reflexiones Sobre el Fracaso del Socialismo*, Buenos Aires, Ediciones La reja, 1957.

Octubre en la represión de Kronstadt "justificaba" esta sospecha. La represión política ha sido para el ex-anarquista el punto inicial del avance y posterior consolidación del stalinismo en el poder. Pero a pesar de estas ideas y de los párrafos que citamos en el punto dedicado al anarquismo, Serge jamás se apartó de la lucha contra el stalinismo, que dentro de su heterodoxia han sido inscriptas por él, bajo las banderas del trotskismo.

Daremos paso ahora a las interpretaciones que sobrevinieron tras la muerte de Trotsky. Su biógrafo de mayor envergadura, Isaac Deutscher, ha tenido oportunidad de revisar con extrema prolijidad y minuciosidad la vida y la obra del revolucionario. El escritor ensaya una descripción crítica de la tarea de Trotsky, señala sus errores tácticos dentro de su lucha en la "oposición", y sus errores del cálculo en su lucha en el destierro. Pero al mismo tiempo pone de manifiesto la ligazón existente entre estos éxitos y fracasos con el desarrollo del marxismo clásico. "... la fuerza y la debilidad de Trotsky comenta Deutscher- estuvieron arraigadas por igual, hasta el último momento, en el marxismo clásico. Sus derrotas resumieron la discrepancia fundamental que acosó al marxismo clásico como doctrina y como movimiento: la discrepancia y el divorcio entre la visión marxista del desarrollo revolucionario y el desarrollo real de la lucha de clases y la revolución" (85) Pero resulta curioso, que a pesar de las críticas concretas que sobre algunos puntos particulares realiza Deutscher, y que sería sumamente extenso detallar aquí, las comparte con una exaltación de las condiciones materiales de desarrollo de la revolución, que llevaban a Stalin a una victoria segura e ineluctable. "La concepción marxista teórica de la revolución quedó, por consiguiente, vuelta al revés. Las nuevas "relaciones de producción", al hallarse por encima de las fuerzas productivas existentes, se hallaron también por encima de la comprensión de la mayor parte de la población; y así el gobierno revolucionario las defendió y desarrolló contra la voluntad de la mayoría. El despotismo burocrático ocupó el lugar de la democracia soviética. El Estado, lejos de extinguirse gradualmente, adquirió un poder feroz que no conocía precedentes. El conflicto entre la norma marxista y la realidad de la revolución llegó a saturar todo el pensamiento y toda actividad del partido gobernante. El stalinismo trató de superar el conflicto pervirtiendo o desechando la norma. El trotskismo intentó salvar la norma o establecer un equilibrio provisional entre la norma y la realidad hasta que la revolución en el Occidente resolviera el conflicto y restaurara la armonía entre la teoría y la práctica. Los fracasos de la revolución en el Occidente quedaron resumidos en la derrota de Trotsky" (86). Deutscher intenta poner de manifiesto la combinatoria compleja e indiscutible entre los aspectos objetivos del conflicto, con la naturaleza subjetiva y particular de los elementos tácticos de la batalla, que inclinaban el fiel de la balanza hacia las posibilidades casi absolutas del responsable del thermidor soviético.

Pero el fracaso de Trotsky tiende a desdibujar su magnitud inicial con el transcurso de la historia y la consecuente desaparición de la oposición entre la

(84 bis) Shachtman, Max, op. cit. Los gérmenes de esta posición pueden hallarse en su polémica con Trotsky de 1939-40. V. su artículo *La Rusia é uno Stato operario?* en *L'antistalinismo di sinistra*, cit. p.299

(85) Isaac Deutscher, *Trotsky, el profeta desterrado*, Mexico, Editorial Era, 1969, p. 461.

(86) *Ibid*, pp. 461-462.

Rusia atrasada y el Occidente avanzado, antítesis en la que según nuestro autor se originó la derrota de Trotsky. Esta perspectiva histórica se encuentra arraigada en el juicio de Jruschov como representante de una efectiva desestalinización, que redujo el poder burocrático, disminuyó sus privilegios apoyada en el desarrollo de las fuerzas productivas que Stalin le imprimiera. De aquí que su perspectiva histórica en torno al futuro de la URSS pase por una "superación" de la contradicción stalinismo-trotskismo. "Me inclino a pensar comenta Deutscher que el desarrollo histórico está rebasando tanto al stalinismo como al trotskismo y tiende a algo más amplio que cualquiera de los dos. Pero cada uno será rebasado probablemente de diferente manera. Lo que la Unión Soviética y el comunismo toman de Stalin es, principalmente, sus logros prácticos; en otros aspectos, en lo que toca a los métodos de gobierno y de acción política, ideas y 'clima moral', el legado de la era de Stalin es peor que vacío; mientras más pronto se deseche, mejor. Pero precisamente en estos aspectos Trotsky tiene todavía mucho que ofrecer, y el desarrollo político difícilmente pueda rebasarlo sino es absorbiendo todo lo que hay de vital en su pensamiento y aplicándolo a las realidades que son mucho más avanzadas, diversas y complejas que las que él conoció" (87).

Con posterioridad Ernest Mandel profundizó el pensamiento de Trotsky en todos sus aspectos, dentro de una tendencia que debemos considerar ortodoxa. Las investigaciones del escritor belga en el plano de la economía marxista nos obligan a subrayar estos aportes por sobre el resto de su extensa obra. Mandel caracteriza las relaciones sociales de producción de la URSS continuando la definición trotskista. Pero resume en tres las contradicciones resultantes de tal formación económica, combinadas a la vez con la existencia antagónica del plan y el mercado. "Así, pues, las contradicciones específicas de la economía soviética no se limitan a la contradicción fundamental de toda sociedad de transición (88); combinan esas contradicciones fundamentales con las que se desprenden de manera más particular del dominio burocrático sobre el Estado y la economía. Estas últimas pueden agruparse en tres categorías: las contradicciones que resultan del desarrollo desproporcionado entre la industria y la agricultura, y de una manera más general del desarrollo desproporcionado entre la industria pesada y el conjunto del sector (agrícola e industrial) que produce bienes de consumo; las contradicciones que resultan del empleo de estímulos materiales en una economía regentada por la burocracia, es decir en una economía donde el interés material de los burócratas se convierte en el motor esencial para el cumplimiento y la superación del plan; las contradicciones que resultan de las técnicas de la gestión burocrática misma.

(87) Isaac Deutscher, *Trotsky, el profeta desarmado*, Mexico, Editorial Era, 1968, p. 13. Deutscher conservará una visión sumamente optimista del futuro de la Rusia soviética ya que considera a la burocracia definitivamente desgarrada por sus contradicciones, y estrangulada por el aumento creciente de la población proletaria. Ver Isaac Deutscher, *Las raíces de la burocracia*, Barcelona, Cuadernos Anagrama, 1970, p. 53 y ss.

(88) Mandel se refiere en este caso a la contradicción entre el modo de producción "no capitalista" y el modo de distribución burgués.

Todas estas contradicciones se combinan con la coexistencia antagónica del plan y del mercado, inevitable durante todo período de transición del capitalismo al socialismo, pero cuyo conflicto se ve exacerbado por los estragos del dominio burocrático sobre la economía y el Estado que acentúan a la vez el juego automático de las categorías mercantiles y las tentativas de ahogarlas por medios puramente administrativos" (89). Ahora bien, los efectos que estas contradicciones han tenido según las diferentes etapas de desarrollo de la sociedad soviética han sido variados y deben encararse particularmente. Pero lo largo de estas etapas, luego de constantes zig-zags, el desarrollo innegable de las fuerzas productivas tiende a mejorar el nivel medio de vida de las masas a pesar de la oposición conciente de la burocracia a disminuir la tasa de acumulación en favor del consumo de los productores directos, haciendo disminuir de esta forma el atractivo de los privilegios burocráticos. "El interés privado de los burócratas considerado como motor esencial para la realización de los planes choca cada vez más con los imperativos de un desarrollo armonioso y rápido de la economía" (89).

La caracterización de la URSS como Estado obrero degenerado, lleva a distinguir necesariamente las características generales e inevitables de todo período de transición, de las que resultan particulares de la degeneración burocrática de las relaciones soviéticas de producción. La contradicción específica que envuelve la gestión burocrática al haber sido introducida por ella, se resume para Mandel en el antagonismo entre el carácter planificado de la economía soviética y el interés privado de los burócratas, considerado como motor principal para la realización del plan. La tendencia objetiva de este desarrollo pone a la burocracia al borde de su propia ruina, al minarle el espacio político de maniobra y sus propias condiciones materiales de subsistencia. "Pero a medida que se desarrollan las fuerzas productivas, que se incrementa el nivel general de especialización técnica y de cultura de los productores, así como el peso específico de la clase obrera en el conjunto de la población, la arbitrariedad y la tiranía de la burocracia se van haciendo cada vez más insostenibles para la masa de los trabajadores. Un nuevo salto adelante de la economía planificada exige más libertad, más iniciativa, menos control desde arriba, más actividad espontánea de la masa de los productores" (90).

Mandel no ha contradicho en absoluto la concepción trotskista clásica sino que se ha esmerado en otorgarle un mayor status teórico-tecnológico actualizando sus asertos, y aplicándolos a todas las experiencias históricas que sobrevivieron con posterioridad a la muerte de Trotsky. Debemos reconocer que ha sido precisamente él quien más se ha preocupado, y ha ahondado en la actualidad, en la definición del período de transición entre la sociedad capitalista y la sociedad socialista (91), con la importancia capital que ello reviste para el marxismo como ya lo mencionamos en la introducción al presente trabajo. Demás está decir que el teórico belga comparte plenamente la conclusión política que deriva de la teoría trotskista: la ineluctabilidad de la rev-

(89) Ernest Mandel, *Tratado de Economía Marxista*, Mexico, Ediciones Era, 1969, tomo II, p. 198.

(90) *Ibid.*, p. 211.

lución política. Al ser considerada la burocracia como una capa social, y al estar ligada a un modo de producción cuyos instrumentos fundamentales no deben ser modificados (propiedad colectiva de los medios de producción, planificación centralizada de la economía, etc.), de lo que se trataría pues, sería terminar con los privilegios de esta capa para otorgarle a estos instrumentos un contenido original. "La revolución política en los Estados Obreros tendría como consecuencia dar al modo de producción un contenido nuevo, en la medida en que la burocracia está ligada a un modo de producción incompatible con el ejercicio de la democracia proletaria" (92).

Mencionaremos por último dentro de esta corriente al brillante historiador E.H. Carr, quien ha dedicado treinta años de su vida al estudio de la Revolución Rusa, plasmando sus esfuerzos en una obra monumental (93). La adhesión de Carr al trotskismo resulta sumamente problemática en lo que respecta a las conclusiones políticas, a sus análisis concretos del rol de Trotsky dentro de la "oposición". No obstante en su caracterización de la naturaleza de la URSS y al rol de la burocracia lo encontrarán en el encuadre general que es propio del trotskismo. Carr desecha la idea de considerar a la burocracia como una clase social por considerarla insostenible. "Un capitalismo sin empresarios, sin desempleo y sin mercado libre, en el que ninguna clase se apropia el plusvalor producido por el obrero y las ganancias desempeñan un papel puramente subsidiario, en el que los precios y los salarios no están sometidos a la ley de la oferta y la demanda, ya no es capitalismo en ningún sentido significativo. La economía planificada soviética fue reconocida en todas partes como un desafío al capitalismo. Era la 'mitad material, económica del socialismo, y era un resultado fundamental de la revolución' (94). Pero este resultado, no constituye razón suficiente para considerar a la URSS como un Estado socialista. La Revolución Rusa ha tenido desde sus comienzos un carácter 'híbrido y ambiguo' que favoreció la dureza y la crueldad del régimen, óbice de la 'mitad restante' para la construcción del socialismo en la URSS. Por lo

(91) Véase al respecto el capítulo dedicado a tal tema en su Tratado de Economía Marxista; cit., tomo II, p. 213 y el capítulo dedicado a la economía socialista, tomo II, p. 259. También pueden consultarse sus Ensayos sobre el neocapitalismo, Mexico, Ediciones Era, 1971, especialmente los capítulos: La reforma de la planificación soviética y sus implicancias teóricas, p. 184, y la economía del período de transición, p. 208.

(92) Ernest Mandel, ¿Qué es la Burocracia?, Buenos Aires, Daniel Bilbao Editor (cuadernos rojos), 1973, p. 59.

(93) Carr describió y analizó los primeros años de la Revolución Rusa (1917-1929) en su Historia de la Rusia Soviética, editada en diez extensos volúmenes que dan cuenta de su faraónica investigación, dividida en las siguientes etapas históricas: I, La Revolución Bolchevique (1917-1923), en tres volúmenes; II El interregno (1923-1924), un volumen; III El Socialismo en un solo país (1924-1926), cuatro volúmenes; y IV, Bases para una Economía Planificada (1926-1929), en dos volúmenes. Todos editados en Madrid, por Alianza Editorial en diferentes fechas.

(94) Edward Hallet Carr: La Revolución Rusa: de Lenin a Stalin, 1917-1919, Madrid, Editorial Alianza, 1979, p. 238.

anto "... La revolución rusa de 1917 quedó muy por debajo de los objetivos que se había fijado y de las esperanzas que despertó. Su trayectoria fue imperfecta y ambigua. Pero ha producido repercusiones más profundas y más duraderas en todo el mundo que cualquier otro acontecimiento histórico de los tiempos modernos" (95). Esta "revolución desde arriba" ejecutada por un cuerpo disciplinado de militantes revolucionarios que ocupó el lugar vacante dejado por las masas, con métodos que para el historiador inglés se hicieron cada vez más dictatoriales y menos dependientes de su base proletaria, era "mejor que nada allí donde las masas hambrientas y analfabetas no habían alcanzado todavía el estadio de la conciencia revolucionaria" (96).

No nos extenderemos más en esta vasta y compleja corriente política que continúa hoy su profundización sobre estos aspectos y que reconoce una variedad de tendencias sumamente amplia, especialmente formadas en los debates de la IV Internacional. Su estudio requeriría un trabajo aparte que desde ya consideramos de suma utilidad ya que -parafraseando a Trotsky- la historia del trotskismo es la historia de sus luchas de tendencias.

V. Consejistas y Libertarios

En la primera década de nuestro siglo, surge, con especial preeminencia en los Países Bajos, una corriente crítica de formación marxista, integrante posterior del ala izquierda de la socialdemocracia, que intervino en favor del grupo internacionalista de la II Internacional que intentó reflotarla en la conferencia de Zimmerwald a la que nos referimos en el punto I. Sus líderes indiscutidos han sido Herman Gorter y Anton Pannekoek. Esto teóricos recogen las experiencias de la creación de los soviets, reivindicándolos como sustento material de la democracia obrera. En el fortalecimiento a partir de 1905 de tales ensayos, que se robustecieron hasta conquistar el poder en 1917, debemos encontrar el nacimiento de esta corriente que representa su expresión ideológica. Como resulta fácil comprender, la Revolución de Octubre no les fue ajena y ensayaron diversas caracterizaciones de este acontecimiento histórico. Desde un comienzo cauteloso, estos autores incrementaron su agudeza crítica conforme el stalinismo fue dominando el partido y alejando a las masas laboriosas de la gestión revolucionaria. Ya en 1920 Gorter se había opuesto a Lenin por la política que este le imprimiera a la Comintern en torno a la Revolución en Europa y al papel de los sindicatos y el parlamentarismo dentro del proceso revolucionario Europeo. Su carta abierta a Lenin atestigua estas diferencias que lo llevan a acusar a Lenin de querer imprimir en los países desarrollados idéntica metodología que en Rusia (97). Por su parte el teórico neerlandés reconoce estar inscripto en lo que Lenin llamó "ultraizquierdismo" acogiendo autocríticamente algunos de sus postulados (98). Luego de la

(95) Ibid, p. 243.

(96) Ibid, p. 242.

(97) Ver Herman Gorter-V.I. Lenin, Jefes, Partido y Masas, Mexico Editorial Grijalbo, 1971, p. 75.

muerte del líder soviético, Gorter dirigió sus críticas a la URSS, sosteniendo que con la NEP el capitalismo había reaparecido. Ante esto sugirió una radical modificación de la política soviética en todos sus aspectos. Denunció el "despotismo burocrático" de la conducción bolchevique en el plano político, y en el económico sugirió la repartición de la tierra en pequeñas granjas de propiedad privada. No obstante ello, apoyaba la nacionalización de la industria pero exhortaba a la distribución libre de productos sin la intermediación de dinero (99). El objeto de tales cambios lo determinaba el imperativo de librar una efectiva batalla contra esta "despotismo burocrático". (99bis).

Pannekoek por su parte, siguió un derrotero bastante similar al de su camarada. De igual manera que el primero valorizó las condiciones en que debió desenvolverse la Revolución, dejando en claro el escaso margen de las masas para poder dominar las complejas circunstancias que rodeaban su experiencia ocupando de esta forma su lugar los más adiestrados y enérgicos revolucionarios del partido, quienes en definitiva continuaron detentando el poder. El régimen resultante de tal proceso, el sistema de producción desarrollado en Rusia es "...el socialismo de Estado. Es la producción organizada con el Estado como empleador universal, dueño de toda aparato de producción. Los trabajadores no son más dueños de los medios de producción que bajo el régimen capitalista occidental. Reciben sus salarios y son explotados por el estado que es el único mamut capitalista. De modo que el nombre de capitalismo de Estado puede aplicarse exactamente con el mismo significado. La totalidad de la burocracia que manda y dirige, compuesta por los funcionarios, es la dueña real de la fábrica, o sea de la clase poseedora. No separadamente, cada uno como una parte, sino juntos, colectivamente, son los poseedores del conjunto." (100). El corolario de esta experiencia resulta para el autor, la necesidad de despertar el interés revolucionario de los productores directos para organizarse en consejos obreros que puedan acceder a una verdadera autogestión. (100 bis).

El teórico y revolucionario alemán Karl Korsch sufre una evolución ideológica, a lo largo de sus cuarenta años de producción, que lo hacen oscilar

(98) Nos referimos al trabajo de Lenin *Infantilismo de Izquierda y la mentalidad pequeñoburguesa*, que ya hemos citado.

(99) Véase Herman Gorter, *The World Revolution of Workers*, cit. por Jerome y Buick, op. cit.

(99 bis) Gorter continuó posteriormente con su crítica a la política de la Comintern. En 1923 afirma: "Los errores de los bolcheviques no consisten por esta razón en las medidas democrático burguesas que ellos, restringiendo a los campesinos, han tomado y deberán tomar, pero sí en la acción y en el programa impresos al proletariado europeo y americano, con el cual ellos tratan de esconder la vía a la revolución proletaria mundial y de otorgar posibilidades a la reconstrucción del capitalismo mundial. Con esto han demostrado que su objetivo es la constitución de la república democrático burguesa rusa y no el comunismo ruso", Herman Gorter, *Le'Internazionale comunista operaria*, en *L'antistalinismo di sinistra e la natura sociale dell'URSS*, op. cit., p. 122.

(100) Anton Pannekoek, *Los Consejos Obreros*, Buenos Aires, Editorial Proyección, 1970, p. 158.

entre extremos curiosos. Con un origen consejista por excelencia, -tras un breve lapso por el fabianismo y el sindicalismo revolucionario- tiende a desencantarse del espontaneísmo; característico del anarquismo, y a tomar conciencia de las dificultades de las masas para conducir con eficacia el proceso revolucionario. Es así que sin renunciar a las aspiraciones autogestionarias cree encontrar en el leninismo la síntesis entre el caudal revolucionario espontáneo de ellas, y la orientación necesaria para encausarlo hacia la transformación social. Pero luego de la aplicación de la NEP, Korsch mediatiza su acuerdo con el leninismo a partir del retorno de la URSS al capitalismo. Pero este retorno no es más que la solución más adecuada a las "insolubles contradicciones" de la situación de la Rusia postrevolucionaria. Estas contradicciones resultan ser para nuestro crítico "el mantenimiento por parte de los bolcheviques, después de su 'retorno al capitalismo', de la antigua estructura partidaria y de la antigua dictadura 'antidemocrática' del partido; su mantenimiento de la tarea de preparación y organización de la revolución mundial, mientras que el estado del proletariado ruso trata simultáneamente de acordar la paz con las potencias imperialistas y de atraer al capitalismo imperialista hacia la construcción económica de Rusia; la enérgica depuración ideológica y consolidación organizativa del partido proletario, mientras que al mismo tiempo la política económica de la República de los Soviets aspira temerosa a impedir todo aflojamiento de la alianza con el campesinado, etc". (101). Estas contradicciones, puestas de manifiesto en el trabajo de Lukacs sobre el leninismo (102) podrían presentar para el teórico alemán posibilidades de superación dialéctica.

Las digresiones de Korsch se encuentran plagadas de análisis ideológicos en un lenguaje no siempre claro y preciso que dificulta -también debido a su riqueza-, la incorporación esquemática de este pensador en tal o cual corriente ideológica. Pero para referirnos en concreto acerca de su juicio de la Revolución Bolchevique habremos de tomar sus últimos escritos en los que circunscribe los logros de la revolución al plano burgués. "Lenin anota Korsch en su

(100 bis) Pannekoek ha ido cifrando cada vez mayores esperanzas en esta posibilidad debido al desarrollo de las fuerzas productivas y al incremento numérico del proletariado, con su consiguiente aumento de la conciencia de clase, etc. En 1946 afirma: "En Rusia los obreros -se refiere a los inicios- eran, a nivel económico, una débil minoría. Hoy son una potente mayoría. En Rusia el desarrollo intelectual estaba apenas saliendo de la barbarie de un campo atrasado. Hoy los obreros están pasando de la opresión de la máquina y el capital a adquirir una conciencia proletaria de sí mismos. Y es por esto que en Rusia los obreros pudieron vencer, pero no conservar el poder, siendo sometidos posteriormente a presiones siempre más fuertes; mientras hoy, después de tantas derrotas, después de una larga lucha conquistarán el poder y la libertad para siempre. Lo que durante la Revolución Rusa fue el primer síntoma de organización y de lucha, esto es los consejos obreros, encontrarán ahora su completo desarrollo. Anton Pannekoek, *La rivoluzione russa, in L'antistalinismo di sinistra e la natura sociale dell'URSS*, op. cit., p. 172.

(101) Karl Korsch, *Escritos Políticos*, Mexico, Folios Ediciones, 1982, tomo 1, p. 114.

(102) Nos referimos al trabajo de George Lukacs, *Lenin (la coherencia de su pensamiento)* México, Editorial Grijalbo, 1970.

madurez, ha finalmente concluido la lucha exasperada que condujo tanto en el periodo prerevolucionario de Kololai-on y contra la teoría de Parvus y de Trotsky de la revolución permanente, como también después de Octubre contra la idealización 'socialista', hecha por los teóricos del llamado 'comunismo de guerra', de una tendencia en realidad todavía para nada socialista; y Lenin concluyó esta lucha con una elección, en un momento decisivo, contra la realidad por el mito y con este por la definitiva ideologización de la teoría marxista en Rusia.

"No fue por cierto sólo el epígono leninista, Stalin, sino el marxista ortodoxo Lenin, quien por primera vez, en el momento crucial de la historia del desarrollo revolucionario, cuando el pasaje a la NEP limitó de manera prácticamente decisiva a los objetivos burgueses la tendencia hasta ese entonces incierta de la revolución rusa, preparó contemporáneamente la indispensable *integración ideológica* para el cumplimiento de tal limitación. Y fue el marxista ortodoxo Lenin quien, cuando el viraje de los años 1920-1921, enunció con plena conciencia, en contraste con todas sus precedentes posiciones, el nuevo mito marxista del carácter en sí socialista del estado soviético y de la posibilidad, con esto garantizada desde el punto de vista de los principios, de la realización de la sociedad socialista en la Rusia Soviética.

"Con esta degeneración de la originaria teoría revolucionaria de Marx y Engels en una *religión de Estado oficial*, en la justificación ideológica de un estado capitalista en su tendencia de desarrollo efectivo y represivo hacia el movimiento revolucionario del proletariado, *la historia de la ideología marxista en Rusia ha alcanzado su provisional conclusión*" (103). Korsch de esta forma se desprende en las postrimerías de su evolución ideológica de sus esperanzas en la consolidación del socialismo soviético, arribando luego de una compleja parábola a sus fuentes de origen.

Otro ejemplo especialmente controvertido es el del teórico español Julián Gorkin, quien ocupó algunos cargos de relativa importancia en el partido comunista hasta su ruptura definitiva en 1929. A partir de esta fecha, sin renunciar al marxismo, las ideas socialistas, y la independencia de la clase obrera, crítica a Lenin, y con él al conjunto del partido bolchevique, por el ejercicio de una "dictadura sobre el proletariado" continuada magistralmente por Stalin y sus sucesores. Estos juicios pueden recordarnos ciertos aspectos de la crítica anarquista, y de los socialdemócratas clásicos y mencheviques. "... En Rusia no se aplicó jamás la dictadura del proletariado como tal. El proletariado representaba, en primer lugar, una insignificante minoría. Y los bolcheviques representaban una insignificante minoría dentro de la minoría proletaria. ¿Que podía ser la dictadura aplicada por ellos mediante el monopolio del poder? Lo que fue efectivamente: una dictadura del partido único sobre el proletariado y sobre el conjunto de la sociedad soviética-, del Comité Central sobre el partido y, finalmente, de un sólo hombre sobre el Comité Central. Una dictadura típicamente totalitaria, antiproletaria, antisocialista, antihumana. Una dictadura que debe ser condenada, ante todo, en nombre del proletariado

(103) Karl Korsch, op. cit., tomo II, pp. 467-468

y del socialismo. Y, claro está, en nombre de Marx y Engels... la verdadera contrarrevolución empezó, desde el punto de vista popular y democrático, con el golpe de Estado Bolchevique. Stalin completó la obra mediante el asesinato definitivo de la revolución y de los revolucionarios. La contrarrevolución permanente ha sido desde entonces la razón de ser del stalinismo" (104). No encontraremos en el escritor español aún clara definición en torno a la naturaleza del régimen soviético. Al pasar, Gorkin se muestra partidario de la tesis del capitalismo de Estado, considerándolo desde ya, mucho peor que el capitalismo privado clásico de las democracias occidentales. "Con todas las diferencias que se quieran en los medios publicitarios, el derecho electoral es, al mismo tiempo, igual para todos los ciudadanos en las democracias occidentales. En cambio en la URSS, sin el restablecimiento de la propiedad privada y con su capitalismo de Estado, la tendencia es hacia la consolidación de la clase privilegiada, nacionalista y chauvinista. Esta estatización de los medios de producción y de cambio, herencia de la Revolución de Octubre, sirve a la propaganda comunista para encubrir las espantosas injusticias de la URSS actual" (105).

Llegamos con Gorkin a una combinación de ciertas ideas anarquistas con los principios del marxismo. El socialismo libertario intentará superar la oposición marxismo-anarquismo con mucha mayor precisión y abundancia de- jando al español en un límite verdaderamente fronterizo. Esta corriente de difícil circunscripción a un modelo, se cimenta en el rescate de las formas organizativas, y las categorías científicas aportadas por el marxismo combinando los propósitos anarquistas con su clásico espontaneísmo (106).

Daniel Guérin, decepcionado por la política que el stalinismo imprimió a la revolución, pretende superar esta clásica antinomia en nombre del "verdadero socialismo" (o socialismo libertario). El revolucionario francés publica en 1959 su obra *Marxismo y Socialismo Libertario*, que rápidamente se constituyó en un clásico para los simpatizantes de esta corriente. Esta obra centra su análisis en las ideas vacilantes de Marx y Engels sobre la democracia obrera y la libertad, en sus gérmenes autoritarios que transmitidos a su vez a Lenin, y potenciados consecuentemente por Stalin degeneraron en la "dictadura" posterior, que encontró como destinatario al proletariado ruso. "En Lenin, superponiéndose a un anarquismo que contradicen y anulan, están ya en gér-

(104) Julián Gorkin, *Marx y la Rusia de ayer y hoy*, Buenos Aires, Editorial Bases, 1956, p. 50.

(105) Julián Gorkin, *De Lenin a Malenkov*, Santiago (Chile), Editorial del Pacífico, 1954, p. 254.

(106) Para una idea de conjunto de estas posiciones, atendiendo a la evolución histórica en sus orígenes puede consultarse el texto de Gastón Leval, *Conceptos Económicos en el Socialismo Libertario*, Buenos Aires, Ediciones Iman, 1935. Leval presenta un fresco de las posiciones anarquistas y socialistas retrotrayéndose hasta Platón para desembocar pasando por los socialistas utópicos en las posiciones libertarias hasta los años veinte. No obstante las mismas cobrarán cuerpo definitivo muy posteriormente y serán las que referiremos aquí. Un trabajo más moderno y breve es el de Agustín Souchy, *Capitalismo, Democracia y Socialismo Libertario*, Buenos Aires, Editorial Reconstruir, 1955.

mien las ideas autoritarias y estatistas, que con Stalin -convertida la 'calidad' en 'cantidad'- degeneraron en ese monstruoso capitalismo de Estado profetizado por Bakunin en su crítica, a veces injusta contra Marx" (107). Si bien coincide con la socialdemocracia en este aspecto, Guerin no descarta el camino insurreccional seguido en la Revolución Rusa, ni espera pacientemente el desarrollo de las fuerzas productivas en manos del capitalismo. Se apoya en una inflamada reivindicación de los soviets, en la posibilidad de un poder efectivo "descentralizado", en una real democracia política. La lección resultante de la Revolución Rusa lo lleva a desechar tal modelo que a su juicio se resume en lo siguiente: "Liquidar el poder de las masas apenas consumado el triunfo revolucionario; reconstruir, sobre las ruinas de su antigua maquinaria estatal, un nuevo aparato de opresión más perfeccionado aún que el anterior, cuyas 'atribuciones' (siempre inbuidas del viejo Führerprinzip) retoma, bautizándose dolosamente con el nombre de "partido del proletariado"; dejar que poco a poco vaya erigiéndose una nueva clase privilegiada, la cual tiende a considerar su propia supervivencia como un fin en sí y a perpetuar al Estado que le asegura esa supervivencia: tal es el modelo que hoy no debemos seguir" (108).

Su proyecto sustitutivo propone la "planificación de abajo hacia arriba" -coincidiendo con el joven Bettelheim en este aspecto-, descentralizando la gestión de la economía sobre la base de "pequeñas unidades de producción", de gestión autónoma de las empresas mediante las asociaciones de obreros. Su perspectiva pues es la siguiente: "El porvenir, sin duda alguna, está en la gestión autónoma de las empresas por las asociaciones de trabajadores. Lo que aún falta pulir es el mecanismo -delicado por cierto- de su federación, de la armonización de los diversos intereses en un ordenamiento libre. Desde este punto de vista, merecería exhumarse la síntesis entre anarquismo y stalinismo intentada por el socialista belga César de Paepe" (109).

Cornelius Castoriadis, creador de la revista *Socialismo o Barbarie* nos muestra una evolución algo similar en su intento de superación de la contradicción marxismo-anarquismo. Del partido comunista griego en su adolescencia, pasó a las filas de la IV Internacional rompiendo con el trotskismo en el año 1946, y fundando la mencionada revista en 1949. Ante la ruptura atribuía a Trotsky una ceguera propia de su origen. "Esa ceguera de Trotsky ante la naturaleza del stalinismo podría sorprender a los que, como yo, habían admirado su audacia y su agudeza. Pero hay que reconocer que difícilmente hubiera podido hacer otra cosa. Su ceguera era ceguera ante su propio origen, ante las tendencias burocráticas incorporadas orgánicamente en el partido bolchevique desde sus comienzos (que, por cierto, Trotsky percibió y denunció antes de incorporarse a -e identificarse con- él) y ante lo que, en el propio marxismo, preparaba la burocracia y hacia de ésta el punto ciego, el sector invisible e

(107) Daniel Guerin, *Marxismo y Socialismo Libertario*, Buenos Aires, Editorial Proyección, 1964, p. 17.

(108) Ibid, p. 20.

(109) Ibid, p. 21. La teoría del jefe del Partido Obrero Belga, César de Paepe, puede encontrarse en G.D.H. Cole, *Historia del Pensamiento Socialista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, tomo II, pp. 406-408.

imposible de localizar de la realidad social, e impedía, a partir de un cierto punto, que se pudiera pensarla en el marco teórico que el marxismo había establecido." (110).

El teórico griego continúa su evolución ideológica acentuando su crítica llegando en 1960 a romper con el marxismo. A partir de allí descubre que "el verdadero contenido del socialismo -propuesto por él- no era ni el crecimiento económico, ni el consumo máximo, ni el aumento del tiempo libre (vacío) en cuanto tales, sino la restauración, o mejor dicho la instauración por primera vez en la historia de la dominación de los hombres sobre sus actividades..." (111). Castoriadis ha efectuado a lo largo de más de dos décadas un exhausti-



El 11 de diciembre de 1900 aparece en Rusia el número 1 del periódico clandestino ISKRA (La Chispa), en la ilustración se aprecia el artículo editorial *Tareas Urgentes de Nuestro Movimiento* y el comienzo de la nota *La Guerra con China*, ambos escritos por V. I. Lenin.

vo análisis de las relaciones de producción en la URSS, recopilado bajo el título *La Sociedad burocrática*, de donde concluye el carácter "mistificador" de la planificación como sustento de las relaciones "efectivas de producción" sobre las que se sustenta la división de la sociedad en clases. La naturaleza de la Unión Soviética es definida por el autor como capitalismo burocrático. La lucha contra la burocracia, por la revolución que restituya, o para decirlo como Castoriadis, instituya el dominio de los hombres sobre su trabajo es un tema largamente abordado por él, en defensa de los consejos obreros, y de la insurrección de los trabajadores contra este "Capitalismo burocrático".

Terminaremos este punto mencionando a Claude Lefort, académico de

(110) Cornelius Castoriadis, *La Sociedad Burocrática*, Barcelona, Tusquets Editor, 1976, tomo I, p. 27.

(111) Ibid, tomo I, p. 49.

sociología y colaborador en *Les Temps Modernes*, hasta su ruptura con Sartre. Posteriormente pasó a colaborar en *Socialismo o Barbarie* de cuyas páginas se distanció finalmente. Lefort coincide en términos generales con los anteriores en caracterizar a la burocracia como una clase social. 'Creemos que no cabe la menor duda de que existe en la URSS una clase dominante. Lo único que saben hacer los que lo niegan obstinadamente es farfullar algunos textos de Marx en los que quedó dicho que la abolición de la propiedad privada acarrea la desaparición de la clase dominante, sin ver que en su aspecto más profundo la oposición entre clases se establece en las relaciones de producción. A ese nivel, la forma que pueda revestir la propiedad de los medios de producción no es determinante; lo que es determinante es la separación y oposición del capital y del trabajo. El proletariado está excluido de la gestión de la producción y relegado a funciones de pura ejecución: eso basta para establecer su naturaleza de clase explotada' (112). El autor francés reconoce, no obstante, una indeterminación en su naturaleza de clase. No se trata de una clase que hubiera existido como tal antes de ser dominante, sino que se encuentra dependiente de "una actividad propiamente política de unificación" (113). Esta clase social se sustenta en base a un "nuevo tipo de explotación" enmascarado tras la propiedad colectiva de los medios de producción.

Lefort ha dedicado extensos ensayos a comentar los testimonios de los disidentes reclutados en los campos de concentración stalinistas (114) dando especial importancia al análisis político, denunciando constantemente el horror de la GPU.

Los últimos exponentes de esta corriente, y en especial Lefort nos muestran un retorno al "principismo" habitual en los socialdemócratas, que finalmente termina de la mano del socialismo "puro".

VI. El maoísmo

El maoísmo ha acompañado al stalinismo, desde su propia perspectiva geográfica e ideológica, con un apoyo y reivindicación de sus métodos y propósitos hasta la muerte del líder soviético. Luego de este preciso momento afiló sus garras para lanzarse contra la Unión Soviética (115). El ascenso de su sucesor, Nikita Jruschov, marcó un punto de inflexión en el curso de su análisis, seguido el cual su caracterización de la naturaleza soviética pasó a ser la

(112) Claude Lefort, *¿Qué es la burocracia?*, París, Ruedo Ibérico, 1970, pp. 251-252.

(113) *Ibid*, p. 256.

(114) En el libro que venimos citando aparece un extenso comentario a la obra de Anton Ciliga (a quien mencionaremos en el punto siguiente). Además ha dedicado a comentar el texto de Soljenitsin, *El Archipiélago Gulag*, ocasión que hizo propicia para exponer su pensamiento político, V. Claude Lefort, *Un Hombre que Sobra*, Barcelona, Tusquets Editores, 1980.

de capitalismo de Estado, la burocracia una clase social dominante, y su política exterior "socialimperialista", debido al revisionismo Jruscheviano. La crítica que el nuevo dirigente de la URSS formuló a su antecesor en el discurso del XX Congreso del PCUS fue el detonante de esta ruptura, débil al comienzo, y posteriormente inconciliable. "Ahora, una de las espadas, Stalin -comenta Mao Tse Tung-, ha sido abandonada por los rusos. Gomulka y algunos húngaros han echado mano de ella para caer sobre la Unión Soviética y combatir el llamado stalinismo. Los partidos comunistas de muchos países europeos también están criticando a la Unión Soviética, y es Togliatti quien va a la cabeza A diferencia de aquellas gentes que denigran y liquidan a Stalin, nosotros lo tratamos conforme a la realidad.

"En cuanto a la otra espada, Lenin ¿no habrá sido abandonada en cierta medida por algunos dirigentes soviéticos? Me parece que lo ha sido en medida considerable. ¿Tiene aún validez la Revolución de Octubre? ¿Puede todavía servir de ejemplo para los demás países? En su informe ante el XX Congreso del PCUS, Jruschov afirmó que era posible conquistar el poder por vía parlamentaria, lo que quiere decir que para los demás países ya no es necesario aprender de la Revolución de Octubre. Abierta esta compuerta, el leninismo ha sido prácticamente abandonado". (116).

El revisionismo entonces, al aplastar la dictadura del proletariado, permitiría la reestructuración de las relaciones capitalistas de producción, dando paso a una política exterior imperialista que tendería a competir con los más avanzados países de Occidente por la dominación y explotación del tercer mundo. "Los revisionistas -escribe Carlos Echagüe, principal ideólogo del maoísmo en la Argentina- expresaban a la vieja y nueva burguesía soviética, sobre todo a la capa social privilegiada que a comienzos de la década del 50 acechaba a la dictadura del proletariado. Al lograr derrocarla y capturar el poder político, dicha capa se convirtió en clase dominante, aglutinando a todos los viejos y nuevos elementos burgueses. Es decir que esa capa, políticamente representada por los Jruschovistas, fue el núcleo sobre cuya base se construyó una nueva burguesía monopolista, socialista de palabra e imperialista de hecho.

"Al tomar el poder Jruschov, esa capa estaba compuesta por los dirigen-

(115) Mao Tse Tung ha mencionado algunas diferencias con Stalin que no eran óbice para justificar su apoyo. "De Stalin, de su persona, tú deberías hacer una apreciación de 7 a 3! Consideramos que los méritos de Stalin suman un 70 % y sus errores un 30 %. Es probable que esta apreciación no sea exacta, pues a lo mejor él solo tuvo un 20 o 10 por ciento de errores, o un poco más de un 30 %. Sea como fuere, los méritos de Stalin constituyen el aspecto principal y sus defectos y errores, el secundario. Sobre este punto tenemos opiniones diferentes a las de Jruschov." Mao Tse Tung, *Ser Promotores de la Revolución*, en *Obras Escogidas*, Morón (Prov. de Buenos Aires), Editorial Independencia, 1980, tomo V, p. 540.

(116) Mao Tse Tung, *Discurso pronunciado en la II sesión plenaria del VIII Comité Central del Partido Comunista de China*, en *Obras Escogidas*, op. cit. tomo V, p. 371.

tes ideológicamente degenerados, por los elementos de las organizaciones partidarias, estatales de las empresas y de los Koljoses, que usurpaban y dilapidaban la propiedad socialista en provecho propio, reprimían a las masas y se apropiaban de los bienes del pueblo, así como también por los intelectuales burgueses" (117).

El desarrollo posterior de los conceptos de esta corriente política, que muy escuetamente delineamos, muestra algunas aristas que, sin apartarse en lo sustancial de la ortodoxia maoísta, dan cuenta de cierta actualización acorde a las experiencias históricas más recientes. La teórica italiana Rossana Rossanda define las relaciones soviéticas de producción, a partir del revisionismo jruscheviano, como una forma imperfecta de capitalismo de Estado. La necesidad de "armonización y laboriosidad" de la sociedad requiere de un enorme Estado represivo; un poder centralizado, monolítico, la "jerarquía de una fábrica global". Este capitalismo "imperfecto" se manifiesta en el rechazo del grupo dirigente a tomar las medidas económico-políticas que permitan una reducción de las desigualdades sociales, la división del trabajo, la ciudad y el campo, etc. "Estamos ante sociedades -sentencia Rossana Rossanda- en las que el modo de producción capitalista ha hecho un ascenso histórico gracias a una clase que no es la suya, una clase que se ha visto obligada a hacer una revolución burguesa que las viejas capas retardatarias no podían realizar" (118).

Seguramente quien más ha profundizado, e investigado este tema dentro de este encuadre ideológico es Charles Bettelheim, dedicando extensísimos trabajos a la URSS debiendo destacarse su monumental *Lucha de clases en la URSS*, que lleva ya editado en París su cuarto tomo. El teórico francés inicia en 1966 una polémica con el economista británico Paul Sweezy a propósito de un artículo de éste publicado en *Monthly Review*, comenzando a delinear las tesis de sus trabajos posteriores. Bettelheim considera que "... si un aparato de Estado separado de las masas es quien detenta los medios de producción (a consecuencia de la nacionalización), y además, si este aparato no sometido al control de un partido vinculado a las masas y que ayuda a estas últimas a luchar para asegurarse el control de los medios de producción, nos encontramos en presencia de una estructura de relaciones que reproduce la separación de los productores directos de sus medios de producción. Estas condiciones, si la combinación de las fuerzas de trabajo y de medios de producción se realiza a través de una relación salarial, esto significa que las relaciones de producción son relaciones capitalistas y quienes ocupan puestos de dirección en el aparato del Estado central y en los aparatos vinculados a él consti-

(117) Carlos Echagüe, *El otro imperialismo*, Buenos Aires, Ediciones de Mayo, 1974, p. 110.

(118) Ver el resumen del coloquio organizado por la revista *El Manifiesto*, dirigida por Rossana Rossanda, que fue realizado en Venecia en Noviembre de 1977 y que contó con la presencia -además de su directora- de Bettelheim, Claudio y Althusser. Tal resumen fue publicado por la revista *Debate* en su número 2.

(119) Paul M. Sweezy-Charles Bettelheim, *Algunos Problemas Actuales del Socialismo*, Madrid, Siglo XXI, p. 179.

tuyen un capitalismo colectivo, una burguesía de Estado" (119). En la polémica que mencionamos Sweezy considera a la URSS como un nuevo tipo de sociedad. Pone de manifiesto la contradicción plan-mercado, lo que le impide considerar a tal sistema como socialista, al tiempo que desecha la hipótesis de la existencia de relaciones capitalistas de producción. El economista inglés no considera entonces, -al menos en un principio- a la burocracia como una clase social. No obstante este tema no es precisamente la especialidad de Sweezy, quien ha aportado valiosas investigaciones marxistas de la estructura del capitalismo actual. Esta polémica culmina con la adopción, por parte del marxista británico, de la mayoría de las categorías de análisis de Bettelheim.

Con posterioridad, Bettelheim prosigue sus investigaciones en el plano económico específico (120) para llegar en 1974 a publicar el primer tomo de su obra cumbre. En ella comienza a diferenciarse de el análisis clásico maoísta, para abandonarlo finalmente casi por completo. El propósito de esta extensa obra, se centra en la necesidad de comprensión de las actuales relaciones de producción soviéticas en base al análisis de su desenvolvimiento histórico concreto, con especial interés en los primeros años de la Revolución. "No se puede en efecto comprender el presente de la Unión Soviética sin una puesta al día con el pasado de ese país. No es suficiente hacer aparecer las relaciones y las prácticas dominantes de hoy, se debe también explicar de qué manera llegan a ser dominantes. Debe luego preguntarse de qué forma, a través de qué luchas y qué contradicciones, el primer país de la dictadura del proletariado se transforma en país practicante de una política imperialista que no vacila en hacer intervenir a sus fuerzas armadas en otros países, para allí defender sus intereses de gran autoridad" (121). Es a partir de esta obra que Bettelheim comienza a sospechar de la debilidad de la tesis maoísta, que reconoce al ascenso jruscheviano como el motor de la transformación capitalista de la sociedad soviética. Las medidas adoptadas durante el período leninista no garantizaban para nuestro crítico, las condiciones en su conjunto, para consolidar por sí mismas, una revolución socialista.

"La nacionalización de los medios de producción por un Estado proletario por un lado, resultan primarias y esenciales para crear las condiciones político-jurídicas favorables para la transformación socialista de las relaciones de producción y, por otro, para la socialización de esas relaciones de producción, pero ello no se identifica con tal transformación" (122). Continuando con su concepción de la sociedad de transición precisa: "El socialismo no es -esto es particularmente necesario subrayarlo en razón a las confusiones a las cuales han dado nacimiento los discursos ideológicos sobre 'el modo de producción socialista'- la 'abolición' de las relaciones de producción capitalista; es -desde condiciones ideológicas y políticas, que son aún lamentablemente here-

(120) Ver al respecto Charles Bettelheim, *Cálculo económico y formas de propiedad*, Madrid, Siglo XXI, 1972.

(121) Charles Bettelheim, *Les Luchas de Clases en URSS*, París, Seuil/Maspero, 1974, tomo I (1917-1923), p. 15.

(122) *Ibid*, p. 116.

dadas de la Rusia de los años 1918-1922- su transformación, su destrucción- transformación en relaciones transitorias que pueden ser analizadas como una combinación de elementos capitalistas y de elementos socialistas o comunistas. La progresión hacia el socialismo, es la dominación creciente de los segundos elementos sobre los primeros, la 'extinción' de los elementos capitalistas y la consolidación de los socialistas, de más en más dominantes"(123). Ahora bien, en esta contradicción constante de tendencias importan para Bettelheim especialmente, los primeros años de la experiencia revolucionaria, en tanto reafirmación de los elementos burgueses dentro del aparato del Estado soviético, afirmación que el teórico francés no disimula en su primer tomo, y que reforzará en los sucesivos, en especial en los III y IV. "Al día siguiente de la Revolución de Octubre y a comienzos de los años veinte en Rusia, la burguesía estaba presente masivamente en los aparatos económicos del Estado, en los puestos de dirección al nivel de las unidades de producción y la gestión de coordinación y ensamble de la economía; estaba presente en los aparatos administrativos y escolares. Historicamente, esta situación se debe al origen de clase de la mayoría de los que ya estaban presentes en esos aparatos, pero, más allá de su origen, que es decisivo, son las prácticas burguesas de aquéllos que ocupaban los puestos de dirección y la estructura misma de los aparatos de Estado. Estas prácticas y estas estructuras tendientes a consolidar las relaciones capitalistas, derivan la existencia de una burguesía que toma la forma de una burguesía de Estado.

"Esta situación está evidentemente ligada a la etapa en la que se encuentra, para esta época la Revolución rusa. Esto no permite que comiencen a cumplirse algunas de las tareas de la revolución socialista. Para que estas tareas puedan continuar siendo realizadas, se debe perseguir la acción del proletariado en clase dominante. Esto exige la elaboración y la puesta en obra de una línea política revolucionaria, y por lo tanto la existencia de un partido proletario dirigente" (124).

No obstante esta caracterización de las relaciones de clase en los primeros años, no le permite al Bettelheim de los años 70 desprenderse por completo de su herencia maoísta. Todavía encontraremos en él, ciertas dudas en torno a la definición de la naturaleza de la sociedad soviética de este período. "En realidad estamos en presencia de una cierta configuración de relaciones de clase que hará que la dictadura del proletariado sea confrontada, en los años sucesivos, con los problemas nuevos, aquellos para los que el partido bolchevique no estaba inmediatamente preparado a hacer frente" (125). Su evolución posterior, como adelantamos en páginas anteriores, será el sello definitivo de esta ruptura ya perfilada profundamente en las citas que escogimos. No abrumaremos al lector con más párrafos sino que intentaremos resumir brevemente los puntos centrales de su nueva teoría.

Bettelheim ha abandonado la idea de que la Revolución de Octubre ha-

(123) Ibid, pp. 117-118.

(124) Ibid, pp. 120-121.

(125) Ibid, p. 472.

ya constituido una "verdadera" revolución socialista. Considera el autor a este acontecimiento como una "forma particular de revolución capitalista". Esta revolución ha llevado al poder a un partido, que hablando en nombre de los intereses del proletariado, reacciona contra ellos. La burocracia, en esta etapa del teórico, es caracterizada como una forma también particular de clase social; desde el punto de vista de sí misma, no posee los medios de producción directamente, siendo el partido quien detenta el poder de decisión de las condiciones de apropiación. El Estado es entonces, a quien jurídicamente pertenecen estos medios. Debido pues a la preeminencia del partido en la estructuración de estas relaciones sociales, llama a este Estado "capitalismo de partido". Queda sellada a partir de aquí, una filiación directa entre los propósitos de Lenin y de Stalin, -y por supuesto de sus sucesores-, en el análisis histórico que ha realizado. Para ello se ha valido de una documentación hartamente extensa que ubica su trabajo -al menos por su indagación histórica profunda, y su manejo de las variables económicas con verdadero detalle- entre los más importantes que se hayan realizado sobre este galimatías que constituye la naturaleza de la URSS.

VII. La crítica "independiente"

Intentaremos a continuación, exponer algunas de las posiciones más notorias, que, debido a su naturaleza, no se incluyen dentro de las corrientes que nos ocuparon hasta aquí, o bien, los que lo han hecho recientemente. Excluiremos de este propósito a los soviólogos occidentales del tipo Leonard Schapiro (126) ya que, si bien comparten la tal independencia respecto a los anteriores, escapan plenamente al objeto de nuestro trabajo. Hemos escogido aquellos casos que lo han hecho -se trata de la inmensa mayoría- con posterioridad a la muerte de Lenin.

En 1937, Antón Ciliga, luego de sufrir largos años de prisión bajo la dictadura stalinista, publica su testimonio casi autobiográfico, que abunda en co-

(126) Schapiro resulta ser uno de los especialistas occidentales más notorios. Su cargo de profesor en la Universidad de Londres le ha permitido dar una vasta difusión a sus trabajos. Deben destacarse también los aportes que sobre este campo realizaron George Lichteheim y Wolfgang Leonard, quienes fueron coeditor el primero y colaborador el segundo de la importante revista *Survey*, que hemos citado en varias oportunidades. En un plano de menor importancia debemos ubicar la obra de Victor Frank, Utechin, Vera Alexandrova o Peter Wiles. Estos autores desde su academicismo "no marxista" han señalado las desviaciones burocráticas del régimen soviético. Para una visión de conjunto de esta corriente interpretativa, remitimos al lector interesado a consultar la antología preparada por Leonard Schapiro sobre la reforma que Jruschov introdujo en el programa del PCUS en 1961, que reúne a sus más encumbrados exponentes. Véase Leonard Schapiro, *La URSS y el futuro*, Mexico, Costa-Amic Editor, 1965.

mentarios acerca de la represión, de la vida cotidiana de la URSS, etc. El autor yugoslavo, llega a Rusia en 1926 luego de pasar por el partido comunista de su país, participando en los acontecimientos de la época, y entroncándose en disidencias que le costarán aquellos penosos años de prisión y posterior exilio. Su obra no refleja un análisis teórico de envergadura aunque en el transcurso del relato encontramos menciones explícitas al rol de la burocracia. A poco de arribar a Moscú, y luego de un breve período de observación, Ciliga comienza a vislumbrar la tendencia que posteriormente confirmará de detención del proceso revolucionario. Refiriéndose para esa fecha a los cuadros más encumbrados del partido comenta: "Y yo me preguntaba si esa era nuestra 'vanguardia'!. Y lo que me parecía más grave era que ese aburguesamiento, lejos de declinar, crecía y se reforzaba, invadiéndolo todo. Esa ola destructora no hallaba a su paso ningún obstáculo, nadie que le pusiera un dique. Masas y dirigentes la aceptaban como si fuera una cosa inevitable. Yo andaba a tientas en ese laberinto de sensaciones imprevistas: y esos imponderables se me aparecían con tanta precisión como las realidades físicas. Y previendo el triunfo de las tendencias dominantes sacaba la conclusión lógica de que la evolución hacia el socialismo se había definitivamente detenido, que la revolución había muerto y, en consecuencia, que "todo se había perdido". Es que no son las máquinas ni las fábricas sino las relaciones humanas lo que constituye la esencia del socialismo (127).

El triunfo de esta tendencia implicaba la consolidación en el poder de una "nueva clase". "Era una nueva aristocracia de 'nuevos ricos'. Y me daba cuenta que representaba la nueva clase privilegiada, pero, lo que era nuevo para mí, es que tenía plena conciencia y estaba penetrada de espíritu jerárquico, de espíritu de casta". (128) Esta debacle representaba para el militante yugoslavo, la certeza de que "Maquiavelo y Napoleón habían reemplazado a Marx y Lenin en las profundidades del Kremlin... Rusia ha ido tan arriba para caer tan bajo!". (129) Esta clase social novedosa se insertaba dentro de un tipo de explotación también inédito, encubierto bajo la apariencia de socialismo que esta "clase" se empeñaba en ofrecer. Un segundo volumen relatando su deportación a Siberia apareció posteriormente, sin que modifique en lo sustancial sus caracterizaciones. (130).

El teórico internacionalista italiano Amadeo Bordiga, ha criticado con algunas variantes la degeneración de la Revolución de Octubre. Desde un comienzo de defensa crítica de las conquistas de la URSS pasa, luego de la Segunda Guerra Mundial, a considerarla definitivamente doblegada por el imperialismo norteamericano. En su trabajo de 1946, *La Rusia Soviética de la Revolución a nuestros días*, ya no abriga esperanzas en la corrección de tales ten-

(127) Ante Ciliga, *El país de la Gran Mentira y del Enigma, diez años detrás de la cortina de hierro*, Buenos Aires, Ediciones Verdad, 1951, pp. 23-24. subrayado F.F.

(128) *Ibid*, p. 93.

(129) *Ibid*, p. 104.

(130) Tal trabajo fue editado por la misma editorial bajo el título de *Siberia*.

dencias. Pone de manifiesto la necesidad de sustituir la distribución mercantil por formas de distribución socialista, cosa que de hecho requeriría un nuevo ascenso revolucionario: "En realidad -escribe Bordiga-, la distribución mercantil no puede convivir establemente con la economía socialista, y la construcción de esta, siendo un largo proceso posterior a la victoria política revolucionaria, no es posible sino extrayendo, casi día a día, nuevos campos de actividad de la distribución mercantil anárquica para sustituirla por la distribu-



NEUE RHEINISCHE ZEITUNG, (Nueva Gaceta Renana), aparecida en Alemania, siendo Marx su jefe de redacción durante algunos meses. La ilustración corresponde a la primera página del número uno.

ción social organizada". (131) Dada esta antinomia el sistema imperante en la URSS resulta ser el capitalismo de Estado ante la preeminencia de las tendencias mercantiles sobre las racionales, donde la burocracia no necesariamente cumple el papel de clase poseedora. "El criterio discriminante fundamental -escribe Bordiga-, es técnico-económico, aún la distinción sobre la clase que posee el poder no es una condición necesaria y perjudicial. Cuando los bienes son administrados con criterio capitalista (aunque estos sean de propiedad del Estado) se calcula su entrada y su salida en moneda y se regula toda su dinámica de modo de rendir la máxima diferencia entre la primera y la segunda, o sea el beneficio. Contrariamente los bienes administrados en el sistema de economía colectiva no calculan su movimiento en moneda, ni en los hechos, ni son finalmente computados, pero su dinámica es regulada en su movimiento junto con aquellos de los bienes restantes, de forma tal de obtener el máximo,

(131) Amadeo Bordiga, *La Russia soviética dalla rivoluzione ad oggi*, en *L'antitalinismo di sinistra, e la natura sociale dell'URSS*, op. cit., p. 361.

no el beneficio local, sino del producto general". (132) Bordiga denuncia las ilusiones stalinistas de construcción del socialismo en un solo país, con su consecuencia de aislamiento internacional y fortalecimiento de las tendencias capitalistas, que acrecieron la involución del carácter socialista y proletario de la Revolución de Octubre.

"La definición de la economía rusa actual, en conclusión, no es el socialismo, sino un vasto y potente capitalismo de Estado, con distribución de tipo privado y mercantil, limitado en todos los campos al control del aparato burocrático central, y de las necesidades de la guerra, en forma convergente. Lamentablemente resta mucha distancia para alcanzar en ambos aspectos, a aquellos de la economía mundial moderna de intervencionismo estatal, de los grandes países burgueses. El modelo más racional en que se manifiesta la convergencia de esta economía es el realizado en Alemania del 'nazional-socialismo', que, tanto en tiempos de paz como durante la guerra ha logrado un altísimo rendimiento en la utilización de todas sus energías.

"El proceso degenerativo e involutivo de transformación de la Rusia soviética del régimen proletario de los primeros años al capitalismo de Estado actual, pone en juego y resuelve un importante y original problema histórico: nuevo para la aplicación de la teoría marxista". (133) Esta desviación, y decremento en cuanto al carácter proletario de la Revolución se resuelve tendencialmente dentro de los años posteriores a la victoria del ejército rojo, encontrando su expresión definitiva con el abandono de las banderas socialistas, que presupone el internacionalismo proletario. En un balance de los primeros cuarenta años de la Revolución Rusa, Bordiga expone dieciséis tesis para explicar los gérmenes de las contradicciones que llevaron a la URSS a desembocar en un desarrollo tan poco feliz. "Para nosotros, Octubre fue socialista, y la alternativa a la victoria de la contrarrevolución armada, que no prosperó, dejaba otros dos caminos abiertos y no uno solo: la degeneración interna del aparato de poder (Estado y Partido) que se adaptaba a administrar con criterio capitalista declarando el abandono mismo de la revolución mundial (como ha sucedido), y una larga permanencia en el poder del Partido marxista, directamente empeñado en sostener la lucha revolucionaria proletaria en todos los países exteriores, y que con el coraje con que bien Lenin declaraba, que la formación social interna (resultaba) sobradamente capitalista (y precapitalista)". (134).

En el mismo año que el italiano realiza su balance, el ex burócrata yugoslavo Milovan Djilas publica su trabajo *La nueva Clase*, en la que se alinea con las tesis de Bruno Rizzi, James Burnham y Max Shachtman (ver nota 80). En efecto para Djilas la burocracia constituye una nueva clase social que hege-

(132) Ibid, pp. 362-363.

(133) Ibid, p. 371.

(134) Amadeo Bordiga, *Quarant'anni di una organica valutazione degli eventi di Russia nel drammatico svolgimento sociale e storico internazionale: 7 novembre 1917-1957.*, en *L'antistalinismo di sinistra e la natura sociale dell'URSS*, op. cit., pp. 381-382. Subrayado A.B.

moniza el bloque del Este y tiende a la unificación con el mundo occidental para acrecentar su dominación. "La tendencia a la unificación del mundo es la característica fundamental de nuestro tiempo". (135). Desde el punto de vista de su aportación teórica, el libro del yugoslavo carece de todo interés. Cree hacer suyas algunas tesis, que para entonces eran bien conocidas por el marxismo. "Es la burocracia la que usa -afirma Djilas-, admsitra y controla oficialmente tanto la propiedad nacionalizada y socializada como la vida entera de la sociedad. El papel de la burocracia en la sociedad, es decir la administración monopolista y el control de la renta y bienes nacionales, le da una posición especial privilegiada. Las relaciones sociales se parecen a las del capitalismo de Estado, tanto más por cuanto la industrialización se realiza no con la ayuda de capitalistas, sino con la ayuda de la maquinaria estatal. En realidad esa clase privilegiada realiza esa función utilizando la maquinaria del Estado como una cubierta y un instrumento". (136) Luego de este panorama el ex funcionario abjura de los ideales comunistas por encontrarlos utópicos y contrarios a la realidad en la que se pretende aplicarlos. El libro de Djilas se convirtió rápidamente en un best seller del estilo de la *Revolución de los Directores* de Burnham, llegando a eclipsar al último. Ambos han sido profusamente utilizados por la reacción mundial para fortalecer sus armas en el combate ideológico.

Análisis tanto más serios, cuanto menos rimbombantes para el público occidental han sido conocidos también fuera de la Unión Soviética. El economista húngaro Eugen Varga, que participó como tal en el *Instituto de Economía y Política Mundiales* anexo a la Academia de Ciencias de la URSS, ha dejado aparentemente su testamento que fue dado a conocer en París, a finales de la década del sesenta. En él define las conquistas de Octubre y analiza profundamente las causas materiales del proceso de burocratización. Pero al mismo tiempo, denuncia con indignación los abusos de Stalin y la distorsión de la dictadura del proletariado derivada de estos. "... Stalin comenta Varga, devorado por la sed de poder, por la crueldad y el jesuitismo de su carácter, se internó en la vía de las represiones arbitrarias: acusaciones falaces, procesos fundados en falsos testimonios arrancados por medio de la tortura, ejecución en fin, de sus compañeros, los viejos revolucionarios de gran categoría" (137). Contrariamente a lo que podía esperarse en razón de la especialidad del escritor húngaro, su testamento realiza un rastreo especialmente político de las causas de la burocratización del Estado soviético, de las desviaciones pequeño-burguesas de la conducción del partido, y, en fin, de lo que llamará la "parodia del comunismo". (138) En breves páginas revive los principales acontecimientos del proceso revolucionario, desde la discusión en torno a los sindicatos, la aplicación de la NEP, la lucha de la "Oposición", la represión stalinista, hasta

(135) Milovan Djilas, *La Nueva Clase*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1958, p. 221.

(136) Ibid, p. 48.

(137) Eugen Varga, *Testamento*, Montevideo, Biblioteca de Marcha, 1970, p. 45.

(138) Ibid, p. 72.

la desestalinización jruscheviana, a la que no le otorga ningún cambio sustancial respecto a la política precedente debido a la agresividad que adopta el imperialismo norteamericano desde la década del cincuenta, obligando a la URSS a contrapesarlo con enormes inversiones en la esfera militar.

Citaremos a modo de ejemplo las razones que expone Varga para comprender este proceso degenerativo. "Rusia, país inmenso, económicamente atrasado, que contaba con una enorme mayoría de campesinos, de pequeños bugueses, y había expulsado a sus antiguos dirigentes porque eran completamente degenerados e impotentes, llegó a un grado de desorganización económica total y chocó, cuando se quiso desarrollar, con dificultades inauditas. A fin de elevar y de hacer progresar rápidamente su economía, a fin de aplastar la resistencia de la burguesía rural reaccionaria, a fin de resistir sola, rodeada por un cerco capitalista fortísimo y amenazador, era necesario realizar gigantescos esfuerzos de centralización y de organización, disponer de inmensos recursos materiales. La necesidad absoluta, so pena de muerte, de un desarrollo económico acelerado, así como el clima internacional muy difícil, exigían una organización centralizada que excluía totalmente tanto un largo proceso de adecuación de la democracia socialista como una 'integración progresiva del kulak al socialismo'. Desde este punto de vista, Stalin tuvo razón al revisar los planes de Lenin y de Bujarín y al anular rápidamente la NEP. Pero justamente gracias a eso la creación de una jerarquía del partido y del gobierno progresó a paso de gigante, jerarquía extremadamente brutal y cruel." (139). Este testamento ha sido sistemáticamente negado en la URSS, y aún por familiares del economista. No obstante, y más allá de la autenticidad de su autoría, se trata de un profundo análisis de la burocracia soviética vista "desde dentro". De ninguna manera Varga menciona a la burocracia como clase, o las relaciones de producción como capitalistas. Cabe afirmar que el teórico húngaro presupone a la URSS como un Estado Obrero.

Continuaremos, para respetar un relativo orden cronológico, con un autor que no ha militado en la URSS sino que lo hecho desde la cátedra de las Universidades norteamericanas: Herbert Marcuse. El teórico germano-americano se propone hacer un análisis de la Ideología soviética, comparándola constantemente con las concepciones de Marx y Engels acerca de la sociedad de transición. Así, sostiene Marcuse que existe una "filosofía ética soviética" (140), resultante de la adaptación de la teoría originaria (el marxismo), a la praxis específica que exigió el proceso revolucionario. Para Marcuse el modelo ruso constituye una variante concreta de transición revolucionaria. No obstante, el escritor señala los excesos represivos propios del stalinismo, la existencia de un enorme aparato burocrático que sofoca su desarrollo y crecimiento. "La burocracia tiene, claramente, un interés vital en el mantenimiento y mejoramiento de su posición privilegiada. Existen, claramente, conflictos entre los diferentes grupos burocráticos. Con el fin de poder apreciar su significado en relación con la evolución de las tendencias de la sociedad soviética, debe-

(139) Ibid, pp. 50-51.

(140) Herbert Marcuse, El Marxismo Soviético, Madrid, Revista de Occidente, 1967, p. 33.

mos tratar de determinar si existe o no una base económica y política para la utilización de la posición especial de la burocracia (o de las posiciones especiales dentro de la burocracia) para romper y cambiar la estructura de la sociedad soviética" (141). Marcuse continúa definiendo la relación concreta que existe entre la propiedad y el control de los resortes de la economía "La burocracia por sí misma, por importante que sea, no genera un poder auto-perpetuador, a menos que posea un fundamento económico propio del que derive su posición, o a menos que esté ligada a otros grupos sociales que posean tal fundamento. Naturalmente, las fuentes tradicionales del poder económico no están a disposición de la burocracia soviética; no posee los medios de producción nacionalizados. Pero es claro que el 'pueblo', que posee los medios de producción por disposición constitucional, no ejerce control alguno sobre ellos. El control, y no la propiedad, debe, por tanto, constituir el factor decisivo. Pero a menos que se dé una definición ulterior sobre el mismo, el 'control' constituye un índice insuficiente para el emplazamiento real del poder" (142).

El balance que Marcuse obtiene de esta visión, se resume en la siguiente tendencia: "... se supone que el Estado soviético marcha en sentido contrario (143) siendo capaz de resolver el conflicto (144) y de establecer la armonía entre las necesidades individuales y sociales, sobre la base de un desarrollo acelerado de la productividad" (145).

A continuación abordaremos los análisis realizados desde la década del setenta hasta la actualidad. El teórico español Fernando Claudín se aproxima a la definición que como antecedente debemos reconocerle al último Hilferding, y que se extenderá hasta Adam Schaff. Claudín se aleja tanto de la concepción que reconoce un carácter socialista a la URSS, como de aquella que le otorga formas capitalistas. "La realidad es que en esos países no hay más que un solo capital y no numerosos capitales independientes. Igualmente no existen directores de empresas independientes que posean efectivamente los medios de producción, tampoco existen trabajadores que puedan 'vender' de un modo totalmente independiente su fuerza de trabajo, más que en los lugares en que se encuentran. Por el contrario todas estas relaciones están sometidas a la ley de la autoridad política que se expresa no solo en el plan sino también en una serie de normas y obligaciones significativas en ese capital único, abstracto, en el que lo económico y lo político alcanzan un elevado grado de fusión. Para mí, en este sistema, la relación Estado-unidad de producción, es una relación productiva determinante, que relega a un papel cada vez más subordinado a la ley del valor" (146). Claudín define pues a la URSS como un nuevo tipo de sociedad de

(141) Ibid, p. 116.

(142) Ibid, p. 117.

(143) Se refiere en sentido contrario al Estado Clasista.

(144) Aquí hace referencia al conflicto existente entre el desarrollo nacional en interés común, y la utilización del último en beneficio privado.

(145) Herbert Marcuse, El marxismo soviético, op. cit., p. 124.

(146) Ver el resumen del Coloquio de Venecia, organizado por la revista IL Manifesto, aparecidas en Debate, op. cit., p. 9.

clases antagónicas, inasimilable a los modelos anteriores, coincidiendo en este aspecto con la posición inicial de Paul Sweezy en su polémica con Charles Bettelheim.

"El que exista un mecanismo regulador de la sociedad, no significa que esta sea una sociedad socialista. Solo si a todos los niveles, el poder se encuentra en las manos de la colectividad trabajadora, esta regulación será socialista. Su criterio serían entonces de satisfacción de las necesidades colectivas. Si, por el contrario, el poder se encuentra en manos de un cuerpo de funcionarios y administradores, situados por encima de esta colectividad y escapando a su control, éstos se convierten en los propietarios efectivos de los medios de producción e incrementan sin cesar su capacidad de apropiación de esos medios de producción, es decir, determinan el funcionamiento del mecanismo de regulación social, en función de sus propios intereses y de la reproducción de su propia situación dominante" (147). Posteriormente Claudín avanza en sus investigaciones, y en un trabajo publicado en 1981 define a la URSS como una "nueva forma de esclavitud social" (148), con una política exterior conformando "un nuevo tipo de imperialismo" (149). El teórico español responsabiliza a Lenin, y al resto de los dirigentes bolcheviques de la esclavitud que señalaba, sacando de esta experiencia el siguiente balance: "La gran lección histórica que nos proporciona el fracaso de la vía leninista, consiste en demostrarnos -demostración reiterada posteriormente por otras revoluciones- que la creación de una sociedad socialista, a diferencia de lo ocurrido con la sociedad burguesa, no puede ser impuesta dictatorialmente, como concebía Lenin, por una minoría ilustrada que, adueñándose del poder político, cree las condiciones económicas (industrialización) y culturales del socialismo, venciendo la resistencia de la mayoría de la población. En el curso de este intento surgen inevitablemente relaciones de producción, estructuras políticas, de carácter opresivo y explotador. La minoría dirigente se transforma en clase dominante y privilegiada. Crea su propia ideología legitimadora conservando la apariencia, la terminología, de la ideología revolucionaria que encarnó las aspiraciones e ilusiones de las masas, lo cual facilita alienarlas y manipularlas. En resumen el fracaso de la vía leninista nos enseña que el socialismo solo puede ser la obra conciente, democrática, de la mayoría del pueblo" (150).

Haremos una breve mención en este apartado del historiador inglés Edward Carr, a quien ya mencionamos en el punto IV, cosa que nos exige de exponer su teoría, aquí. Solamente dedicaremos breves palabras a las interpretaciones en torno a ella. Hemos visto que Carr critica contundentemente las concepciones que le atribuyen a la burocracia un carácter de clase y a la URSS un carácter capitalista. Al mismo tiempo su juicio de la "oposición", y

(147) Ibid, pp. 9 - 10.

(148) Fernando Claudín, La oposición en el socialismo real, Madrid, Siglo XXI, 1981, p. 2.

(149) Ibid, p. 3.

(150) Prólogo de Claudín a La Nomenklatura de Voslensky, citado en nota N. 158.

de Trotsky en particular lo ubican dentro del filotrotskyismo. Ahora bien, el trotskismo (no precisamente Trotsky, quien guardaba en alta estima las investigaciones históricas del inglés), ha criticado a Carr hasta alejarlo de su entorno debido especialmente a la indulgencia en sus juicios del stalinismo (piénsese en Mandel, por caso). Resulta ser que su "clasificación" aparece envuelta de una problemática manifiesta. El stalinismo lo ve como trotskista, el trotskismo como proestalinista, y los críticos independientes, como prosoviético. No hemos querido dejar pasar esta aclaración que lo lleva a Carr, al igual que Victor Serge, a ocupar una doble mención en el presente artículo.

De la ola migratoria que resultó ser una constante durante el período stalinista (siempre que se pudiera vencer, legal o ilegalmente, el vigoroso cerco fronterizo que rodeaba la URSS y sus satélites), se pasó a una relativa calma, en este aspecto, durante la era Jruscheviana, para renacer con renovados ímpetus durante las décadas del sesenta y setenta. Por supuesto estos exiliados acompañaban su "protección" con críticas de diversa laya, algunos de cuyos más notorios ejemplos del primer período hemos mencionado. Por su parte, dentro de la URSS, las críticas arreciaban por igual con métodos de difusión tanto más rudimentarios (151). Los próximos dos exponentes (Bahro y Voslensky) pertenecen al grupo de exiliados durante los años setenta, mientras que los terceros (Kuron y Modzelewsky) a la resistencia interna. El ex funcionario alemán Rudolf Bahro, exiliado de la República Democrática Alemana, publicó en 1977 su "contribución a la crítica del socialismo realmente existente", que tituló *La Alternativa*. Bahro, en nombre de las ideas comunistas rompe frontalmente con el marxismo desde sus primeras interpretaciones históricas hasta su concepto de revolución.

Bahro define a las sociedades del "socialismo real", como formaciones postcapitalistas. Tanto el capitalismo de los países avanzados de occidente, como los países postcapitalistas tienden a generar con su desarrollo las bases materiales para la abolición de la división social en clases. Pero el postcapitalismo, al haber abolido la propiedad privada, ha dado un paso más allá en esta tarea. No obstante, las tareas revolucionarias que se presentan en ambos, guardan estrecha similitud. "Dejando de lado -aduce Bahro- dos factores no recogidos aquí, a saber, el nivel superior de desarrollo de la técnica en el capitalismo tardío, de un lado, y el excedente relativo de cualificación en nuestros países, de otro, esta estructura coincide por completo con la generada por el capitalismo, siempre que se tenga presente, precisamente, que prescindimos aquí de la especial sobreestructura política que tenemos y allá de la subsistencia de la relación de capital. Si se impide hacer abstracción, para un determinado proceso de conocimiento, de los aspectos contradictorios de ambas relaciones de producción, en realidad por lo que se aboga es por un presentación

(151) Numerosas Samizdat (testimonios y críticas que circulan clandestinamente dentro de la URSS, generalmente en forma manuscrita o mecanografiados, de mano en mano, eludiendo los controles policiales), atestiguan estas críticas e intentos atomizados de oposición y resistencia. Para un selección del período postestaliniano véase Samizdat, (voces de la oposición soviética), Buenos Aires, Editorial Pluma, 1975.

de esta estructura esquematizada como 'naturalmente necesaria' y 'eterna', mientras que en verdad lo que representa es la base histórica común de ambas sociedades industriales y la garantía última de su convergencia final en el socialismo. (152)". La estructura social de este "socialismo real", es una formación piramidal conformada desde los trabajos auxiliares hasta los máximos niveles de dirección y planificación, con toda una gama estamentaria que Bahro clasifica, pero que obviaremos exponer en esta oportunidad, y abarca tanto al Estado como al partido. Las relaciones sociales apoyadas sobre esta estructura, se basan en el principio de "subalternidad" (subalternität), que parcializa la actividad humana tanto más, cuanto se desciende hacia la base piramidal.

No resulta casual en absoluto, que Bahro haga uso de tales gráficas para ilustrar la estructura social de estos países. El "socialismo real", al basarse en la abolición de la propiedad privada, no puede ser analizado con los conceptos propios de una sociedad de clases. Resulta tanto más efectivo trabajar en base a un modelo de estratificación social, en base a capas, grupos específicos, etc. "El concepto de clase obrera es absolutamente inadecuado para abordar los rasgos estructurales esenciales de nuestra sociedad y el problema de su perspectiva futura. . . Actualmente ya no se da por lo general ninguna definición de la 'clase obrera' porque aún cuando, obviamente, no se confiese es objetivamente imposible. El concepto de clase obrera ya no tiene entre nosotros ningún objeto delimitable y, lo que es más importante, ningún objeto que aparezca en la acción práctica como una unidad" (153). Mas el escritor germano va algo más lejos aún. Critica "in nuce" el carácter de sujeto revolucionario que Marx atribuyó al proletariado debido a su rol de clase explotada, limitada en su acceso a la transformación social, etc. El sujeto histórico de la revolución en la sociedades postcapitalistas será el conjunto con todas sus capas y estamentos. Esta cuestión, lleva como contrapartida una redefinición de la burocracia, de su rol dentro del proceso de transformación revolucionaria. "Con esto no se suspende o se deja el arbitrio pedagógico de los 'sabios' intelectuales el gran tema de la representación política de los intereses de las capas infraprivilegiadas o, mejor, de las capas infradesarrolladas del trabajador colectivo social. No se trata de sustituir el supuesto 'papel dirigente de la clase obrera' por un fáctico 'papel dirigente de la intelligentsia'. Los intereses de la intelligentsia managerial, científica e ideológica, competente a sus propios ojos, tienen un carácter tan escasamente universal como los de los productores directos. Todo el problema de la emancipación general ha de ser planteado práctico-políticamente de nuevo" (154).

Llegamos aquí a la conclusión del planteo de Bahro: la "alternativa" comunista, a la cual se accede mediante la "revolución cultural". Para ello nuestro disidente elabora algo así como un "programa de transición" para la lucha contra "la vieja división del trabajo, la exclusión de los muchos de una formación capacitadora para la codeterminación en la síntesis, los modelos de infan-

(152) Rudolf Bahro, *La Alternativa*, contribución a la crítica del socialismo realmente existente, Madrid, Alianza Editorial, 1979, p. 172. (subrayado R. B.)
(153) *Ibid*, pp. 189-190.
(154) *Ibid*, p. 209.

cia patriarcales, limitadores del desarrollo personal, la no existencia de comunidad, y el burocratismo" (155), cuyas medidas más importantes para vehicular tal proceso de transición son: "la liquidación de la corrupción burocrática de arriba en todas sus formas y sin excepción: abiertas y ocultas, sacralizadas y no sacralizadas; abolición de las normas de trabajo y del salario por pieza; participación planificada y periódica de todo el personal dirigente e intelectual de la sociedad en el trabajo simple de ejecución; corrección rigurosa de la estructura salarial, cuya preparación se ha de iniciar de inmediato con una discusión consultiva a más largo plazo en la base, según criterios simples y fáciles de comprender, con la finalidad de lograr un proceso decisivo hacia la justicia salarial en el interior del trabajador colectivo" (156). "La respuesta se encuentra en el descubrimiento del principio federativo, en el que se inscribe la idea de la libre asociación y subordinación de la estructura informacional jerárquicamente organizada, asociación y no subordinación de los individuos para lograr sus diferentes fines subjetivos y objetivos; asociación de sus agrupamientos (no en último término, naturalmente, de las unidades básicas de su proceso de trabajo) para constituir comunas de base fundamentalmente territorial como elementos decisivos de mediación de la totalidad; asociación de las comunas en sociedad nacional; asociación de las naciones en un mundo pacíficamente cooperante; mediación de cualquier unidad superior a través de delegados elegidos por la base.

Así cabe representarse un orden en el que las condiciones de la libertad real coincidan con las de una real igualdad y fraternidad. El comunismo no es solo necesario, también es posible. Que llegue a convertirse en realidad, eso lo decidirá la lucha por sus condiciones" (157).

Por su parte el ex burocrata soviético Michael Voslensky se exila en 1972, para publicar posteriormente su obra *La Nomenklatura*, en la que expone una serie de interesantes detalles alrededor del funcionamiento de la burocracia sus ascensos, su tendencia hacia una formación hereditaria, sus luchas internas, etc. El trabajo de Voslensky, a diferencia del anterior, no aspira a realizar una indagación teórica de envergadura. Simplemente se limita a reeditar actualizadamente la teoría de Djilas sobre la existencia de una "nueva clase" que aspira a hegemonizar el mundo. El embrión de esta nueva clase lo encuentra Voslensky en el modelo leninista de organización. "La organización de revolucionarios profesionales se pregunta el escritor ruso: era un medio apto para preparar la revolución?"

Si, sin ninguna duda, si se trataba de revertir el orden vigente y de tomar el poder. En cambio, la respuesta es negativa si se partía de buena fe desde el marxismo, si se creía que la revolución proletaria era una necesidad histórica, el salto dialéctico de una sociedad hacia un nuevo Estado; si se trataba de quebrar sus cadenas, de cambiar las relaciones de producción existentes en beneficio de nuevas fuerzas productivas; si se concebía a la revolución como el resultado ineluctable de la lucha de clases. La 'mafia' sin clase de los revolu-

(155) *Ibid*, p. 391.
(156) *Ibid*, p. 397.
(157) *Ibid*, p. 472.

cionarios profesionales no se colocaba, en absoluto, en esta perspectiva filosófica de la Historia" (158). Ya constituida de esta forma en clase dominante, la nomenklatura montará un sistema económico para perpetuar su poder y sus privilegios que nada tiene que ver con la "ley económica fundamental del socialismo", formulada por Stalin. "En ese sentido, la ley económica fundamental del 'socialismo real' obliga a la Nomenklatura, como clase dominante, a garantizar mediante medidas económicas la seguridad y la máxima extensión de su propio poder." (159) Sin mencionarlo. Voslensky encuadra a la URSS y sus satélites dentro de un nuevo modo de explotación, diferente al capitalismo, que da lugar a una estricta división de la sociedad en clases antagónicas.

Realizaremos ahora un salto cronológico, para retrotraernos a la década del sesenta con los militantes polacos Jacek Kuron y Karol Modzelewsky. Sus luchas y consecuentemente su trabajo, la *carta abierta al POUP*, no se refieren a la URSS sino al ámbito geográfico de estos revolucionarios, pero pueden perfectamente en lo que respecta a los lineamientos teóricos generales extenderse al régimen soviético. Los autores retoman ciertos aspectos del trotskismo, en especial las críticas al stalinismo con matices que vale la pena destacar. Comienzan a lo largo de su evolución, que reconocen paulatina, sospechando de las declaraciones oficiales en torno a la realización del socialismo, reconociendo el inmenso poder de decisión de la burocracia frente a las masas desposeídas de tal facultad, sospecha que alcanza también al acerto de relaciones socialistas de producción. En efecto, la propiedad estatal de los medios de producción resulta ser el argumento favorito de la burocracia para sostener sus principios. "Este razonamiento refutan Kuron y Modzelewsky parece ser marxista. En realidad, se ha introducido en la teoría marxista un elemento que le es profundamente extraño, o sea la concepción formalista y jurídica de la propiedad. La noción de propiedad del Estado puede disimular contenidos diferentes según sea el carácter de clase del Estado". (160) La producción que se deriva de este sistema estatizado, controlado por una burocracia central y monopólica, tiene un concreto carácter de clase.

"En nuestro sistema no existen capitales privados. Las fábricas, las minas, los altos hornos, así como el conjunto de la producción son propiedad del Estado. Pero, puesto que el Estado se halla en manos de la burocracia política central, que dispone colectivamente de los medios de producción y servicios, se ha transformado en un 'capital' nacional, centralizado y único. La potencia material de la burocracia, su campo de dominación sobre la producción, su posición internacional (factor muy importante para una clase que se organiza en tanto grupo identificado con el Estado) dependen de la importancia del capital nacional. La burocracia tiende por lo tanto a ampliarlo, a extender el aparato de producción y de acumulación. Es la expresión del capital nacional, de su tendencia a la expansión, de la misma manera que un capita-

(158) Michael Voslensky, *La Nomenklatura*, Buenos Aires, Editorial Crea, 1981, p. 40.

(159) *Ibid.*, p. 133.

(160) Jacek Kuron y Karol Modzelewski, *Revolución Política o Poder Burocrático*, Córdoba (Argentina), Cuadernos de Pasado y Presente, 1971, p. 27.

lista lo es de su capital individual. ¿Cuál es el objetivo de clase logrado por la burocracia a través del proceso de producción? No es el beneficio de la empresa, sino el producto excedente a escala de toda la economía nacional. Dicho excedente proporciona las fuentes de la acumulación así como todos los fondos destinados a mantener y reforzar la dominación de clase de la burocracia" (161). A pesar de la terminología utilizada para designar a la burocracia (clase social) esta perspectiva no difiere en lo sustancial con la caracterización trotskista, en particular con la polémica de los años 39 y 40 de Trotsky con Rizzi, Burnham y Shachtman, a la que ya nos hemos referido sumariamente.

Pero el punto de mayor contacto entre ambos se encuentra en el programa que desarrollan los polacos, para producir una verdadera revolución socialista en el seno de su país, que a la vez se extienda internacionalmente. En primer lugar instan a la formación en las fábricas de consejos obreros para dirigir la empresa. Para continuar la organización de la clase obrera deben formarse consejos de delegados encabezados por un consejo central. A través de este consejo, la clase obrera será quien decida los objetivos de la producción social, controlando la ejecución del plan. Desde el punto de vista político debe romperse con el criterio de partido único, organizándose en base a una pluralidad de partidos. Organizando además un plan de instrucción obrera en base a algunas horas semanales remuneradas. La supresión de la policía política es otro de los aspectos contemplados por estos revolucionarios. Por otro lado debe asegurarse la creación de organizaciones que representen los intereses de los campesinos, creando las premisas de la especialización de la producción, y por último internacionalizar la causa revolucionaria. "La esclavitud de la clase obrera es la fuente principal de la esclavitud de las demás clases y capas sociales: liberándose a sí misma, la clase obrera libera a toda la sociedad.

Para liberarse, debe suprimir la policía política, y al hacer esto, libera a toda la sociedad de la dictadura y del miedo:

-Debe suprimir el ejército regular, y al hacerlo, libera a los soldados del envejecimiento de la vida del cuartel;

-Debe instaurar la pluralidad de partidos con lo cual se libera la libertad política a toda la sociedad;

-Debe suprimir la censura preventiva, introducir total libertad de prensa, de creación científica y cultural, de creación y propagación de diversas corrientes del pensamiento social; haciendo esto, libera al escritor, al artista, al periodista, y crea las condiciones en las cuales los intelectuales podrán realizar su función social de la manera más profunda;

-Debe someter el aparato administrativo a un control constante y a una dependencia permanente respecto de las organizaciones democráticas, es decir, debe cambiar las relaciones que existen actualmente dentro de este aparato; al hacerlo libera a los simples funcionarios de su dependencia feudal y burocrática;

-Debe asegurar al campesino el control sobre la producción, autonomía económica, social y política; haciéndolo, transforma a los campesinos de eter-

(161) *Ibid.*, pp. 50-51.

nos súbditos impotentes, sometidos a todos los poderes, en ciudadanos activos, organizados, y con la participación en las decisiones que fijan las condiciones de su vida y de su trabajo" (162). Estas propuestas programáticas se diferencian del trotskismo por el peso específico reducido que le otorgan al internacionalismo proletario, haciendo de las mismas un encuadre nacional. Pero la piedra de toque de las coincidencias debe centrarse en el carácter político de las tareas revolucionarias.

El escritor italo-español, Ludolfo Paramio, publica en 1975 en *Les Temps Modernes*, un trabajo sobre la naturaleza de la URSS. Paramio establece que existe una sólida unidad dialéctica entre la base y la superestructura. Si la superestructura permanece "descaradamente" no socialista resultaría impensable que esta sociedad lo fuera. "El problema - escribe el teórico italiano - es que en la URSS la base económica ha cambiado, pero no en el sentido de establecer el dominio de las relaciones de producción socialistas. Una ideología no socialista no podría permanecer como dominante si la base económica fuera socialista o a la inversa, no es posible convertir las relaciones socialistas de producción en dominantes (no es posible tener una base socialista) sin implantar formas de conciencia socialistas como dominantes. Las supervivencias ideológicas existen, por supuesto, pero en cuanto tales supervivencias no pueden caracterizar una formación social" (163). Paramio no arriesga una definición propia que responda al problema anterior, si bien se entronca en importantes coincidencias con Bettelheim. Más bien se trata de una invitación a la polémica en torno a problemas que el teórico francés introdujo en su análisis, y que derivan de la ya vieja polémica con Sweezy. "La propiedad estatal se traduce en el plan. Lo importante es saber si en el sistema económico en su conjunto el plan juega un papel dominante y si, por otra parte, la propiedad del Estado es en realidad la propiedad de los trabajadores" (164).

Paul Sweezy, recoge el guante de Paramio meses después, en el mismo medio precisando algunas cuestiones dejadas por el anterior. "Me parece que es muy preferible, y sobre todo si se quiere permanecer en la línea de las ideas fundamentales de Marx, Engels, Lenin y Mao, reconocer la existencia de dos modos de producción - capitalismo y comunismo - y utilizar el término *socialismo* para las formaciones sociales de transición que contienen elementos de estos dos modos de producción. No deberíamos hablar entonces de *transición al socialismo*, sino de *transición socialista* entre capitalismo y comunismo.

Esto, por supuesto, no resuelve todos los problemas pertinentes que plantea la terminología. Muchos marxistas (quizá la mayoría) admiten actualmente que la transición del capitalismo al comunismo no es una calle de dirección única. Que en ella puede haber una detención y/o un regreso al punto de partida. Por mi parte, prefiero reservar el término *socialismo* para las sociedades en las que la transición es un proceso en marcha (como es el caso de China), y mantener indeterminada, por el momento, la naturaleza de las socie-

(162) *Ibid.*, pp. 144-155.

(163) Ludolfo Paramio, *Sobre la naturaleza del Estado soviético*, en *Zona Abierta*, Madrid, Ns 9/10, 1977, p. 140.

(164) *Ibid.*, p. 141.

dades (de las que la URSS es claramente el mejor ejemplo) en las que el proceso de transición se ha detenido y/o ha entrado en retroceso. En lo que se refiere a la URSS, yo sería partidario de considerarla como una nueva forma de sociedad de explotación de clase, que puede retroceder hacia el capitalismo, pero cuyas leyes de movimiento son todavía mal comprendidas" (165).

Dedicaremos ahora, para terminar el presente apartado, algunos párrafos a las posiciones novedosas vertidas en lo que va de la presente década del ochenta. El escritor español marxista Adolfo Sánchez Vázquez, autor de importantes investigaciones filosóficas, critica la concepción de "Estado obrero degenerado" (Trotsky-Mandel) así como la de "capitalismo de Estado" o sociedad capitalista peculiar con dos clases fundamentales: la burguesía estatal y el proletariado (del estilo de Bettelheim por ejemplo). Por otro lado acerca su crítica a las posiciones que interpretan a la URSS como una sociedad socialista autoritaria, cuyo mentor más reciente es Adam Schaff (166). Para Sánchez Vázquez se trata de una "sociedad de nuevo tipo: ni capitalista ni socialista una formación social específica", surgida en el proceso de transición. Pero cuando se ve obligado a precisar más su caracterización, se aproxima a la tesis trotskista (167). El tema no es precisamente su especialidad, pero no es habitual encontrar en este período de "desencanto" y de "crisis del marxismo" un ejemplo similar. Por su parte el catedrático Mauricio José Rojas, ligado a una perspectiva socialdemócrata polemiza con Mandel y con Bahro, sosteniendo la tesis de una "nueva forma o modo de producción... un nuevo tipo de sociedad que no es ni capitalista ni socialista", para cuyo análisis las categorías marxistas son un estorbo (168). Demás está decir que el autor se encuentra mucho más próximo a la tesis de Bahro que a Mandel (169).

Otro ejemplo de caracterización similar es el de Jean Elleinstein, escritor francés que prologó la *Nomenklatura* de Voslensky (recuérdese que la edición castellana estaba prologada por F. Claudín). En dicho prólogo sostiene que se trata de "una nueva sociedad de clase ni capitalista, ni socialista" (170). Anteriormente el mismo autor había expuesto una posición más próxima a la de Adam Schaff donde sostenía la existencia de "una combinación de relaciones económicas socialistas con formas despoticas" (171).

Para finalizar este punto mencionaremos a Denis Berger, quien es autor del trabajo *Sobre los Estados Antiobreros* en respuesta a Mandel. El teórico francés, desde una perspectiva trotskista, afirma que es necesario abandonar el concepto de "estado obrero" para los países del Este, y el de "revolución política" para las tareas revolucionarias planteadas en ellos, llamándolos "Estados

(165) Paul M. Sweezy, ¿Transición al socialismo o transición socialista?, en *Zona Abierta* Ns 9/10 op. cit., pp. 149-150 (subrayado F.F.).

(166) Adam Schaff, *Sobre la alienación en la revolución*, en revista *Dialéctica*, N 7, Puebla, diciembre de 1979 (citado por Adolfo Sánchez Vázquez).

(167) Adolfo Sánchez Vázquez, *Ideal Socialista y socialismo real*, en revista *En Teoría*, N 7, julio-setiembre de 1981.

(168) Mauricio José Rojas, "Socialismo real", desarrollo capitalista y crisis del marxismo, en revista *En Teoría*, op. cit.

(169) Para corroborar esta afirmación puede consultarse su trabajo *Marx después de Bahro*, en revista *Zona Abierta*, N 24, marzo-abril de 1980, pag. 142.

(170) Michel Voslensky, *La Nomenklatura*, París, Belfond, 1980.

(171) Jean Elleinstein, *Histoire du phénomène stalinien*, París, Orasset, 1975.

burocráticos", no capitalistas, y plantear la revolución antiburocrática con una amplitud mayor a lo que se entiende por "revolución política". (171 bis)

A modo de balance

Hemos transcurrido hasta aquí, a través de algunas de las expresiones teóricas que generó el acontecimiento más fabuloso del siglo, con su posterior desarrollo. Esta exposición, de seguro incompleta, no pretendió sino presentar un panorama de conjunto de la repercusión que el fenómeno que analizamos ha tenido sobre la ideología, cosa que muestra a las claras la necesaria ligazón entre la experiencia concreta y la teoría. Resta pues, dar una breve respuesta a la profusión de tan variadas opiniones y conclusiones, que hemos intentado vertir despojadas de crítica, salvo la que presupone la selección, exposición y presentación del material, con los matices correspondientes.

Desde los inicios de la Revolución Rusa, y hasta la aparición en la escena política de la Oposición de Izquierda, el debate en torno a la naturaleza de la URSS se centró en base a la oposición Estado obrero-capitalismo de Estado. Tanto socialdemócratas como anarquistas -extremos verdaderamente curiosos-, por un lado, como mencheviques y populistas, por otro, tomaron franco partido en favor de la segunda opción (excepción hecha del ala izquierda socialdemócrata y de algunos grupos anarquistas en un comienzo). Los argumentos esgrimidos por unos y otros, conforman una vasta variedad donde confluyen elementos económicos, políticos, y hasta éticos (piénsese en el último Mondolfo). Para poder analizar retrospectivamente la afinidad de estos juicios con la realidad, debemos retrotraernos a su vez, a la situación económica y política de la Rusia de entonces.

El programa económico bolchevique, no proponía un cambio esencial en lo inmediato en el modo de producción soviético. Se basaba fundamentalmente en el desarrollo de las tareas nacionales y democráticas incumplidas (172), bajo la estricta vigilancia y control obrero. Pero debido al impresionante despliegue

(171 bis) Ver al respecto, Mandel - Berger, La naturaleza de la URSS, Barcelona, Editorial Fontamara, 1977.

(172) En un primer momento proponía el control obrero sobre la producción, en la que el rol de la clase obrera se reducía a controlar a los directores capitalistas para realizar un rápido aprendizaje de la gestión, sin el cual, se encuentran sumamente favorecidas las tendencias a la burocratización. De lo contrario habría que suponer que los obreros se encontraban ya en condiciones de administrar la economía en todos los niveles (empresario, regional, global, etc.), cosa desde ya imposible dada la situación de Rusia en aquel entonces, y cosa imposible además, en general, produciendo en el contexto del modo de producción capitalista que apenas le permite, en el mejor de los casos, reproducir holgadamente su subsistencia.

A la vez, el principio político de control obrero, era acompañado con la nacionalización de la banca, los monopolios, el desconocimiento de la deuda externa, la nacionalización del suelo y el subsuelo, la expropiación de la propiedad latifundista, el reparto de tierras entre los campesinos, etc. Estas medidas, si bien reconocen un alto sentido progresista, no implican hasta este punto, un cambio en el modo de producción de la Unión Soviética.

militar de coalición contrarrevolucionaria interna y externa, al que debemos sumarle como elemento condicionante el espíritu revolucionario de las masas, el partido bolchevique se vio urgido a radicalizar su postura inicial, a fin de evitar que tal ofensiva alcanzara al funcionamiento directo y control de la economía. Sin embargo, a la vez este control obrero repercutió sobre los aspectos económicos, radicalizando naturalmente el propósito inicial, regulando la medida de los puntos programáticos de la transición soviética al socialismo. El programa inicial del partido bolchevique partía del presupuesto de que las masas no se hallaban en condiciones de administrar por sí mismas el funcionamiento de las empresas, y la interrelación entre los diversos sectores de la economía, para lo cual, mediante el control obrero, debía producirse un "período de aprendizaje" en el cual las empresas estarían dirigidas por los capitalistas. Este aspecto, habla de la conciencia previa por parte del partido, de combatir por medios genuinos, es decir mediante un ejercicio creciente de la gestión económica, a medida que se progresaba sobre el capitalismo, la posible burocratización del Estado, la aparición de "especialistas" que sustituyeran a las masas en la tarea de construir el socialismo en todos los planos, mediante un avance concreto de las masas por sobre la ideología pequeñoburguesa, las formas mercantiles, etc. Claro que esta limitada, o por lo menos no tan explícita conciencia, debió ceder su lugar frente a las urgencias provenientes de la conjunta imbricación de las amenazas contrarrevolucionarias interna y externa, la combatividad de las masas, el enorme deterioro económico-material, sumados todos a la pesada herencia de atraso y miseria. Ya a fines de 1918, el conjunto de los grandes medios de producción, la propiedad extranjera, el comercio exterior y la banca pasan a ser monopolizados por el Estado. Sin embargo, la propiedad privada siguió imperando durante toda la década del veinte, en la pequeña y mediana explotación agrícola. He aquí que la economía soviética del primer período combinó ambas formas: La nacionalización y el control estatal de los grandes medios de producción, y la propiedad privada de la pequeña y mediana extensión rural. La producción, por tanto, no tenía per se un carácter capitalista, sino que conservaba ciertos resabios heredados de su reciente pasado semifeudal, o para definirlo en los términos del Marx de *Los Grundrisse*, semiasiático. Mientras tanto, el modo de distribución continuó siendo brugués (aunque no en el sentido capitalista). Con la NEP, esta característica cobró una indiscutible evidencia. Ahora bien, la existencia de formas burguesas de distribución, tal como resulta de los párrafos de Marx con que iniciamos el trabajo, no llevan en absoluto a otorgar al Estado un carácter capitalista. O, como acota Engels, no sólo las antiguas condiciones de producción y sus correspondientes instituciones políticas frenan al nuevo, sino también el antiguo modo de distribución (173). Tenemos así, un panorama en que las formas de producción aún conservan restos burgueses por la propiedad privada de la pequeña y mediana factoría, y su distribución lleva el sello indeleble de su pasado inmediato en las formas mercantiles de repartición de la riqueza. Más aún, las condiciones de desarrollo de esta producción no capitalista, semejan una extrema ruina producto de las devastadoras guerras, tanto la

(173) Véase al respecto, Federico Engels, *Anti-Düring*, op. cit.

guerra del 14, como la guerra civil), sumado esto al atraso propio de las antiguas condiciones de producción. Tanto la NEP, como el sostenimiento de la propiedad privada rural, y aún las garantías a la inversión extranjera controlada, tenían por objeto revertir tan tremenda herencia, para ir edificando la sociedad socialista sobre las bases de un crecimiento constante de las fuerzas productivas. Sin ellos, la colectivización resultaría imposible -por más forzada que pretendiera realizarse-, y la socialización de los medios de producción, un simple modo de distribución de esta penuria.

En este contexto debe enmarcarse más allá de nuestra opinión de la naturaleza de la URSS en este periodo, las críticas que en favor de la caracterización de capitalismo de Estado fueron vertidas. Las argumentaciones al respecto han partido, unas del reconocimiento de la burocracia como clase social para luego derivar en el modo de producción, mientras otras lo han hecho mediante el camino inverso. Debemos detenernos en ellas. Surge a las claras que la propiedad estatal (colectiva) de los medios de producción, no garantiza que los mismos sean efectivamente controlados y dirigidos por los productores directos, y que sin esta condición, mal puede hablarse de socialismo. De hecho, este control fue mínimo durante el desarrollo soviético. Una burocracia creciente se apoderaba del control en todos los niveles de la actividad económica y política. Pero esto no obsta para considerar a quienes eran destinatarios del privilegio de la dirección como propietarios de estos medios, condición sine qua non, para otorgarle un carácter de clase. Su imposibilidad de testar, sus límites concretos en la administración de la riqueza (por más que las diferencias en su favor sean tan abismales respecto a las masas, cosa que no puede sino repugnar el espíritu revolucionario) les impide tal "apropiación". Su esencia se encuentra ligada al modo de producción que le dió origen, por lo cual, a pesar de lo extenso e importante de esta cuestión que merece un análisis particular (174) pasaremos a analizar este modo de producción.

El término Capitalismo de Estado, ha sido empleado equivocadamente para designar aquellos ejemplos en los que el Estado asumía la propiedad de determinados resortes claves de la economía. Pero esta propiedad debe estar inscripta, para que éste sea considerado como tal, en el marco concreto de las relaciones de propiedad capitalistas, de las cuales el Estado es su constante protector.

Cuando determinados medios de producción, distribución, etc. pasan a manos estatales, lo hacen con el único objeto de reforzar los intereses monopólicos de los propietarios privados de las demás ramas económicas ligados a él. Pero si el conjunto de estos medios son apropiados por el Estado, liquida la esencia misma del modo de producción capitalista. La nacionalización de los medios de producción, es el primer paso para sentar las bases de una sociedad sin clases, para destruir-construir, usando palabras de Bettelheim, las formas capitalistas

(174) Remitimos al lector interesado en este punto a consultar Ernest Mandel, Porque la burocracia no es una clase dominante, Barcelona, Monthly Review, Vol. 3, 5, Diciembre de 1979. Mandel ha desarrollado el más acabado análisis económico de este problema, sin embargo, no ofrece una definición marxista de la diferencia entre una clase social y una capa o grupo social.

de producción instituyendo la producción socialista. La esencia de la contradicción del modo de producción soviético se centra en la producción no capitalista (aunque con ciertos resabios), y el modo de distribución burgués. La tendencia objetiva que resulte de esta contradicción inevitable al principio, determinará la progresión o no hacia el socialismo.

En los exponentes máximos de las corrientes que se opusieron al bolchevismo durante los primeros años de la revolución existe una combinatoria de estos elementos aunque comenzaran por una u otra consideración. La lógica de razonamiento sería: La burocracia al tener un control efectivo sobre los aparatos políticos y económicos con independencia de la voluntad de las masas trabajadoras, poseen los medios de producción, luego, son una clase. Como la propiedad jurídica de los medios de producción se encuentra en el Estado, y como la riqueza es distribuida al antojo de la burocracia mediante formas burguesas, el modo de producción en su conjunto resulta ser el capitalismo de Estado. Quienes inician sus deducciones asimilando la nacionalización de los medios de producción al capitalismo de Estado, derivan pues que la clase dominante es la burocracia, al usufructuar de tal propiedad estatal en su propio beneficio. Alguna variante que merece consignarse pone el acento en los aspectos reaccionarios de la propiedad privada rural (Mondolfo), deduciendo de ello una tendencia a la restitución del capitalismo privado. Cuando la NEP fue desestimada, y Stalin forzó mediante métodos verdaderamente criminales - la colectivización, esta idea fue desechada y reemplazada por el clásico capitalismo de Estado.

Pero estos análisis económicos no se hacían en forma pura, sino constantemente mediatizados por conclusiones políticas, para lo cual, se torna indispensable referirnos brevemente al contexto político que envolvía el desarrollo de la Revolución. El proletariado soviético, había mostrado estar a la altura de las exigencias de la historia en Octubre, logrando hegemonizar el vigoroso ascenso de masas iniciado en febrero. Pero su debilidad numérica exigía una verdadera disposición revolucionaria para sostener tal iniciativa. Las contingencias de la guerra civil, diezaban numéricamente sus filas y sumían al pueblo en la desmoralización y el horror al ver nuevamente desbordados sus anhelos de paz (175). Con la vanguardia del proletariado luchando en el frente de batalla, y con el peligro constante de las acechanzas del enemigo interno, los líderes de Octubre deciden restringir la democracia obrera al entorno de la conducción partidaria, cuidándola a su vez de cualquier posible fraccionamiento o escisión.

Las denuncias constantemente formuladas por diversos sectores políticos sobre los excesos "terroristas" y antidemocráticos de la conducción bolchevique, en especial los que hemos tratado, basaban sus juicios en hechos probables fehacientemente. La contrapartida del terror blanco, el terror rojo, nada tenía que envidiar al asedio contrarrevolucionario, en lo que a métodos se refiere (175 bis). Por su parte, la ausencia de democracia, libertad de expresión, prensa y reunión, resultaban un hecho incontable. Pero las exigencias de democracia política deben medirse entendiéndolo la ruina, el caos, y el horror que significaba

(175) Recuérdese que no fueron precisamente las consignas socialistas las que permitieron el apoyo popular al bolchevismo, sino la garantía de paz y repartición de la tierra, ligadas por Lenin a las tareas socialistas.

la situación de la Rusia postrevolucionaria, aislada dentro de sus propias fronteras. El joven Lukacs escribe al respecto con suma claridad: "... un constante reagrupamiento en las energías revolucionarias es una cuestión vital para la revolución. Sabiendo con certeza que la situación de conjunto de la economía mundial debe impulsar tarde o temprano al proletariado hacia una revolución a escala mundial, que será la única en condiciones de cumplirse realmente en sentido socialista las medidas económicas, es importante, en pro del desarrollo de la revolución, conservar por todos los medios y en toda circunstancia el poder del Estado en manos del proletariado. ... En el período de la dictadura la naturaleza y la medida de la 'libertad' dependerán del estado de la lucha de clases, del poder del enemigo, de la intensidad de la amenaza que pesa sobre la dictadura, de las reivindicaciones de los sectores por ganar, de la madurez de los sectores aliados y de aquellos influenciados por el proletariado. La libertad (no más, por ejemplo, que la socialización) no puede representar un valor en sí misma. Debe servir al gobierno del proletariado y no a la inversa" (176).

La ausencia de libertad había incentivado la caracterización de estos sectores, que atribuían a la burocracia el status de una clase social. Tales reclamos combinaban oportunismo y ultraizquierdismo, pretendiendo que la democracia socialista surgiera de las cenizas de un país destruido, como el ave Fénix.

Una vez concluida la guerra civil, el proletariado soviético físicamente reducido a una mínima expresión, agotado por la cruenta lucha, se repliega de la actividad política favoreciendo las tendencias burocráticas generadas por las condiciones adversas para la instauración inmediata de una sociedad socialista. La recuperación de la economía era pues el eje de la recuperación de la sociedad en su conjunto, y la NEP tenía por objeto acelerar ese proceso. Mas al tiempo, contenía serios riesgos al retrotraer las formas mercantiles de producción y distribución generando tendencias hostiles a la evolución revolucionaria. El partido bolchevique, creyó poder contrarrestarlas fortaleciendo la unidad del partido, y ejerciendo una férrea censura política. La ineficacia de este criterio fue advertida rápidamente, aunque no siempre con el mejor criterio correctivo.

Había que incrementar la participación del proletariado en la conducción de los aspectos políticos y económicos. Los reclamos de la "Oposición obrera", del grupo "centralismo democrático", las posteriores propuestas de Lenin, evidencian esta preocupación constante en diferentes períodos. Tanto los errores de la conducción bolchevique (principio de partido único, prohibición de fracciones, censura política en general) como la pasividad de las masas fueron terreno fértil para asentar las fuertes raíces burocráticas. Cuando Lenin y Trots

(175 bis) Esto no implica que intentemos establecer una relación mecánica entre ambos. Los medios y los fines se relacionan dialécticamente, no son compartimentos estancos. De hecho los fines del terror rojo, modificaba sustancialmente el contenido del método empleado. Pero debemos poner de manifiesto que este hecho ha repercutido de manera explosiva sobre vastos sectores de la izquierda no bolchevique debido a la crudeza de los procedimientos.

(176) George Lukacs, *Histoire et conscience de classe* op. cit., pp. 330-331, subrayado G.L.

ky, deciden encarar una intensa lucha contra la burocratización esta ya había tomado un carácter verdaderamente sofocante y creciente. El temor a los peligros contrarrevolucionarios generados por la NEP, impidió enfrentar el problema con las armas más genuinas: la democracia obrera, y la gestión directa de la economía en todos sus niveles. Cuando Trotsky comprende las tareas revolucionarias planteadas en la URSS, y decide encarar la lucha en el interregno abierto en 1923, se encuentra prácticamente aislado y limitado por los poderes ya enormes del aparato burocrático, lo que lo lleva, a su vez, a cometer errores graves, como su silencio a partir de la reacción de la troika contra la llamada "campaña literaria" y con respecto a la publicación del testamento de Lenin en los Estados Unidos, por citar algunos de los errores táctico-políticos más notorios. Debe sumarse a esto, un aspecto algo más subjetivo: el proletariado agotado por la guerra civil, disminuido físicamente, y preocupado por los aspectos más urgentes de la difícil subsistencia cotidiana, decide "bajar los brazos" en cuanto a su participación política. Entra en un período de pasividad que facilita el ascenso burocrático. Desinteresándose políticamente por la posibilidad de autogestión, se entrega, por decirlo así, a la sustitución "paternalista" de sus propio destino, en brazos de la burocracia. No obstante, la batalla librada por la "oposición de izquierda" en favor de la politización de los trabajadores, de la lucha consecuente por el internacionalismo proletario tendía a oponerle una resistencia efectiva a esta tendencia, resistencia que no fue acompañada todo lo necesario por el resto de los miembros del partido bolchevique. Aún así esta victoria estaba sumamente comprometida por los aspectos genéticos del problema, que mencionaremos al finalizar. La teoría que Trotsky formuló, posteriormente como expresión de esta importantísima experiencia histórica, es sin duda alguna el mayor aporte a la resolución de este drama singular. No así, precisamente, el desarrollo posterior del trotskismo en general, que con una variedad sumamente amplia, y salvo contadas excepciones entre las que debe destacarse a Mandel - han hecho una mecanización y "ultraizquierdización" de estas teorizaciones.

Resulta indudable, a la luz de las posiciones vertidas, que la mayor aproximación al problema burocrático, fue realizada en el seno del partido bolchevique y en el ala izquierda socialdemócrata, aun con las dilaciones, contradicciones y retrocesos, que caracterizó esta lucha desigual. Pero el partido bolchevique llevaba en sí, una limitación concreta ya que debía luchar contra un fenómeno del cual era evidente partícipe. El grado de conciencia de este flagelo durante los primeros años de la revolución, resulta un indicador fundamental en la gestación de los elementos subjetivos que permitan encarar una lucha efectiva contra la burocracia. Su preocupación inicial por vencer la contrarrevolución armada, el posterior esfuerzo por desarrollar velozmente las fuerzas productivas, e internacionalizar la revolución eran una elocuente evidencia de la necesidad de fortalecer "por la base" la construcción del socialismo. El resultado económico obtenido ante el primer quinquenio, muestra a las claras la enorme proeza de la revolución, que logró levantar a Rusia del atraso y la miseria, para colocarlo dos décadas más tarde en el ugar de una potencia mundial, a un costo que lleva a negar algunas de las banderas originales de la Revolución. Pero su posterior estancamiento, su atraso relativo respecto a los países metropolitanos,

indica el carácter burocrático de su producción constantemente equidistante entre la progresión y la regresión.

Con la consolidación del stalinismo, un nuevo elemento se insertó en la polémica en torno a la naturaleza de la URSS. Descartándose la posibilidad del capitalismo de Estado, pero no la de caracterizar a la burocracia como una clase social, se introduce la definición de un nuevo modo de producción, un nuevo tipo de sociedad desconocido por la historia, en la cual la burocracia se opone, en tanto clase, al proletariado. Esta concepción que se inicia en forma germinal con Hilferding, y que pasando por Bettelheim y Sweezy, llega en nuestros días hasta Samir Amin, no ha logrado, como reconoce Sweezy, definir concretamente cuales son las leyes particulares que rigen esta "nueva sociedad". Tampoco, ha podido responder a las objeciones vertidas en la polémica acerca del origen de esta "nueva clase social". Si por un lado, esta clase surgió con la revolución y se apoderó del poder, sería el primer ejemplo histórico al respecto que a la vez, requeriría reformular el criterio marxista para la delimitación de este concepto. Si por el contrario, existía desde antes surge el problema del papel que jugaba anteriormente dentro del proceso de producción. Un intento de superación de esta contradicción es el de Bettelheim, que parte del rol importante que jugó la antigua burguesía en la conducción de los aparatos económico administrativos, resultando una suerte de "reconquista del poder" mediante el control de los medios de producción. Pero en la proposición concreta de las tareas revolucionarias que se plantean, no proponen sino reformas político sociales, que no modifican en absoluto el modo de producción. Una corriente ejemplificadora de ~~asimilación~~ subrepticio de una clase social es el maoísmo, para quien, la burguesía soviética habría surgido usando una expresión del teórico franco-griego Poulantzas con Jruschov como Minerva surge ya con todas sus armas de la cabeza de Jupiter.

Algunos ejemplos menores se han basado en el supuesto criterio marxista de la "inevitabilidad" de un desarrollo capitalista anterior al socialismo, que sería la forma que revestiría el desarrollo de la Revolución, preparativo indispensable para la futura revolución social.

Esta histórica polémica, que recoge el resultado a veces penoso de sesenta y seis años de experiencia revolucionaria genera los elementos subjetivos, es decir la conciencia profunda de sus implicancias negativas para la revolución, y las tácticas de combate, las tareas revolucionarias que se plantean en las sociedades que han iniciado su transición al socialismo. Pero estas condiciones subjetivas no garantizan por sí mismas la superación del problema sino que deben acompañar a los elementos objetivos resultantes del desarrollo de esta transición. Sólo cuando se haya extinguido la causa última que le da origen, la separación entre el trabajo manual e intelectual, derivado a la vez del crecimiento material de estos estados, desaparecerán las tendencias propias de una transformación de tal magnitud.

En la actualidad, y en base a un penoso y sangriento proceso de acumulación primitiva socialista, ciertas condiciones materiales se encuentran parcialmente cumplidas, pero el poder político enajenado de manos de los productores directos. Su carácter de Estado obrero degenerado requiere la restitución de este poder a sus legítimas manos; requiere digamoslo así una revolución política. Pero, podemos afirmar que esta revolución va a constituir inmediatamente

el "paraiso de los Trabajadores" en la URSS?. Indudablemente que resta un inmenso y espinoso camino por recorrer, y que este sendero va a estar empedrado de tendencias burocráticas. De lo que se trata precisamente es de combatirlas firmemente. Estas tendencias burocráticas, inherentes a todo proceso de transición, encuentran su asidero económico en el ~~insuficiente~~ desarrollo de las fuerzas productivas, respecto a las necesidades del consumo y respecto al desarrollo de los países capitalistas, que no permite aún.

a) La superabundancia de bienes de consumo que tienda a evitar las formas mercantiles de distribución, contrariamente al principio de distribución según la necesidad.

b) La reducción de la jornada de trabajo a niveles que permita el acceso masivo a la educación superior, evitando de esta forma la necesidad de burócratas "especialistas" y ayudando a la autogestión efectiva a todo nivel, disminuyendo de esta forma la separación entre trabajo manual e intelectual.

c) La unificación económica y social entre el campo y la ciudad subsistiendo la división social en dos clases: proletariado y campesinado.

d) La internacionalización plena de la revolución por la imposibilidad aparente de ofrecerle mejores condiciones de vida al proletariado frente al de los países capitalistas desarrollados reforzando de esta forma la causa original.

Pero este insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas, no justifica en sí mismo la degeneración a la que ha llegado la excrecencia burocrática. Más aún: esta capa social se constituye en freno constante para las aspiraciones revolucionarias de las masas. La revolución política no tiene por único objeto desplazar a la casta burocrática para ir ensayando formas de autogestión, de democracia obrera y de politización, aunque esto en sí mismo lo convierta en objetivo revolucionario. Esta revolución es el único camino para desarrollar profundamente las fuerzas productivas, para superar definitivamente el "centrismo burocrático" e implantar una política exterior revolucionaria, para, en definitiva, reforzar la autogestión en un constante crecimiento dialéctico.

La revolución en manos de los trabajadores, no puede garantizar como ya dijimos la desaparición inmediata de toda tendencia burocrática. Muy lejos está la posibilidad de que su base material se extinga por completo. No obstante el aumento creciente de autogestión irá oponiendo serias resistencias a su degeneración en lo político, en lo social, y en lo económico.

La heroica y trágica a la vez experiencia de la revolución rusa, y todas las revoluciones posteriores han aportado a los revolucionarios del mundo las lecciones necesarias para iluminar su conciencia de este flagelo político. No podemos parcializar estos gérmenes en aspectos económicos o políticos, objetivos o subjetivos ya que ambos se han combinado para resultar en este derrotero histórico. Muchos de los autores que hemos mencionado en los primeros puntos de este trabajo han preferido echar sobre las espaldas de los gestores de este monumental acontecimiento histórico las culpas de la degeneración posterior. Llegando las más extremas a proponer su derrumbe. Los gestores de la próxima revolución rusa, deberán recordar su historia, analizar sus errores, resolver sus propias contradicciones en un nivel superior, distinguir entre las tendencias negativas inevitables y la degeneración de tales tendencias, luchar enérgicamente, equivocarse y aprender.

Rosa Luxemburg escribía en su trabajo sobre la Revolución Rusa que "el peligro comienza en el momento en que, haciendo de la necesidad una virtud, cristalizan en teoría la táctica a la que se vieron arrastrados por estas fatales circunstancias y pretenden recomendarla como modelo a seguir por el proletariado internacional" (177).

Para finalizar, a guisa de balance, debemos marcar que más allá de los errores institucionales del partido bolchevique, de los errores tácticos de la oposición de izquierda, de la oposición "contrarrevolucionaria" de ciertos sectores de izquierda, y consecuentemente de la victoria del stalinismo y la ideología pequeño burguesa en el seno de la Revolución, la enorme proeza que constituyó el sostenimiento del régimen bolchevique y la edificación de una sociedad de transición, refuerza la necesidad de levantar las banderas antiburocráticas en los Estados obreros. Afinar las tácticas de lucha a la luz de cada nueva experiencia, profundizar la teoría del proceso de transición en base al desarrollo de los acontecimientos de este siglo será una tarea revolucionaria que deberá emprender la clase obrera mundial.

(177) Rosa Luxemburg, *Critica de la Revolución Rusa*, op. cit. p. 129.

Los peligros profesionales del poder

por Christian Rakovsky

Christian Rakovsky nació en Rumania en 1873. Año antes del estallido de la primera guerra mundial funda el *Partido Social-Demócrata de Rumania*. Su militancia revolucionaria lo lleva a actuar también en Bulgaria, siendo perseguido por la policía política de varios países europeos. Su principal trabajo teórico durante este período es una historia del movimiento obrero rumano. Al comenzar la guerra asume la posición de la izquierda de Zimmerwald contra el chauvinismo, junto Lenin, Trótsky, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht. Con la revolución de Octubre es designado presidente del Consejo Germano de Comisarios del Pueblo. Posteriormente pasó a cumplir misiones diplomáticas. En el período 1923-34 se suma a las filas de la Oposición de izquierda, hasta ser deportado cerca del círculo Artico-Astrakán. Allí desarrollará una intensa correspondencia con L. Trotsky y los principales líderes de la Oposición en tanto se dedica a preparar una *Biografía de Saint Simon*, investigando los orígenes del socialismo utópico y la historia de la revolución francesa. En 1934, bajo las presiones de la burocracia stalinista, "reconoce sus errores" y

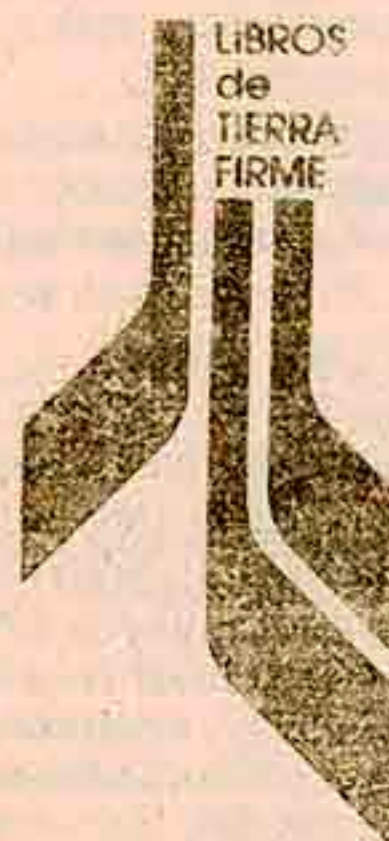
capitula. Acusado en 1938 -durante el tercer "proceso de Moscú"- de traición a la revolución, es condenado a veinte años de trabajo forzado donde se supone encontró la muerte, entre 1942-1943.

El trabajo que publicamos fue editado por primera vez en español por Ediciones de la Izquierda Nacional, en base a la edición francesa de 1957 ("*Les Bolcheviks contra Stalin*"). Ha sido reeditado recientemente por la editorial española Fontamara, en la antología "*La oposición de izquierda en la Urss*". Se trata de una epístola que revela a un Rakovsky agudo, indeclinable en su lucha, a pesar de los avances cada vez más imponentes de la burocracia soviética observables hasta el año '28 fecha en que fue escrita esta carta. Encontramos en ella lo esencial de la teoría que Trostky desarrollará con posterioridad acerca de la naturaleza del Estado Ruso, y que tomará cuerpo definitivo en 1936 en su obra *La revolución traicionada*. La presente versión se realizó confrontando las dos traducciones castellanas indicadas arriba.

Querido camarada Valentinov:(1)

En sus "*Meditaciones sobre las masas*", fechadas el 8 de julio, examinando el problema de la actividad de la clase obrera, trata usted una cuestión fundamental, la de la conservación por parte del proletariado de su papel dirigente en nuestro Estado. Aunque todas las reivindicaciones de la Oposición tiendan a este objetivo, estoy de acuerdo con usted en cuanto a que no se ha dicho todo acerca de esta cuestión. Hasta ahora, la hemos examinado siempre en relación al conjunto de la toma y conservación del poder político, cuando, para arrojar más luz sobre ella, se hubiera debido tratarla por separado, como una cuestión especial con valor propio. En el fondo, los mismos acontecimientos se han encargado de colocarla en un primer plano.

La Oposición conservará siempre, como uno de sus méritos respecto al Partido, del que nada puede despojarla, el haber dado la alarma, en el momen-



LIBROS de TIERRA FIRME

Colección de Psicopedagogía:
Jean Piaget: Autobiografía - El nacimiento de la inteligencia . . . \$a 45.-
Jean Claude Filloux: Los pequeños grupos . . . \$a 50.-
Olga Cossentini. Enseñanza del idioma en la escuela primaria . . . \$a 50.-

Colección Arte y Teoría:
Paul Klee: Para una teoría del arte moderno. . . \$a 40.-

Colección Los Narradores:
Anton Chejov. La dama del perrito y otros cuentos . . . \$a 25.-

LIBROS de TIERRA FIRME

to oportuno, sobre la terrible decadencia del espíritu de actividad de las masas trabajadoras y sobre su indiferencia creciente acerca del destino de la dictadura del proletariado y del Estado soviético.

Lo que caracteriza la oleada de escándalos recientemente desvelados, lo que constituye su mayor peligro, es precisamente esta pasividad de las masas (pasividad aún mayor entre las masas comunistas que entre los sin partido) en relación a las manifestaciones de despotismo sin precedente que se han producido. Han habido obreros testigos de ellas, pero las han dejado pasar sin protestar o se han limitado a murmurar un poco por temor a los que estaban en el poder o por indiferencia política. Desde el asunto de Chubarovsk (para no remontarnos más lejos) hasta los asuntos de Smolensk, de Artiemovsk, se oye constantemente la misma monserga: "Ya lo sabíamos desde hace algún tiempo..." (2).

Robos, prevaricaciones, violencias, sobornos, increíbles abusos de poder, despotismo ilimitado, borrachera, disipación: de todo esto se habla como de hechos ya conocidos, no desde hace meses sino años, y también como de cosas que todo el mundo tolera sin saber por qué.

No hace falta que diga que cuando la burguesía mundial vocifera sobre los vicios del Estado soviético podemos ignorarla con tranquilo desprecio. Conocemos de sobre la pureza moral de los gobiernos y parlamentos burgueses de todo el mundo. Pero no son ellos los que debemos tomar por modelos. En nuestro caso, se trata de un Estado Obrero. Nadie puede hoy ignorar los terribles estragos de la indiferencia política de la clase obrera.

Por añadidura, la cuestión de las causas de esta indiferencia y de los medios para eliminarla se revela esencial.

Pero esto nos obliga a tratarla de una forma fundamental, científica, sometiéndola a un análisis en profundidad. Un fenómeno semejante merece que le concedamos toda nuestra atención.

Las explicaciones que da usted de él son, indudablemente, correctas: cada uno de nosotros las ha expuesto ya en sus discursos; en parte, han encontrado ya un sitio ya en nuestra plataforma (3). Sin embargo, estas interpre-

1) Valentinov perteneció al partido bolchevique desde su fundación, compartiendo junto a Rakovsky las filas de la Oposición de Izquierda. Luego de la revolución de Octubre tuvo a su cargo la dirección del periódico de los sindicatos soviéticos, el Trud.

2) Entre Octubre de 1927 y Julio de 1928 los productos agrícolas aumentaron bruscamente sus precios de mercado, permitiendo que los distritos agrícolas que concentraban la plaza monopolizaran jugosos excedentes. 3) Se trata de

3) Se trata de la "Plataforma de la Oposición", documento presentado en setiembre de 1927 al C.C. del P.C.U.S. por los miembros de la Oposición de Izquierda, liderados por L. Trotsky. Existen tres versiones castellanas de la Plataforma, la primera debida a Andrés Nin, titulada *La situación real en Rusia*, Barcelona, E. Apolo; la segunda al cuidado de Manuel Pumarega, reimpressa en nuestro país por Distribuidora Baires, Bs. As., 1973, con el título de *La situación de Rusia después de la Revolución*, y en Barcelona por Ed. Fontamara, titulada *La oposición de izquierda en la URSS*. 1977.

aciones y los remedios propuestos para salir de esta penosa situación han tenido y siguen teniendo un carácter empírico; se refieren a los casos particulares y no resuelven el fondo de la cuestión.

En mi opinión, esto se ha producido porque la cuestión misma es una cuestión nueva. Hasta ahora, hemos sido testigos de numerosos casos en que el espíritu de iniciativa de la clase obrera se ha debilitado y ha descendido hasta el punto de alcanzar el nivel de la reacción política. Pero estos ejemplos se nos habían presentado, tanto aquí como en el extranjero, en un período en que el proletariado luchaba aun por la conquista del poder político.

No podíamos tener un ejemplo del descenso del ardor del proletariado en una época en que poseyera ya el poder, por la sencilla razón de que nuestro caso es el primero en la historia en que la clase obrera haya conservado el poder durante tanto tiempo.

Hasta ahora sabíamos qué podía ocurrirle al proletariado, es decir, cuáles podían ser las oscilaciones de su estado de ánimo, mientras es una clase oprimida y explotada; pero solo ahora podemos, en base a hechos, evaluar los cambios de su estado de ánimo cuando toma en sus manos la dirección.

Esta posición política (la de clase dirigente) no carece de peligros; los peligros, por el contrario, son muy grandes. No me refiero ahora a las dificultades objetivas derivadas del conjunto de las condiciones históricas, del cerco capitalista en el exterior y de la presión pequeñoburguesa en el interior del país. No; se trata de las dificultades inherentes a toda nueva clase dirigente, que son consecuencia de la misma toma del poder y de su ejercicio, de la capacidad o incapacidad para servirse de él.

Estas dificultades, naturalmente, seguirían existiendo hasta cierto punto aunque admitiéramos, por un momento, que el país estuviera habitado tan sólo por masas proletarias y el exterior constituido tan sólo por Estados proletarios. Estas dificultades podrían llamarse "los peligros profesionales" del poder.

Sin duda, la situación de una clase que lucha por la toma del poder y la de una clase que detenta el poder son distintas. Repito que cuando hablo de peligros no estoy pensando en las relaciones con las demás clases, sino en aquellos que se crean entre las filas de la misma clase victoriosa.

¿Qué representa una clase que pasa a la ofensiva? Un máximo de unidad y cohesión. El espíritu de oficio o de camarilla, sin hablar de los intereses personales pasa a segundo plano. Toda la iniciativa está en manos de la misma masa militante y de su vanguardia revolucionaria, ligada orgánicamente a esta masa de la forma más íntima.

Cuando una clase toma el poder, una parte de ella se convierte en agente de este poder. Así surge la burocracia. En un estado socialista, donde la acumulación capitalista está prohibida por los miembros del partido dirigente, esta diferencia empieza por ser funcional, y luego se convierte en social. Estoy pensando ahora en la posición social de un comunista que tiene a su disposición un automóvil, un buen departamento, vacaciones regulares, y que percibe el salario máximo autorizado por el Partido; posición que difiere de la del comunista que trabaja en las minas de carbón con un salario de 50 a 60 rublos mensuales. En lo que se refiere a los obreros y empleados, ya sabe usted que están divididos en dieciocho categorías distintas...

Otra consecuencia es que algunas funciones desempeñadas antes por el

Partido en su conjunto, por la clase en su conjunto, se han convertido ahora en atribuciones del poder, es decir, tan sólo cierto número de personas de este partido y esta clase.

La unidad y la cohesión que antes eran consecuencia natural de la lucha de clase revolucionaria no pueden ya conservarse más que mediante un sistema de medidas orientadas a preservar el equilibrio entre los diferentes grupos de esta clase y este partido, y a subordinar estos grupos al objetivo fundamental.

Pero esto constituye un proceso largo y delicado. Consiste en educar políticamente a la clase dominante de manera que se capacite para regir el aparato estatal, el partido y los sindicatos, para controlar y dirigir estos organismos.

Repito: es una cuestión de educación. Ninguna clase ha venido al mundo en posesión del arte de gobernar. Dicho arte se aprende por la experiencia únicamente, como lección de los errores cometidos. Ninguna constitución soviética, aunque sea ideal, puede asegurar a la clase obrera el ejercicio sin obstáculos de su dictadura y de su control gubernamental, si el proletariado no sabe utilizar los derechos que le acuerda esa Constitución.

La falta de armonía entre la capacidad política y la destreza administrativa de determinada clase y la forma jurídico-constitucional que ella establece para su uso después de conquistado el poder, es un hecho histórico comprobable en la evolución de todas las clases, y en parte, también, en la de la burguesía. La burguesía inglesa, por ejemplo, libró varias batallas no solamente para rehacer la Constitución conforme a sus propios intereses, sino también para colocarse en situación de aprovechar sus derechos y de participar plenamente del sufragio. La novela de Carlos Dickens, *El Club de Pickwick*, incluye varias escenas de esta época de constitucionalismo inglés, cuando el grupo dirigente, asistido de su aparato administrativo, volcaba el coche que conducía a las urnas a los electores de la oposición para que estos no pudiesen llegar a tiempo al comicio.

Este proceso de diferenciación es perfectamente natural en la burguesía triunfante o que está a punto de triunfar. En efecto, tomado en el sentido más amplio del término, ella está constituida por una serie de agrupamiento y aún de clases económicas. Nosotros conocemos la existencia de la grande, de la media y de la pequeña burguesía; sabemos que hay una burguesía financiera, una burguesía comercial, una burguesía industrial y una burguesía agraria. Sucesos como las guerras y las revoluciones producen reagrupamientos en las filas de la propia burguesía. Nuevas capas aparecen y comienzan a desempeñar su papel, por ejemplo, los propietarios, los adquirentes de bienes nacionales, los llamados nuevos ricos, que suelen surgir tras una guerra que ha durado cierto tiempo. Durante la Revolución Francesa, en el periodo del Directorio, estos "nuevos ricos" constituyeron uno de los factores de la reacción.

Examinada en su conjunto, la historia del triunfo del Tercer Estado en Francia, en 1789, es sumamente ilustrativa. En primer lugar, este Tercer Estado era considerablemente heterogéneo. Englobaba a todos aquellos que no pertenecían a la nobleza o al clero; no sólo a las diversas variedades de la burguesía, sino también a los obreros y a los campesinos pobres.

Sólo gradualmente, tras larga lucha y sucesivas intervenciones armadas, el Tercer Estado adquirió, en 1792, grandes posibilidades de participar en la administración del país. La reacción política iniciada aún antes del Thermidor consistió en que el poder comenzó a pasar, tanto formal como materialmente, a manos de un número de ciudadanos cada vez más restringido. Poco a poco, primero por la fuerza de las cosas y, en seguida, legalmente, las masas populares fueron eliminadas del gobierno del país.

Verdad es que, en aquel caso, la presión de la fuerzas reaccionarias se hizo sentir ante todo sobre las ligaduras que vinculaban en un gran conjunto a las diversas clases del Tercer Estado. Y es seguramente cierto que, al examinar la diferenciaciones internas de la burguesía, no encontraremos contornos de clase tan acentuados como los que separan, por ejemplo, a la burguesía y al proletariado, es decir, dos clases que juegan un papel enteramente diferente en la producción.

Además, en la Revolución Francesa, durante el periodo de declinación, el poder no intervino solamente para eliminar, siguiendo las líneas de diferenciación, grupos sociales que, ayer aún, marchaban juntos, unidos por un mismo fin revolucionario, sino que, además, desintegró masas sociales más o menos homogéneas. Por un proceso de diferenciación funcional, la nueva clase dirigente destaca de su seno a los círculos de altos funcionarios. Tales fisuras, ante la presión de la contrarrevolución, convirtieron en verdaderos abismos. Añádase a ello que la misma clase dominante engendra contradicciones en el curso de la lucha.

Los contemporáneos de la Revolución Francesa, quienes participaron en ella y, más aún, los historiadores de la época siguiente, se interesaron acerca de las causas de la degeneración del Partido Jacobino.

Más de una vez, Robespierre puso en guardia a sus partidarios sobre las consecuencias de la intoxicación del poder. Dueños de él, les previno no volverse demasiado presuntuosos, no "inflarse", como él decía, no contagiarse de vanidad jacobina, como diríamos nosotros. Pero, como abajo veremos, Robespierre mismo contribuyó grandemente al desplazamiento de la pequeña burguesía, que gobernaba con el apoyo de los obreros parisinos.

Omitimos aquí los testimonios contemporáneos acerca de la descomposición del Partido Jacobino, v.gr., su tendencia a enriquecerse, su participación en los contratos, abastecimientos, etc. Mencionemos, más bien, un hecho extraño y conocido: la opinión de Babeuf, para quien la caída de los jacobinos se vio grandemente estimulada por la fascinación que sobre ellos ejercieron las damas de la nobleza. Babeuf se dirigía a los jacobinos en estos términos: "¿Qué hacéis pues, plebeyos pusilánimes? Hoy, ellas os estrechan en sus brazos; mañana, os estrangularán". Si hubieran existido automóviles en el tiempo de la Revolución Francesa, habríamos encontrado también el factor del "harem-automóvil" indicado por el camarada Sosnovsky (4) como uno de los que desempeñan un papel de primer orden en la formación de la ideología de la burocracia del Partido.

Lo que juega el papel más serio en el aislamiento de Robespierre y del Club de los Jacobinos, aquello que los separa completamente de las masas

de obreros y pequeños burgueses, es, además de la liquidación de todos los elementos de la izquierda, comenzando por los "rabiosos", los hebertistas y los chaumettistas, y la Comuna de París en general, la eliminación gradual de todo principio electivo y su reemplazo por el de los nombramientos.

El envío de comisarios de los ejércitos a ciudades donde la contrarrevolución levantaba cabeza, no sólo era legítimo sino indispensable. Pero cuando, poco a poco, Robespierre comenzó a reemplazar los jueces y los comisarios en las diferentes secciones de París que, hasta entonces, habían designado mediante elección a dichos funcionarios, cuando llegó a nombrar presidentes de Comités Revolucionarios e, incluso llegó a sustituir por funcionarios a toda la dirección de la Comuna, todas estas medidas tuvieron por resultado reforzar el poder de la burocracia y matar la iniciativa popular. Así, el régimen de Robespierre, en lugar de impulsar la actividad revolucionaria de las masas -ya oprimidas por la crisis económica y, ante todo, por la crisis alimenticia- agravó el mal y facilitó el trabajo de las fuerzas antidemocráticas.

Dumas, el presidente del Comité Revolucionario, se quejaba ante Robespierre de no encontrar jurados para el Tribunal; nadie quería cumplir esas funciones.

Pero Robespierre concluyó por sufrir en carne propia esta indiferencia de las masas parisinas cuando, el 10 de Thermidor, lo llevaron por las calles de París, berido y sangrando, sin ningún temor de que las masas populares intervinieran en favor del dictador de la víspera.

De toda evidencia, sería ridículo atribuir la caída de Robespierre y la democracia revolucionaria al principio de los nombramientos.

Sin embargo, sin ninguna duda, él aceleró la acción de los otros factores. De todos ellos, el decisivo fue las dificultades de aprovisionamiento causadas, en gran parte, por dos años de malas cosechas. Añádanse las perturbaciones originadas por el traspaso de la gran propiedad rural de la nobleza al pequeño productor campesino, y el alza constante de los precios del pan y de la carne, debido a que, al comienzo, los jacobinos no quisieron recurrir a medidas administrativas para reprimir a los campesinos ricos y a los especuladores. Cuando, finalmente, y presionados por las masas, se resolvieron a sancionar la "Ley del Maximun", las condiciones del mercado libre y de la producción capitalista, impidieron que ella jugase otro papel que el de simple paliativo.

Pasemos ahora a la realidad que vivimos. Creo, ante todo, que es necesario indicar que, cuando empleamos expresiones tales como "el Partido", "las masas", etc., no debemos perder de vista el contenido que la historia de los últimos diez años ha puesto en estos términos.

La clase obrera y el Partido no ya físicamente, sino moralmente ya no son lo que eran hace diez años. No exagero cuando digo que el militante de 1917, habría tenido dificultad para reconocerse en la persona del militante de

4) Sosnovsky. Destacado periodista soviético, autor de brillantes páginas sociológicas, constituyó el ala izquierda e intransigente del exilio trotskista. Denostó implacablemente a los miembros de la Oposición que se inclinaban a capitular durante el giro izquierdista (1927-1929) del stalinismo. El concepto de factor harén-eum-automóvil le sirvió para denunciar la codicia y la corrupción de la burocracia.

1928. Un cambio profundo ha tenido lugar en la anatomía y en la fisiología de la clase obrera.

A mi juicio, es necesario concentrar nuestra atención sobre el estudio de las modificaciones de los tejidos y de sus funciones. El análisis de los cambios sobrevenidos logrará mostrarnos el mejor modo de salir de la situación creada. No tengo la intención de presentar aquí este análisis; me limitaré solamente a algunas observaciones.

Hablando de la clase obrera, es necesario encontrar respuestas a toda una serie de preguntas, por ejemplo:

¿cuál es la proporción de obreros y empleados actualmente en nuestra industria que han entrado después de la revolución, y cuál la de aquellos que trabajaban antes?.

¿cuál es la proporción de los que han participado en otro tiempo en el movimiento revolucionario, tomado parte en huelgas, que han sido detenidos, deportados, o han tomado parte en la guerra o en el Ejército Rojo?.

¿cuál es la proporción de obreros y empleados de la industria que trabajan sin interrupción? ¿Y cuál la de quienes sólo trabajan accidentalmente?.

¿cuál es la proporción en la industria de los elementos semiproletarios, semicampesinos, etc.?.

Si descendemos y penetramos en las profundidades mismas del proletariado, del semiproletariado y de las masas trabajadoras en general, sólo encontraremos sectores enteros de la población de los cuales nadie se ocupa entre nosotros. No quiero hablar aquí únicamente de los desocupados, que constituyen un peligro siempre creciente y que, en todo caso, es un sector que ha sido claramente indicado por la Oposición. Pienso en las masas reducidas a la mendicidad, en los semi-pauperizados que, gracias a los subsidios irrisorios entregados por el Estado, están en el límite del pauperismo, del robo y de la prostitución.

No podemos imaginar cómo la gente vive, a veces a unos pasos apenas de nosotros. Llega la ocasión en que enfrentamos fenómenos cuya existencia no habría podido sospecharse en el Estado soviético y que dan la impresión de descubrirnos súbitamente un abismo. No se trata de defender la causa del Poder de los Soviets invocando el hecho de que no ha logrado desembarazarse de la triste herencia legada por el régimen zarista y capitalista. No, pero en nuestra época, bajo nuestro régimen, descubrimos la existencia de fisuras en el cuerpo de la clase obrera, a través de las cuales la burguesía podría introducir una cuña.

En ciertos períodos, bajo el régimen burgués, la parte conciente de la clase obrera arrastraba detrás suyo esta masa numerosa, comprendida en los semivagabundos. La caída del régimen capitalista debía llevar la liberación al proletariado entero. Los elementos semivagabundos consideraban a la burguesía y al Estado capitalista responsables de su situación. Estimaban que la revolución debía aportar un cambio a su condición. Estas gentes, ahora, están lejos de estar satisfechos; su situación no ha mejorado ni poco menos. Comienzan a considerar con hostilidad el poder de los Soviets, y a aquella parte de la clase obrera que trabaja en la industria. Se transforman, sobre todo, en los enemigos de los funcionarios de los Soviets, del Partido y de los Sindicatos. Se les escucha hablar a veces de la clase obrera como de la "nueva nobleza".

No me detendré aquí en la diferenciación que el poder ha introducido en el seno del proletariado, y que he calificado más arriba de "funcional". La función ha modificado el órgano mismo, es decir, la psicología de aquellos que se han encargado de diversas tareas de dirección en la administración y la economía del Estado ha cambiado hasta tal punto que no sólo objetiva, sino también subjetivamente; no sólo material, sino también moralmente, han cesado de formar parte de esta misma clase obrera.

Así, por ejemplo, un director de fábrica hace de "sátrapa". A pesar del hecho de que es un comunista, a pesar de su origen proletario, a pesar de que aún trabajaba en la fábrica hace unos años, no encarna ante los ojos de los obreros las mejores cualidades del proletariado.

Molotov (5) puede, con el corazón alegre, establecer un signo de igualdad entre la dictadura del proletariado y nuestro Estado, con sus instituciones burocráticas, y, lo que es peor, con los brutos de Smolensk, los estafadores de Tajkent y los aventureros de Artiemovsk. Al hacer esto, no logra más que desacreditar la dictadura sin desarmar el legítimo descontento de los obreros.

Si, prescindiendo de los demás matices de la clase obrera, pasamos ahora al Partido mismo, nos encontraremos con los elementos provenientes de las otras clases sociales. La estructura social del Partido es más heterogénea que la del proletariado. Esto ha sido siempre así, naturalmente, con esta diferencia: que cuando el Partido tenía una vida ideológica intensa, la amalgama social se fundía en una sola aleación gracias a la lucha de la clase revolucionaria en movimiento.

Pero, el poder, tanto en el Partido como en la clase obrera, opera diferenciaciones sociales semejantes a las que separan a las diversas capas de la sociedad.

La burocracia de los Soviets y del Partido constituye, de hecho, un nuevo orden. No se trata de casos aislados, de desfallecimientos en la conducta de un camarada, sino más bien de una nueva categoría social, a la que debería consagrarse un estudio específico. A propósito del Proyecto de Programa de la Internacional Comunista, yo escribía a León Davidovitch (Trotsky) entre otras cosas:

"En lo que concierne al capítulo IV (el período transitorio). La manera con que ha sido formulado el papel de los partidos comunistas en el período de la dictadura del proletariado es bastante débil. Sin la menor duda, esta manera vaga de hablar del papel del Partido hacia la clase obrera y el Estado no es un efecto del azar. La antítesis existente entre la democracia burguesa y la democracia obrera está claramente indicada; pero no se dice una sola palabra para explicar lo que el Partido debe hacer para realizar, concretamente, esta democracia proletaria. 'Atraer las masas y hacerlas participar en la construcción', 'reeducar su propia naturaleza' (Bujarin se complacía en desarrollar este último punto, entre otros, más especialmente en ligazón con la revolución cultural); son afirmaciones verdaderas desde el punto de vista de la historia y conocidas desde hace mucho tiempo; pero se reducen a simplezas si no introdu-

5) Molotov, V. Ingresó en el partido en 1912, integrando la dirección de Pravda. Desde el X Congreso del PCUS forma parte de su C.C. Miembro destacado del cuerpo diplomático stalinista, combatirá a la Oposición de izquierda hasta su aplastamiento definitivo.

cimos la experiencia acumulada en el curso de los diez años de dictadura del proletariado.

Es aquí que se plantea el problema de los métodos de dirección, que juegan un rol tan importante.

Pero nuestros dirigentes no sienten agrado en hablar del asunto, bajo el temor de que resulte evidente que ellos mismos están lejos aún de haber 'reeducado su propia naturaleza'."

Si yo fuera el encargado de escribir un proyecto de programa de la Internacional Comunista (6), habría consagrado buen lugar, en este capítulo, a la teoría de Lenin sobre el Estado durante la dictadura del proletariado y el rol del Partido y su dirección en la creación de una democracia proletaria, tal como debería ser, y no de una burocracia de los Soviets y del Partido como la que existe actualmente.

El camarada Preobrazhenski (7), ha prometido consagrar un capítulo especial en su libro *Las conquistas de la dictadura del proletariado en el año II de la Revolución* a la burocracia soviética. Espero que él no olvidará el papel de la burocracia del Partido, que es mucho mayor en el Estado soviético que el de su hermana, la burocracia de los Soviets. He expresado la esperanza de que él estudiará este fenómeno sociológico específico, bajo todos sus aspectos. No hay un folleto comunista que, relatando la traición de la socialdemocracia alemana del 4 de agosto de 1914 (8), no indique al mismo tiempo el papel fatal que las cumbres burocráticas del Partido y de los sindicatos jugaron en la historia de la caída de ese Partido. Por su parte, muy poco ha sido dicho, y esto en términos muy generales, sobre la función desempeñada por nuestra burocracia de los Soviets y el Partido, en la disgregación del Partido y el Estado Soviético. Es un fenómeno sociológico de la máxima importancia que no puede, sin embargo, ser comprendido y profundizado en toda su gravedad si no examinamos las consecuencias que ha tenido el cambio de la ideología del

6) El Proyecto de Programa de la Internacional Comunista fue redactado por N. Bujarin para ser presentado en Moscú en 1928, durante el VI Congreso de la Comintern, atendiendo a las resoluciones del V Congreso. Acerca del Proyecto (puede consultarse: L. Trotsky), Stalin, el gran organizador de derrotas (*La Internacional Comunista después de Lenin*), varias ediciones.

7) Preobrazhenski, E. Ingresó a la socialdemocracia rusa a los 17 años, en 1903. Miembro de la fracción bolchevique, es uno de los dirigentes del Partido en los Urales. Entre 1917 y 1921 es miembro del C.C. del P.C.U.S. Participa junto a Bujarin en la fracción de los comunistas de izquierda redactando junto a aquél al A.B.C. del comunismo. En 1923 firma la Declaración de los 46, base de la Oposición de Izquierda. En 1926 aparece *La Nueva Económica*, primera parte. En 1927 es excluido del Partido y deportado. Capitula en 1929, junto a Rádek, Smilgá y otros 400 deportados. En 1936 actúa como acusador en los Procesos de Moscú, pero aún así es expulsado nuevamente el mismo año, desapareciendo por orden de Stalin, en 1937.

8) El 4 de agosto, tras la movilización de los ejércitos alemanes, austríacos, franceses y rusos, el conjunto del bloque de diputados socialdemócratas (más de cien) votó en el Reichstag en favor del presupuesto de guerra y el defensismo. Destaquemos, empero, la posición exacta de K. Leibchnef, que se opuso ferreamente a la traición de la socialdemocracia.

partido de la clase obrera.

Ud. pregunta qué ha sido del espíritu de actividad revolucionaria del Partido y de nuestro proletariado. ¿A dónde ha ido a parar su iniciativa revolucionaria? ¿Dónde están sus intereses ideológicos, su valor revolucionario, su orgullo proletario? ¿Está Ud. sorprendido de que haya tanta apatía, tanta mezquindad, pusilanimidad, arribismo y otras muchas cosas que podría añadir yo mismo? ¿Qué ha ocurrido para que gentes que tienen un pasado revolucionario estimable, cuya honestidad personal no arroja ninguna duda y que ha dado pruebas de su devoción a la Revolución en más de un caso, se encuentren convertidos en lastimosos burócratas? ¿De dónde viene esta horrible Smerdiakovstchina (9) de la cual habla Trotsky en su carta sobre las declaraciones de Krestinski y de Antonov-Ovseenko? (10).

Pero si se puede esperar cualquier cosa de los procedentes de la burguesía y de la pequeña burguesía, intelectuales, "individuos" en general, desde el punto de vista de las ideas y de la moralidad, ¿cómo explicar el mismo fenómeno cuando se trata de la clase obrera? Muchos camaradas, han observado esa pasividad y no pueden disimular su decepción.

Es verdad que otros camaradas han visto, en el curso de una cierta campaña llevada por la cosecha de trigo, síntomas de una robustez revolucionaria, probando que los reflejos de clase viven aún en el Partido. Muy recientemente, el camarada Ischenko me ha escrito (o, más exactamente, ha escrito en tesis que debió haber enviado igualmente a otros camaradas) que la cosecha de trigo y la autocrítica se deben a la resistencia de la sección proletaria de la dirección del Partido (11). Desgraciadamente, es preciso decir que esto no es exacto. Los dos hechos, resultan una combinación urdida en las altas esferas, y no son debidos a la presión de la crítica de los obreros, es por razones políticas, y, a veces, por razones de grupo o -digámoslo- de fracción, que una parte de las cumbres del Partido pone en práctica esta línea. No se puede hablar más que de una sola presión proletaria: la dirigida por la Oposición. Pero, es preciso decirlo claramente, esta presión no ha sido suficiente para mantener la Oposición en el interior el Partido; más bien, ella no ha logrado modificar su política.

León Davidovitch ha demostrado con toda una serie de ejemplos irrefutables el rol revolucionario, verdadero y positivo que ciertos movimientos revolucionarios jugaron con su derrota: la Comuna de París, la insurrección de diciembre de 1905 en Moscú. La primera aseguró el mantenimiento de la forma republicana de gobierno en Francia; la segunda abrió la vía a la reforma cons-

9) Smerdiakov. La figura eternamente quejumbrosa en Los hermanos Karamazov, de Dostoievsky, que termina por suicidarse.

10) Circular enviada el 9 de mayo de 1927 al conjunto de la Oposición en el exilio. En idénticos términos, Rádek a Zhenia el 10 de mayo de 1927.

11) La terrible crisis cerealera, sumada a la inundación que soportó el mercado internacional del trigo por parte de los principales productores obligó al aparato stalinista a incentivar la producción en las cooperativas mecanizadas y la disciplina "comunista" de trabajo, recurriendo a contingentes obreros que partieron al campo a reforzar la recolección.

titucional en Rusia. Sin embargo, los efectos de estas derrotas conquistadoras son de corta duración si no están reforzadas por una nueva ola revolucionaria.

Lo más triste es que ningún reflejo se produce dentro del Partido y de la masa. Durante dos años, se ha venido librando una lucha excepcionalmente áspera entre la Oposición y las altas esferas del Partido. En el curso de los dos últimos meses, se han desarrollado acontecimientos que habrían debido abrir los ojos a los más ciegos. Sin embargo, nadie hasta el presente advierte que las masas del Partido estén interviniendo.

También es comprensible el pesimismo de algunos camaradas, que percibo igualmente a través de su pregunta.

Babeuf, al salir de la prisión de la Abadía, echando una mirada a su alrededor, se preguntaba qué había sido del pueblo de París, de los obreros de los barrios de Saint-Antoine y Saint-Marceau, aquellos que el 14 de julio de 1789 habían tomado la Bastilla, el 10 de agosto de 1792, las Tullerías, que habían sitiado la Convención el 30 de mayo de 1793, sin hablar de tantas otras intervenciones armadas. Resumía sus observaciones en una sola frase, donde se siente la amargura del revolucionario: "Es más difícil reeducar al pueblo en el amor a la libertad, que conquistarla".

Nosotros hemos visto por qué el pueblo de París olvidó la atracción de la libertad. El hambre, la desocupación, la liquidación de los cuadros revolucionarios (numerosos dirigentes habían sido guillotinado), la eliminación de las masas de la dirección del país, todo esto llevó a tan grande lasitud moral y física de las masas, que el pueblo de París y del resto de Francia tuvo necesidad de 37 años de respiro antes de comenzar una nueva Revolución.

Babeuf formuló su programa en dos palabras (me refiero a su programa de 1794): "La libertad es una Comuna elegida".

Debo hacer aquí una confesión: no me he dejado nunca arrullar por la ilusión de que era suficiente para los líderes de la Oposición presentarse en los mitines del Partido y en las reuniones obreras para hacer pasar a las masas al campo de la Oposición. Siempre he considerado tales esperanzas que provenían sobre todo de los dirigentes de Leningrado (12), como cierta sobrevivencia del período en que ellos tomaban las ovaciones y los aplausos oficiales como expresión del verdadero sentimiento de las masas, y los atribuían a su popularidad imaginaria.

Iré aún más lejos: esto explica, para mí, el brusco viraje de su conducta.

Ellos pasaron a la Oposición esperando tomar rápidamente el poder. Es con ese fin que se unieron a la Oposición de 1923 (13). Cuando alguien del "grupo sin dirigentes" reprochó a Zinoviev y Kamenev haber dejado caer a su aliado Trotsky, Kamenev les respondió: "Nosotros teníamos necesidad de Trotsky para gobernar; para reingresar al Partido es un peso muerto".

Sin embargo, el punto de partida, la premisa, habría debido ser que la obra de educación del Partido de la clase obrera, es una tarea larga y difícil, tanto más cuanto que los espíritus deben limpiarse de todas las impurezas in-

12) Se trataba ante todo de Zinoviev y Kamenev.

13) La primera Oposición dirigida por Trotsky.

roducidas en ellos por la práctica de los Soviets y del Partido, y por la burocratización de esas instituciones.

No se ha de perder de vista que la mayoría de los miembros del Partido (sin hablar de los jóvenes comunistas) tiene la concepción más errónea de las tareas, de las funciones y de la estructura del Partido, debido a la concepción que la burocracia les enseña con su ejemplo, su conducta práctica y sus fórmulas estereotipadas. Todos los obreros que ingresaron al Partido después de la Guerra Civil, entraron, en su mayor parte, después de 1923 (la promoción Lenin) (14); ellos no tienen ninguna idea de lo que era en otro tiempo el régimen del Partido. La mayoría entre ellos está desprovista de esa educación revolucionaria de clase, vivida durante la lucha, en la vida, en la práctica consciente. En el pasado, esta conciencia de clase se adquiría en la lucha contra el capitalismo. Hoy, ella debe formarse por la participación en la construcción del Socialismo. Pero nuestra burocracia ha reducido dicha participación a una frase hueca, y los obreros no pueden adquirir en ninguna parte esta educación. Se entiende que excluyo como medio anormal de educar a la clase el hecho de que nuestra burocracia, bajando los salarios reales, empeorando las condiciones de trabajo, favoreciendo el desarrollo de la desocupación, empuja a los obreros a la lucha que eleva su conciencia de clase; pero, entonces, ella es hostil al Estado socialista.

Según la concepción de Lenin y de todos nosotros, la tarea de la dirección del Partido consiste, precisamente, en preservar al Partido y a la clase obrera de influencias corruptoras de los privilegios, de los favores y de las tolerancias inherentes al poder, en razón de su contacto con los restos de la antigua nobleza y pequeña burguesía, habría debido premunirse contra la influencia nefasta de la NEP (15), contra la tentación de la ideología y de la moral burguesa.

Al mismo tiempo, nosotros teníamos la esperanza de que la dirección del Partido llegaría a crear un nuevo aparato, verdaderamente obrero y campesino, nuevos sindicatos, realmente proletarios, una nueva moral en la vida cotidiana.

Debe reconocerse francamente, claramente, en voz alta e inteligible: el aparato del Partido no ha cumplido esa labor. En esta doble tarea de preserva-

14) La Promoción Lenin o Promoción leninista es el nombre con que el triunvirato Stalin-Zinoviev-Kamenev bautizó a los más de 200.000 obreros incorporados al Partido entre febrero y marzo de 1924, en vísperas del XIII Congreso del P.C.U.S., con el objeto de manipular demagógicamente una masa considerable de cuadros en su lucha contra la Oposición de Izquierda, lucha desatada en 1923, durante la XIII Conferencia. Al respecto, el lector puede consultar "La Revolución Rusa", Carr, E. H. Ed. Madrid Alianza Editorial, 1981, Pags. 94 y ss.

15) La "Nueva Política Económica" (NEP) fue una política instrumentada por el gobierno soviético -definida por Lenin como "retroceso táctico"- al finalizar la guerra civil y la intervención, con el objeto de reactivar la destruida economía rusa, relevando la política del "Comunismo de guerra". Entre otras medidas, comprendía el impuesto en especie, se permite la libre comercialización del excedente agrícola, culmina el igualitarismo salarial y se extiende la libertad de comercio a los productos industriales.

ción y educación, ha demostrado la incompetencia más completa; ha fracasado; es insolvente.

Desde hace tiempo estamos convencidos de que lo pasado en estos últimos ocho meses pone en evidencia para todos que la dirección del Partido avanza por el más peligroso de los caminos. Aún hoy sigue por esa ruta.

Los reproches que le dirigimos no conciernen, por así decirlo, al aspecto cuantitativo de su trabajo, sino más bien, al cualitativo. Subrayamos esto pues, de otro modo, volveríamos a sumergirnos en cifras con los éxitos innumerables e integrales obtenidos por los aparatos partidario y soviético. Ha llegado el momento de poner fin a esta charlatanería estadística. Oid las versiones del XV Congreso del Partido (16). Leed el informe de Kossior sobre la actividad organizativa. ¿Qué se encuentra? Cito literalmente: "El prodigioso desarrollo de la democracia del Partido... la actividad organizativa del Partido se ha extendido grandemente".

Y luego, por supuesto, para retorzar todo esto: cifras, cifras y aún cifras. Y esto era dicho en el momento en que había en los expedientes del Comité Central documentos que probaban la terrible desintegración de los aparatos del Partido y los Soviets, la sofocación de todo control de las masas, la opresión horrible, persecuciones y un terror jugando con la vida y la existencia de militantes y obreros.

He aquí cómo la Pravda del 11 de abril caracteriza nuestra burocracia: "Elementos arribistas, hostiles, perezosos e incompetentes, se empeñan en arrojar a los mejores inventores soviéticos más allá de las fronteras de la URSS. Si no se lanza un gran golpe contra estos elementos, con toda nuestra fuerza, nuestra determinación, nuestro coraje, etc..."

No obstante, conociendo nuestra burocracia, yo no estaría sorprendido de escuchar a alguien hablar nuevamente del desarrollo "enorme" y "prodigioso" de la actividad de las masas y del Partido, del trabajo organizativo del Comité Central implantando la democracia, etc.

Estoy persuadido de que la burocracia partidaria y soviética que hoy existe, seguirá cultivando con el mismo éxito abscesos supurantes a su alrededor, a pesar de los ardientes procesos que han tenido lugar en el mes último. Esta burocracia no cambiará por el hecho de haberse sometido a una depuración. No niego, quede bien claro, la utilidad relativa y la absoluta necesidad de tal depuración. Deseo señalar, simplemente, que no es únicamente una cuestión de cambio de personal, sino ante todo de cambio de métodos.

A mi juicio, la primera condición para devolver a la dirección del Partido la capacidad de ejercer un papel educativo, es reducir la importancia de las funciones de esa dirección. Las tres cuartas partes del aparato deberían ser licenciadas. Las tareas del cuarto restante deberían tener límites estrictamente determinados. Análogo criterio debería aplicarse a las tareas, a las funciones y a los derechos de los organismos centrales.

16) El XV Congreso del P.C.U.S., celebrado a fines de 1927, consagró el giro hacia la izquierda de la fracción stalinista, espantada por el enorme poder concentrado por el campesinado rico -el kulak- durante un período de crisis en la producción industrial soviética.

Los miembros del Partido deben recobrar sus derechos, que han sido pisoteados, y recibir garantías válidas contra el despotismo de los círculos dirigentes que ya conocemos.

Es difícil imaginar lo que pasa en los niveles inferiores del Partido. Es especialmente en la lucha contra la Oposición donde se ha puesto en evidencia la mediocridad ideológica de esos cuadros, así como la influencia corruptora que ejercen sobre las masas proletarias del Partido. Si, en las cumbres, existe aún una cierta línea ideológica, una línea especiosa y errónea, mezclada, es verdad, a una fuerte dosis de mala fe, en los niveles inferiores, en cambio, la demagogia más desenfrenada se ha empleado contra la Oposición. Los agentes del Partido no han vacilado en utilizar el antisemitismo, la xenofobia, el odio a los intelectuales, etc. Estoy persuadido de que toda reforma del Partido que se apoye sobre la burocracia se revelará utópica.

Resumo: observando, como Ud., la falta de espíritu de actividad revolucionaria en las masas del Partido, yo no veo nada sorprendente en este fenómeno. Es el resultado de todos los cambios que han tenido lugar en el Partido y en el proletariado mismo. Es necesario reeducar a las masas trabajadoras y a las masas del Partido, en el cuadro del Partido y de los sindicatos. Este proceso es largo y difícil; pero es inevitable; ya ha comenzado. La lucha de la Oposición, la lucha de centenares de camaradas, las detenciones, las deportaciones, a pesar de que no hayan hecho mucho por la educación comunista de nuestro Partido tienen, en todo caso, más efecto que todo el aparato tomado en su conjunto. En el fondo, los dos factores no pueden ser comparados. El aparato ha despilfarrado el capital del Partido legado por Lenin, no solamente de una manera inútil sino también nociva. Ha demolido, mientras la Oposición construía.

Hasta ahora, he razonado por "abstracción", a partir de los hechos de nuestra vida económica y política que han sido analizados en la *Plataforma de la Oposición*. Lo he hecho deliberadamente, pues mi tarea era señalar los cambios que se han producido en la composición y la psicología del proletariado y del Partido en relación con la toma del poder misma. Estos hechos quizás han dado un carácter unilateral a mi exposición. Pero, sin proceder a este análisis preliminar, resultaría difícil comprender el origen de los errores económicos y políticos cometidos por nuestra dirección en lo que concierne a los campesinos y los problemas de la industrialización, del régimen interior del Partido, y, finalmente, de la administración del Estado. (17).

Reciba un saludo comunista.
Astrakán, 6 de agosto de 1928

17) En julio de 1928 se desató la polémica Stalin-Bujarin, a consecuencia de la terrible crisis económica que asolaba el país. La fracción bujarinista forzó a Stalin a levantar aquellas "medidas provisionales" de cateo, requisas y terror rojo que preanunciaban claramente las intenciones de Stalin de "liquidar al kulak como clase". Sin embargo, la victoria parcial de la oposición de derecha la condenó a sí misma a una guerra a muerte donde los stalinistas no vacilarían en recurrir a cualquier medio con tal de desplazar al bujarinismo del poder.

Capitalismo de Estado y economía totalitaria

por Rudolf Hilferding

Rudolf Hilferding, uno de los teóricos más representativos de la social democracia austro-alemana, deslumbra al marxismo europeo con su eficaz respuesta al economista Bohm-Bawerk- crítico de la teoría del valor-trabajo, publicada en los Marx-Studien en 1904, con el título de "La crítica de Bohm-Bawerk a Marx". Entre 1906 y 1907 se desempeña como docente en la Escuela Central del Partido Social-Demócrata alemán, siendo alejado de su cargo a instancias de la policía prusiana. En 1910, en el volumen tercero de los "Marx-Studien", órgano teórico del austromarxismo, se publica su contribución a la teoría marxista del imperialismo "El Capital financiero".

A partir de mayo de 1928 ocupa el ministerio de Hacienda del gabinete alemán, cargo que ya había ocupado en 1923, cuando se hallaba al frente del ala derecha de los socialistas independientes que se negaron a admitir las 21 condiciones para el ingreso en la Internacional Comunista.

Como social-demócrata defendió la tesis que caracteriza las relaciones de producción soviéticas como capitalismo de Estado.

Pocos meses antes de su trágica desaparición en 1940 (asesinado por la Gestapo durante su exilio, luego de la invasión Nazi a Francia) rectificó su postura acerca de la Urss. Testimonio de ese viraje, el artículo que publicamos fue redactado para el periódico de los socialistas rusos residentes en París - Sozjalisticheski Bestnik- y publicado en español por el editorial Antloy en 1956 en la selección titulada "Examen del Comunismo".

La idea de un 'Capitalismo de Estado' no resiste al menor análisis económico. Cuando el Estado establece su poder sobre todos los medios de producción hace imposible el funcionamiento de la economía capitalista. Destruye el mecanismo que pone en movimiento el giro económico. La economía capitalista

es economía de mercado. El precio aparece como resultado de la concurrencia de los propietarios capitalistas —y solamente como producto de esta concurrencia resultan “al fin de cuentas” las leyes del valor—, estableciendo qué y en qué cantidades se produce, qué parte de la ganancia y en qué ramas de la producción se acumula y cómo, por último, esta permanente lucha por dominar la crisis se mantiene como factor proporcional entre las diferentes ramas de la producción. En la economía capitalista dominan las leyes del mercado, cuyo análisis hiciera Marx y cuya autonomía representa el signo distintivo del método de producción capitalista. Pero, la Economía de Estado deroga justamente la autonomía de las leyes económicas. Lo que se produce y cómo se produce, no se define por el precio, sino que es función de un Organismo estatal, el cual establece el carácter y la medida de la producción. Exteriormente, los salarios y los precios continúan existiendo, pero sus funciones cambian completamente. Ya no definen más la marcha de la producción, que está dirigida por el poder central, que fija los precios y determina la altura de los salarios. Los precios y los salarios representan tan sólo, en este sistema, medios de distribución, definiendo para cada uno de los que participan de ellos la parte del total que el poder central coloca a disposición de la sociedad.

Tal es ahora la forma técnica de la distribución, la cual se hace más sencilla que la directa atribución, indicando cuánto debe recibir cada individuo de los diferentes productos que han perdido su carácter de mercaderías. Los precios devienen signos de distribución, no son más reguladores de la economía. Conservando las formas, las funciones se cambian completamente.

Con el “fuego viviente de la concurrencia” se apaga la llama de la tendencia a la ganancia, que constituye el motivo radical de la producción capitalista. La ganancia significa apropiación individual de plusvalía, lo que sólo es posible en una organización cuya base sea la propiedad privada. Pero, observa Warroll, ¿es que Marx no señaló la acumulación como el signo fundamental del capitalismo? ¿Es que la acumulación no desempeña un papel resolutivo en la economía rusa? Es decir, ¿de todos modos llegamos a constituir el Capitalismo de Estado? Pero, él descuida un pequeño detalle: justamente aquel en que Marx habla de la acumulación de capital, en que se refiere a la formación siempre creciente de los medios de producción, produciendo ganancia cuya apropiación es el motor de la producción capitalista. Se habla, entonces, del proceso de acumulación de valores, que crean plusvalía, del proceso específicamente capitalista de ensanchamiento de la actividad económica.

Hasta tal punto la acumulación de medios de producción y los productos no constituyen el signo específico del capitalismo, que su presencia representa un aspecto fundamental en todos los sistemas conocidos, con la posible excepción de la búsqueda de alimentos en las más primitivas sociedades.

En la economía de consumo en la economía de Estado, se produce no acumulación de valores, sino acumulación de bienes de consumo, productos cuya disposición anhela poseer el poder central para lograr satisfacer las necesidades de sus consumidores.

El hecho de que la economía de Estado —en Rusia— acumula, no lo hace capitalista, porque lo que se acumula no es capital. El argumento de Warroll se basa en la simple confusión de la idea del valor con la de bienes de consu-

mo. Con esto él, realmente, piensa que la economía socialista no podría parar sin acumulación.

Pero, ¿quién es, qué es —y aquí entramos en la pregunta básica— este poder central que domina la economía rusa? Trotzky y Warroll contestan: “la burocracia”. Pero mientras Trotzky se niega a considerar la burocracia como clase —puesto que Marx caracteriza a la clase por su lugar en el proceso de la producción—, Warroll realiza un “asombroso descubrimiento. La burocracia rusa, por su estructura —que él, desgraciadamente, no estudia a fondo—, se distingue “desde un punto de vista principista”, de cualquier burguesía, pero tiene las mismas funciones: acumulación de capital. Como teniendo una estructura completamente distinta, la función puede ser la misma, es naturalmente un milagro, de aquellos que en la naturaleza no pueden existir, pero para algunos es posible en la sociedad humana.

De este modo creyó demostrar que en Rusia domina una clase burguesa, cuya formación sería el Capitalismo de Estado. Warroll, con torpeza, confunde el capital con los medios de producción, y se ve que no puede concebir la existencia de otra acumulación que no sea de capital. No comprende que la acumulación, ensanchamiento de la producción, representa en cada sistema económico, la tarea de la dirección de la producción, y que aún en el más ideal sistema socialista puede existir acumulación, que en este caso sería solamente en base de productos excedentes de consumo (lo que solamente en el sistema capitalista adquiere forma de plusvalía), y que de este modo resultará imposible deducir de la existencia de acumulación, el carácter capitalista de la economía.

¿Pero es que realmente domina la burocracia en la economía rusa y con ella sobre todo el pueblo? La burocracia representa en todas partes, y especialmente en la Rusia soviética, a formas muy diversas. A ella pertenecen, no solamente los funcionarios públicos en el sentido más estrecho de la palabra, desde el empleado más inferior hasta el mismo Stalin, sino también los dirigentes de la industria y todos los funcionarios, tales como empleados de correo y empleados de ferrocarriles. ¿Y esta masa multicolor realiza un poder uniforme? ¿Cuáles son sus órganos representativos? ¿De qué modo adopta sus resoluciones? ¿De qué órganos dispone? La “burocracia” no tiene en realidad el poder. Tanto por su estructura como por su función, constituye solamente un instrumento en manos de los dueños reales del poder. Está organizada jerárquicamente, sometida al poder dirigente. No da órdenes, sino que las recibe. Cualquiera de los funcionarios, como correctamente observa Trotzky, “puede ser ofrecido como víctima expiatoria por su superior en la escala jerárquica para disminuir cualquier descontento”.

¿Y estos son los señores de la producción, el nuevo sustituto del capitalismo? Stalin mismo desmintió esta leyenda cuando ordenó liquidar, en ocasión de la última limpieza, a millares de dirigentes industriales.

El dueño del poder no es la burocracia, sino quien ejerce el mando sobre la burocracia. Y Stalin da órdenes a la burocracia rusa.

Lenin y Trotzky con un grupo de partidarios seleccionados, que nunca tuvieron la posibilidad de adoptar resoluciones independientes como partido sino que desde un partido se les organizó como instrumentos en manos de sus

jefes —como posteriormente se organizaron los partidos nacional-socialistas y fascista—, se apoderaron del poder del Estado en un momento de descomposición del viejo aparato estadual. Transformaron el poder del Estado, para hacerlo corresponder a las necesidades de su dominio y apartando la democracia, establecieron su dictadura, a la cual confundieron —aunque no en la práctica— con el concepto ideal de la dictadura del proletariado. Crearon de este modo el primer Estado Totalitario antes que este nombre fuese inventado. Stalin continuó esta tarea y alejó del aparato estadual a sus rivales, haciendo ilimitada su dictadura personal. Tal es el hecho real y no es necesario enmascararlo construyendo ficticias concepciones sobre el dominio de la burocracia, la cual en verdad está sometida, como toda la masa del pueblo, a pesar de recibir ciertas concesiones, dosificadas según su posición jerárquica, pero sin ninguna garantía sobre su futuro y en perpetua amenaza para su vida, recogiendo algunas de las migajas que caen de la mesa de sus dueños.

EL ESTADO TOTALITARIO

Pueden extraerse de aquí conclusiones sustanciales para la economía del país. A la sustancia del Estado Totalitario pertenece también lo que somete la economía a sus propósitos. La economía pierde sus propias leyes y se hace rígida. A medida que esta dirección va cumpliéndose, se transforma la economía de mercado, haciéndose economía de consumo, y el carácter y dimensiones de las necesidades son reguladas también por el poder central.

El análisis del ejemplo de las economías de Alemania e Italia, permite observar cómo en el Estado Totalitario esta dirección, una vez adoptada, adquiere cada vez mayor influencia y tiende a hacerse omnicompreensiva, tal como sucediera en Rusia desde un principio. A pesar de las grandes diferencias en los puntos de partida, los sistemas económicos totalitarios se acercan entre sí. Y en el estado alemán el poder determina, con el propósito de mantener y aumentar el poder, el carácter de la producción y de la acumulación. La economía y con ella los representantes de la acción económica se someten más o menos directamente al Estado, devienen sus servidores. La economía pierde la primacía que ejercía en la sociedad burguesa, lo que no quiere decir que no salga de los medios económicos, influencia considerable sobre el poder del Estado tanto en Alemania como en Rusia. Pero éstos son los puntos límites, las premisas que, sin embargo, tienen un carácter decisivo para desentrañar el contenido de la política. La política está dada por el círculo estrecho de los que poseen el poder. Su interés, sus concepciones acerca de las necesidades de conservación, de aprovechamiento y ensanchamiento de su propio poder, determinan su política, a la cual ellos someten la economía, imponiéndole sus leyes.

De aquí entonces que comienzan a aparecer en las ideas políticas las concepciones sobre factores "subjetivos", "irracionales", "imprevistos".

El creyente conoce sólo la existencia del cielo y del infierno: el sectario marxista tan sólo las clases burguesa y proletaria. En su cabeza no tiene lugar el pensamiento de que el poder del Estado contemporáneo, haciéndose autónomo, desarrolle su enorme fuerza según sus propias leyes, avasalle y coloque

a su propio servicio —en un tiempo más o menos corto— la fuerza social. Por esto el carácter de la economía no define al sistema ruso ni al sistema del dominio totalitario en general. Por el contrario, esta economía está definida por la política formulada por el poder estadual y sometida a los fines de este poder. La economía da vida al poder en el Estado totalitario, pero él existe no para la economía, ni para el dominio de una clase económica, como en el estado burgués. La analogía con el Estado totalitario más bien debe encontrarse en la época del último imperio, del dominio pretoriano y su emperador.

Naturalmente, desde el punto de vista socialista, la economía del sistema bolchevique difícilmente pueda llamarse socialista. Porque en nuestra concepción, el socialismo está indisolublemente unido a la democracia. Socializar los medios de producción debiera ser, en nuestra teoría, sacar del dominio de una sola clase la economía de un país, y entregarla a la administración democrática de la sociedad. Y nosotros mismos jamás imaginamos que la forma política "que dirige la economía", que debiera sustituir a la producción capitalista de mercado libre, pudiera ser un absolutismo sin límites. La correlación entre la base económica y la superestructura política nos parecía completamente precisa. Justamente la sociedad socialista debía conducir a su completa realización democrática. Hasta los que entre nosotros consideraban inevitable un período transitorio de aplicación estricta del poder centralizado del Estado, consideraron este Estado solamente temporario, que tendría que concluir una vez aplastada la resistencia de los poseedores. Junto con las clases debería desaparecer el dominio de una clase que hemos considerado como la única forma de dominio público en general. "El Estado muere..."

Pero la historia, "la más grande marxista", demostró otra cosa. Nos enseña que la posibilidad de dominar las cosas puede transformarse, a pesar de las esperanzas de Engels, en ilimitado dominio sobre el pueblo y de este modo llevar no solamente a la emancipación del Estado de la economía sino a la subordinación de la economía a los que poseen el poder del Estado. Una vez subordinada al Estado, la economía asegura la supervivencia de esta forma estadual. El hecho de que esta especie apareció en una situación que no se repetirá, creada ante todo por la guerra, no hace imposible el análisis marxista, pero debe traer cambios en nuestros conceptos demasiado simples y demasiado esquemáticos acerca de las relaciones entre la Economía y el Estado, entre la Economía y la Política, las cuales fueron concebidas en una época completamente diferente. La transformación del Estado en una fuerza independiente, dificulta extremadamente la caracterización económica de tal sociedad, en la cual la política —es decir el Estado— tiene un papel tan resolutivo.

Y por esto la discusión de si el sistema económico de la Unión Soviética es capitalista o socialista, me parece completamente sin objeto. No es ni una cosa ni otra. Representa la economía estatal totalitaria que es el sistema hacia el cual se acercan cada vez más las economías de Alemania e Italia.

sección

socialismo y libertad

Esta sección incluirá los trabajos y debates referentes a la problemática de la democracia y la libertad en los regímenes capitalistas

-tanto centrales como periféricos-
en el socialismo y en los procesos de transición.

Intentará poner al día el debate acerca de la "dictadura revolucionaria del proletariado" en torno a los textos marxistas

-desde Marx, Lenin, Trotsky, Luxemburg, Gramsci a la actualidad- así como a las experiencias históricas del movimiento obrero -la revolución rusa, la revolución española, el proceso chileno, etc.-

En esta entrega presentamos para el debate la respuesta del dirigente y escritor político español Fernando Claudín a la encuesta realizada por la revista "Libre" en 1971-1972.

Aunque el texto cuenta ya con doce años, hallamos en él un interés mayor que por la última producción de Claudín,

considerablemente alejada de las ideas propias de los años de

"La crisis del movimiento comunista".

Libertad y socialismo

por Fernando Claudín

a) ¿Debe exigirse al escritor de un país socialista que sus libros tengan un contenido revolucionario específico o reflejen al menos de manera positiva la nueva realidad política y social en la que vive? ¿Debe reconocérsele una libertad de creación sin ninguna suerte de exigencia previa?

La problemática de libertad en el socialismo no puede abordarse todavía, a los cincuenta años y pico de la Revolución de Octubre, más que en un plano teórico abstracto, puesto que en rigor el socialismo no existe aún como realidad material, como formación social. Ciertamente, ante nosotros tenemos un abigarrado conjunto de regímenes salidos de revoluciones anticapitalistas y antimperialistas, cuyos partidos gobernantes declaran haber edificado el socialismo o estar en camino de hacerlo. Pero como bien decía Marx "es necesario distinguir entre la fraseología y las pretensiones de los partidos y su constitución e intereses verdaderos, entre lo que ellos se imaginan ser y lo que son en realidad". Por otra parte, la diversidad de situaciones existentes en dichos países hace difícil una respuesta unificada a los "interrogantes" de Libre, y tampoco es posible una respuesta diferenciada en breve espacio. De ahí que la nuestra sea muy incompleta y demasiado general. Procederemos apartado por apartado.

a) Entre las "exigencias" a que se ve confrontado el escritor en los países llamados socialistas podemos hacer la siguiente distinción:

- Las que provienen de la masa de lectores, de la crítica especializada, etc., sin ir acompañadas de coacción material sobre el escritor;

- Las que el Partido-Estado intenta imponer al escritor con medios coercitivos materiales: monopolio editorial, censura, policía, cárceles, campos, o cualquier otro recurso del variadísimo arsenal represivo que conocemos, últimamente enriquecido con el asilo psiquiátrico para intelectuales "anormales".

Las exigencias del primer tipo existen en cualquier tipo de sociedad y sobre todo en una sociedad revolucionaria (dado el despertar cultural de las masas, la aparición de nuevos problemas, etc.). En su conjunto constituyen la "demanda social" al escritor, que por su heterogeneidad y diversidad, cuando puede expresarse

sarse libremente, lo mismo contribuye a fecundar la literatura minoritaria y experimental que la más tradicional y accesible al nivel del lector medio. La libertad de creación no es otra cosa que la libertad del escritor para responder en los términos que le son propios a esa "demanda social", unida a la posibilidad práctica de difundir su obra.

El segundo tipo de exigencias es incompatible con la literatura, como con cualquier actividad creadora. El dirigente político revolucionario antes y después de la toma del poder, pero sobre todo después—debe tener muy presente esta reflexión de Gramsci: "si el mundo cultural por el que lucha es una realidad viva, necesaria, su expansividad será irresistible, encontrará sus artistas. Pero si, a pesar de la presión, su irresistibilidad no se manifiesta, no opera, quiere decirse que se trata de un mundo ficticio y postizo, de una lucubración gratuita, producto de mediocres quejosos de que los hombres de mayor estatura no estén de acuerdo con ellos." A golpes de censura y policía no se crea cultura. Se fabrican "asalariados del pensamiento oficial", según la exacta expresión del Che. Aherrojar la libertad de creación es tan profundamente reaccionario como privar a los trabajadores de las libertades políticas y sindicales, de libertad para dirigir la producción, el Estado y la sociedad en general; tan reaccionario como coartar la libertad de investigación científica, cuyas fronteras no deben ser definidas más que por la investigación misma como las de la creación artística sólo deben ser definidas por la propia creación. Tal era la opinión de Marx y de todos los marxistas anteriores a Stalin. ¿Y puede ser otra la opinión de cualquiera que se considere marxista o simplemente progresista? La dictadura sobre la cultura de los "asalariados de

TALITA Revista Cultural

Dirigida por
Guillermo LOMBARDIA y
Carlos VALLINA

Colaboradores: Carlos PACHECO,
Oscar TAFFETANI, Enrique ARAU,
Gabriel BAÑEZ, Isabel ETCHEVE-
RRY, Graciela G. MARX, Julio MO-
RAN, Miguel OLIVERA, Néstor OLI-
VERO, Julio SEVARES, Enrique
SUREDA, Rosario TAVAREZ, Abe-
lardo MARTINEZ, Felipe NAVARRO
(Francia) y Christian KUPCHIK (Suecia).

Dirección:
C. de C. 297, (1900) La Plata,
Pcia. de Buenos Aires, Argentina.

PUNTO DE VISTA

Revista de cultura

Nro. 19

Situación del Psicoanálisis por
Hugo Vezzetti.
Literatura y Política por Beatriz
Sarlo.
Sobre Crítica Literaria por Ma-
ría Teresa Gramuglio.
La Intervención Social por Alain
Tournaire.
y otros.

pensamiento oficial" desemboca indefectiblemente en oscurantismo, por muchos oropesesseudorrevolucionarios y justificacionesseudoclasistas oseudodialécticas con que se disfrace. La castración del escritor es la castración del lector. En lugar de favorecer la presión de la sociedad sobre la literatura pone a la literatura, convertida en instrumento mistificador, por encima de la sociedad. Impide a las masas conocer y juzgar, y por lo tanto exigir con conocimiento de causa. Sin libertad de creación no hay creación de la libertad; no hay autocreación del hombre nuevo, de una sociedad igualitaria y libre.

En un texto que tiene ya ciento veintinueve años pero conserva palpitante actualidad, Marx caracterizó magistralmente el efecto desmoralizador de la prensa y la literatura sometidas a la censura:

"La mayor de todas las taras—la hipocresía—es su acompañante inseparable. Y de esta tara fundamental derivan todos sus demás defectos, no quedando ni átomo de virtud; de ahí deriva su tara más repugnante, incluso desde el punto de vista estético: su conformismo. El gobierno no escucha más que su propia voz, sabe que no oye más que su voz, y pese a ello mantiene este autoengaño, como si escuchara la voz del pueblo, y exige también que se respalde ese autoengaño. Por su parte el pueblo, o bien cae en la superstición política, por un lado, y en el escepticismo político, por otro, o bien vuelve totalmente la espalda a la vida del Estado y se transforma en un tropel de gentes que se limitan a vivir su vida privada." "La censura—agrega—mata el espíritu público." ¿Que diría Marx del efecto combinado de la censura, la policía, los campos, los asilos psiquiátricos y las tristemente famosas "autocríticas"?

b) El marxismo-leninismo reconoce la conveniencia de la crítica y el debate como medio de superar las contradicciones que vayan presentándose en una sociedad socialista. ¿Hasta donde puede llegar la libertad de crítica? ¿Las instituciones existentes ofrecen medios válidos para que ésta pueda ejercerse?

De la "libertad de crítica" puede decirse lo mismo que de la "libertad de creación" o de la "libertad de investigación". Sus límites no debe determinarlos más que la crítica misma, que surge siempre de una confrontación del hombre con la realidad. Trazárselos artificialmente—y más aún policíacamente—es asfixiar las iniciativas y energías populares. Crítica, investigación, creación, son tres momentos indisolubles de la búsqueda de la verdad y, por tanto, de la búsqueda de soluciones a la construcción de una sociedad transparente a sí misma, como ha de ser, por definición, la sociedad comunista. "La crítica—decía Engels hacia el final de su vida—es el elemento vital del movimiento obrero. ¿Cómo puede impedir él mismo la crítica o intentar prohibir las discusiones?" Crítica y discusión auténticas, no rituales y paródicas como las instauradas por el estalinismo en el movimiento comunista. Si la crítica y autocrítica verdaderas, libres, vitalizan el movimiento revolucionario, las "críticas" y "autocríticas" de esencia y forma inquisitorial, lo desmoralizan y descomponen.

La represión de la crítica en el partido revolucionario y en la construcción del socialismo conduce inevitablemente a la burocratización y cosificación de los organismos, a la dominación de los dirigentes sobre los dirigidos, y en definitiva, al surgimiento de nuevas—o el renacimiento de viejas—formas de sujeción del

hombre por el hombre. La revolución que teme la crítica empieza a dejar de ser revolución.

Pero, ¿y la crítica procedente de los reaccionarios? La crítica de los reaccionarios es tan necesaria a la revolución — y en ocasiones más — que la crítica de los revolucionarios. El tolerarla no excluye la represión contra los que violen la legalidad instaurada por la revolución, pero esta legalidad no debe impedir, o servir de pretexto para impedir, la crítica del adversario.

Es importante subrayar que la represión de las libertades de crítica, de creación y de investigación no es la característica de los años más difíciles de la revolución rusa, sino del período en que aparentemente se había consolidado. Tras esta apariencia se ocultaba, en realidad, la regresión de la revolución, la instauración de un nuevo orden represivo sobre las masas. Análogo fenómeno se ha repetido ulteriormente en otras latitudes. Y es que el asesinato físico o intelectual del poeta y del crítico suele ser signo premonitorio del asesinato de la revolución.

Y puesto que se trata de crítica y de literatura, preguntémosles: ¿para qué sirve la literatura no crítica? Y también: ¿una literatura conformista ¿es siquiera literatura?

c) Teóricos marxistas que han analizado las contradicciones de las sociedades y regímenes socialistas, advierten un fenómeno: el excesivo centralismo administrativo, que asfixia la iniciativa de la clase obrera en la gestión de la economía y consolida el poder de la burocracia, se traduce también en un alto grado de centralización política. Formas de represión y autoritarismo, que a falta de denominación mejor se conocen como stalinismo, son expresiones típicas de tal situación. Se observa igualmente que las tendencias represivas propias de la burocracia tienden a entrar en conflicto con los sectores intelectuales, cuya formación y nivel de cultura los hacen más sensibles a los problemas de la democratización socialista. ¿Cuál es su concepto sobre esta apreciación? ¿coincide usted en que se trata de un fenómeno circunscrito a la URSS? ¿subsiste como tendencia en otros países socialistas?

Refiriéndonos concretamente a la Unión Soviética, el conjunto de fenómenos aludidos en este apartado no es más que la expresión de una realidad más profunda: la inexistencia no sólo del socialismo sino de una evolución al socialismo. Al menos, si entendemos el socialismo como Marx: régimen de transición al comunismo en el que los trabajadores, dueños de los medios de producción, comienzan a ser dueños de las condiciones económicas, políticas y culturales de su vida social; fase primera de la sociedad comunista, en la que aún subsisten determinadas formas de la división capitalista del trabajo, del derecho burgués, del Estado, etc., pero en el que estas supervivencias del pasado van siendo reducidas y finalmente liquidadas. Autoemancipación, autogobierno, autodeterminación, reunión de hombres libres, asociación libre e igualitaria de productores, etc.: tales son los conceptos más comunmente usados por Marx y Engels para definir la esencia de la sociedad comunista, tanto en su fase "inferior" como "superior". La diferencia entre ambas no es de naturaleza sino de grado. Cuando a veces utiliza el concepto de "dictadura del proletariado" Marx no indica otra cosa que el carácter clasista-proletario de la sociedad de transición análogamente a como

"dictadura de la burguesía", es significativo, en el vocabulario científico marxista, del carácter clasista-burgués del régimen capitalista. Pero mientras que la dictadura de la burguesía es compatible tanto con las formas democrático-parlamentarias como con las dictatoriales en sentido corriente, la dictadura del proletariado es incompatible con estas últimas. Deja de existir, aunque siga existiendo aparentemente, en cuanto no es también democracia proletaria, porque sin democracia proletaria la propiedad colectiva de los medios de producción se convierte en ficción jurídica que recubre su posesión real por una nueva clase, casta o grupo dominante: recubre la aparición de nuevas formas (entremezcladas con las antiguas) de explotación y opresión del hombre por el hombre. La dictadura del proletariado deviene dictadura sobre el proletariado. Y es que el proletariado, como profunda y radicalmente dijo Marx, no puede emanciparse sin emancipar a los no proletarios; no puede instaurar y ampliar continuamente la libertad en su seno sin extenderla fuera de él. No tiene otra opción para reeducarse y reeducar a los demás, para crear el hombre nuevo de la sociedad de hombres libres e iguales. Resumiendo: el socialismo es orgánicamente indisociable de la democracia y la libertad. Democracia y libertad concretas, limitadas, condicionadas, pero cuyo campo de realidad se dilata incomparablemente respecto al que puedan tener en la más avanzada de las democracias burguesas.

Partiendo de esta concepción marxiana del socialismo — que es también la del Lenin del "Estado y la Revolución" — parece evidente que el actual "socialismo" soviético tiene muy poco que ver con el socialismo y con los soviets. La regresión de la gran Revolución de Octubre, iniciada ya en tiempos de Lenin bajo la presión de poderosos factores objetivos, y también de ciertas concepciones teóricas (localizadas principalmente en la concepción leniniana del partido), se convirtió en tendencia dominante bajo Stalin. Su producto es el actual régimen, que si bien ha mejorado las condiciones materiales de las masas comparativamente al régimen zarista, si ha industrializado el país y difundido la cultura (pero una cultura cuyos valores difícilmente pueden considerarse socialistas), al mismo tiempo ha creado nuevos mecanismos de explotación y opresión de la gran mayoría por una nueva clase dominante. La represión que allí tiene lugar de la libertad de creación y de la libertad de crítica, como de todas las demás libertades, no es un accidente contradictorio con la esencia estructural y política del régimen: es inherente a su esencia. A partir de este régimen no puede avanzarse hacia la sociedad comunista más que pasando por una nueva revolución. Y la lucha que allí comienza por la libertad de creación y de crítica, por los derechos humanos y la democracia, forma parte de la preparación de esa nueva revolución, que será obra ante todo del proletariado soviético, pero en la cual la *intelligentsia* volverá a tener un papel primordial, como lo tuvo en la preparación y realización de la Revolución de Octubre.

"No voy a detenerme en lo que es bien sabido: cómo este régimen fue importado a otros países europeos y cómo ha podido mantenerse allí por la fuerza de los tanques contra la voluntad de los pueblos. Todos ellos tienen ante sí la misma perspectiva que en 1968 pudo haberse pasado en Checoslovaquia: la transformación revolucionaria del sistema en un sentido realmente socialista. La importancia histórica de la revolución cultural china reside, precisamente, en el intento de encontrar la vía para que la revolución en un país atrasado no sucumba ante los tremendos factores objetivos que se encuentran en la base de la regresión de

la revolución rusa. Pero este intento hay que verlo también críticamente, porque junto con ideas y actos que van evidentemente en la dirección indicada, aparecen otros (el monolitismo ideológico, el culto al "pensamiento de Mao" la mistificación de la historia y por tanto la mistificación del presente, etc.) que van en dirección exactamente opuesta. La revolución cubana también intentó encontrar una nueva vía, pero la involución iniciada en el período caracterizado por el alejamiento del Che y la aprobación por Fidel Castro de la invasión de Checoslovaquia no puede por menos de suscitar las más serias inquietudes. La tendencia esencial del 68 checoslovaco era la revolución socialista contra el régimen seudosocialista. La aprobación del aplastamiento de ese intento es difícilmente conciliable con la fidelidad al marxismo o al fidelismo de los primeros años. El caso Padilla se inscribe en esa involución y es característico de ella. Lo mismo que la postulación del "monolitismo ideológico" y otros "monolitismos" en el reciente congreso de educación y cultura.

La crítica del sistema staliniano, sea en su versión rusa o en la de otros países, así como la crítica de las tendencias neostalinistas que surgen aquí o allá, es absolutamente necesaria y vital para el renacer teórico y práctico del movimiento revolucionario a escala mundial, tanto en el capitalismo como en el llamado socialismo. Nadie más interesado que la burguesía y el imperialismo en mantener vigente la gran mistificación de que eso es el socialismo. Dicha crítica -que si es marxista no es simple repudio sino asimilación positiva de la gran experiencia acumulada- puede entrar en contradicción inmediata con determinadas conveniencias tácticas de la acción en tal o cual país. Pero no hay otra solución que afrontar los efectos negativos de dicha contradicción explicando a las masas la verdad tal como es. Esconder la cabeza bajo el ala, negar lo que la propaganda burguesa difunde con fruición, simplemente porque lo difunde la propaganda burguesa, es hacer el juego a ésta y paliar las dificultades tácticas erigiendo en nuestro propio seno obstáculos estratégicos mucho más temibles y duraderos.

d) ¿En el terreno legal, existen definiciones aceptables del delito contrarrevolucionario y procedimientos adecuados para juzgarlo?

La experiencia histórica demuestra lo difícil que es, por no decir imposible, encerrar el "delito" contrarrevolucionario en definiciones precisas. Lo decisivo es que la nueva legalidad instaurada por la revolución, además de proteger a ésta contra sus enemigos, proteja a cada ciudadano contra toda arbitrariedad del poder. Ambos aspectos no pueden dissociarse, porque nada puede socavar más la base popular de la revolución que el imperio de arbitrariedad. La garantía más eficaz contra ese peligro es la instauración de una democracia real y su continuo perfeccionamiento.

LECTURAS

Críticas

MALVINAS: una lección para la historia

por Horacio Miguens

"Los hombres hacen su historia, cualesquiera que sean los rumbos de ésta, al perseguir cada cual sus fines propios deseados conscientemente; y la resultante de estas numerosas voluntades, proyectadas en diversas direcciones, y de su múltiple influencia sobre el mundo exterior, es precisamente la historia. Importa, pues, también lo que deseen los muchos individuos. La voluntad está determinada por la pasión o por la reflexión. Pero los resortes que, a su vez, mueven directamente a éstas, son muy diversos. Unas veces, son objetos exteriores; otras veces, motivos ideales: ambición, 'pasión por la verdad y la justicia', odio personal, y también manías individuales de todo género. Pero, por una parte, ya veíamos que las muchas voluntades individuales que actúan en la historia producen casi siempre resultados muy distintos de los propuestos -a veces, incluso contrarios-, y, por lo tanto, sus móviles tienen también una importancia puramente secundaria en cuanto al resultado total."

Engels (1)

Algún militante de nuestra izquierda manifestó, reveladoramente, que con la guerra de Malvinas aquella se había dividido en izquierda chovinista o izquierda "kelper".

A un año y medio de aquel episodio, la polarización y malestar que esa inédita situación provocara, ha ido tendiendo hacia uno de los extremos -esto determinado por el resultado político-militar- y aun así el debate entre estos dos campos inconciliables e incommunicables sigue planteado.

En efecto, el abanico izquierdista se repartió entonces -pasado el primer instante de desconcierto e indefinición- desde el apoyo deslumbrado e incondicional a la "recuperación" de las islas por el gobierno (2) hasta el denostamiento absoluto y ciego a la "maniobra" política de la dictadura. (2 bis).

Por supuesto, tanto ciegos como deslumbrados son incapaces de ver la realidad. Ya que decirse marxistas no implica -especialmente hoy y en nuestro país- pensar de una manera totalizadora, dialéctica ni (menos que menos, ¡por favor!) creadora, para nuestra izquierda -salvo curiosas excepciones- solamente se trató de responder "¿qué es Malvinas?" según el prejuicio ideológico con que se operara: la izquierda nacionalista y oportunista se volcó hacia el apoyo prácticamente acrítico a la decisión militar, y la que agrupa a los sectores más sectarios -que fuera representada en

* Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1983.

su forma más cabal por las variantes del socialismo "puro"- repudiaron totalmente la aventura oficial (3). ¿Maniobra aventurera o decisión política adecuada? ¿Farsa populista o acción antimperialista? ¿Rechazo absoluto o apoyo incondicional?

En suma, ¿blanco o negro? La luz pura o la pura tiniebla. Y ya se sabe que ni la luz más radiante ni la más impenetrable tiniebla permiten ver nada. No cabe en la cabeza de nuestros marxistas que la realidad sea gris, más claro u oscuro, que esté matizada, que sea rica, que no se reduzca a un esquema -por lo demás preconcebido.

Ni pensar que el desembarco del 2 de abril fuera *subjetivamente* una cortina de humo *objetivamente* antimperialista; que el conflicto surgido *idealmente* como disputa interburguesa internacional se tratara *realmente* en una tímida e involuntaria guerra por la liberación nacional. "Pero esto no es dialéctica sino sofisteria, retórica", arguirán nuestros izquierdistas; por el contrario, son ellos quienes mediante la escisión de ambos opuestos caen en la misma: "El razonamiento citado, que formula la falsa presuposición de la separación absoluta entre el ser y el no ser, y permanece adherido a ella, no debe llamarse *dialéctica* sino *sofisteria*. Pues *sofisteria* significa un razonamiento procedente de una presuposición carente de fundamento, que se hace valer sin crítica y de manera irreflexiva; en cambio llamamos *dialéctica* al superior movimiento racional, en el cual tales términos, que parecen absolutamente separados, traspasan uno al otro por sí mismos, por medio de lo que ellos son; y así la presuposición [de su estar separados] se elimina. La inmanente naturaleza



LIBRERIA Del Relámpago Herido

Especializada en:

TEMAS POLITICOS
CIENCIAS SOCIALES

FILOSOFIA

HISTORIA

CRITICA LITERARIA

CIENCIA FICCION

POESIA

LITERATURA MARGINAL

Sección de libros y revistas
usados de temas políticos

TODO MARX - LENIN

TROTSKY - HEGEL

PERON - DEL MAZO

ALFONSIN

Envios al interior - créditos

Solicite catálogo

AV. CABILDO 2136
LOCAL 25 - PLANTA ALTA
GALERIA RECAMIER

dialéctica del ser y la nada mismos consiste en que ellos muestran su unidad, esto es el devenir, como su verdad." (4).

Regirse solamente por lo subjetivo nos hace tomar una interpretación idealista de la historia, al no preguntarnos qué móviles objetivos mueven esos intereses particulares y qué efectos generales producen. Guiarse, a la inversa, por lo objetivo solamente nos lleva a no distinguir los reales alcances de una acción dada. Esto es, separar lo objetivo de lo subjetivo, lo ideal de lo real, lo particular de lo universal, lo desiderativo de lo activo, nos conduce a uno u otro polo: al ser abstracto o a la igualmente abstracta nada. En el caso que nos ocupa, olvidar lo objetivo, suponer que todo es una farsa es darle la espalda a la realidad, a los interrogantes de las masas, a la participación y a la lucha efectivas: una vez más la "indiferencia" ante lo material conduce al indiferentismo político, a la inacción; aislarse de la "farsa" es aislarse de la realidad. Por otra parte relegar lo subjetivo, prescindir -aquí del móvil aventurero, es blanquear la maniobra, confiar absolutamente en la dictadura, igualar el gobierno militar a la sociedad civil argentina, a la vez que diferenciándolo por completo de la burguesía imperialista, de las multinacionales.

Pero el pensamiento marxista nada tiene que ver con este maniqueísmo intelectual. Quien quiera interpretar en forma racional y científica la historia, *diferenciará para integrar* la maniobra aventurera -en nuestro caso- de la efectiva acción antimperialista, la dictadura argentina de las "democracias" yanqui e inglesa, los deseos de las masas

de sus intereses verdaderos, para no aislarse de ellas ni seguir las en forma acrítica.

El presente artículo no se propone desarrollar la posición política a adoptar ante la guerra -la cual se deducirá fácilmente y por otra parte requeriría ser objeto de otro trabajo- sino señalar los elementos metodológicos generales necesarios para emprender, en forma fecunda, el debate. En este sentido, "Malvinas. La trama secreta" aporta, con sus revelaciones, documentos, e incluso anécdotas, el material empírico que, según creo, permiten esta interpretación del conflicto. La exposición -y selección- de los sucesos hecha por Cardoso, Kirschbaum y van der Kooy, muestra la variedad de crisis que nuestra izquierda -con las excepciones señaladas- no advirtió, y aunque velado por el lenguaje periodístico, el análisis de nuestros autores (no en vano columnistas políticos) sugiere una comprensión más cabal del tema que la intentada por aquella. En todo caso, cualquier otro trabajo testimonial -informativo de la seriedad del citado sobre este punto, permitirá a cada cual mantener en líneas generales, la interpretación que viniera sosteniendo: es que los hechos consumados -si bien tozudos- se leen, dentro de ciertos elementales límites de objetividad, de una u otra forma según el método y la finalidad propuestos.

Hoy, en medio del olvido debido a la molestia de un tema que en su momento incomodara por lo novedoso e intrincado, de una realidad que urgía además a definirse, "Malvinas. La trama secreta" viene a ilustrar, con meridional claridad (no deslumbrante) el lado oscuro (no negro por completo) de la crisis del

Atlántico sur Cardoso, Kirschbaum y van der Kooy muestran en una "investigación [que] tiene la riqueza y las debilidades propias de un trabajo periodístico" (p.13), cómo la historia se da a través de ese entrecruzamiento de móviles subjetivos y voluntades particulares que dan un resultado general objetivo por completo diferente del buscado.

La trama secreta o el curso del mundo

Esa indisoluble ligazón entre lo concreto y lo abstracto, entre lo inmediato y lo mediado, entre lo consciente y lo inconsciente, entre lo singular y lo general, nos permite comprender que la historia no transcurre, sencillamente, según lo propuesto por uno de sus factores, de manera limpia y lineal o que por el contrario sea un mero caos que no encubra ningún desarrollo legal. Ver este orden subyacente bajo la aparente turbulencia de los hechos particulares, esta "trama secreta", que no es una mera escena entre bambalinas sino el tejido social en que se inscribe y por el que se determina la acción-reacción de sus protagonistas, este choque de intereses desiguales y hasta opuestos en que se basa el "orden público", es clave y necesario para comprender, particularmente, el caso Malvinas.

El uno lanza una maniobra nacionalista populista para ganar espacio político interno. El otro tiene que defender, por la fuerza de la ley y la ley de la fuerza, su propiedad privada y su imagen interna y externa de potencia imperialista. El tercero, en fin, que quisiera ser neutral para no agriar sus relaciones

con ambos socios, deberá revelar su alineamiento con sus más caros intereses. La Argentina, mediante una decisión irresponsable, da un golpe inesperado en la política mundial: para obtener margen interno lanza una aventura militar -un "paseo" según creían sus actores "responsables"- pero contra un territorio detentado por un país imperialista; ya no es el caso de la hipotética guerra con Chile, en donde la disputa se mantendría en el marco de una reyerta entre dos burguesías análogamente dependientes y reaccionarias: aquí, la primera de las muchas gotas que harán desbordar el vaso es el tocar un interés del imperialismo y, simultáneamente, por medio de un método de acción directa, lo que hace que el derecho burgués imperialista de propiedad privada se erice y sea aún más escarnecido. Gran Bretaña recibe el impacto de este doble golpe a sus intereses -doble, insisto, por el objeto y por su método-. No puede menos que reaccionar con la máxima energía en términos políticos (endurecimiento de la Thatcher, caída del canciller Carrington como válvula de descompresión, resuelta y rápida acción diplomática que obtiene el primer éxito: la resolución 502 del Consejo de Seguridad de la ONU, etc.), económicos (congelamiento de depósitos argentinos, suspensión de créditos) y militares (envío inmediato de la "Task Force"); es que no podía permitir que un país atrasado recuperara en forma autónoma lo que todavía el derecho burgués internacionales no le adjudicará efectivamente. Estados Unidos, a la sazón árbitro, desprevenido, también, queda atrapado en un margen muy estrecho: sus dos mejores socios en disputa franca, movilizadas mili-

tarmente y sin espacio para volverse atrás; obviamente, no tendrá otro remedio que respaldar a quien representa su mayor y decisivo interés, su valor máspreciado: lejos de "traicionar" a la Argentina, el gobierno norteamericano es fiel a sus intereses estratégicos, a sus tradiciones y a sus aliados reales.

En semejantes condiciones, ¿qué espacio le podía quedar a la dirigencia política de cualquiera de todas estas naciones -aún con sus diferencias internas- para emprender otra cosa que la que a partir de allí -del hecho consumado de la invasión- resolvieron? Cada uno lucha por su interés, cada cual trata de que imperen sus fines: la dictadura argentina trata de ganar espacio y, desde ahí, eternizarse en el poder; el gobierno de Reagan, querrá resolver el conflicto jurídica y diplomáticamente para que el enfrentamiento entre sus dos mejores aliados no derrumbe su política exterior: "Estados Unidos no podía tener a dos aliados en guerra entre sí, y [...] Gran Bretaña debía darle espacio para maniobrar" (p. 148); a su vez, el Reino Unido ponía en juego sus "principios", es decir, la validez del derecho burgués de propiedad privada y de la relación dominador-dominado y por eso "Gran Bretaña -y, por supuesto, su gobierno- tenía la firme intención de convertir la crisis en el Atlántico Sur en una lección para la historia." (p. 147) Nadie quiere la guerra pero nadie podrá dar marcha atrás en las negociaciones, porque los "principios" en juego son demasiado rígidos ante los espacios de maniobra con que cuenta cada uno de los involucrados. Tal vez el ejemplo más palmario de esto lo da en

lo que toca a la Argentina -la frustración de la última posibilidad de evitar la guerra con la mediación Haig, especialmente la propuesta del 29 de abril, lo que daría, meses después, lugar al siguiente diálogo entre un periodista y Galtieri:

"¿No cree usted, contemplando la situación actual, que hubiera sido conveniente aceptar la última propuesta que trajo Haig?

"¿Se podía aceptar en aquel momento, con la gente en la calle, con el pueblo esperando una solución definitiva? Hay que trasladarse a esos días para darse cuenta." (5) - responde nuestro entonces presidente.

"Si Galtieri hoy quisiera dar marcha atrás -coincidió el entonces embajador argentino en Francia, Gerardo Schamis- la población no se lo permitiría." (6)

Y justamente apoyado en y empujado por esa población, el gobierno argentino debió, contra sus intenciones, "ir hacia adelante, dinamitando puentes para volver atrás" como expresara uno de los autores de "Malvinas..." en un programa de televisión (7). Pero ese apoyo -materializado y orquestado, sobre todo, en la manifestación del 10 de abril en Plaza de Mayo- más espantó que convenció a Estados Unidos: "Aunque los que planearon la escena con esmero no lo supieron inmediatamente, el efecto que habían creído poder obrar sobre el ánimo del mediador resultó totalmente contrario a la intención original" (p. 154). Así, "el abismo entre Washington y Buenos Aires comenzó a abrirse" (p. 155). Otra vez lo logrado resultó algo totalmente diferente de lo buscado. Estados Unidos preferirá sacrificar el gobierno de Galtieri.

tieri al de la Thatcher.

En Gran Bretaña, al mismo tiempo, se apreciaba "la posición 'absolutamente irreductible' de la Thatcher, ya que ésta se encontraba muy condicionada por su frente interno' por jugar en la ocasión tanto su destino político personal, como el de la administración conservadora que encabezaba" (p. 149). Y los intereses fundamentales para Estados Unidos eran representados por el Reino Unido y no por la Argentina, lo que la Thatcher tenía muy claro: "la primer ministro estaba segura y especulaba con esa certeza de que el gobierno de Reagan terminaría por prestarle su apoyo irrestricto ya que no arriesgaría su caída y el consiguiente, y casi inevitable en esas circunstancias, acceso al poder del Laborismo, que había sufrido un proceso de radicalización ideológica" (p. 149), con todo el trastorno que esto acarrearía para los planes estratégicos de Estados Unidos en la región. La dureza del gobierno conservador inglés, de todos modos, no siempre será efectiva. Los resultados inesperados no son patrimonio de uno solo de los litigantes y así: "la presión de las armas que ejercía Londres sobre la Junta Militar [...] lejos de producir el efecto deseado estaba provocando una reacción diametralmente opuesta." (p. 209).

A la vez, Estados Unidos, para no ser excepción, también se debatía en un marco muy estrecho. Y dentro de este, aun había varios frentes, como el de Haig, quien tenía que además de su específica acción diplomática-luchar simultáneamente con la prensa norteamericana, a esa altura totalmente probrítica, con la competencia de la

Kirkpatrick, la que estaba activando paralelamente otros mecanismos mediadores con el consiguiente descrédito para aquel, y con los sectores políticos, quienes consideraron que "la voluntad de Estados Unidos de posponer el respaldo a Gran Bretaña simplemente alentó a los duros en la Argentina a persistir en su posición antes que llegar a un rápido acomodamiento", según surge de un estudio efectuado por norteamericanos que citan nuestros autores (pp. 193 y 216, n.4). Hasta aquí, en lo interno. En lo exterior, estaba tanto presionado por Gran Bretaña



Crisis Kirkpatrick
MALVINAS
La guerra secreta

MALVINAS
Más de 30.000
ejemplares vendidos
Inéditas revelaciones sobre
el conflicto del Atlántico Sur

SUDAMERICANA-PLANETA

que no quería ningún tipo de mediaciones ya que los "principios" no se negocian, como por la Argentina que amenazaba ya con recurrir a la OEA y al TIAR, lo que preocupaba hondamente a Estados Unidos (pp. 132, 134 y 209-211, por ejemplo).

Todo "Malvinas. La trama secreta" (y especialmente el capítulo 5: "El fin de una fantasía", de la Parte Dos), ilustra y reafirma este concepto del orden universal como efecto de la colisión de numerosos intereses particulares; abundar en ello sería farragoso. Confío en que haya podido verse cómo se interpenetra lo singular y lo general, lo racional y lo irracional, lo puro y lo impuro, lo esencial y lo aparente en la historia, lo que es clave justamente para desbrozar lo fundamental de lo accesorio sabiendo integrarlos en el todo que se analiza.

Cada uno, apuesta a su interés particular según su ley individual. "La conciencia que establece la ley de su corazón experimenta, por tanto, resistencia por parte de otros, porque esa ley contradice a las leyes también singulares de sus corazones; y éstos, en su resistencia, no hacen otra cosa que establecer y hacer válida su propia ley. Lo universal que está presente sólo es, por tanto, una resistencia universal y una lucha de todos contra todos, en la que cada cual trata de hacer valer su propia singularidad, pero sin lograrlo, al mismo tiempo, porque experimenta la misma resistencia y porque su singularidad es disuelta por las otras, y a la inversa. Así, pues, lo que parece ser el orden público no es sino este estado de hostilidad universal, en el que cada cual arranca para sí lo que puede, ejerce la justicia sobre la singularidad de

los otros y afianza la suya propia, la que, a su vez, desaparece por la acción de las demás. Este orden es el curso del mundo, la apariencia de una marcha permanente, que sólo es una universalidad supuesta y cuyo contenido es más bien el juego carente de esencia del afianzamiento de las singularidades y su disolución." (8).

Las consecuencias de la guerra

La derrota militar argentina corolario de sus fracasos político y diplomático provocó inmediatamente la caída de su dirigencia, al tiempo que catalizó los elementos de movilización, politización y radicalización que comenzando a germinar en el verano del '82, relegados en gran medida en su aspecto de independencia de clase pero desarrollados en un sentido antimperialista conciente ganándole además la calle a la dictadura durante la guerra, impelieron a una salida electoral a los sectores militares que quedaron a cargo de la conducción política nacional.

Este aspecto, sumado al de la crisis de las Fuerzas Armadas, de una gravedad inédita en mucho tiempo (9), las que no convinieron, por semanas, en el método para resolver la encrucijada de la sociedad política en medio de la fractura de la Junta Militar, creó en un amplísimo sector de la sociedad civil, incluida la izquierda, la ilusión de que la derrota militar argentina facilitaba la salida democrática y de que, a la inversa, un triunfo argentino hubiera permitido eternizarse a la dictadura.

La simpleza de esta manera de pensar tiene como sustento la falsa apariencia de que la caída de la dic-

tadura de Galtieri abrió el paso a una dictadura más blanda y esta a una salida "democrática"; pero esto no es la apariencia verdadera, que revela la esencia, sino que la oculta: derrota de la dictadura - triunfo democrático; triunfo de la dictadura - derrota democrática, tal el esquema. Pero esto no es dialéctica sino sofistería. La dictadura no es más que el consejo administrativo de los negocios de la burguesía argentina en su conjunto -aún con sus diferencias internas inesenciales para lo que nos ocupa; sus intereses siempre coincidieron con los del imperialismo -no es casual la relación política "especial" que mantenían Estados Unidos y Argentina hasta ese entonces, la similitud doctrinaria del plan económico monetarista de Alemann con los del gobierno conservador británico, etc.-; lo que cae no es esta comunión de intereses, sino el inhibidísimo, inconsecuente e involuntario antimperialismo pasajero y casual de nuestra dictadura y el anhelado antimperialismo de nuestra sociedad civil -también insuficiente e inconsecuente, ya que después de años de ideologización "pro-occidental", el antimperialismo fue redescubierto precisamente con este conflicto, lo que favoreció el desenlace dado -aunque efectivo y permanente, necesario y causal en sí, en forma inconciente y potencial (vemos cómo la unidad de un todo se aprecia a través de la diferenciación de sus partes).

En primer lugar, no es la sociedad política la que cae sino su representante momentáneo -o sea una fracción de ella- y con él también la sociedad civil argentina, esto último porque no triunfa en la contienda un delegado del progreso histórico, un representante del avance social

sino que quien vence es el imperialismo mismo, imponiendo todas sus condiciones. Por consiguiente la sociedad civil soporta la crisis de la sociedad política, la que entre bastidores "concierta" con los partidos burgueses una "salida" electoral que canalice las expresiones de descontento que amenazaban, aún ya antes de la guerra, con el "estallido social" (10). Esto es, un "arreglo" entre los "de arriba" para contener a los "de abajo", lo cual tiene, me parece, lo menos posible que ver con una salida democrática.

Es que la democracia -como se insistirá desde algún otro artículo en este mismo número (11)- es, no un estadio al que se llega mediante acuerdos entre los hombres de Estado desentendidos de sus ciudadanos, sino un desarrollo que se conquista con la participación (y en un marco dictatorial y represivo, esto significa con el combate) de toda la población. Por esto es que la democracia es la lucha por la democracia. Así, no es verdad que cualquier derrota de un gobierno autoritario signifique siempre un paso hacia la libertad real. En nuestro caso gracias a la crisis interburguesa que arrancara durante el '80 y que se combinara con una incipiente y desorganizada lucha popular contra la dictadura -desde el '81 y particularmente desde el verano del '82- una impasse profunda como la presente obliga a marchar hacia una "liberalización" impuesta que será mucho mejor para nuestra clase dirigente que una libertad arrancada. Recordemos, pues, *concesión* no siempre es *obtención* -a veces, claro, todo lo contrario (12).

En segundo lugar, el triunfo de la conducción militar argentina no hubiera sido un triunfo de la dicta-

dura, a secas, por lo antedicho. Hubiera sido -y acá volvemos a verlo necesario de vincular lo subjetivo y lo objetivo- un triunfo en contra de los deseos de la Junta Militar, en tanto ella no quería ni imaginaba la guerra (13). El espacio político y la proyección de Galtieri como líder nacional quizá se hubieran dado pero, seguramente, mucho más -demaciado- de lo que esperaban sus propulsores. Una cosa es lo que lo lograrán tal cual lo planearon: la reconquista de las islas, la neutralidad y equidistancia yanqui y una reacción inglesa de mera indignación verbal; de esa manera si habrían alcanzado un rédito indiscutible. Pero muy diferente es el triunfo asentado sobre una movilización antimperialista de masas -que no existió, claro, y esto es precisamente un elemento que impidió el triunfo-, extendido a los planos político y económico, pues de este modo socava su base -la burguesía argentina en su conjunto y el imperialismo- alentando la lucha y conciencia de las masas, o sea, todo lo contrario de su rol político proyectado. Aquí, la dictadura se enterraría a sí misma. Mientras la agitación y movilización eran controladas para obtener un rédito en las negociaciones, todo iba bien para aquella, pero en cuanto se traspone ese frágil límite, cuando el grado del apoyo popular es desbordante, excesivo, y se llega a la guerra, ya la dictadura conspira en contra de sí; he aquí "el lado por el cual una existencia se halla atrapada y destruida de manera insospechada. Es ésta la astucia del concepto, la de tomar una existencia por este lado, de donde su calidad no parece entrar en juego -y precisamente hasta tal punto que el engrandecimiento de un estado o

un patrimonio, etc., que llevará a la desgracia del Estado o de su propietario, aparece de inmediato, al primer momento como su suerte más feliz." (14). La población no apoyaba la maniobra sino la reconquista, no el guiño de Estados Unidos sino -ingenuamente- su "imparcialidad", no la apatía inglesa sino su supuesta derrota desde el vamos, no la alharacá antimperialista oficial sino una guerra consecuente no deseada por sus conductores, no lo subjetivo sino lo objetivo. Pero su apoyo se troncó en un hostigamiento al gobierno argentino, el cual de haber ganado en las condiciones antes descritas necesarias, solamente hubiera podido mantener una fachada autoritaria, e incluso así durante no mucho tiempo; seguir con las conjeturas implica intentar una predicción y, si bien sabemos que el marxismo no tiene nada que ver con la astrología si puede hacerse, en base al modelo teórico con que nos manejamos un análisis prospectivo de lo que hubiera arrojado ese triunfo.

Galtieri hubiera quedado -de haber quedado- sin la piedra basal burguesa (externa e interna), y sustentado en cambio en una movilización de masas ya concientemente antimperialista que venían luchando por mejores condiciones económicas -para lo que iban a necesitar espacio político, libertad, y para esto, democracia y por lo tanto esto tendría a su vez que vincular necesariamente, como no puede ser de o-

tro modo, la lucha antimperialista a la lucha democrática, lo que implica entre otras cosas el combate por los desaparecidos, el desmantelamiento del aparato represivo, etc., todo esto absolutamente irrealizable por nuestros gobernantes triunfantes o

sus sustitutos palaciegos. Es fantástico imaginarse a un conjunto de secuestradores, asesinos, estafadores y ladrones como los que fueron cabalmente representados por las sucesivas Juntas Militares del "proceso", al mando de un gobierno democrático y antimperialista (15). Justamente por ello no hubieran sido estos quienes quedarán al mando. La democracia y el antimperialismo verdaderos no se dieron y no se ganó la guerra; la guerra no se ganó y, en consecuencia, tampoco se dieron el antimperialismo y la democracia reales. Ese hipotético gobierno democrático antimperialista, con Galtieri o sin él, hubiera debido ser mucho más democrático que la "democrática salida" que tenemos hoy, y que, por tanto, tendremos mañana. Nuestros izquierdistas "realistas" nos dirán que aquello es mera conjetura y que hay que seguir el "curso del mundo", es decir jugar con las cartas que se tienen en la mano; pero este realismo es un doblegarse pasivo ante una realidad "fatal" y ese curso del mundo no es más, en esta interpretación, que la defensa del irracional orden existente.

La democracia no la hemos conquistado: antes de que lo hiciéramos y para evitarlo, nos "concedieron" una salida electoral (¿o acaso una concertada "entrada a la vida?"). De haberse derrotado a los imperialismos habríamos logrado no solamente un cauce en verdad democrático (la democracia no es, insisto, un estado sino una búsqueda constante) sino también la derrota de la Thatcher y Reagan que hubiera afectado seriamente la estrategia imperialista mundial generando una toma de conciencia en los países

subdesarrollados, un reacomodamiento de las burguesías europeas, una advertencia para el imperialismo, una señal para las masas dependientes, en fin, y en relación a la que aprendimos, una más agradable lección para la historia.

NOTAS

(1) Engels, F.: *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, Buenos Aires, Anteo, 1975, pp. 69-70.

(2) Tales el caso del PCA (ver "Comentarios", V-'82), los sectores antimperialistas del peronismo (ver "Línea", V-'82), etc.

(2 bis) Escapó a esta falsa dicotomía la posición que levantaron el PST y Política Obrera, quienes comprendieron la guerra como un enfrentamiento entre un país opresor "democrático" y un país oprimido de régimen dictatorial, pronunciándose correctamente por la defensa incondicional de este, vinculando los distintos frentes de lucha (político económico, militar) y denunciando la renuencia del gobierno argentino a enfrentar al imperialismo. Pese a sus desviaciones -oportunistas en el caso del PST y ultrazquierdista en el de Política Obrera- su justa interpretación de la situación permite diferenciarlos de las tendencias marcadas.

(3) Esto, naturalmente, son las tendencias que, desarrolladas consecuentemente, conducen a esa disyuntiva, lo que no invalida -ya que los opuestos van de la mano-, que los belicistas-chovinistas no apoyaran, a su vez, negociaciones diplomáticas -tal el caso del PCA-, por ejemplo.

(4) Hegel, G.W.F.: *Ciencia de la lógica* (trad. de A. y R. Mondolfo), Buenos Aires, Solar/Hachette, 1968 (2da. ed.), p. 96.

(5) *Habla Galtieri sobre la guerra*. Reportaje por Juan Bautista Yofre, del 29-VII-'82. *Clarín*, 2-IV-'83, Suplemento especial, p. 2, col. 6. Y en otra entrevista preparada para la misma nota, Galtieri amplía esta idea: "... no había margen político interno para ejecutar esto (las condiciones a cumplir por la Argentina de la mediación Haig). Todas las encuestas que recibíamos nos indicaban el estado de euforia que se vivía en la población." *Lug. cit.*, p. 3, col. 1.

(6) Reportaje de Odile Grand al embajador argentino en París: "Depuis le 3 mai, on m'aime", en "Les Nouvelles littéraires", Nro. del 13 al 19-V-'82, París, p. 12, col. 4.

(7) *Tiempo Nuevo*, canal 13 de Buenos Aires, 18-X-'83.

(8) Hegel, G.W.F.: *Fenomenología del espíritu*, (trad. de W. Roces c/colab. de R. Guerra), Madrid, FCE, 1981 (4ta. reimpr.), pp. 223-224.

(9) Al respecto, Ricardo Kirschbaum señaló, en el programa televisivo mencionado, que la magnitud de esta crisis provocó fisuras tales que permitieron una investigación como la plasmada en "Malvinas. La trama secreta" a periodistas argentinos, algo inconcebible antes y sólo accesible a estudiosos extranjeros como -indicó Kirschbaum- Robert Potash, por ejemplo.

(10) Ver, entre otras, *Somos*, Nro. 287, del 19-III-'82, publicación que le dedica la nota de tapa.

(11) Ver, en este mismo Nro. de *Praxis*, "El P.C., la democracia y Lenin".

(12) Un soberbio ejemplo, a la vez, del tránsito "democrático" que comenzara a operarse y de la catadura política de quien hoy encarna, para el grueso de la población argentina, la opción democrática, lo da este pasaje, extenso pero sin desperdicio, del libro de marras.

Refiriéndose a la encrucijada en que se hallaba la conducción dictatorial, los autores relatan las posibilidades barajadas para una retirada en orden de esta, y traen a colación el "caso Karamanlis": "Karamanlis era un primer ministro conservador que había sido desplazado por el rey [griego] en 1964. En su debilidad, los coroneles griegos invadieron Chipre y se enfrentaron en una guerra con Turquía. Estados Unidos retiró su apoyo a la administración de Atenas. Fue el comienzo del final [de la dictadura que derrocara a Karamanlis]. Los coroneles llamaron telefónicamente a Karamanlis, que se encontraba asilado en París, para que se hiciera cargo del gobierno", nos explican nuestros autores para, ahora sí, describirnos las "democráticas" gestiones tendientes a evitar el colapso de toda la sociedad política argentina:

"Había proyectos civiles y militares. El civil tenía varias puntas. Fue Raúl Alfonsín, desde el radicalismo, quien dio el primer empujón al plan: el gobierno debería ser asumido por un político indiscutido (propuso al ex presidente Arturo Illia), en un gobierno de transición y unidad nacional, que cumpliera las tareas imprescindibles para la democratización. Se comenzó entonces a hacer un símil con la situación que se vivió en Grecia, cuando el caso del régimen de los coroneles.

Illia sería el "Karamanlis" de la

Argentina, para reemplazar -como en Grecia- a la Junta Militar.

Pero la actitud de Alfonsín se basaba, fundamentalmente, en la certeza de que la aventura concluiría mal. En ese caso, habría que desplegar una fuerte acción política para lograr una salida democrática al atolladero en que se habían metido los militares.

Paralelamente, como ya se dijo, Galtieri no abandonaría hasta el final sus sueños de convertirse en líder popular.

Una discusión que al promediar el conflicto mantuvo el coronel Menéndez con Ricardo Yofre, quien desplegó una intensa actividad entre los dirigentes partidarios en esa época, es ilustrativa.

El fuerte cambio de palabras se produjo por la intransigencia del militar frente al punto de vista de los políticos sobre la marcha del conflicto bélico. Se desarrolló en los siguientes términos:

'Esto va a ser un desastre', dijo Yofre.

'No estoy de acuerdo, doctor replicó el militar.

'Ustedes siguen cuestionando a Alfonsín, (Luis) León o Saadi. Yo le recuerdo que ellos seguirán existiendo, y acaso alguno sea Presidente, mientras que ustedes pasarán a retiro', pronosticó Yofre.

'El problema es de diferente enfoque, doctor', eludió el militar.

'Mire, Menéndez. Ustedes van a ser juzgados como en Grecia fueron juzgados Ionides, Papadopoulos y otros. Como en Grecia, la pena de fusilamiento será cambiada por la de cadena perpetua. Nos van a meter en un desastre y, a diferencia de Grecia, aquí no tenemos un Karamanlis que asuma el gobierno luego de ese desastre', insistió el ex

funcionario de Videla.

'No crea que no pensé en lo que ocurrió en Grecia', respondió apabullado 'el subsecretario del Interior.

'Yo creo que ustedes se lanzaron a esto por dos razones: 1) necesitaban espacio político y 2) de tener éxito, lo proyectarían a Galtieri como un líder nacional', continuó Yofre.

'Usted tiene algo de razón en eso', concedió el militar''

(pp. 312, 313 y 316) (subrayado por mí).

De la lectura de este magnífico paso, se desprenden varias conclusiones sobre lo democrático de las alternativas al gobierno de Galtieri. Alfonsín, "el hombre que hace falta", propone a Illia; ¿a quién consultó, fuera de su cenáculo, qué voluntad popular expresó este demócrata? Un gobierno de transición a la democracia no puede ser otra cosa que un gobierno democrático, entonces ¿qué tareas preparatorias de la democracia podría llevar a cabo esa administración que no fueran, ellas mismas, tareas democráticas? Evidentemente, quien se juega sus cartas al triunfo del imperialismo, quien impone un presidente indiscutido (por él, claro), quien cree que salida democrática es ayudar a que escapen del "atolladero en que se habían metido" los militares que son justamente la negación -no superadora, por supuesto- de la democracia, es tan democrático como Reagan o la Thatcher. Ni qué decir del lúcido Ricardo Yofre, quien antes mismo que los militares sean llevados a juicio, les asegura la conmutación de la pena de muerte. Esta es la democracia que nos concedió la derrota; rindámonos ante la realidad, como nos reclaman nuestros

izquierdistas "realistas" vulgares. Que la realidad sea o no racional, sea o no necesaria, es lo de menos. (13) Que Anaya fuera -como se desprende de las páginas de "Malvinas. La trama secreta"- intransigente e inflexible, no significa que nuestra sociedad política -y con ella, nuestra burguesía- quisiera llevar adelante efectivamente la guerra. ¿Por qué, si no, solamente se mantuvo en un limitado plano militar, sin extenderlo al económico -expropiación de los intereses británicos, suspensión del pago de la deuda externa comprometida con el Reino Unido- y político -comprometer efectivamente a los países que dieron su apoyo al nuestro, efectiva implementación del TIAR-?

(14) Hegel, G.W.F.: Ciencia de la lógica, cit., p. 293.

(15) Pero la necesidad de marchar en un sentido menos dependiente y autoritario -sin llegar a tanto, más bien- fue advertida por la conducción oficial ya durante la guerra; en el reportaje a Galtieri citado (5), podemos leer:

"¿Por qué, el 11 de abril (al día siguiente de la concentración en Plaza de Mayo) usted no formó un gabinete con representantes de las grandes mayorías?

-Eso es lo que iba a hacer. Por eso afirmé en mi último discurso que 'habría que cambiar todo aquello que hiciera falta'. Pero, no tuve tiempo. No podía relevar a todo el gabinete en plena guerra, crear una crisis. Pensaba hacerlo, eso sí.

De allí que les dije a los dirigentes sindicales [...] que a la vuelta los recibiría de 9 a 13 horas, en mangas de camisa, para escucharlos y considerar, dentro del contexto de la sociedad, sus aspiraciones. También les dije que al final de la

reunión comeríamos unos sandwiches. Yo tenía las banderas de los políticos, no les habría dejado ni una". Clarín, cit., p. 2, col. 4.

En el caso de un triunfo contra el imperialismo, ¿qué contexto ofrecería la sociedad? Galtieri se quedaría con tales banderas, pero a condición de haber cambiado por completo las suyas.

El P.C. la democracia y Lenin: a propósito del libro de Agosti: "Mirar hacia adelante"

por Gabriel Rot

"Esclarecer a las más amplias masas de la clase obrera sobre la significación histórica de la necesidad teórica y práctica de una nueva democracia proletaria, que debe ocupar el lugar de la democracia burguesa y del parlamentarismo".

(de las conclusiones de Lenin en sus Tesis sobre la Democracia Burguesa y la Dictadura Proletaria).

1) "Si no hemos de burlarnos del sentido común y de la historia, es evidente que no podemos hablar de 'democracia pura' mientras existan diferentes clases; sólo podemos hablar de democracia de clase" (1). De esta manera, categóricamente, Lenin dibujaba los trazos fundamentales en cuanto a la actitud de los comunistas respecto de la democracia. Para los revolucionarios, la auténtica democracia no es un altar sagrado al cual se accede, pacíficamente,

para velar por el respeto a la propiedad privada y el individualismo burgués, sino la realización plena de los derechos y libertades del hombre en una sociedad que *no precisa ningún elemento coercitivo de clase*.

Necesariamente, se entiende, esta realización comprende un largo camino a recorrer, una intensa "lucha por la democracia" que comprende, especialmente, dos direcciones: a) la denuncia incansable de la democracia burguesa, y b) la orientación militante hacia la dictadura proletaria como transición necesaria a la total realización democrática (2).

A la luz de las definiciones leninistas acerca de la democracia hemos emprendido la lectura de "Mirar hacia adelante", del conocido dirigente del partido comunista argentino H.P. Agosti, en el cual se trata con especial énfasis dicha problemática.

Los conceptos vertidos a lo largo de sus 190 páginas difícilmente puedan ser tachados de marxista, leninista; antes bien, como pretendemos demostrar, el libro de Agosti está impregnado de ese inconfundible tufillo a filisteo, a "comunista" que pretende no espantar a sus enemigos de clase en vez de plantear correcta y concretamente la relación que se debe tener con la burguesía en la actual etapa, sin dejar de levantar las banderas de independencia de clase; a "comunista realista", que no puede, ni debe, en la burguesía, ocultando el lugar preeminente que le ocupa a la clase obrera en la realización de las tareas democrático-burguesas.

A esta fenomenal rarificación del pensamiento marxista argentino queremos contestar, con la expecta-

tiva de que alguna otra pluma prosiga el debate

II) AGOSTI FALSIFICA LAS BASES DE LA CRISIS ARGENTINA

Para Agosti, el drama argentino "... la crisis de la sociedad argentina deriva principalmente de no haber concretado, desde su primer gesto emancipador, los presupuestos de un desarrollo capitalista autónomo que abatiese simultáneamente el poder de la oligarquía latifundista y el de cualquier dominación extranjera" (pág. 12).

Esta caracterización, que a la ligera puede pasar por auténtica, no es más, en verdad, que una abstracción, una cabeza escindida del tronco.

La crisis estructural argentina no puede analizarse sin entroncarla en el desarrollo capitalista mundial; por el contrario, inmersa en este marco, esta aparece no como crisis cerrada en sí misma, sino como manifestación o, si se quiere, como dialéctica consecuencia de aquel.

En efecto, la colonización y sus formas adoptadas en estas playas está ligada estrechamente con el desarrollo capitalista mundial: sus características más importantes, como así también sus vicios más notorios, son inseparables del desarrollo general aludido y del de España en particular.

Con el desarrollo capitalista y su transformación en imperialismo y, por lo tanto, el abandono cada vez más acentuado de la libre competencia y la búsqueda de territorios y colonias meramente como mercados, el análisis de la historia económica nacional es absolutamente irrealizable sin tener en cuenta la reestructuración de la econo-

mía internacional y su política.

La exportación de capitales, como característica de la nueva relación de las metrópolis desarrolladas con sus colonias, imprime rasgos específicos a las economías locales y a las clases dominantes que la controlan. Se establece una relación funcional entre unas y otras alrededor de un mismo eje común: la apropiación de la plusvalía extraída a las masas trabajadoras.

"Por qué de la interacción del capital extranjero y la economía nacional se pregunta M. Peña salió una muestra equivalente a la producida en México o Rusia, y no a la que obtuvieron en Japón o Estados Unidos? Eso es lo que hay que explicar, comenzando por la inepticia de nuestras clases dirigentes, incapaz de propugnar, como era su obligación, un desarrollo nacional autónomo, fenómeno resultante a su vez, concluye Peña, de todo el proceso formativo del país..." (3).

Peña da en las claves que Agosti gusta evitar, esto es: analizar la frustración del "desarrollo capitalista autónomo" argentino a la luz de su relación con la economía internacional y la formación, en este marco, de una clase dirigente y, en general, de clases modernas, correspondientes a tal frustración.

Cabe preguntarse por qué Agosti reduce toda la dialéctica histórica a una definición hueca, desligada de toda relación recíproca con el universo económico-social. ¿Acaso Agosti desconoce que el colonialismo inglés, por ejemplo, es manifestación flagrante del curso capitalista e imperialista, que contará entre nosotros con agentes que gravitarán decididamente en la política interna?

De ninguna manera; pero Agosti intenta no descubrir las líneas históricas que nos conducen a la situación actual, sino justificar su política de conciliación de clases. A tal cometido, tal definición. Veamos.

Agosti precisa una burguesía no comprometida con la dependencia; para analizar a esta última, entonces, echa mano a la acción de la oligarquía (absolutamente cierta), a la gran burguesía, y, en el mejor de los casos, cuando ya es imposible obviarla, descubre en la burguesía nacional "inconsecuencias" que se diluyen en su propia tibia "denuncia".

Demás está decir que Agosti evita pasar revista a las características de esa burguesía nacional, sobre todo porque debería transitar por el riesgoso camino de demostrar su progresismo y su investidura independiente; filiaciones por completo ausentes, como consecuencia de una ya histórica tradición manifiesta en la "gesta" de Malvinas, y en el tratamiento de la deuda externa.

Separada, en el análisis de Agosti, de sus relaciones con la oligarquía y el imperialismo; liberada, en el análisis de Agosti, de las características que el desarrollo imperialista mundial le impuso como a uno de sus agentes nacionales, nos encontramos con una burguesía con la cual está todo por hacerse.

Este es el punto nodal de la interpretación stalinista: por un lado, la dependencia, el imperialismo y la oligarquía; por el otro, una burguesía nacional, a lo sumo "inconsecuente".

Está claro, según Agosti, que si el problema fue que nuestro país no se ha desarrollado en el sentido progresivo del capitalismo del siglo

XIX, y no nos detenemos en pequeñas cosas como las características nacionales de la estructura de clases, y, por lo tanto, en las de las relaciones burguesía-proletariado en el cumplimiento de las tareas democráticas y nacionales, caeremos en cuenta de que no hay más que desarrollar lo que otrora fue frustrado.

Pero nos preguntamos, ante tanta seguridad, ¿cómo evitara caer "nuestra Argentina", nuevamente, en dicho caos? ¿Nada de sutilezas parece decirnos Agosti: el problema ha residido, y reside aún, en el desencuentro de las clases populares y nacionales en su lucha contra la dependencia: "En su trágico desencuentro está (creo) la clave de nuestras desventuras. En su corrección mediante un frente común concluye nuestro autor- está el secreto de nuestra verdadera liberación" (pág. 20). Punto. El círculo está cerrado: hemos arribado a la estación a la que con tanto empeño nos ha conducido Agosti, esto es: el frente burguesía-proletariado, sin la más remota puntualización de los objetivos concretos del mismo (salvo vaguedades retóricas como "contra la dependencia", etc.) y sin la debida acentuación de la independencia política y organizativa que el proletariado debe mantener.

Hasta el momento, Agosti se ha despachado generosamente sobre la burguesía criolla y la necesidad de un frente común con ella, pero si el proletariado es parte fundamental de este frente, cosa que Agosti repite un par de veces, ¿por qué no dice de él absolutamente nada, salvo generalidades huecas?. La consecuencia obligada del lavado de cara a la burguesía es acompañada por un manifiesto ocultamiento y distor-

cionamiento de la independencia de clase del proletariado. Y esto por dos motivos: a) para evitar reconocer la irreconciliabilidad de intereses entre el proletariado y la burguesía, y b) para quitarle al proletariado, junto a su independencia de clase, la dirección y responsabilidad histórica de ser el caudillo nacional que emancipará al conjunto de las clases explotadas del país.

Resumamos: del análisis del peculiar desarrollo capitalista argentino, de la atípica conformación de su estructura clasista, de los distinguos específicos en el carácter de la burguesía y el proletariado, pasamos, de la mano de Agosti, a una vacía fórmula de conciliación de clases. "No es verdad -se queja Agosti- que nos hayamos caracterizado por estar 'todos' contra 'todos'; sí, en cambio, por no haber estado todos juntos cuando debimos hacerlo" (pág. 21).

La incapacidad burguesa por arrebatarle a la oligarquía la hegemonía de la conducción nacional, su tendencia colaboracionista con los intereses oligárquicos y con el imperialismo, queda reducido a un "mea culpa" totalizadora donde explotadores y explotados, por la gracia de Agosti, derraman su llanto en "unidad", compartiendo la responsabilidad de la calamitosa historia argentina.

III) AGOSTI NOS QUIERE ATAR AL CARRO DE LA BURGUESÍA

Si la desunión, el "desencuentro", ha sido todo el problema, pues, entonces, no tenemos más que minar las bases del mismo.

Como la lucha es contra el im-

perialismo y la dependencia, y los intereses de la burguesía nacional, según Agosti, están reñidos con ellos, burguesía y proletariado deben eliminar sus fricciones hasta nuevo aviso, y encausar sus energías contra el enemigo común. ¡Tal la dialéctica agostiana!

Es cierto que el bueno de Agosti tiene la gentileza de aclararnos que las diferencias y antagonismos de clase no podrán ser extirpadas por ninguna alianza; pero esto no es más que una concesión retórica a los más "principistas"; lo real es que para Agosti se "...puede evitar que aquellos antagonismos se conviertan en adversidades (!) irremediables (!) ad maiorem gloriam del imperialismo" (pág. 20/1).

Ya Lenin había conocido canalladas similares, y había contestado con lapidario énfasis: "Olvidar, por la coincidencia de intereses de todo el 'pueblo' contra las instituciones medievales, feudales, el profundo e inconciliable antagonismo de la burguesía y del proletariado en el seno de este 'pueblo', sólo pueden hacerlo los burgueses" (4). Para el caso que nos ocupa, no hay diferencias entre el frente burgués-proletario que busca Agosti y el que Lenin combatiera en la cita presentada: ambas tienen el denominador común de una burguesía que se alzaría salvajemente contra el proletariado una vez que no lo precise más para lograr sus exclusivos intereses.

Pero Agosti insiste: "...todas nuestras elucubraciones presentes deben tener como mira una realidad concreta donde se mueven clases antagónicas que, no obstante subsistir sus contradicciones, pueden momentáneamente armonizarse (!), y acaso por largo tiempo (!), en el

sostenimiento de un interés nacional común" (pág. 42).

¿Pero si el interés es común, se preguntará un militante comunista honesto: no debemos pelear juntos? ¿no nos ayuda, acaso, a elevar nuestra lucha?. El planteo es justo, pero en primer lugar no se debe olvidar que Agosti da por presupuesto inamovible que la burguesía argentina está en franca oposición a la oligarquía y al imperialismo, cosa absolutamente cuestionable (¡Malvinas, deuda externa!). Pero aún suponiendo como ciertos los anhelos agostianos ¿en base a qué debemos conceder "por largo tiempo" tregua alguna a la burguesía explotadora y antiobrera? ¿Acaso no es cierto que su "interés común" con el proletariado es tan sólo por desear una mejor distribución de la plusvalía apropiada a los trabajadores, y por ello, y sólo por ello, intenta un "enfrentamiento" con la oligarquía y el imperialismo?

Lenin tenía esto absolutamente en claro, y por eso jamás dejó de levantar las banderas de la mayor independencia de clase, la mayor diferenciación con la burguesía, la mayor lejanía de sus maniobras. Para Lenin, explicar a los trabajadores cuánto deberían desconfiar de las frases amistosas de la burguesía era una de las tareas más importantes a que debía acometerse el partido revolucionario, y no hay obra suya en que este aspecto de la lucha no esté remarcado.

No se oponía a "golpear juntos" ¡pero jamás bajando y confundiendo banderas!, por el contrario "Un socialdemócrata no debe olvidar, ni por un instante, -escribía- que es inevitable la lucha de clases del proletariado por el socialismo.

"al margen de la cuestión de clase" (tesis II). Lenin desmonta esta farsa: "... en cualquier país capitalista, no existe la democracia en general; no hay sino, democracia burguesa" (Tesis II), y acto seguido nos la define con meridiana precisión. "... la más democrática de las repúblicas burguesas no podría ser otra cosa que una máquina destinada a oprimir a la clase obrera y mantenerla a merced de la burguesía, a la masa de los trabajadores a merced de un puñado de capitalistas." (Tesis IV). No queremos ser latosos con el lector y por eso evitamos echar mano a una extensa lista de citas y libros en que Lenin se extiende de igual manera. Para el caso esto es suficiente.

Lo que queda claro es: a) así como todo estadio de la lucha de clases está signado por las características del Estado como órgano de dominación clasista, y el mismo va acompañado de una aparato jurídico-filosófico-político que corresponde a la naturaleza del Estado vigente, la democracia no es sino la forma jurídico-filosófico-política que adquiere el Estado burgués en la actual etapa de la lucha de clases; b) el carácter de la democracia burguesa no puede ser sino absolutamente limitado e hipócrita, en tanto existe sólo para conservar intactos los intereses de la burguesía como clase dominante, aunque pueda favorecer, en un período determinado, al efectivo desarrollo de las fuerzas productivas.

Detengámonos aquí.

¿Cómo define la democracia nuestro Agosti? Comencemos diciendo que Agosti no define la democracia, es decir, evita hacerlo deliberadamente, y con ello evita una denuncia capital para todo comu-

nista que se precie de serlo. Pero Agosti, justo es reconocerlo, habla una vez (¡una!) de las formalidades de la democracia... para no decir nada de ella; pero leamos una vez más a Agosti. "Si recoger esa lección escribe refiriéndose a las experiencias nacionales de 1916 y 1946- resulta indispensable para los días que vienen, ello no implica que las 'formalidades' (¡aquí está! ¡y entre comillas!) de la democracia, como suele denostárselas (!), nos sean indiferentes (!?)" (pág. 22). El lector

MIRAR
HACIA
ADELANTE
Héctor P. Agosti
SUDAMERICANA - PLANETA

Una propuesta concreta sobre la Unidad para la Liberación, en el análisis del destacado ensayista

contra la burguesía y la pequeño-burguesía más democráticas y republicanas. Esto es indiscutible. De aquí se desprende continúa- la necesidad absoluta de un partido socialdemócrata propio, independiente y rigurosamente clasista. De aquí se desprenden el carácter temporario de nuestra consigna de 'golpear juntos' con la burguesía, el deber de vigilar severamente 'al aliado como si se tratara de un enemigo', etc." (5).

Para Lenin, la hipocresía de la burguesía, sus limitaciones de clase en su "enfrentamiento" con su hermano mayor, etc., eran bases concretas para reivindicar con más fuerza que nunca la independencia clasista del proletariado, y la "vigilancia" que éste debía prestar a sus temporarios aliados.

Para Agosti, en cambio, nada de esto existe.

Por el contrario, Agosti no desmascara en ningún momento los intereses de la burguesía, no alerta acerca de sus limitaciones objetivas en su "lucha" contra el imperialismo y la oligarquía, silencia el carácter de clase antagónico existente entre el proletariado y la burguesía en la lucha por las tareas democráticas y nacionales, evita, de este modo, desviar a la clase obrera de sus ilusiones potenciales en la burguesía. Inversamente Agosti ata a la clase al carro de la burguesía, en tanto tranquiliza a esta última en cuanto a sus intenciones se refiere: ¡nuestra armonía será por largo tiempo! (pág. 42); los remedios radicales vendrán "a su turno" (pág. 66); el socialismo, también, vendrá "a su turno" (pág. 18) ... mientras lo actual, lo concreto es "... producir modificaciones internas en la estructura del

Estado aún sin variar sustancialmente su condición social de fondo" (pág. 66).

Esto es, en buen tomante, unirse al carro de la burguesía en nombre de intereses comunes para no modificar su Estado.

La burguesía puede dormir tranquila, con Agosti, su propiedad no peligrará.

IV) AGOSTI Y LA DEMOCRACIA NUESTRA DE CADA DIA

Llegamos así, todos 'juntos', a un frente para modificar, aunque no sustancialmente, al Estado. ¿Cuál es el secreto anhelo de Agosti?, un secreto a voces: la democracia renovada. Pero antes de abordar este aspecto en el pensamiento de Agosti, echemos una ojeada a los textos de Lenin sobre el caso, para que el lector pueda comparar y sacar sus propias conclusiones.

En sus 'Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura proletaria' para el Ier. Congreso de la Internacional Comunista, Lenin escribe: "1) El conocimiento del movimiento revolucionario proletario, en todos los países, provoca los esfuerzos convulsivos de la burguesía y de los agentes que esta tiene en las organizaciones obreras, para descubrir los argumentos filosófico-políticos capaces de servir para la defensa de la dominación de los explotadores. La condenación de la dictadura y la defensa de la democracia son algunos de estos argumentos" (6). La burguesía plantea la democracia, pues, como arma de dominación de clases (7), aunque, como escribe Lenin, plantea la democracia formal y no la real, es decir, plantea la democracia alejada y

puede buscar en las 190 páginas del libro otra referencia a las "denostadas" formalidades de la democracia, pero le aseguramos que será en vano, pues no las hay.

A partir de aquí, Agosti emprende su largo peregrinar por páginas y páginas para conducirnos a la "democracia renovada".

¿Cuál es la base de la misma? El mismo Agosti nos lo explica: "Perfeccionar y ensanchar las maneras y los usos de la democracia formal (!), que con la denominación más precisa prefiero llamar liberal-burguesa, es el objetivo básico de nuestra propuesta electoral" (pág. 37).

Agosti no sólo evita denunciar el carácter opresivo de la democracia formal, es decir, burguesa, sino que la quiere "perfeccionar y ensanchar". Pero aún hay más: el hecho de que los "argentinos" jamás hayamos disfrutado la democracia formal es suficiente para que Agosti considere "... impropio rechazar ese algo, convertido en utopía en la Argentina contemporánea" (pág. 41) lo que representa no sólo una excusa mezquina, sino también una falsificación de la historia: al hablar de los "argentinos", Agosti elimina lo que para Lenin era de capital importancia, es decir: el carácter de clase opresivo de la democracia: que quede bien en claro, las clases dirigentes y sus socios menores han tenido siempre en nuestro país las libertades y los derechos para explotar a los trabajadores, para controlar todos los aparatos de producción ideológica, etc. La democracia burguesa jamás ha sido una utopía para los explotadores locales; lo ha sido sólo para las clases productoras, y lo seguirá siendo en el marco

del Estado burgués (8).

Pero Agosti, no nos engañemos, quiere la democracia formal para lograr un fin superior: "Sólo por insensatez nos dice nuestro autor puede desdenarse dicho marco concreto, en el cual la FORMA representa uno de los posibles arranques para avanzar hacia una democracia renovada, esto es, una democracia real" (pág. 42).

Más allá de la peculiar dialéctica agostiana, donde la FORMA representa algo desligado de su CONTENIDO, debemos reconocer que somos unos insensatos, pues, con Lenin, creíamos que la democracia real nada tenía que ver con la progresiva evolución de la democracia formal en democracia renovada, sino que la realización de la democracia real iría de la mano de la desaparición del Estado burgués; pero citemos a Lenin que nos explica mejor: "La liquidación del poder gubernamental es el objetivo que se han propuesto todos los socialistas y Marx en primer lugar. Sin la realización de este objetivo, dice Lenin en sus "Tesis" ya citadas: la auténtica democracia, es decir, la igualdad y la libertad, es irrealizable. Ahora bien, el único medio práctico de llegar a ello es la democracia soviética o proletaria" (Tesis XX -subrayado de Lenin).

Tenemos entonces, que para el sensato Agosti, el camino para la democracia real pasa por el perfeccionamiento de la democracia burguesa; para el insensato Lenin, en cambio, por la destrucción de la misma. Pero, ¿por qué Lenin se precipita y quiere destruir lo que para Agosti es mejorable? Para Lenin "La falsa democracia, es decir, la democracia burguesa no es otra cosa que la dictadura de la burguesía

disfrazada" (!); para Agosti, en cambio, "uno de los posibles arranques hacia una democracia renovada"; para Lenin, el camino es la dictadura del proletariado "... que lleva a una extensión hasta hoy desconocida, el principio democrático en favor de las clases oprimidas por el capitalismo, en favor de las clases trabajadoras." ("Tesis" XIV); Agosti, en cambio, no cita ni una sola vez la dictadura del proletariado ¡ni una sola vez en 190 páginas!, pero recomienda el frente con la burguesía, y la inmediata suscripción a una suerte de "pacto" de "consolidación de la democracia" que aseguraría ¡un pacto! la realización de la "utopía" ya planteada (ver págs. 28/31 y 32).

Para Lenin "... sólo en la clase obrera la democracia puede encontrar un partidario sin reservas, sin indecisiones, que no mire para atrás" (10). Para Agosti, es la unidad de clases quien representa la instancia democrática.

Para Lenin, la democracia se conquista llevando hasta las últimas consecuencias las insalvables contradicciones existentes entre la burguesía y el proletariado. Para Agosti, la democracia se conquista pactando con nuestro enemigos de clase.

Podemos pasarnos varias tardes ensayando encontrar entre Lenin y Agosti algo más que posiciones opuestas, pero sería en vano. Agosti, decidido a contradecir puntualmente al marxismo, no nos dejaría.

V) LAS ILUSIONES DE UN SENSATO INTELLECTUAL STALINISTA

a) El ejército burgués al servicio del pueblo: Hemos visto que, para Agosti, la democracia burguesa

es el marco preciso donde se desarrollará la democracia renovada, esto es, siempre para Agosti, la democracia real. Para lograr su cometido, Agosti nos propone el frente burgués-proletario, y la participación de todos los sectores de la sociedad "... entre los cuales la Iglesia se incluye decididamente..." en el "asesoramiento y las determinaciones" (pág. 88).

Pero para que la gran familia argentina este unida sólo falta llamar a las botas, cosa de la que Agosti no se desentiende. Veamos como se las arregla.

Como para nuestro autor la cuestión de la democracia es ajena a la política de clase, nos presenta un nuevo diagnóstico falso: "El primer y principal de los obstáculos que se interponen entre la democracia formal y la real -escribe- es la recurrencia de los golpes militares a partir de 1930 y la formación de logias interiores que han actuado con el dinamismo aunque sin la responsabilidad pública de los partidos políticos" (pág. 71).

Así, pues, Agosti reduce todo a ... ¡los golpes militares!, aunque evita caer en caracterizar a los mismos desde un punto de vista clasista. Los golpes militares, tal como los presenta Agosti, son un fenómeno cerrado en sí mismo, ajeno a la lucha de clases. Acto seguido, Agosti convierte al militarismo en el campeón de la antidemocracia, y a la democracia en el campeón antimilitarista. Para Agosti, democracia burguesa y militarismo son dos términos opuestos, que se rechazan permanentemente: "El militarismo es, por consiguiente, uno de los daños, si no el principal, de la democracia y por ende de la sociedad; es, esen-

cialmente, la aberración de la democracia y la negación de la vida civil como signo del desarrollo social" (pág. 72).

Ahora bien ¿cuál es la conclusión de Agosti? "... lo que necesitamos -nos aconseja- es la reimplantación leal (!) de una doctrina militar argentina propia fundada sobre los intereses de la nación y del pueblo (!)" (pág. 80).

¿Qué hay de cierto en todo esto?, creemos que nada, pero vayamos por partes.

En primer término destaquemos que el ejército es, por sobre todas las cosas, una institución del Estado destinada a la defensa de los intereses de clase dominantes. El surgimiento del Estado como órgano de dominación de clase iba acompañado por la organización, señala Engels, "... de una 'fuerza pública' que ya no es el pueblo armado. Esta fuerza pública particular es necesaria, porque desde la escisión en clases se ha hecho imposible una organización armada, nacida espontáneamente de la población." (11).

Recogiendo las enseñanzas engelsianas, Lenin, en "El Estado y la revolución", puntualizaba: "Surge un Estado, se crea una fuerza especial, cuerpos armados especiales, y cada revolución, al destruir el aparato del Estado, nos muestra muy a las claras cómo la clase dominante se esfuerza por establecer los cuerpos armados especiales que están a su servicio..." (12).

Para el marxismo leninismo, el ejército del Estado burgués es, siempre, el defensor de los intereses de la burguesía; como tal, no puede ser sino la representación armada del enemigo de clase.

De esto Agosti no nos da ni las

señas; por el contrario, limpia el rostro de la institución con frases como esta: "Las fuerzas armadas argentinas -cuyos orígenes democráticos, populares y libertadores son indiscutibles..." (pág. 78).

Pero Agosti, como vimos, dio un paso más: convirtió en términos opuestos a la democracia y al militarismo, cuando, en verdad, uno no es sino el resultado del otro, o, dicho de otra manera, éste se presenta como medio de dominación cuando aquel no ha resultado eficaz para el mismo fin.

El militarismo no es el enemigo de la democracia burguesa, tan solo ocupa su lugar cuando ésta es incapaz de sortear la presión de las masas. Luego de los congresos antiburocráticos del '74, luego de las jornadas huelguísticas de junio y julio del '75, en medio de la creciente disgregación del control estatal sobre los trabajadores y la dispersión del bloque gobernante ¿a quién se le ocurre pensar que el golpe videlista -; típico ejemplo de militarismo!- no es sino un atentado contra la "democracia"? ¡a Agosti!, pero comprendámoslo, él tiene que justificar de alguna manera sus acuerdos.

Con la misma ilusión pequeño-burguesa, y el mismo oportunismo reformista con que nos pretende envolver para apoyar a la democracia burguesa, Agosti nos vende una nueva fantasía: el "... retorno a la concepción sanmartiniana del ejército COMO pueblo, no del ejército CONTRA el pueblo" (pág. 82).

A propósito de esta fantasía recordemos una vez más a Lenin: "Únicamente el poder de los Soviets, en tanto que organización permanente de las clases oprimidas

por el capitalismo -escribe en las ya citadas "Tesis"- es capaz de suprimir la sumisión del ejército al mando burgués y de fundir realmente al proletariado con el ejército, realizando el armamento del proletariado y el desarme de la burguesía, sin las cuales es imposible el triunfo del socialismo" ("Tesis" XVII).

Para Lenin era impensable un ejército burgués al servicio del pueblo, para Agosti, en cambio, todo lo contrario, y justifica su posición apoyándose en una vocación "sanmartiniana" del ejército argentino, cuyo carácter de clase oculta o, en el mejor de los casos, diluye en su "origen popular".

b) El parlamentarismo como auténtica representatividad: Si Agosti confía en la democracia burguesa y, como hemos visto, también en las fuerzas armadas burguesas ¿cómo no va a confiar en los instrumentos estatales?, pero leamos a Agosti: "El problema -escribe- pues, pasa por otro lado: por el ejercicio de las medidas que acerquen el gobierno al poder, la principal de las cuales es la participación real del pueblo en las decisiones y no la mera espectacularidad de los mítines congregados a veces a favor del viento oficial" (pág. 33). Agosti quiere, pues, "participación real del pueblo" ¿cómo lograrla? en la "... nueva etapa de la democracia argentina, al menos en sus sectores populares representativos, ha de distinguirse por una obstinada búsqueda de acuerdos... La representación proporcional, al retratar con la mayor fidelidad posible la realidad política (!), permite (!), estimula (!), y torna factible esa colaboración entre iguales (!)" (pág. 33/4). Como para que no queden dudas de que la

participación real pasa por el parlamento burgués, Agosti insiste: "Nuestro proyecto considera ese mecanismo electoral como el instrumento más idóneo (!) para que todas las corrientes populares, en relación directa con su fuerza representativa, puedan participar de manera eficaz y positiva en el empeño inicial de 'garantizar la estabilidad del régimen constitucional'" (pág. 34). Finalmente, Agosti nos dice: "... pretendemos una participación política activa del movimiento obrero organizado en los canales de representatividad dinámica (!) de una democracia renovada" (pág. 122).

Si de algo no tenegaremos es de la participación obrera en los parlamentos burgueses, pues, con Lenin, nos parece importante integrar tribunas sobre las que recaen las ilusiones de grandes sectores de explotados, pero de ahí a considerar a dichas tribunas burguesas "como el instrumento más idóneo" donde desarrollar la participación de los trabajadores hay un abismo insalvable, salvo para los colaboracionistas.

Recordémosle a Agosti qué decía Lenin acerca de su "instrumento idóneo". En "El Estado y la revolución" sentenciaba: "decidir una vez cada tantos años que miembros de la clase dominante han de reprimir y aplastar al pueblo a través del parlamento: tal es la verdadera esencia del parlamentarismo burgués, no sólo en las monarquías constitucionales parlamentarias, sino también en las repúblicas más democráticas" (13). Lenin tachaba al parlamentarismo burgués de cueva de enemigos de clase o, dicho de otra manera, de "instrumento idóneo" para la dominación de la burguesía sobre las clases explotadas. Muy por el contra-

rio que Agosti, Lenin parte del carácter clasista del parlamentarismo burgués que, en tanto que burgués, está plagado de limitaciones y convencionalismos.

Mientras que Agosti siembra expectativas en la "representatividad real" que el parlamentarismo burgués renovado brindaría, Lenin desenmascara esta ficción: "Incluso en el Estado burgués más democrático -escribe polemizando contra Kautsky-, el pueblo oprimido tropieza a cada paso con la flagrante contradicción entre la igualdad formal, proclamada por la 'democracia' de los capitalistas, y los miles de limitaciones y subterfugios reales que convierten a los proletarios en esclavos asalariados" (14).

El escenario donde dicha contradicción se manifiesta con absoluta crudeza es, para Lenin, justamente el parlamento: "Con su sistema parlamentario, la democracia burguesa no da el poder a las masas más que de palabra, y sus organizaciones están completamente descartadas del poder real y de la verdadera administración del país" (15).

El parlamento no puede ser, pues, jamás un "instrumento idóneo" de representatividad de los trabajadores, por lo tanto, debe desaparecer como instancia para la libre discusión y participación de estos en los asuntos de la sociedad. Pero abolir el parlamentarismo burgués no significaba para Lenin abolir toda organización de debate y ejecución política, por el contrario, "Salir del parlamentarismo no consiste -escribe ciertamente, ... sino en transformar las instituciones representativas de recintos de charlatanería en organismos 'activos'" (17). El planteo es claro, pero ¿cómo se opera el pasa-

je de uno a otro?, la clave reside, para Lenin, en el carácter de clase del organismo. La forma jamás puede escindirse del contenido, y así como el parlamentarismo burgués no puede ser sino una farsa de libertad y derecho a beneficio de la clase dirigente, la Comuna, la dictadura proletaria, el soviét de obreros y campesinos, no puede ser sino el ámbito donde los explotados desarrollan libremente su participación en los destinos del conjunto de la sociedad.

Es interesante hacerle notar al lector como Agosti falsifica al marxismo y utiliza citas de Lenin desvirtuando su contenido crítico para apoyar su conciliacionismo en las espaldas del algún "clásico". Agosti cita el pasaje que el lector ha leído líneas arriba, y cabalgando sobre la consigna leninista de no abolir las "instituciones representativas", sino transformarlas, nos lanza su propuesta: "parlamentarismo vivaz" (pág. 57).

Lenin, en cambio, a renglón seguido de la tan mentada cita, nos habla de la Comuna como única fuente capaz de irradiar auténtica representatividad a un organismo en el que intervienen los trabajadores: "La Comuna -señala Lenin- reemplaza el parlamentarismo venal y podrido de la sociedad burguesa por instituciones en las que la libertad de opinión y de discusión no degenera en engaño, pues los propios parlamentarios tienen que trabajar, tienen que poner en ejecución sus propias leyes, tienen que comprobar ellos mismos los resultados logrados en realidad, y responder directamente a sus electores. Las instituciones representativas no desaparecen, pero NO existe el par-

lamentarismo como sistema especial, como división del trabajo entre el poder legislativo y el ejecutivo..." (18).

Lenin interviene en los parlamentos burgueses para denunciar su carácter de clase y acelerar la ruptura de las ilusiones de las masas en la falsa representatividad que proclama. Agosti interviene en los mismos parlamentos para robustecerlos. Lenin encuentra en la Comuna, en la dictadura proletaria y sus organismos la auténtica representatividad de los trabajadores en las elaboraciones y decisiones más elevadas. Agosti, en cambio, en el "parlamentarismo vivaz", Lenin señala con singular énfasis el carácter clasista de los parlamentos burgueses y proletarios en la democracia burguesa y la dictadura del proletariado. Agosti no cruza el límite de un indefinido y nebuloso "parlamentarismo vivaz", donde burgueses y proletarios animarían una dinámica representatividad social.

c) Con la democracia llega la justicia. Tal es la nueva ilusión de Agosti, que aparece con todo esplendor al tratar dos temas urticantes para el conjunto de la sociedad argentina, a saber: los desaparecidos y la deuda externa.

A nadie se le escapa que la relación entre uno y otro tema desborda el mero ámbito del comentario callejero. En efecto, es absolutamente impensable la efectivización del plan Martínez de Hoz y el colosal endeudamiento argentino a la banca internacional sin una previa y prolija limpieza de oposición a lo largo y a lo ancho del país. El genocidio que llevó a cabo la dictadura no fue un macabro ejercicio de un grupo de psicóticos, sino la media-

ción necesaria para imponer un modelo económico.

Que el conjunto de las clases explotadoras, aun las "nacionales", no alzaron un solo dedo para denunciar la matanza es algo innegable. Sin embargo, Agosti deposita toda su confianza en estos sectores, tan comprometidos con su silencio como los militares con su ejecución: "esclarecimiento por las vías constitucionales, legales y judiciales de las denuncias sobre desaparición forzada de personas y sus consiguientes responsabilidades" (pág. 91). Tal es la solución que brinda la plataforma del P.C., y agrega Agosti: "No se trata de promover venganza ni el olvido, sino la justicia" (pág. 91). ¡Ni una palabra de denuncia contra la hipocresía con que la burguesía trató, y trata hoy el problema de los desaparecidos! ¡ni una palabra contra la Iglesia que expulsó a las madres... de la Catedral y silenció denuncias! ¡ni una palabra contra los partidos burgueses que tendieron, mientras pudieron hacerlo, un tremendo manto de olvido sobre la cuestión! (Balbín, recordemos, fue el primero en decir que los desaparecidos estaban muertos). En cambio, Agosti derrama rosas sobre las vías parlamentarias y "constitucionales", las mismas que así como implantaron el Estado de sitio, implantarán una "solución" falaz a uno de los problemas capitales del conjunto de los trabajadores.

Con la misma afectación de hombre sensato y preocupado por los destinos de su pueblo, Agosti nos habla de la deuda externa, pero ¿qué nos dice de ella?: "No se trata de no pagar (!), sino de postergar el pago o al menos de cancelar los servicios de intereses. (!) por lo que va del año (!)... Queremos saber

primero lo que verdaderamente debemos, y por eso proponemos investigar en qué se emplearon los dólares..." (pág. 92). La misma canción de la investigación, etc. ¿usted se imagina, lector, a la burguesía argentina, tan ligada al imperialismo, investigando sus propios negociados, o los de otros sectores que, a su vez, le permitieron tomar algo del pozo?, ¿usted se imagina, lector, a un parlamento, aun el más "vivaz", plagado de radicales y peronistas, que se han llenado sus bocazas anunciando la tradición pagadora de la Argentina, llevando el tema a beber aguas de la justicia real?

Agosti, en nombre de la democracia renovada, en nombre del parlamentarismo vivaz, en nombre de las FF.AA. y la Iglesia para el pueblo... sí. Pero no perdamos esta oportunidad que nuestro autor nos brinda para poder subrayar, nuevamente, la esencia de su maniobra; esto es: el ocultamiento del carácter de clase de la justicia en la democracia burguesa. Para Agosti, la justicia ejercida por la burguesía, y su parlamento, puede llevar a buen término investigaciones claves acerca del manejo de la cosa pública, y, como si fuera poco, aplicar sanciones ejemplificadoras a los responsables de los grandes desastres nacionales, lo que no deja de ser una gigantesca farsa si lo analizamos a la luz del comportamiento del conjunto de los explotadores con relación a los mismos temas que Agosti convoca.

Con esta pretensión, Agosti no busca sino lavar las manos y los bolsillos de los que ayer colaboraron, de diversas maneras y en diversos tonos, con los que asesinaron y saquearon en el país; con esta pretensión, Agosti desvía los ejes de discu-

sión y acción acerca de la auténtica investigación y justicia, investigación y justicia verdaderas sólo realizables con la participación hegemónica del conjunto de los afectados.

VI) CONCLUSION

Debemos concluir esta bibliografía, necesariamente limitada de espacio, por lo cual dejamos algunas deudas que cobraremos puntualmente en alguna próxima oportunidad (citemos, por ejemplo, las consignas agostianas como "libertad de conciencia" ya combatidas por Marx y Engels en su "Crítica al programa de Gotha"; las ilusiones acerca de una reforma agraria impuesta por ley, etc.).

A lo largo de las 190 páginas del libro nos hemos hallado con una colosal predisposición por estructurar una salida política conjuntamente con la burguesía, salida política que se apoya en dos pilares claves: el primero, la negación absoluta de una política independiente del proletariado, atándolo a éste al carro y dirección de una burguesía maquiellada sabiamente por nuestro autor; el otro pilar al que hacemos referencia no podía ser sino el correlato teórico de la traición práctica, es decir, la rarificación total del marxismo frente a la democracia burguesa y sus instrumentos preferidos (ejército, parlamento, justicia).

El seguidismo práctico y la falsificación teórica, tristes banderas que Agosti enarbola, no deben merecer por parte del militante revolucionario sino un detenido examen. El militante comunista no debe dejar de polemizar acerca de las definiciones que aquí sólo hemos descrito brevemente, y debe confron-

tar los textos de sus dirigentes con los de los grandes forjadores del marxismo; el militante comunista, al fin, no debe sino profundizar las contradicciones que surgen entre el análisis de su experiencia militante y las conclusiones de su dirección, para intentar superarlas en la misma praxis revolucionaria que la realidad política no deja de plantearle.

NOTAS

1) Lenin, V.I., "La revolución proletaria y el renegado Kautsky", en Obras Escogidas, Bs.As., Ed. Cartago, 1974, t.V., p. 292.

2) Marquemos, aunque más no sea referencialmente, el carácter transitorio de la dictadura proletaria entendida como democracia obrera, es decir, como gobierno de la mayoría (explotada) sobre la minoría (explotadora). La dictadura del proletariado es la expresión más radical, dentro del marco de un Estado de clase, de la representatividad popular, pero esta democracia sigue siendo coercitiva. Su negación superadora se dará, paulatinamente, junto a la negación superadora del Estado como órgano de represión de clase. Así como el Estado en la dictadura proletaria se irá extinguiendo, en tanto surge una organización social-económica y política nueva, la democracia obrera hará lo propio mientras surge un marco en que la realización de todos será condición esencial para el desarrollo de cada uno. Y así como el Estado dejará de ser tal como lo entendemos en las sociedades de clase, la democracia del hombre nuevo no tendrá semejanza alguna con la del contemporáneo hombre alienado.

3) Peña, Milciades, "De Mitre a Roca", Bs.As., Ediciones Fichas, 1975, p. 102.

4) Lenin, V.I., "Quiénes son los 'A-

migos del Pueblo' y como luchan contra los socialdemócratas", en O.E., cit., t.I, p. 199. El subrayado me pertenece. (G.R.)

5) Lenin, V.I., "Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática", en O.E., cit., t.II, p. 91. En otro texto, Lenin puntualiza: "Este apoyo no presupone ni exige compromiso alguno con programas y principios no socialdemócratas: es un apoyo a un aliado contra un enemigo determinado. Además, los socialdemócratas prestan este apoyo para acelerar la caída del enemigo común, pero no esperan nada para sí de estos aliados temporales ni les hacen concesión alguna... los socialdemócratas siempre señalarán en especial a éstos últimos (los obreros), les explicarán siempre el carácter temporal y condicional de esa solidaridad, subrayarán siempre la independencia de clase del proletariado, que mañana puede ir contra sus aliados de hoy." ver "Tareas de los socialdemócratas rusos", en O.E., cit. t.I., p. 327/8.

6) Lenin, V.I., en "Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista", Bs.As., Ed. Pluma, 1973, p. 64 a 76. A partir de aquí citaremos por su numeración el texto.

7) A propósito, escribió Engels: "Además, no debe olvidarse que la forma lógica de la dominación burguesa es precisamente la república democrática, que se ha vuelto demasiado peligrosa únicamente debido al desarrollo alcanzado por el proletariado pero que, como lo demuestra Francia y Norteamérica, sigue siendo posible como gobierno puramente burgués", ver carta a Bernstein del 24/3/84, en "Correspondencia", Bs.As., E. Cartago, 1973, p. 350.

8) Lenin ha marcado con especial énfasis como la "democracia" se concreta y realiza en las manos burguesas. La utilización de locales, medios, prensa, recursos económi-

cos, etc., son sólo un mero ejemplo de como la burguesía materializa la libre discusión y decisión... de los burgueses o sus agentes en el movimiento obrero, a la vez que reprime y prohíbe todo tipo de manifestación política propia de los sectores explotados. "Por otra parte, los obreros saben muy bien que la libertad de reunión, aún en la república burguesa más democrática, es una frase sin sentido, pues los ricos poseen los mejores edificios públicos y privados, así como el tiempo necesario para reunirse bajo la protección del aparato gubernamental burgués. Los proletarios de la ciudad y del campo y los pequeños campesinos, es decir la inmensa mayoría de la población, no tienen ni lo uno ni lo otro. En tanto que esto así, la igualdad, es decir la democracia para, es un engaño" ("Tesis" VII)

9) Lenin, V.I., "Plataforma de la Internacional Comunista", en "Los cuatro primeros congresos...", cit., p. 95.

10) Lenin, V.I., "Tareas de los socialdemócratas rusos", en O.E., cit., t.I., p. 328.

11) Engels, F., "El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado", Ed. Claridad, Bs. As., 1967 p. 198.

12) Lenin, V.I., "El Estado y la revolución", en O.E., cit., t.IV, p. 318.

13) Ibid, p. 352.

14) Lenin, V.I., "La revolución proletaria y el renegado Kautsky", en O.E., cit., t.V., p. 297. Subrayado que me pertenece (G.R.).

15) Lenin, V.I., "Plataforma de la Internacional Comunista", cit., p. 96.

16) En forma análoga al peculiar uso de la "democracia" burguesa en todas las manifestaciones de la vida política (ver cita 8), el parlamento burgués está plagado de libertades y derechos para los parlamentarios

burgueses. Piénsese sólo en la colosal repercusión que la prensa suele dar a oscuros representantes de partidos minúsculos, pero que defienden consecuentemente la propiedad privada; piénsese en la gratuita propaganda que el Estado les brinda a los partidos burgueses reportando permanentemente a sus hombres, "diputados" y "senadores", y piénsese en las infinitas trabas que se colocan a los pies de las organizaciones que pretenden llegar al parlamento para utilizarlo como tribuna de denuncia revolucionaria. No hace mucho, hemos podido probar este mecanismo a propósito de la lucha electoral. Organizaciones como el P.O., el M.A.S. y el P.C. mismo han sufrido persecuciones, arbitrariedades y demoras en sus trámites para legalizarse como partidos, desviando y desgastando en ese transcurso, su lucha por conseguir bancas en el parlamento, etc. Finalmente, si las organizaciones revolucionarias y obreras logran llegar al parlamento, esta cuenta con medidas "legales" para silenciar a la peligrosa oposición, como el desafuero.

Todo esto plantea, desde un nuevo ángulo de miras, la cuestión de las libertades democráticas. Otorgar, a la luz de estas experiencias, posibilidad alguna de concretarlas bajo dirección burguesa, es una utopía que se vuelve reacción en boca de comunistas. Las libertades democráticas sólo pueden tener en el proletariado y en las capas explotadas de la población a sus auténticos luchadores de vanguardia, y deben ser ligadas permanentemente a las tareas socialistas.

17) Lenin, V.I., "El Estado y la revolución", cit., p. 353.

18) Ibid, p. 354.

JORGE SCHVARZER: perspectivas de un balance

por Alejandro Contti

a) A partir de la segunda mitad de la década de los '70 podemos trazar una línea divisoria entre la densa presión del bloque intelectual de las izquierdas formado tempestuosamente al calor del ascenso de masas y la radicalización de la pequeña burguesía y el cauce manso de los cementerios inaugurados por la AAA de la contrarrevolución cultural. Así, cobran sentido acabado las múltiples alternancias y vicisitudes de un panorama complejo, en tensión permanente, caracterizado por la proliferación de instituciones y centros privados de investigación social, económica, política, típicas del segundo periodo, mientras las expectativas alimentadas por la experiencia universitaria del camporismo habían signado el primero. Resulta explícita la riqueza positiva conllevada por el firme compromiso de la intelectualidad frente a los planteos y alternativas que le formuló la convulsionada sociedad argentina.

En primer término, subrayamos que la vitalidad y energía desarrolladas por el bloque, corrieron a la par de la rapidez de su desintegración. En efecto, la sociedad civil argenti-

na disgregó con tanta (si no mayor) tenacidad las perspectivas ideológicas abiertas en el curso de la lucha de clases, cuanto mayor energía puso la pequeña burguesía radicalizada en su formación. Si este doble movimiento de atracción y repulsión nos enseña mucho acerca de las características ideológico-éticas de las clases medias en la Argentina, de ello pueden extraerse, asimismo, valiosas conclusiones en torno a la potencialidad de los modos de reproducción teórica de la realidad autorizados en la corte de la "universidad nacional y popular" del camporismo, por un lado, y en los intersticios de la solución burocrático-autoritaria experimentada por la "misión Ivanisevic" (concluida exitosamente, y llevada hasta sus últimas consecuencias por la dictadura militar), por el otro.

Los intelectuales revolucionarios formados en la experiencia del ascenso y la bancarrota del bonapartismo sufrieron en carne propia la vigorosa capacidad de respuesta de una burguesía cohesionada ideológicamente alrededor del proyecto que a tales fines concibieron dos sectores (la casta burocrático-militar y la suboligarquía financiera) estrechamente ligados al imperialismo, que supieron actuar consecuentemente en defensa del conjunto de los intereses burgueses, conscientes de los peligros que suponía la "anarquía" y "la disolución de la vida nacional". Esta respuesta, ejecutada con la precisión marcial que requería la gravedad de la situación, concluyó en los despidos en masa, las capitulaciones vergonzantes, la persecución, el destierro, y hasta el asesinato de la flor y nata de la inteligencia de izquierda.

Privados de una salida positiva, los "intelectuales orgánicos" de la clase obrera, y demás aprendices de brujo, fueron protagonistas de una de las desbandadas más espectaculares de la historia: entre el silencio digno de unos pocos, resueltos a aprovechar al máximo la imposición forzosa de un retorno a la soledad del gabinete durante la edad oscura, dedicándose al estudio minucioso de la formación social latinoamericana, y la autoflagelación sistemática experimentada por otros, reduciendo a cenizas sus propias bibliotecas, renegando de lo que ayer no más habían deificado, o denunciando cómplicemente los peligros del "totalitarismo", se sitúan dos extremos (paradójicamente, los más comunes) que marcaron a fuego el vacío cultural de los últimos años: 1) el asesinato y el destierro tendieron un manto oscuro que congeló, bien definitivamente, bien durante largos años, la producción teórica de sus agonistas; 2) el abandono de la práctica teórica por parte de un gran número de militantes de izquierda, ya sea debido a los apremios (supuestos) de una sobreevaluación de las tareas practico-organizativas-reducidas a nada, a decir verdad, o bien consecuente con una desilusión más profunda que todavía no ha llegado a cobrar formas claras (1).

En pocas palabras. A partir de 1975, y en forma definitiva desde marzo de 1976, la teoría marxista suspendió relaciones diplomáticas con la realidad argentina. Esta ruptura de relaciones "congeló" ideas recibidas, ideas sistematizadas, ideas agotadas, ideas defenestradas, ideas... en algún punto, entre esos años, la dogmatización funcionó como un

recurso necesario para la militancia revolucionaria, acaso como una suerte de institucionalización del mesianismo determinista y fatalista heredado del ascenso de masas durante la década pasada. Otro aspecto del dogmatismo suspendido en el aire, la improvisación sistemática de consignas y estrategias válidas "para sí día" desarmó práctica y teóricamente al militante argentino, reduciendo su praxis a un pálido reflejo de la lucha de clases tamizada a través de la autoridad de unas direcciones autocomplacientes e irresponsables.

Desde esta perspectiva, la primera tarea que la realidad le impone al intelectual marxista es, precisamente, recomponer sus propias relaciones con la dialéctica revolucionaria, recapitulando y actualizando aquellos resultados provisionarios obtenidos durante los años anteriores al golpe. Tal es el único camino que nos llevará a encarar en forma realista la reconstrucción laboriosa del bloque histórico revolucionario, restituyendo el carácter global y totalizante de la praxis revolucionaria, dentro de la cual la instancia ideológico-teórica cumple un rol decisivo.

Sin embargo, ni siquiera las mejores intenciones logran satisfacer las necesidades imperiosas de la lucha teórica. El carácter dialéctico del proceso cognoscitivo nos advierte que en la soledad de la tela de araña (Francis Bacon: el racionalista) sólo alcanzamos a vislumbrar la "punta del iceberg", sin penetrar en la dinámica interna del proceso histórico-natural. Por ello, la especificidad del pensamiento marxista consiste en su capacidad de crecer en tensión, enfrentado al material empírico e ideológico producido

por el pensamiento burgués.

El diálogo fluido, permanente, con la realidad teórica del academicismo y el tecnocratismos es una de las posibilidades más fructíferas de la teoría marxista en desarrollo positivo, accediendo a niveles cada vez más elevados de la totalidad concreta. Desde allí, la retotalización parcial de los contenidos concretos del pensar académico actualiza e historiza la posición marxista en el seno de la lucha de clases teórica.

Entre el copioso material aportado por el academicismo (que no podemos, no debemos, reducir al monolitismo ideológico burgués) de los "especialistas", se destaca la labor llevada a cabo, durante los años más nefastos de la dictadura, por el prestigioso investigador argentino Jorge Schvarzer.

Otros trabajos, como los debidos a R. Frankel (acerca del mercado de capitales), Marcelo Cavarozzi (el sindicalismo y la dinámica de los grupos de poder), Guillermo O'Donnell (el estado burocrático-autoritario), A. Canitrot (la política económica) (2), dibujan un variado y rico espectro de trabajos de campo y perspectivas de análisis, concentrados en el relevamiento científico del modelo argentino a partir de la irrupción de la dictadura militar en 1976, así como en las complejas relaciones que sostuvo y sostiene este modelo con las experiencias del bonapartismo y el modelo de sustitución de exportaciones inaugurado por el Plan Pinedo en la década de los '30.

Dentro de este abigarrado contexto rescatamos, en primer término, la obra de Schvarzer, quizás la más ajustada síntesis (observable en el campo) entre el análisis sociológico

clásico y el análisis económico, lo que confiere al conjunto de su reciente producción especialmente los trabajos publicados por el CISEA "Expansión económica del estado subsidiario", "Martínez de Hoz: la lógica política de la política económica", y "La deuda externa, pivote de la especulación financiera" (3) una dimensión relevante.

No es casual que el modelo sintético más sólido dentro de este contexto provea, al mismo tiempo, el material más sugestivo para los marxistas: los trabajos de Schvarzer se sitúan en el límite que separa la relativa imposibilidad del pensamiento burgués de alcanzar una totalización eficaz y práctica de la formación social, y la dinámica abierta de la dialéctica marxista.

Aprehender los contornos definitivos de ese límite es una tarea ardua. La lucha de clases, un gran ausente en el trabajo de Schvarzer, no es un elemento más en el repertorio epistemológico; tampoco es un "dato a tener en cuenta" o acaso una corriente sutil presente (y fácilmente rastreada) en los presupuestos de un trabajo de campo. La lucha de clases es el hilo conductor que nos permite comprender la unidad dialéctica del espacio político y económico en una formación social concreta. Como tal, la mediación que realiza en el plano cognoscitivo aprehende la dinámica interna de una sociedad. Un corolario necesario del papel destacado desempeñado por la lucha de clases en el análisis, es la importancia de destacar el núcleo político que unifica y resume las contradicciones que definen la formación social argentina.

El escamoteo de la politicidad de las estructuras en el análisis de

Schvarzer se corresponde con una inconsecuencia (volveremos sobre este punto) global en las definiciones que giran en torno a la solución de las contradicciones que caracterizan esta sociedad en particular: solución que pone en juego los resortes y los sujetos del campo de lo posible por excelencia, la política.

En ese límite, defensorio de la impotencia del pensamiento burgués, comienza a ser visible el terreno donde el análisis marxista se convierte en irreductible, en tanto recoge y combina los datos aportados por el trabajo de campo. En ese límite, a partir de él, y más aún, más allá de él, comienza el sentido de la indagación marxista, que nos enfrenta ante la tarea de apropiarnos y redefinir los aportes de los más lúcidos representantes de la "ciencia social" oficial u oficiosa.

El caso de Schvarzer es ejemplificador al respecto. Situándose a varias leguas de los apriori (y las obsesiones) de los especialistas más inteligentes, no por ello alcanza a integrar la totalidad social con su resumen oficial: la sociedad política, la lucha de clases política. No podía ser de otro modo ya que esa es una tarea que sólo puede ser asumida desde el punto de vista de la clase obrera, por el marxismo.

b) En los últimos trabajos de Schvarzer advertimos un encomiable empeño en la construcción de un modelo sintético amplio. La eficacia concreta del modelo reside en la dialectización de la co-presencia de múltiples variables, realizando su mutua integración en una exégesis -más bien clásica- que tiende hacia la unidad relativa de todos los elementos de la realidad social.

Este tipo de modelos, desde

una perspectiva interdisciplinaria, logran un aceptable handicap en el empleo de técnicas de análisis (principalmente estadísticas) generalmente soslayadas por los economistas marxistas "ortodosificados" (4). Desde el momento en que el investigador concibe la realidad como una totalidad, desde el momento en que logra, así, redefinir las instancias concretas desde una óptica global, mediante el empleo de técnicas específicas, la apropiación del núcleo teórico central de lo concreto se corresponde con la puesta en marcha de un movimiento de abstractización que posea y prolongue teóricamente las posibilidades de lo concreto en una instancia superior.

Schvarzer aísla un eje a partir del cual puede racionalizarse la dinámica social argentina durante los últimos años: "El principal objetivo de la política de Martínez de Hoz consistió en sustituir el mercado financiero existente en otro totalmente distinto que se consolidó a lo largo de su gestión. La característica de dicho mercado -elevada liquidez, facilidad de entrada y salida, amplias y estrechas conexiones con el exterior- terminó por crear una poderosa barrera contra todo intento de alterar el estado de cosas alcanzado a través de esa misma política. Cuando la movilidad de los capitales alcanza ciertos límites, la 'confianza' se transforma en una variable clave del funcionamiento del sistema económico" (5). Tales los rasgos de un mercado abierto, a la penetración imperialista, incentivada por la permanencia de altas tasas de interés en la plaza financiera. Se trata de un proceso dual, donde la consolidación de ese mercado de capitales se corresponde con la cre-

ciente relevancia de un sector restringido de la burguesía nativa -tenedora de capital-, la suboligarquía financiera, coincidente con los objetivos del gran capital internacional.

Detrás del proyecto de la suboligarquía financiera se delineaba con claridad un nuevo modelo de país: "A largo plazo, su estrategia buscaba lograr una reestructuración de la organización económica, en el mercado y en la sociedad, que favoreciera a los sectores que lo apoyaban." (6).

Las condiciones que validan esta estrategia fueron correctamente señaladas por M. Cavarozzi: "Al proyecto de establecer un gobierno de las fuerzas armadas y no meramente apoyado por ellas, se agregó la visión de la necesidad de producir un cambio profundo en la sociedad argentina (...) para los militares victoriosos de 1976 el desarrollismo se transformó, malgré lui, en el correlato del populismo. La condena simultánea dejó el campo abierto a los postulados liberales y a sus sostenedores." (7). El papel de las FF. AA. en el proyecto liberal, más allá de coincidencias fortuitas -las hubo-, nos permite comprender, en un punto álgido, las bases de un bloque histórico cohesionado a su alrededor, bajo la conducción liberal, bloque que garantizó la disolución del prototipo argentino inaugurado en la década de los '30 (Plan Pinedo en adelante: la pseudo-industrialización) (8). Las herramientas básicas del proyecto, en el terreno económico, se reducen a dos puntos esenciales: "las dos líneas principales de la política económica fueron: la apertura de la economía y la reforma del sistema financiero. La primera estuvo dirigida hacia el mercado de bienes

y de trabajo; la segunda hacia el mercado de capitales. Ambas, aplicadas conjuntamente dieron lugar a cambios muy importantes en el funcionamiento de la economía argentina y merecen ser estudiadas especialmente" (9). Ambas, agregamos nosotros, resultan virtualmente complementarias. Desde el punto de vista de la lógica del capital financiero internacional, la penetración masiva de capitales en una economía dependiente requiere el mantenimiento, aún artificial, de una serie de condiciones muy rígidas, a fines de disciplinar hombres (clases) y cosas (el mercado). Correlativamente, la posibilidad de estructurar una sociedad en función de aquella lógica supone la existencia de un sector de la burguesía con la autoridad necesaria para realizar ambas tareas.

A diferencia de otros analistas, Schvarzer reconstruye una lógica unitaria y pluridimensional entre los dos puntos mencionados, destacando con nitidez el rol del mercado financiero. "La política económica favoreció (...) la creación de un mercado de dinero de corto plazo y alta liquidez, mercado que operó como factor permanente de inestabilidad del sistema económico (...) El desarrollo de este mercado fue acompañado por una permanente voluntad de destruir todas las barreras existentes para el movimiento de capitales hacia y desde el exterior. En la primera etapa, se configuraron condiciones que hicieron sumamente rentable el ingreso de divisas que se incorporaban a la plaza financiera local. De hecho, la mayor parte del 'ahorro' registrado en el período consistente en fondos a muy corto plazo en el mercado fi-

nanciero con elevadas tasas de interés- se debe al ingreso de divisas que se incorporaban a la plaza convertidas en pesos. Los beneficios obtenidos por esa vía fueron muy grandes, tanto en términos absolutos como en comparación con el producto bruto del país. Puesto que la riqueza no se crea de nada, ellos se generaban evidentemente gracias al proceso de redistribución del ingreso que reducía los salarios liberando fondos para la especulación. La combinación de estas dos estrategias (...) engendró condiciones particulares en la medida en que el Estado (...) autolimitaba su función reguladora a favor de movimientos más y más espontáneos del dinero." (10). "Puesto que la riqueza no se crea de nada", el modelo consistía en desplazar la plusvalía hacia un mercado que sabría valorizarla en el plazo más breve posible, bajo la sólida garantía de un respaldo político para los depósitos e inversiones.

La categoría de "mercado perverso" le sirve a Schvarzer para realizar un paso lógico inabordable para la mayor parte de los investigadores burgueses: pensar los términos de la política económica en función del límite "natural" de los reguladores automáticos de la sociedad capitalistas supone reconstruir la lógica clasista que preside y manipula la lógica económica; supone demostrar la presencia de clases sociales activas, de acuerdo con sus intereses particulares, en las raíces de una formación económico-social concreta.

Esta versatilidad en el análisis, sin duda la mayor virtud del trabajo de Schvarzer, nos retrotrae al problema de los límites del pensamiento académico. La exposición del desarrollo de una lógica de clase en

este caso, la de la suboligarquía financiera- puede abarcar o no las determinaciones de la lucha de clases en su inflexión sobre la totalidad concreta. Eso depende de la articulación específica entre la lógica clasista (los intereses de la clase, la estrategia de la clase en sentido inmediato) y las estructuras objetivas que vehiculizan la praxis, entre ellas, la estructura política, "resumen oficial" (Engels) de la sociedad burguesa. En este sentido, la virtud se transforma en defecto, y el trabajo de Schvarzer queda inconcluso, en el mejor sentido del término recordemos a Wright Mills.

c) ¿Dónde se realiza la mediación histórica que nos autoriza a pensar la lógica económica en términos clasistas? Sin duda, el terreno de la política económica burguesa constituye el ejemplo más claro de la concretización de la totalidad social del capitalismo tardío: "Los mecanismos naturales de equilibrio no pueden criticarse dentro del marco de una economía de cambio. Es necesario para hacerlo situarse en una economía de producción (...) no se puede aceptar la hipótesis de convergencia automática de los intereses particulares en un interés nacional". Llegamos al auténtico plano donde se verifica la pertinencia de las políticas económicas burguesas: "La eficacia del conjunto de medidas que las componen depende únicamente de la relación de las fuerzas políticas y no de su vestimenta ideológica (...) la relación de fuerzas internas de la burguesía depende de la intensidad de las luchas entre ellas y el proletariado (...) La política económica tiende a desplazar el peso de las contradicciones capitalistas de una clase o una fracción a otra. Aunque trate de resolver las contra-

dicciones, sólo consigue moverlas, y temporalmente (...) Mientras trata de resolver las contradicciones capitalistas, la política económica invoca un equilibrio ilusorio; y al tratar de mover esas contradicciones, se inserta en ellas." (11).

La mordaza con la cual la salvaje dictadura militar silenció las tibiezas de la sociedad civil argentina fue el instrumento que le permitió manipular hábilmente el factor incertidumbre, elemento básico en el esquema de un mercado financiero operando en forma libre. Los efectos recesivos provocados por la apertura de la economía en condiciones de alta inflación se multiplicaron una y mil veces a través de la: "... transformación de los mecanismos de funcionamiento del mercado financiero local, sentándose la base para la nueva estrategia de conexiones cada vez más estrechas con el mercado internacional del dinero que regiría en todo el periodo siguiente (...) en 1976 la entrada de capitales en divisas se había logrado mediante la estrategia del doble tipo de cambio y rendimientos elevados en el mercado financiero local debido a la disponibilidad de títulos indexados en momentos de fuerte inflación. A partir de 1977-78 ese ingreso se intentaría con un tipo de cambio único y tasas de interés en condiciones de alta inflación." (12).

Resulta obvio consignar que la capacidad de maniobra que ostentó el equipo económico durante todo el periodo nos instruye convenientemente acerca de las características pragmáticas de su política: "El equipo de Martínez de Hoz otorgó prioridad a las opciones que le permitieran ampliar al máximo su poder económico, y por ende, políti-

co; dichos efectos, además, debían hacerse sentir en el corto plazo." (13). La suboligarquía financiera trabajó las 24 horas del día con el fin de reproducirse a sí misma, reproduciendo las condiciones a través de las cuales una sociedad bailó y baila- al son que le transmitió el mercado financiero. Y así le fue

d) Antes de arribar a un balance provisorio de los propósitos y resultados efectivos del Plan de Martínez de Hoz, debemos aislar el núcleo operativo central de la estrategia de la suboligarquía financiera, lo que constituye una aproximación al modelo de país que esta suboligarquía pensó e instrumentó.

"El sistema financiero internacional experimentó cambios cualitativos en sus dimensiones y forma de funcionar, que están en la base del proceso del endeudamiento acelerado de los países de la periferia hasta originar la crítica situación actual (A). Uno de los aspectos decisivos (...) consistió en el brusco incremento de la liquidez internacional y su orientación en el mercado a través de un sistema de intermediaciones que (...) implicaba un funcionamiento independiente de la tutela de los bancos centrales (...) (B) (...) la capacidad prestable de dinero en el mercado mundial quedó liberada de regulaciones que permitieran su orientación y control (...). El incremento de la liquidez mundial, canalizada en buena medida a través del mercado del eurodólar (entre otras causas) derivó de la brusca transferencia de ingresos provocada por el alza de los precios del petróleo (...) (C) los cambios de paridad entre las principales monedas que caracterizaron a la primera parte de la década del setenta; la variación de los ti-

pos de cambio genero un aumento de las reservas mundiales que tendió a volcarse, asimismo, en los nuevos circuitos financieros (...) (D) en la segunda mitad de la década se produjo una desaceleración del crecimiento de las economías centrales que tendió a liberar los excedentes que anteriormente se canalizaban a través de la inversión; estos nuevos fondos se sumaron al sistema financiero internacional a la espera de nuevas posibilidades alternativas de colocación.

El incremento de la masa financiera que se desplaza en el mercado internacional coincidió con el desarrollo de los nuevos intermediarios que tendieron a orientar sus movimientos (...) empresas multinacionales que tendieron a canalizarlos a través de los grandes bancos de alcance mundial (...) el crecimiento del sistema coincidía con una mayor concentración de las operaciones y una creciente independencia respecto de las regulaciones nacionales." (14).

La masa financiera se convirtió en un imperativo categórico para las economías capitalistas centrales, que debían reciclarla en el mercado mundial a cualquier costo: su liquidez obró como un elemento de presión decisivo en la política de las multinacionales ligadas a los entes financieros.

"La inexistencia de controles efectivos (...) combinada con la preocupación de los banqueros por canalizar sus fondos, llevó a un proceso acelerado de otorgamiento masivo de créditos." (15). La política crediticia del imperialismo construía castillos de arena en los países receptores de capitales, caracterizados por condiciones de alta infla-

ción." (...) era evidente que los tomadores no podrían hacer frente a una deuda de las dimensiones, y mucho menos, a partir del alza de las tasas nominales de interés." (16)

El ciclo se cierra justamente, con el alza brusca experimentada por las tasas internacionales de interés: a partir de allí, el estrangulamiento financiero (seguido de innumerables connotaciones políticas -léase presiones diplomáticas-) de las economías receptoras colocaba al conjunto del sistema ante el borde de la cesación de pagos, peligro que aún reverte como una espada colgada sobre los cuellos del sistema monetario internacional.

Si el imperialismo sacara fruto de los bloques monetaristas del cono sur, realizando felices acuerdos con las poderosas conducciones autoritarias de nuestros países, los costos sociales de la crisis del modelo enfrentan a las clases dominantes ante la necesidad de operar a toda velocidad un recambio político y económico: una lavada de cara que les permita retroceder pacíficamente y al menor riesgo posible.

Se trata de una situación doblemente delicada: 1) para el imperialismo, la amenaza de un desequilibrio permanente en el sistema internacional de divisas lo obliga a recomponer la táctica de inversiones y "diversiones", redefiniendo el esquema de poder que envuelve al eurodólar; 2) para las suboligarquías financieras locales, el impasse le ocasiona la pérdida de dos elementos claves en la obtención de un consenso poderoso.

Por un lado, ha concluido la fracturación acelerada del monolitismo tras el cual la dictadura mili-

tar protegió el proyecto de la "Patria financiera". Por otro lado, el derrumbe de las formas sociales de chantaje perpetradas con la pequeña burguesía y otros sectores más claramente identificados con el bloque histórico abierto a partir del '76, especialmente los sectores agropecuarios e industriales.

Resulta claro, como testimonio de la impotencia coyuntural del imperialismo, que el ciclo de la plaza de divisas se ha agotado en lo que respecta a sus posibilidades de estabilizar las economías periféricas, generando cierta capacidad recompositiva (anhelo apremiante de los sectores más lúcidos de las clases dominantes latinoamericanas) a partir de una reedición de los modelos "seudo-industrialistas".

e) ¿Contamos con elementos suficientes para emprender un balance de las últimas aventuras del capitalismo argentino? ¿Podemos darle punto final a una situación sumamente precaria, que obliga a las burguesías nativas a reaccionar con gran rapidez, instrumentando a ciegas las condiciones que la divergen una tregua, un respiro -un "Pacto social"- que les permita reconstruir sus relaciones con el imperialismo, así como cubrir de empastos las grietas que perturban el imperio omnímodo de la lógica del capital?

Pecaríamos de ingenuidad si requerimos de los trabajos de Schvarzer aquello que, por su status y objetivos, estos no pueden brindarnos. Tanto más grave sería nuestra ingenuidad si incurrimos en el error de considerar a los trabajos de campo basados en el corto plazo, desde una perspectiva academicista, como un balance válido globalmente, directamente integrable en la vía

del materialismo histórico. Obligados a mensurar la pertinencia de la episteme burguesa con la vara de la praxis revolucionaria, advertimos que el estudio del destino del capitalismo argentino debe ser una tarea diaria en el análisis marxista. El problema, por ahora y siempre, queda abierto.

Sin embargo, por respeto a la honestidad intelectual de nuestro ensayista, no podemos sino recoger su concisa conclusión, lo suficientemente clara como para señalarlos, al mismo tiempo, sus limitaciones: "El costo para el país es incalculable. Hay un precio ya pagado en términos de intereses al exterior y disminución de capacidad de maniobra de la política económica por el endeudamiento externo. Hay un costo a pagar, en intereses, en el futuro, por esa misma deuda externa. Y finalmente, hay un costo de oportunidad en términos de colocación de producto perdido y transferencia de ingresos, provocada por esa política. La Argentina pasó a ser uno de los países más endeudados del planeta, sin que mediara otra causa que la especulación financiera desencadenada a través de la manipulación simultánea del tipo de cambio y del funcionamiento del mercado financiero local." (17). Con mayor contundencia aún podemos observar las limitaciones de Schvarzer en su advertencia final: "La experiencia argentina no parece servir, todavía, a los argentinos. Quizás pueda, en cambio, actuar como una voz de alerta para los responsables de otras economías que comienzan a embarcarse en el mismo proceso a favor del interés de unos pocos y de la ingenuidad de muchos, que lleva a unos y otros a

descubrir en él 'mercado' financiero la piedra basal de una nueva política económica." (18).

¿Cuál es esta experiencia inasumida por los "argentinos"? ¿Cuáles son las bisagras que nos aferraron a la temperatura económico-social de las castas oligárquicas; es decir, dónde reside la operatividad del proyecto de la entente liberal-militar?

La respuesta práctica a estos interrogantes condiciona, en gran medida, el futuro del capitalismo argentino. La identificación de los sujetos y modelos responsables del colapso de la economía nacional, con la correlativa explosividad en el marco de las relaciones sociales que aquél colapso conlleva, es tan sólo la mitad de una respuesta; y bien sabemos que la suma de verdades parciales no alcanza, por lo general, a paliar la ausencia de un diagnóstico que determine, al mismo tiempo, el sentido de una salida en la crisis actual. Aunque resulte poco menos que inconsecuente, en medios marxistas, señalar que la solución global de una sociedad en crisis pone sobre el tapete la eficacia parcial (así como la inoperancia relativa) de aquellas clases sociales que logran, en un período histórico determinado, equilibrar los intereses corporativos de los demás sectores bajo la hegemonía de su propio "espacio vital" (Gramsci), no es menos cierto que mensurar la maniobrabilidad que poseen las clases en pugna supone determinar también los límites que encuentra la dominación burguesa en su determinación con la lucha de clases, límites donde la ilusión y la realidad -la efectividad, mas bien- parecen confundirse.

La solución de la crisis del capitalismo argentino participa del

campo de lo posible, donde no resultan válidos los recursos a cualquier razón imponderable. 1) es posible una solución burguesa de la crisis, en cuanto el bloque de los explotadores asegure un recambio "democrático" sólido (19) que les permita recomponer el viejo modelo de acumulación del capital. A tales fines, a no dudarlo, pueden contar placidamente con la firme garantía de una clase obrera "quietista y conservadora" (Milciades Peña) y una pequeña burguesía disciplinada en torno al bloque en cuestión; 2) a largo plazo, es posible concebir una situación donde la solución burguesa retroceda ante la conformación de un FRENTE DEMOCRÁTICO ANTIMPERIALISTA, donde los explotados se reconozcan a sí mismos a través de un proyecto político totalizador que recorte los resquicios donde la coalición burguesa-imperialismo funciona (pactos sociales y otras yerbas).

Ambas posibilidades reposan sobre la determinación de la estrategia imperialista, cadena que aparta, por un lado, los sueños de la realidad, y por el otro, la revolución de la contrarrevolución.

f) Recapitulemos: el modelo basado en la sustitución de importaciones, en la producción de bienes de consumo durables dirigidos al mercado interno (y, en cierta medida, bienes de exportación), modelo conocido bajo el rótulo de "seudo-industrialización", ha sufrido una re colocación de 180 grados. Su reconstrucción, desde la perspectiva de las clases dominantes argentinas, resulta perentoria, aunque sumamente compleja. En realidad, el experimento Martínez de Hoz dificulta, entre otras cosas, a través de su

herencia, la posibilidad de recomponer en lo inmediato ese modelo histórico. Mientras la mirada de la burguesía nativa (y la del imperialismo) se dirige hacia el agro, por una lado, y hacia el estado, por el otro, midiendo a ojo de buen cubero las reservas y posibilidades de uno y otro, la economía argentina parece incapaz de generar, mediante los recursos comunes, los saldos positivos que le permitan realizar, a través de un incremento de la acumulación del capital, una política de inversiones netas. El techo de la acumulación descende cada día un centímetro más sobre la cabeza de la burguesía.

Sin embargo, la obtención de divisas destinadas a la inversión productiva sigue siendo el imperativo número uno de cualquier política imaginable de saneamiento. Ese será, pues, el objetivo principal de la burguesía en el período abierto con la "democratización" del país.

Aquí comienza el baile. Recordemos que a tal padre, tal hijo... ¿Qué clase de industrialización pueden apañar nuestras clases dominantes? En sus relaciones pasadas y futuras con el imperialismo, la burguesía nativa supo aprovechar la política de la ampliación del mercado interno, los jugosos beneficios obtenidos mediante la industrialización bastarda, realizada en los márgenes autorizados por el gran capital internacional. Hasta allí llega la vocación "industrialista" de nuestras clases dominantes: lo suficiente como para superar la crisis, si puede... y basta. Su horizonte político-social (su conciencia de clase) se sitúa más acá de la industrialización real, cuyos presupuestos no pueden

residir sino en la clase revolucionaria por excelencia de la sociedad capitalista dependiente: la clase obrera.

El silencio de los trabajadores, su ausencia como clase organizada del plantel de los que "deciden", nos recuerda que la edificación del sujeto histórico de la industrialización, el bloque revolucionario, no es tarea de días, sino que ocupa todo un período histórico que abarca desde la desperonización de la clase obrera hasta la radicalización de la pequeño burguesía. Como plazo histórico, sólo la alternativa socialista se halla facultada para afrontar los costos de la industrialización del país (identificada, en última instancia, con la "salvación nacional"): la expropiación de la burguesía terrateniente, la ruptura con el imperialismo, el desenmascaramiento de las "burguesías nacionales", "etc.". Esta alternativa, empero, posee una dimensión en tiempo futuro dentro de la dinámica social argentina. En este sentido, Milciades Peña enmarcó con claridad las disyuntivas decisivas: "(...) expropiar los latifundios, nacionalizar las inversiones imperialistas, iniciar la planificación centralizada por el Estado y con control obrero de toda la economía nacional, promover la unidad de América Latina en base a la realización de medidas similares en los demás países, todos estos requisitos básicos de la industrialización, son tareas revolucionarias de contenido socialista (...) únicamente pueden realizarlas las clases sociales que tienen intereses revolucionarios (...) Tan sólo el ascenso de estas clases al poder asegurará la industrialización del país. Otras alternativas no hay (...) no existe industrialización

positiva sin liquidar las relaciones de propiedad que perpetúan el atraso (...) a esta altura de la evolución argentina puede afirmarse con entera seguridad que la industrialización del país será socialista, impulsada por los obreros, peones y chacareros adueñados del poder, o no será." (20).

"Desgraciadamente", la industrialización no constituye el único paliativo a la crisis. La burguesía y el imperialismo necesitan respirar. Cualquier medio es válido para obtener ese respiro, vía recomposición del PBI, que le permita contener la caída de la tasa de ganancia, y al mismo tiempo, estabilizar los salarios reales. Aunque a simple vista una tarea semejante desborda la mediocridad general de nuestros capitanes de la industria, estos últimos son lo suficientemente astutos como para comprender que, de no lograr realizar la plusvalía, sus días están contados. La lucha de clases tiene la palabra.

NOTAS:

- 1) Ver "Las tareas del marxismo hoy", Praxis Nro. 1, págs 45 y ss; también Laura Rossi, "Los intelectuales argentinos frente a la dictadura", op. cit., págs 59 y ss.
- 2) R. Frankel, "El desarrollo reciente del mercado de capitales en Argentina", Cedes; M. Cavarozzi, "Autoritarismo y democracia (1955-1983)", CEAL; G.O'Donnell "El Estado burocrático autoritario (1966-1973)", Belgrano; A. Canitrot, "La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa económico del gobierno argentino desde 1976" Cedes.

- 3) Cisea, Ensayos y Tesis, 1981, 1983, respectivamente.
- 4) No es este el lugar apropiado para juzgar la validez, o pertinencia, de tales técnicas en el seno del marxismo.
- 5) J. Schvarzer, "Martínez de Hoz...", pág. 114.
- 6) J. Schvarzer, op. cit. pág. 113.
- 7) M. Cavarozzi, "Autoritarismo...", págs. 60-61.
- 8) Acerca del Plan Pinedo, véase Milcíades Peña, "Masas, caudillos y elites", Fichas, págs. 40 y ss; Peña, "La clase dirigente argentina frente al imperialismo", Fichas, págs. 28 y ss; puede consultarse J. Schvarzer, "La industrialización argentina" en "Cuadernos nacionales", Nro. 1, págs. 57 y ss.
- 9) A. Canitrot, "Orden social y monetarismo", Cedes, pág. 27.
- 10) J. Schvarzer, "Martínez de Hoz...", págs. 23-24.
- 11) Jean-Luc Dallemagne, "La política económica burguesa", Siglo XXI, pág. 186.
- 12) J. Schvarzer, "La deuda externa...", pág. 17.
- 13) J. Schvarzer, "Martínez de Hoz...", pág. 111.
- 14) J. Schvarzer, "La deuda externa...", pág. 7 y ss. (la numeración de las causales nos pertenece).
- 15) Op. cit., pág. 9.
- 16) Op. cit., pág. 9.
- 17) Op. cit., pág. 40.
- 18) Op. cit., pág. 55.
- 19) Al respecto, ver en este número el artículo de Gabriel Rot.
- 20) Milcíades Peña, "El imperialismo y la industrialización argentina", en Estrategia, Nro. 2 (diciembre 1957), pág. 90.

Carlos Marx:
homenaje en
su centenario

En marzo de 1883 murió en Londres Karl Marx.

A cien años de aquella irreparable pérdida para el proletariado mundial, su vida y su obra siguen planteando a la luz de nuevas problemáticas históricas una incansable reactualización de las teorías y prácticas revolucionarias.

En nuestro primer número comenzamos el homenaje al centenario ubicando dos trabajos al que se le suman los presentes de Paul M. Sweezy, Adolfo Sánchez Vázquez y Toni Negri. Seguiremos en los próximos números con la publicación de lo expuesto en el coloquio "Cien años después de Karl Marx", del cual la carta de Toni Negri es un primer anticipo.

PAUL SWEEZY

Paul M. Sweezy, polémico teórico marxista acusado no pocas veces de revisionista y de haber abandonado el pensamiento de Marx es, por cierto, uno de los más prolíficos e importantes autores dedicados al exámen de la economía capitalista e imperialista. Citemos, entre muchas otras obras, "El Capitalismo Moderno", "El presente como historia" y "El capital monopolista" (en colaboración con Paul Baran). Co-director de la importante "Monthly Review", Sweezy pasa revista en el artículo que presentamos a la noción de "revolución permanente" existente en Marx.

LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

Se ha dicho con frecuencia que el marxismo unió tres grandes corrientes intelectuales: la filosofía alemana, el socialismo francés y la economía política británica. A cada una de ellas aportó sus propias interpretaciones y modificaciones, pero su originalidad residía no tanto en estas innovaciones como en el todo que formó a partir de estos elementos. Las implicaciones de esta unidad eran nuevas, sin precedentes y revolucionarias.

Cuando Marx plasmó por escrito sus *Tesis sobre Feuerbach*, en la primavera de 1845, él y su compañero de toda la vida habían comenzado ya la tarea que se habían asignado: entender el mundo desarrollando al mismo tiempo una estrategia para cambiarlo. Su método consistía en analizar y criticar su propia formación intelectual, ampliando al mismo tiempo su visión, teniendo

en cuenta el pensamiento más avanzado de otras tradiciones; sobre todo, la economía política inglesa y el socialismo francés. Ya habían terminado, o estaban a punto de terminar, dos obras en las que, aunque su principal preocupación era la crítica de sus contemporáneos alemanes, se adelantaba en forma preliminar su propia manera de entender el mundo (materialismo histórico) y los medios por los que se podía cambiar y se cambiaría (la revolución proletaria). Estas obras, escritas conjuntamente por Marx y Engels, eran, con sus títulos, *La sagrada familia o crítica de la crítica crítica* y *La ideología alemana más reciente en sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner, y del socialismo alemán en sus varios profetas*. A lo largo de los dos años siguientes completarian tres obras más: *La condición de las clases trabajadoras en Inglaterra* (Engels), *La miseria de la filosofía* (Marx) y *El manifiesto comunista* (Marx y Engels).

Estas cinco obras fueron el producto de un período de intensa actividad intelectual de dos hombres jóvenes, los dos, en su tercer década, cuya concepción del mundo estaba en proceso de formación. Con la publicación del *Manifiesto* en vísperas de la revolución de 1848, sus ideas se difundieron a lo ancho y largo, y se convertirían en la base programática del marxismo tal como lo conocemos desde entonces.

Marx y Engels no cambiaron jamás a lo largo de su vida este punto de vista sobre la relación entre la comprensión del mundo y su cambio. Teóricamente, fue ampliamente elaborado y profundizado en la obra magna de Marx, *El capital*, y fue prácticamente la premisa de su trabajo en la Asociación Internacional de Trabajadores (la Primera Internacional) y de su papel como asesores y consejeros de los partidos y movimientos socialistas hasta el momento de la muerte de Engels, en 1895. Consecuentemente, la misión revolucionaria del proletariado constituía uno de los credos centrales del marxismo que Marx y Engels legaron a sus seguidores.

¿Cómo va la revolución?

¿Como se ha mantenido esta creencia en el proletariado como portador y agente del cambio revolucionario a la luz de la experiencia de los cien años transcurridos desde la muerte de Marx?. Inevitablemente, la respuesta es que no muy bien.

Para comenzar, en los países del capitalismo avanzado no ha tenido lugar ninguna revolución, a pesar de las expectativas que se derivaban de la teoría del desarrollo capitalista expuestas en *El capital*. La razón principal es, claramente, que después de 1850 —es decir, de la época en que Marx y Engels terminaron las cinco obras mencionadas más arriba— el desarrollo del proletariado siguió una línea diferente de la prevista en el párrafo citado de *La sagrada familia*.

El salario real (el valor del trabajo) fue aumentando gradualmente; y la lucha de clases, a pesar de seguir dándose —y en ocasiones, con un alto grado de intensidad—, fue adquiriendo poco a poco como objetivo de los obreros la

mejora de su condición dentro de la estructura del capitalismo, en lugar de la abrogación revolucionaria del sistema.

Hay que suponer que Marx y Engels no estaban ciegos a la falta de coherencia entre su primera imagen del proletariado y la realidad que veían a su alrededor a medida que pasaban los años y las décadas. Entre uno de los muchos ejemplos que se podrían citar, Engels escribió en una carta a Marx, fechada el 8 de abril de 1863: "El proletariado inglés ha perdido casi por entero toda su energía revolucionaria y declara su completo acuerdo con el Gobierno de la burguesía".

Sin embargo, por motivos que no podemos analizar aquí, estas reiteradas valoraciones y sentimientos negativos acerca del desarrollo de la clase obrera a partir de 1850 no dejaron huella alguna en el marxismo que los padres fundadores legaron a sus seguidores. *El manifiesto comunista* y *El capital* siguieron siendo los textos autorizados del movimiento, y las figuras dirigentes de la Segunda Internacional (fundada en 1888), con Kautsky a la cabeza de la lista, siguieron alabando de palabra la doctrina de la revolución proletaria. Fue tan sólo en 1914 cuando los partidos nacionalistas que formaban la Internacional se dividieron entre sí y, en el seno de cada uno, por la cuestión del apoyo a sus respectivos bandos en la guerra, cuando el potencial revolucionario del movimiento marxista en los países del capitalismo avanzado se reveló como un mito. Paradójicamente, fue en esta coyuntura cuando el mito recobró su vitalidad: Lenin, como dirigente y principal portavoz de los bolcheviques rusos, además de marxista ortodoxo, denunció a los dirigentes de los partidos y fracciones socialistas renegados, no como los legítimos representantes de sus respectivas clases obreras, sino como traidores a un proletariado internacional con las características que Marx y Engels le habían atribuido desde el principio. Tal postura se vio pronto enormemente fortalecida por el éxito de los bolcheviques en la revolución rusa de 1917. La experiencia parecía confirmar el análisis que Lenin había estado defendiendo desde las divisiones de 1914; es decir, que lo que impedía al proletariado llevar a cabo su misión revolucionaria era una dirección que se había alejado de sus raíces proletarias y que había acabado representando, no a la clase obrera en su totalidad, sino a una pequeña capa superior (*la aristocracia del trabajo*), que se había de hecho, pasado al bando de los capitalistas.

El pensamiento ortodoxo

Esta interpretación y la teoría de la aristocracia del trabajo en que se basaba se convirtió en el pensamiento ortodoxo del movimiento comunista que surgió tras la hecatombe de la primera guerra mundial y la revolución rusa. Los nuevos partidos comunistas en los países avanzados debían asumir la dirección de sus respectivas clases obreras, acudir en socorro de los asediados revolucionarios rusos y devolver el tren de la historia a la vía de la que le habían sacado temporalmente los falsos dirigentes de la Segunda Internacional y los partidos reformistas que la formaban.

Las cosas no sucedieron así. Con pocas excepciones, los partidos comunistas de los países avanzados no consiguieron ganarse el apoyo mayoritario de sus propias clases obreras; fueron incapaces de detener el avance del fascismo en la década de los treinta y ninguno de ellos llegó ni siquiera a aproximarse al poder. Y lo que es más: durante el largo período de expansión capitalista que siguió a la segunda guerra mundial, aquellos partidos comunistas que habían conseguido un mayor éxito relativo, los llamados partidos eurocomunistas, se fueron haciendo poco a poco más reformistas. Hoy, a cien años de la muerte de Marx, resulta imposible defender de una manera razonable el punto de vista que estuvo durante mucho tiempo en el corazón mismo del marxismo: que el proletariado de los países del capitalismo avanzado está destinado a ser el agente del cambio revolucionario.

Tal como Marx y Engels hubieran sido los primeros en afirmar: un marxismo despojado de su esencia revolucionaria es una contradicción en sí mismo, sin razón de ser y sin fuerza para sobrevivir.

Y no obstante, el marxismo no sólo ha sobrevivido, sino que en los cien años desde la muerte de Marx se ha hecho auténticamente más universal en su atractivo y aceptación que cualquier otro cuerpo de pensamiento, laico o religioso, de la historia de la humanidad. ¿Cómo se explica esta aparente paradoja?

Para responder esta pregunta es necesario **desplazar el eje de atención** de los países capitalistas avanzados de Europa occidental (**principal preocupación del marxismo en el siglo XIX por razones históricas obvias**) al **esquema capitalista mundial**.

La extensión del capitalismo desde el centro hasta la periferia no se realizó en forma de una simple extensión. Fue más bien que el centro utilizó su mayor poder económico, político y militar para subordinar a la periferia e imponerle unas relaciones económicas y unas estructuras institucionales dirigidas a beneficiar al centro y a sus grupos dirigentes. Así, se estableció en la periferia un alto índice de explotación, que aumentaba con frecuencia, dividiéndose los excedentes resultantes entre las elites locales, las clases dirigentes del centro y, hasta cierto punto, las clases trabajadoras del centro.

Naturalmente, el otro lado de la moneda fue lo que se ha denominado el **desarrollo del subdesarrollo**: obreros y campesinos empobrecidos, desempleo masivo, agricultura e industria orientadas hacia la exportación y los mercados de lujo, y relativamente pocos nuevos puestos de trabajo para poblaciones en rápida expansión. La extensión del capitalismo en la periferia ha creado una masa de seres humanos que encaja muy aproximadamente con la descripción de Marx y Engels del **proletariado plenamente desarrollado**, expuesta en *La sagrada familia*, aquellos cuyas "condiciones de vida representan el punto central de todas las condiciones inhumanas de la sociedad moderna".

Los nuevos proletarios, en el sentido marxista original, son las masas, en rápido crecimiento, de humanidad deshumanizada, de lo que actualmente se denomina popularmente el Tercer Mundo.

Estos acontecimientos no ponen en cuestión la naturaleza del marxismo tal como lo concebían sus fundadores en la década de 1840. Continúa siendo

un proyecto doble: entender el mundo y cambiarlo. Pero han cambiado de una manera tan ingente las dimensiones y la complejidad de ambas tareas como para poner en duda una serie de ideas y creencias que se han ido desarrollando a lo largo de los años, alcanzando en ocasiones la situación de artículos de fe cuasirreligiosos. Es claro que ha llegado el momento en que los marxistas **deben** intentar reinterpretar el mundo, criticando en el proceso las viejas interpretaciones en que se habían formado. Aquí sólo podemos indicar unas pocas cuestiones de importancia, que deberían formar parte de lo que se puede denominar la agenda de trabajo del centésimo aniversario.

1. No hay la menor duda sobre la capacidad de los nuevos proletarios para aportar la fuerza impulsora del cambio revolucionario. Ha quedado demostrado en toda una serie de revoluciones que han tenido lugar en el Tercer Mundo desde la segunda guerra mundial. Y en retrospectiva, podemos ver que la revolución rusa, a pesar del papel que jugó en ella el proletariado industrial en sus primeras fases, estuvo, en esencia, mucho más próxima a una revolución del Tercer Mundo que al tipo de revoluciones socialistas proletarias contemplado por el marxismo para los países del capitalismo avanzado del centro. A medida que la crisis mundial del capitalismo se profundiza y afecta a países de la periferia con especial fuerza, aparecen como algo inevitable otras revoluciones en el Tercer Mundo.

2. Cuando se trata de cambiar el mundo a mejor, los aspectos problemáticos son muchos, y entre ellos hay que conceder prioridad a los siguientes: ¿Qué tipo de sociedad están realmente creando las revoluciones del siglo XX? ¿Hasta qué punto son socialistas en el sentido marxista clásico; es decir, sociedades en transición hacia el comunismo? ¿Hasta qué punto se trata de formas nuevas de capitalismo de Estado? ¿En qué medida son nuevas sociedades de clases con características y leyes de desarrollo propias?

3. La historia ha demostrado que el potencial revolucionario en el sistema capitalista, al menos hasta el presente y para el futuro predecible, se encuentra en la periferia y no en el centro, tal como anteriormente daba por sentado el marxismo. Pero ello no significa que el centro tenga menos necesidad de revolución que la periferia: ambos están inextricablemente unidos y deben compartir un mismo destino a la larga. La historia de las revoluciones del siglo XX ha dejado al descubierto una anomalía del marxismo insospechada hasta el momento, y es la tendencia de las direcciones revolucionarias que abrazan el marxismo a convertirse en elites dirigentes separadas y situadas por encima de las masas, que fueron quienes verdaderamente libraron las batallas de la revolución. Cuando se da esta división tenemos la absurda situación de una oligarquía gobernante, que racionaliza y justifica su Gobierno en nombre del marxismo, una doctrina cuya quintaesencia es la revolución. Tal como ha demostrado la experiencia de la Unión Soviética y de los países del Este de Europa, y de manera más notable y reciente Polonia, la trágica consecuencia de esta anomalía es el total descrédito del marxismo a los ojos de las masas.

Quizá se dirá que no se trata en realidad de ninguna anomalía. ¿Es posible esperar que una dirección revolucionaria abandone el marxismo una vez alcanzado su objetivo? Enfocar la pregunta de esta forma revela un profundo desconocimiento del marxismo.

El objetivo de una dirección auténticamente revolucionaria no es la toma del poder. Puede que eso sea necesario en cierta fase de la lucha, pero no puede tratarse nunca de nada más que un simple incidente — de gran importancia quizá, pero al fin al cabo, sólo un incidente — para conseguir el verdadero objetivo, que es la creación de una sociedad humana decente. El marxismo lo llama comunismo y reconoce implícitamente que sólo es posible aproximarse a él, jamás alcanzarlo. Por ello, una dirección marxista, para ser fiel a sí misma, tiene como objetivo no sólo la revolución, sino la revolución permanente •

ADOLFO SANCHEZ VAZQUEZ

Adolfo Sánchez Vázquez, catedrático de estética y de filosofía contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (México), especialista en temas de estética sobre los cuales ha escrito importantes obras como "Las ideas estéticas de Marx" y "Estética y Marxismo", incursionó con originalidad destacada en temas filosóficos, intentando dilucidar con especial atención la problemática de la relación teoría - práctica, sobre todo en su fundamental obra "Filosofía de la Praxis". En el trabajo que reproducimos, A. Sánchez Vázquez marca el desarrollo del pensamiento de Marx hacia la consagración del proyecto de transformación radical de la sociedad.

EL JOVEN MARX Y LA FILOSOFIA ESPECULATIVA

Desde su juventud a su madurez se abre paso a lo largo de la obra y la vida de Marx un nítido hilo conductor: su proyecto de transformación radical de la sociedad.

Este proyecto, que enlaza con viejos sueños de amplios sectores de la humanidad, determina no sólo el carácter práctico de su pensamiento, sino también su filo crítico y su afán de racionalidad. Como crítica del presente justifica la necesidad de esa transformación en tanto que por su racionalidad trata de fundamentar la acción transformadora. Pero la crítica no sólo alcanza a la realidad social, sino también a las ideas que, al tender un confuso velo sobre ella, limitan, desvían o anulan esa acción. Este velo ideológico se teje, sobre todo, con los hilos de la especulación. De ahí la presencia obstinada y la preeminencia, en el quehacer teórico del joven Marx, de la batalla abierta con la filosofía especulativa.

La especulación que le inquieta no es sólo la que se cifra en la actividad de un pensamiento que, de espaldas a la acción, "se limita a interpretar el mundo", sino el bullir del "arma de la crítica" que se cree autosuficiente para

transformar lo real. Por ello, el blanco de la crítica del joven Marx no es solo Hegel, sino los discípulos suyos (los "teólogos críticos") que, en ese plano abstracto, especulativo, quisieran superar a su maestro.

Ahora bien, si la especulación consiste ante todo en la disolución de lo real en el pensamiento o en tratar al hombre real como una abstracción, la filosofía idealista hegeliana que hace de la historia humana la historia del Espíritu es, en definitiva, la filosofía especulativa sin más.

EL IDEALISMO ESPECULATIVO DEL JOVEN MARX

Semejante filosofía no sólo escamotea la verdadera realidad humana, sino que, al mitificarla, cierra los ojos a la necesidad de su transformación. De ahí el tenaz y obsesivo ajuste de cuentas con ella que el joven Marx lleva a cabo a rambor batiente en su *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel* (1843), prosigue en los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* y extiende a los neohegelianos en *La Sagrada Familia* (1845), sin que el fuego crítico se apague por completo en su obra posterior. La crítica de la filosofía especulativa hegeliana se convierte para Marx, por razones prácticas, en una exigencia teórica. Al reducir toda realidad a pensamiento, esta filosofía se concilia con el mundo tal como es, arrinconando las revoluciones en la esfera de la "impaciencia subjetiva" y descalifica así todo empeño de transformar radical y prácticamente la realidad. El filósofo —Hegel, como su encarnación más plena y ambiciosa— es por ello para el joven Marx "la forma abstracta del hombre enajenado" que, en su soberbia —como diría Gao— pretende erigir su filosofía "la parte del hombre enajenado".

Marx trata de rescatar de la especulación al hombre real y su empresa se apoya en Feuerbach, aunque éste no haya podido saltar con su antropología la barrera especulativa. Así, pues, lo que está en juego en la obra juvenil de Marx es la concepción del hombre real que la especulación hegeliana y neohegeliana ha disuelto en la abstracción. Los *Manuscritos del 44* proponen una concepción en la que el hombre se caracteriza por su autosuficiencia y autonomía, su objetivación y exteriorización como ser genérico, su vida productiva (el trabajo) como actividad vital, su cualidad social y su ser universal, libre y total. Y todo ello en el proceso de su autoproducción, es decir, como ser histórico.

Ahora bien, esta antropología marxiana no deja de mostrar rasgos especulativos, ya que en ella la esencia humana queda separada de la existencia real como la esencia de un hombre inexistente aún y, por tanto, ideal, aunque la historia —escenario de su pérdida— haya de ser necesariamente en el futuro (en el comunismo) el escenario de su recuperación, o sea, de la unidad de la esencia y la existencia humana. Al presentar el joven Marx semejante concepción antropológica del hombre, sucumbe también a la especulación. Esto es cierto, pero asimismo lo es que en los *Manuscritos del 44* se apunta una concepción histórica, y social del hombre, justamente la que se abre paso desde textos todavía juveniles (*Tesis sobre Feuerbach* y *La ideología alemana*) hasta sus obras de madurez.

La crítica de la filosofía especulativa lleva así, finalmente, al joven Marx al descubrimiento de que la esencia humana sólo se da en la existencia real, en las formas históricas concretas en que se manifiesta y en las relaciones sociales que la producen. Pero descubrir esto significa, a la vez para él, que la filosofía para no ser especulativa tiene que dejar paso a la teoría de las formas históricas y de las relaciones sociales que permiten integrarla en la praxis, o sea, en el proceso de transformación de la realidad.

CARTA ABIERTA DE TONI NEGRI

PERIPECIAS DE LA LEGITIMIDAD BURGUESA

Se ha realizado en Madrid el "Coloquio Internacional" Cien años después de Karl Marx, Ciencia y Marxismo, del 24 al 28 de octubre del corriente año, que ha contado con la participación de, entre otros, Pierre Vilar, Kurt Kenk, Michel Foucault, Samir Amin, Adolfo Sánchez Vázquez, Alfonso Barceló y Manuel Sacristán en las diversas mesas redondas y conferencias de las distintas áreas (filosofía y metodología, economía política, historia, sociedad e ideología, producción de espacio).

Fue invitado al coloquio el polémico marxista Toni Negri, fundador de los *Quaderni Rossi*, miembro activo del grupo "Potere Operaio" (una de las más acabadas expresiones de la izquierda radical europea), y militante del área llamada "Autonomía organizada"; acusado en 1979 de inspirar ideológicamente a las "Brigadas Rojas" (organización que paradójicamente y significativamente había sentenciado a muerte al marxista italiano), por lo cual fue condenado a una prisión preventiva que se extendió a cuatro años y medio.

Electo diputado por el Partido Radical, las autoridades italianas, a la vez que lo liberan, le retiran las inmunidades parlamentarias, condenándolo de hecho a la semiclandestinidad. Desde esta situación actual, Negri envía, desde "algún lugar de Europa", la carta al coloquio que publicamos a continuación, en su imposibilidad de asistir al mismo. Días después, el Comité Organizador del Coloquio le retira la invitación, actitud generalizada y duramente censurada por los asistentes y por el mismo Comité Científico del coloquio, que sólo acepta aprobándose finalmente continuar en funciones con la condición de leer la carta de Toni Negri en el curso del coloquio.

Su obra más difundida en español es *Del obrero-masa al obrero social* (Barcelona, Anagrama, 1980).

20 de octubre de 1983
Desde algún lugar de Europa

Queridos colegas, queridos amigos:

Antes que nada os debo presentar mis excusas por no poder estar presente en este encuentro vuestro que tanto valor tenía para mí —tanto porque en él volvería a encontrar, después de cuatro años y medio de prisión a muchos camaradas y hermanos, como porque podría haber discutido con tantos destacados estudiosos acerca de tantas cosas como en estos años he visto acaecer del otro lado de los barrotes de mi celda. Las causas que no me permiten participar ni ofrecer siquiera mi contribución científica específica son, sin embargo, bastante excepcionales, y creo por ello que seré perdonado.

Vivo ahora, en libertad, una condición de espera —o bien de ser reencarcelado, como quisieran las autoridades de mi país, o bien de ser aceptado como libre ciudadano y estudioso de la filosofía en algún país extranjero. Una condición de espera semiclandestina, de semiocultamiento. Sustancialmente pesada y en ciertos aspectos similar a aquella espera de cuatro años y medio de prisión preventiva sin proceso, que me fuera impuesta por las leyes malhadadas de un país de Europa que pretende sin embargo, llevar el nombre de democrático. Vivo una condición de espera —de libertad, sin embargo. Una libertad que los electores italianos me habían restituido generosamente, una libertad que me he arrogado el derecho individual de preservar tras que me fuera de nuevo arrebatada, a costa, eso sí, de gran esfuerzo y sin que se diera nunca una mayoría constitucional, por los parlamentarios italianos. Uno ahora la tradicional invectiva filosófica "Ultimi barbarorum!" a la reivindicación de mi libertad, al elogio de la Evasión de leyes injustas, a la declaración de una inagotable voluntad de resistir al poder. Y creo que si aún se puede hablar de una ética comunista, mi comportamiento forma parte de ella.

No soy, por lo demás el primero, ni ciertamente seré el último de aquellos que han vivido y viven en la lucha revolucionaria y anticapitalista, que se encuentran en estas condiciones. No es sino un honor el hecho de soportarlas y continuar la lucha, con el fin de conquistar también para mis compañeros la liberación y para todos una mayor libertad. Título de gloria —pero, seguramente una condición mucho más difundida y normal que aquella en la cual con cierta extraordinaria particularidad me encuentro combatiendo. Una condición de exclusión política y de persecución jurídica que desde siempre han aprendido los marxistas a conocer, porque forma parte de la panoplia de la explotación del hombre que la civilización capitalista ha constituido para sus propios fines. Y aunque podemos sufrir con ello y vemos trágicamente involucrados, sabemos, del mismo modo, que esta crueldad es necesaria para el enemigo y que esta necesidad forma parte su miseria ética y su inadecuación para organizar y

poner en producción la riqueza de las necesidades de libertad. Es pues, merced a un implacable optimismo de la razón como el sufrimiento puede ser soportado y la lucha desarrollada.

En esta perspectiva, que es la de una subjetividad que quiere libertad más allá de la explotación y contra toda maquinaria institucional destinada a su realización, yo creo en la actualidad de la enseñanza marxiana. Y a todos aquellos que me hablan, obsesivamente de crisis del marxismo, respondo que bien puede ser que la haya y que yo mismo veo un horizonte desfigurado por las mistificaciones, traiciones, herejías, adquisiciones **subrepticias**, traducciones indebidas instrumentalismos, y por pesados e irrevocables **fantasmas** de injusticia y de crueldad, pero que no creo que el materialismo revolucionario, al que Marx ha aportado tan enorme contribución, pueda existir simplemente como un episodio de crisis: porque el conocimiento de la liberación posible es la única dignidad de la subjetividad, y es también la única fuerza real que le permite ponerse como irreductible consciencia crítica frente a la irracionalidad del perfeccionamiento de las máquinas del poder.

¿Pero no es esta respuesta tuya, añadirán los obsesivos críticos, totalmente **idealista** y sostenida exasperadamente por una voluntad de **testimonio moral**? —No, respondo, porque con Marx, más allá de Marx, hemos entrado en un mundo nuevo y terrible: el de la subsunción real e íntegra de la sociedad en el capital, el de la homogeneización de los medios de producción y la extensión general de la explotación, aquel en el cual, de la producción de las mercancías se ha pasado a la inversión (por parte del capitalista) del universo de las subjetividades, las subjetividades no son ya simplemente reabsorbidas en el mecanismo de la explotación: deben ser producidas a través de la explotación por el mecanismo de mando del capital. Y tales son en adelante, tendencialmente, las subjetividades portadoras de trabajo simplemente abstracto, tanto en la producción, circulación y comunicación constituyen un universo compacto. ¿Pero puede esto representar un límite insuperable, un obstáculo irresoluble, un mundo cerrado para las subjetividades? No respondo, por que con Marx, más allá de Marx, nosotros seguimos reconociendo la crisis como cualificación moral y protesis, ahora sí definitiva, de este soñado proyecto capitalista. Y si nuestro pensamiento se eleva desde la prisión del sentido lógico de aquel proyecto, a la materialidad de aquel proyecto, a la materialidad del significado de esta crisis, esto es, si elevamos el pensamiento a su valor de verdad, entonces podemos reconocer que más allá de la fingida dialéctica del dominio, el antagonismo de las subjetividades y la irreductibilidad a aquella pesadilla de la lucha por la vida, por su transformación y reproducción en libertad.

Jamás la palabra libertad ha tenido lugar más apropiado en el lenguaje del materialismo revolucionario que el que tiene **en esta época**. Y esto acontecerá tanto más que las características de irracionalidad de sistema y las características de la nueva irreductible subjetividad salgan más a la luz. No necesitamos adinos para que esto aparezca con toda claridad. En la crisis los mecanismos de legitimación y los criterios de funcionamiento del Estado se hallan cada vez en mayores dificultades frente a la necesidad, de imposible realización de cerrar virtualmente el círculo que se extiende entre las urgencias de la acumulación y del control, y los nuevos deseos, las nuevas capacidades de entender y gozar de los

sujetos. Esta necesidad es así vigilada y aplacada por ideologías y mecanismos de pura y simple destrucción. Las arcas del Estado se rellenan con una ampliación continuamente renovada de la explotación masiva y más destructiva, hasta llegar al exterminio por el hambre de los pueblos de otros hemisferios. Las formas políticas del Estado serán garantizadas por la amenaza de nuevas guerras, cuyo error nadie es ya capaz de imaginar. Los derechos de los sujetos, cuando no fueren inmediatamente reprimidos, serán bombardeados y reabsorvidos en los mistificadores senderos de la producción de información y sus falsificaciones. Pero todo esto no puede liquidar el acontecimiento de la lucha contra la explotación y por la libertad. Ciertamente no menosprecio la potencia de la imagen de catástrofe. Ni tampoco el hecho de que la catástrofe sea el signo interno y adecuado de un poder que califica su propia irracionalidad a través de la conciencia de no saber ya ligar su propia necesidad de reproducción con el sentido de la vida y de su potencia. Ni siquiera menosprecio el hecho de que a la caída en este destino sean cada vez más apropiado en el antiguo nombre tiranía y la antigua experiencia de resistencia por la libertad.

Cuando estaba en la cárcel, hace todavía poquitos meses, releendo a los clásicos del pensamiento político como solía, me topé con esta frase de Hobbes: "Ni puede un hombre seguir viviendo cuando sus deseos han llegado a su fin, Ni lo puede tampoco uno cuyo sentido e imaginaciones estén quietos. La felicidad es un continuo progreso del deseo de un objeto a otro". Y, ¿cómo podemos nosotros, entonces, pensar que la catástrofe enfangue el continuo progreso del deseo? ¿Cómo podemos pensar - también esta vez con Marx, más allá de Marx - que la nueva esencia productiva del sujeto, la consolidación e interiorización de la actualidad abstracta e intelectual de su fuerza de trabajo, las formas colectivas y sociales en las cuales se expresan la abstracción del trabajo no generen deseos a la altura de esta nueva naturaleza, y necesidades de libertad que interpreten precisamente aquello que el patrón hoy no quiere ni puede conceder: la igualdad entre todos los hombres, la paz como condición de renovación, la ampliación del derecho a la vida y a la reproducción?

Queridos camaradas y amigos, si hubiese podido participar en vuestro encuentro, habría intentado, sobre todo, plantear algunos problemas que considero completamente abiertos dentro de una teoría del materialismo histórico que esté atenta a la transformación radical de nuestra condición de existencia. Ahora sólo puedo catalogar estos problemas. Las aporías de la teoría del poder, en primer lugar, allí donde el crecimiento de la subjetividad ya no puede aceptar homología alguna entre la potencia que ésta expresa, potencia enteramente positiva, totalmente orientada a la felicidad y el poder mismo, en su vieja y nueva figura de simplificación, racionalización y unificación sistemáticas del conjunto de la acción social. En segundo lugar, el autor rompecabezas que suscita las temáticas de la composición política de la subjetividad y de su constitución ontológica - allí donde éstas presuponen una mediedad que no es, sin embargo, sacar a la luz experimentalmente. La crítica bien puede acercarse, sin embargo, sobre una definición de las subjetividades mismas que incita sobre su carácter separado, sobre su pluralidad, sobre su apertura a tiempo y dimensiones diferentes, y sólo en esta forma y no en la mediedad dialéctica, como quiera que esta se entienda, puede esta establecer los fundamentos para alcanzar un

proceso común. Y, en tercer lugar, me habría detenido sobre las dificultades implícitas en el concepto de revolución - puesto que es muy difícil, si no quimérico, lograr definirlo todavía en los viejos términos de la "toma del poder", cuando nuestra experiencia nos conduce más bien hacia la idea de un vaciado del poder y a definir la eventual capacidad de las singularidades colectivas para volver a tomar el mando de su destino y desarrollar alternativas autónomas. El poder y su gestión no son cosas que se pueden separar: ni es, por otra parte, pensable la separación de la potencia de autogestión respecto de la singularidades en un posible proceso revolucionario. Si la ilegitimidad del poder tal y como hoy es administrado por el capital y por su Estado, no concierne a las meras modalidades de su ejercicio, tampoco concierne simplemente a su titularidad - estas modalidades no pueden, entonces, ser separadas, y el ejercicio irracional y destructivo del poder está, en efecto, en conexión con la crisis de su legitimidad. Si, pues, todo esto es cierto, tanto más lo será el que la legitimidad revolucionaria deba ser construida a través de una gestión legitimante, y deba consistir en un proceso alternativo real, en ningún caso homólogo a las categorías del poder o reconvertible en ellas.

Pero, una vez formulados y desarrollados estos conceptos, habría, en cualquier caso, si hubiese podido estar con vosotros, insistido en el optimismo de la razón, y, por lo tanto, sobre el hecho de que estas dificultades amplían y no restringen el concepto de revolución - y, más bien, lo reenganchan continuamente y necesariamente a esa profundización de la libertad que hoy define el desarrollo de las subjetividades, es decir, de su propia definición, que sólo es posible cuando estas se oponen a las normas de la producción social que el capital y su Estado quieren imponerles.

Es así pues, de la libertad de lo que, en definitiva, hemos hablado. De esa virtud que ningún Robinson ha encontrado jamás y que ningún capital nos ha regalado, sino que debemos siempre conquistar de nuevo. Colectivamente.

La defensa de mi libertad es cosa difícil y dura: estoy convencido de que muchos de vosotros me ayudareis a mantenerla. Y lanzo esta esperanza individual más otro sentimiento, más colectivo pero siempre de esperanza: que siempre y de cualquier modo conseguiremos dar a la revolución un contenido de libertad.

Gracias, queridos compañeros y amigos, y un abrazo.

TONI NEGRI

PUBLICACIONES RECIBIDAS



"Qué significan las elecciones y cómo luchar contra las injusticias y la explotación"; "La crisis mundial capitalista: guerra y lucha de clases". Ediciones "EMANCIPACION OBRERA", 30 y 30 págs. respectivamente.

El material que nos envía el grupo "Emancipación Obrera" abarca en amplio espectro los modelos de interpretación de la estructura capitalista mundial, la crisis, el papel de la guerra y de la amenaza efectiva de la guerra en la dinámica revolución/contrarrevolución; el sentido y las formas organizativas de la política revolucionaria, la auto-emancipación de los trabajadores, etc.

Tratándose de trabajos exploratorios ("Muchas cosas no hemos tocado por problemas de tiempo y espacio, y otros porque realmente no las tenemos elaboradas o estudiadas como para expresarlas de una manera entendible debido precisamente a que aún no las terminamos de aprender") que procuran abrir un debate en torno a lo esencial de la lucha de clases socialista de nuestro tiempo, estamos obligados a abstenernos de realizar una crítica detallada de una serie de posiciones vertidas en forma de tesis, ya que el material enviado no nos permite forjarnos una idea acabada de la conclusión de su propuesta. En

cuanto a este punto, rogamos al grupo que nos acerquen aquellos materiales que consideren pertinentes a fines de forjarnos un panorama más redondo de sus propósitos.

Brevemente, con las prevenciones que supone sintetizar algunas tesis sin mayor justificación, exponemos las líneas principales que presiden la propuesta del grupo.

1. *Redefinición de la estructura mundial del capitalismo monopolista*: Dado el carácter interdependiente del capital imperialista, los conceptos de "desarrollo" y "subdesarrollo", "dependencia" e "independencia" no están capacitados como para aprehender la articulación concreta del sistema capitalista mundial. Estos conceptos, ajenos a la teoría marxista, no servirían más que para fomentar las ilusiones burguesas y pequeñoburguesas en un crecimiento rápido y unitario de la acumulación del capital. En forma provisoria, "Emancipación obrera" indica que, siendo esta última el motor de la articulación del sistema, los conceptos para pensar su intergración serían: "países con gran acumulación del capital" y "países con poca o media acumulación del capital".

2. *La tendencia a la guerra constituye un elemento esencial de la lógica interna del capital, en la medida en que constituye (a través de la expansión de la industria armamentista) la principal salida de*

la crisis, deteniendo la caída de la tasa de ganancia y de la desvalorización del capital. El militarismo, por lo tanto, es un elemento presente en la totalidad del sistema y, como tal, ejerce presión sobre cada una de sus partes.

3. *La tendencia a la monopolización del capital es irreversible y absoluta*. El ciclo histórico de la acumulación originaria del capital ha concluido, y el sistema capitalista ha penetrado en los últimos bastiones de las economías nacionales.

Estas tres tesis conforman una visión global del capitalismo actual. Entre sus antecedentes más directos podemos consignar al Korsh tardío, Paul Mattick, el equipo "Socialismo o barbarie". Mas cerca nuestro, estas posiciones se acercan tangencialmente a los trabajos de Ismael Viñas y J.J. Sebrelli. A pesar de situarse en las antipodas de nuestra caracterización, preferimos postergar, por ahora, su crítica general (que por general, generalmente inconducente). Pasemos entonces a la exposición de los corolarios inevitables de las tesis precedentes: corolarios de naturaleza político-or-

ganizativa.

4. *La lucha de clases entre el proletariado y la burguesía contiene la totalidad de las determinaciones del sistema*: Contiene, por lo tanto, lo esencial de su superación. La revolución será socialista en forma pura, o no será. Cualquier intento de integrar esta contradicción principal con las contradicciones entre la pequeñoburguesía y el imperialismo, o ciertos sectores capitalistas con la totalidad del sistema, etc., constituye una maniobra diversionista que pretende conciliar a la clase obrera con la reacción.

5. *El Estado burgués es un estado de clase, y la democracia no es más que la forma más sutil de dominación del capital*. Los intereses del proletariado no se dirimen en la arena del estado burgués: parlamentarismo, sistema de partidos políticos integrados al juego electoral, etc. Los trabajadores reconstruyen su propio proyecto político en el terreno donde sus luchas resulten inasimilables por la lógica de la dominación: fábricas, escuelas, etc. La actitud de los revolucionarios hacia los movimientos democráticos inte-

LIBROS

Pantagruel

**COMPRA
VENTA
CANJE**
PSICOLOGIA
FILOSOFIA
LITERATURA
ARTE
HISTORIA
SOCIOLOGIA
POLITICA - ETC.

AV. SANTA FE 3117 LOCAL 2 BS. AS. TEL.: 825-0977

grados al sistema no puede ser el sostén o la identificación con los mismos, sino la denuncia y la distancia. (Resulta curiosa la revalorización que hace "Emancipación Obrera" del movimiento ecologista, el pacifismo y el feminismo, frente a su ineludabilidad hacia el movimiento de derechos humanos).

6. En síntesis: la clase obrera sólo puede confiar en sí misma, no puede arribar a compromisos con la pequeña burguesía o con los burocratas. Siendo su única perspectiva la revolución socialista, cualquier intento de desviarla hacia las "luchas" antimperialistas, democráticas o electorales, no son sino una trampa que a largo plazo, refuerza al sistema.

Creemos que los puntos anteriores definen al menos la tendencia general de aquello que "emancipación obrera" entiende por estrategia socialista, clasista. Sin embargo, unas cuantas tesis no bastan para alcanzar una imagen acabada de las proyecciones concretas que esta estrategia sugiere a los revolucionarios argentinos. Aquí, la polémica nos beneficiará a todos, sin duda. Motivo de más como para insistir en nuestra invitación al grupo a iniciar un debate en términos más formales (más serios).

TALITA revista cultural (La Plata) Nro. 3,4,5. Su último ejemplar incluye, entre otras notas, entrevistas a Lunazzi, Jitrik y Soubille; "La Reforma Universitaria" por J. C. Mariategui; "Balzac y la Comedia Humana" por J. C. Morán; Cuentos y Poemas.

NEXOS en Economía y Ciencias Sociales Nro. 1. "Nexos dice su

Editorial- no hace sino intentar un mayor acercamiento que favorezca el desarrollo de una visión sistemática de las ciencias". Incluye "La historia como ciencia social" por J. Clubb; "Perú: Introducción a la autogestión en su economía" por J. Goose; "La Universidad en la encrucijada" por J. Dieguez, etc.

CRITIQUE COMMUNISTE, (Paris), número especial dedicado a Marx, que incluye, entre otros artículos, "La centralité du potentiel révolutionnaire de la classe ouvrière" de Ernest Mandel, "Marxisme ou 'totalitarisme'" de Daniel Bensaid y unas "Réflexions sur la révolution polonaise" del dirigente de Solidaridad, Z. Kowalewski.

QUEL CORPS?, dirigida por Jean Marie Brohm, nro. 23-24 (Paris). Esta publicación, que hacia 1978 centraba su atención en el tema "deporte y represión" a raíz del Mundial de Fútbol en Argentina, dedica este número a: "Sport et racisme", "La voix et le corps", y "Nouvelles pratiques du corps".

MIENTRAS TANTO, nro. 16-17, dirigida por Manuel Sacristán (Barcelona). Número especial dedicado al centenario de Marx, incluye colaboraciones de Paco Fernández Alfons Barceló, Jose María Ripalda, y del propio Sacristán.

ZONA ABIERTA nro. 28, editada por J. Reverte y dirigida por Ludolfo Paramio (Madrid). Esta entrega se ocupa del estado de la izquierda europea (E. Hobsbawm, P. Bravo), del eurocomunismo (S. Juliá, L. Paramio y M. Azcarate) y de problemas de teoría y estrategia socialista (E. Laclau, J. Nun y otros).

Viene de página 4

política, quedando así totalmente tapada la cuestión antimperialista, muestre de lo cual es, entre otras, el marginamiento del Centro de Ex-combatientes.

3) Significado de la salida electoral

a) Para el imperialismo, la extenuación del modelo monetarista a nivel internacional, le obliga a buscar nuevas formas de extracción de la plusvalía. Esta política económica, que tan suculentas ganancias le diera durante años, es inviable ya porque al imponer una profunda redistribución de los ingresos en beneficio de un sector minoritario de la burguesía -la suboligarquía financiera- desarticulando por consiguiente el aparato industrial, se llegó a la imposibilidad de reparto de las ganancias y de pagar una deuda externa de acelerado crecimiento; además el descontento popular va cambiando el eje de la lucha de clases.

La presión de los capitales europeos y japoneses para penetrar en la recomposición de la economía argentina, dada su prolongada crisis que le obliga a buscar imperiosamente colocar sus excedentes en nuevos mercados, es un segundo factor.

El tercero es el elemento de inseguridad que representaba una dictadura irresponsable, aventurera y que había perdido todo tipo de apoyo del resto de la sociedad política para encarar planes de ningún género.

Un último ingrediente es la política del imperialismo yanqui en el Cono Sur en función de Centroamérica, su imposición de regímenes democráticos como colchón para amortiguar las luchas por una democratización real. Así como cualquier burguesía nativa, también el imperialismo recurre a diversas formas de dominación -entre ellas la democracia formal- según el caso.

b) Para la burguesía argentina, también a ella la quiebra de la dictadura le impide impulsar plan alguno, y conlleva el riesgo de una desestabilización manente; debe, por tanto, desembarazarse de esta desconfiable dirección.

El agotamiento del plan monetarista permite la disputa ordenada por un reparto más igualitario del valor excedente. Al mismo tiempo, y por esto, se da la necesidad de una administración que tenga el suficiente consenso para poder negociar en mejores términos con la burocracia sindical evitando los altos costos sociales a que la iba llevando el gobierno militar.

Así es que en este contexto -con un elemento inédito de crisis en los aparatos políticos de la clase dirigente- como es el fraccionamiento de las FFAA por primera vez en veinte años- se orquesta al gobierno Bignone como una salida de crisis -de crisis porque no representa un proyecto a broquelador de toda la clase dirigente a largo plazo, sino tan sólo el de una retirada ordenada de un sector agotado, siendo su objetivo pasar el control de poder a una fracción burguesa que sí aglutine al conjunto de la clase dominante-, recibiendo el apoyo de la Multipartidaria, fundamentalmente, mostrando el auxilio de un sector de la sociedad política -los partidos burgueses- al que ha perdido la hegemonía: se trata de resolver la agudización de la inestabilidad constante de la sociedad política argentina.

II EL DESARROLLO PRE-ELECTORAL

1) Se contaba una aceleración del tiempo político a partir de la apertura de las campañas de los partidos en vistas a las elecciones (actos del P.C. y de

Renovación y Cambio en el Luna Park en los últimos meses del '82 y sobre todo a partir del verano del '83). Esto implica un ajetreado ritmo de trabajo en base al establecimiento de alianzas y pactos abiertos o encubiertos entre las fuerzas burguesas, de compromisos entre los partidos y la fracción gobernante sobre qué temas tratar y cuáles ocultar, la lucha por el reconocimiento legal de algunas de las fuerzas de izquierda, etc. Se va desplazando el eje de referencia de la sociedad política hacia los partidos, pasando a segundo plano la dictadura.

2) Como eje de todo este desarrollo, aparece la configuración por parte del gobierno militar, de todo un sistema jurídico restrictivo que es asumido sin verdaderos reparos por el conjunto de las fuerzas burguesas.

a) La proscripción es uno de los elementos claves de tal sistema restrictivo, fuera aquella implícita o no: la imposibilidad de votar para los exilados, para los detenidos liberados poco antes de las elecciones, hace calcular en unos 2,5 millones los argentinos que no pudieron votar.

b) La impugnación sería el otro elemento operante de aquel condicionamiento. La justicia electoral a través de complicadas reglas traba el reconocimiento de los partidos de izquierda, demorándolo formalmente hasta último momento, cuestionándolos ideológicamente, etc. Además, aquella no prevé el caso de esos partidos que no pueden fiscalizar todos los distritos en que se presentaron, facilitando las componendas entre las fuerzas mayoritarias.

c) El sistema electoral, en base a partidos nacionales y provinciales es antidemocrático, ya que favorece las fuerzas políticas con grandes aparatos en relación a los partidos de accionar más focalizado (como el P.I.). El voto indirecto (a través del Colegio Electoral), el sistema D'Hont de distribución, son otros tantos síntomas de una convocatoria electoral menos democrática que lo que la salida electoral quería hacer creer (que la de Lanusse, por ejemplo).

La burguesía se favorece con el Código Electoral permitiendo reconstruir sin sobresaltos su hegemonía.

d) Las consecuencias de este eje condicionador del proceso electoral se dan en dos sentidos: una polarización política entre peronismo y radicalismo y, en menor medida, una polarización geográfica entre caudillismo provincial y partidos nacionales.

3) Composición social del electorado: un vistazo a ésta revela:

a) una debilidad numérica relativa (piénsese en 1973) de la clase obrera; consecuentemente, un crecimiento parcial del lumpenproletariado; un aumento artificial del sector terciario; un contradictorio reagrupamiento burgués (los sectores financieros votan de distinto modo al de los demás sectores dirigentes); una impasse de las Fuerzas Armadas; un eclipsamiento de la Iglesia en relación a su reflotamiento previo de intensa y decisiva actividad en tanto círculo coordinador de los sectores militares y político burgueses en pugna.

b) esto trae aparejado para los elementos de vanguardia por una parte, la atomización de la inclinación popular, que no es sino expresión de la atomización de las sociedades política y civil en la Argentina actual. Tampoco la derecha o los mismos partidos centristas logran o se interesan en hacerlo estructurar alianzas electorales; recuérdese el '73, FREJULI, APR, ARF, ... y la dispersión aún se notará más. Ello está señalando la limitación objetiva para la conformación de una alternativa de izquierda y dispersa el aparato de combate de la clase obrera, que le dispute el terreno a la burguesía, la que así

logra una hegemonía ideológica-organizativa que se traduce en hegemonía política; por otra parte, tras la impasse de la clase dirigente, se conforma una sociedad civil fuertemente controlada por aquella: la polarización creciente y evidente, se enmarca dentro de esta hegemonía burguesa que permite ver dónde estaba la clase obrera y cómo se venía preparando el resultado del 30 de Octubre y la relación de estas tendencias reales con los análisis previos de la izquierda.

4) ¿Un nuevo bloque histórico?

Tras la quiebra de la hegemonía de la suboligarquía financiera, se fue dando una serie de realineamientos en el seno de la burguesía, tendiendo hacia un nuevo polo.

No se trata sólo de una nueva y mera alianza de clases y de sectores de clase. Está presente la apremiante necesidad, para la burguesía, de salir de la crisis económica y de su forma de dominación. Hay una vocación de reconstruir la capacidad productiva de la Argentina como una instalación bien montada para extraer eficazmente plusvalía, reduciendo la capacidad ociosa, absorbiendo la desocupación, posibilitando una recuperación del aparato productivo -sobre todo en su sector más golpeado, el industrial- que permite a los sectores mayoritarios de la clase dirigente conducir sus intereses de forma tranquila y a largo plazo, sin riesgos de tener que caer en la aceptación de planes como el de Martínez de Hoz; en lo político, esto se condice con la necesidad de acorrallar y educar a los sectores golpistas-autoritarios que dieron suficiente muestra de los peligros que su proyecto entraña para el interés burgués en su conjunto.

Al igual que el sistema de la "democracia fraudulenta" de la década infame, que el primer proyecto peronista, que incluso el "Onganía", el sector de Alfonsín se propone y organiza un sistema de dominación general basado en una correlación de fuerzas determinadas entre distintas clases y fracciones asentada sobre un proyecto global (económico, político e ideológico), articulando fuerza y consenso. En este sentido podemos hablar de alfonsinismo más que de radicalismo, ya que aquel intenta estructurar un nuevo bloque histórico, impulsando un modelo movienmentista que desborda los marcos de la UCR como partido.

III- LA IZQUIERDA ANTE LAS ELECCIONES

La actitud adoptada por el conjunto de la izquierda es analizable en dos campos, según que la posición que tomaran ante el peronismo fuera o no de apoyo.

1) El eje en torno al P.J.

Uno de los comportamientos más "curiosos" en relación al proceso electoral es el vuelco de una gran franja de los partidos que se dicen de izquierda hacia el peronismo; vuelco -pese a la aguda retórica de ciertos dirigentes- crítico y oportunista y paradójicamente, poco oportuno. En verdad, y tal como se desprenderá del análisis que efectuaremos más adelante del peronismo (IV, 3), la situación e imagen que éste presentara al conjunto de la sociedad civil -anquilosamiento, prepotencia, pero más que nada decadencia histórica- el momento elegido para, con seguridad al menos indicado para hacer semejante "seguidismo"; el oportunismo radica en la expectativa de -con la excusa de apoyar y seguir al movimiento obrero- ganar algo en la segura descomposición que sobrevendría a este barco que se hundía, el tiempo de participar de alguna manera, mediante el previsible triunfo del P.J., en el reparto de puestos.

Del FIP se puede decir en muy escasa medida que su conducta fuese curiosa (tratándose de J.A. Ramos todo puede ser normal, ya que, creemos, es el "político" que con más eficacia agota la capacidad de asombro de los demás), puesto que es coherente con su nacionalismo populista y su apoyo al peronismo desde tiempo atrás.

En cuanto a los partidos socialistas varios (PSP, PSA, PSU...) ese alineamiento revela, de un lado, la incapacidad de reagrupamiento político independiente o propio, de las organizaciones salidas del "viejo tronco socialdemócrata", la imposibilidad de hacer surgir un proyecto común, siquiera organizativo. De otro lado, ese apoyo muestra aquella aspiración burocrática arribista que señaláramos unos párrafos arriba.

Lo del P.C. es lo más significativo. Descubre en estos años que el eje de la lucha es (como en el '73 para el FREJULI) "liberación o dependencia" y se le ocurre que es justamente quien apenas lo levanta o lo hace retóricamente, el movimiento susceptible del apoyo comunista. Para que los "comunistas y peronistas juntos para la liberación" pudieran realizar, efectivizar sus planes se impondría la hegemonía de los sectores obreros combativos del peronismo en el P.J., la perspectiva de una real lucha impulsada por el P.J. contra la dictadura, apoyándose en la movilización de masas, entre otros factores. Para el P.C., en cambio, basta con que se aprecie una quiebra del verticalismo... Quizás el retorno de la Señora desde Madrid y lo que este implica, dé que pensar a Fava y demás camaradas.

La fiebre del apoyo izquierdista al peronismo ganó a casi todos los partidos, aún a quienes no se presentaron a las elecciones, como el MDP, el PTP, el PL, el PORP.

2) Los partidos trotskistas.

En este panorama, solamente el MAS y el PO, caracterizaron acertadamente al peronismo y al radicalismo, en líneas generales, como meras contraccaras y, a la elección entre alguno de ellos, como una falsa opción. Pero de ahí no dedujeron ninguna necesidad real de un frente verdadero, como no fueran los remedos de él a lo que se refirieran con ello.

a) Caracterización de la situación y propuesta partidaria.

Incluso con los riesgos de pérdida de matices, de anulación de las diferencias reales entre el PO y el MAS, como también ellos conforman, en lo esencial, una misma realidad de la que cada uno representa un polo, veremos sus análisis globalmente.

La manera en que caracterizan la coyuntura política es clásica de estos genuinos representantes del "catastrofismo revolucionario": período de "revolución socialista en marcha", "situación revolucionaria" (MAS), período de "ascenso obrero", "de alza de masas", inminencia de la apertura de un "proceso revolucionario" (PO). Con estas definiciones no es de extrañar que estas organizaciones surgidas con la perspectiva de la construcción -en lo inmediato- de partidos socialistas y proletarios, hagan el eje de la lucha en el combate por el socialismo ("... de la mano del socialismo, la dictadura se va a acabar", "¡socialismo, carajo!" "... sin socialismo no hay solución" eran y son algunos de los fervorosos cánticos del MAS) o por el gobierno obrero -lo que no es más que la expresión política de ese sistema social- ("nosotros somos del PO, queremos un gobierno obrero y del trabajador", "¡luchar, crecer, obreros al poder!" los

cánticos también fervientes del PO).

b) Posición ante el Frente de izquierda.

Con tal visión de la hora argentina actual, no tiene por qué sorprender la posición que tomaran ambos -con la distinción que merezca esa posición según el partido en cuestión- en relación a un posible frente electoral de la izquierda y, aún, de alcance más amplio que el electoral.

La "discusión" que ambos llevaran a cabo entre sí no nos permite verificar quién tomó la iniciativa, pero esto es irrelevante dado que, como veremos, cada partido tenía tanto interés real -no declarado- en hacer el frente de izquierda como podrían tenerlo Alsogaray y Videla.

Si la situación es de una "revolución socialista en marcha" no cabe duda que no habrá razones para pensar en un frente más amplio que el clasista. PO, al menos, tiene más visión del problema nacional y democrático que el MAS, al levantar un Frente que, en su propuesta teórica, era legítima para incluir en su llamamiento al PC y al FIP o incluso al PI e IMP. Estos partidos o corrientes pequeño-burgueses, sino burgueses directamente, según la implacable lógica del MAS, no respondieron -muy verosimilmente, por supuesto- al planteo del PO por lo cual éste no tuvo reparos, cuando el único partido que quedaba diciendo querer conformar una alianza era el MAS en cambiar el carácter del frente, dejando ya de requerir para éste un programa antimperialista para poder levantar uno clasista: como muy bien se señala en Nueva Presencia (2) lo que importaba para hacer la unión no era la situación política del país sino el tipo de partidos que se presentarían para estructurarla: la idea del "frente promedio", la alianza como resultante del término medio de los partidos componentes, una especie de cóctel "político". Pero el MAS, por su lado, desechara a las organizaciones mencionadas como no revolucionarias, ¿a quién entonces, llamó Visconti en el Luna Park para hacer "la gran interna de las corrientes socialistas"? ¿Al PSP, a la CSA, al PSA? ¿Al PSD, acaso? ¿Serán estos grupos los verdaderamente revolucionarios y obreros?

Anteriormente, hemos señalado (II, 3) las barreras objetivas para el frente de la izquierda. Aquí hemos podido ver, los límites subjetivos para ello. El oportunismo del vuelco hacia el peronismo, o el intersectorismo trotskista, son componentes suficientes de esta frontera subjetiva. Es verdad que, dadas las limitaciones externas, la estructuración del frente no hubiera revertido fundamentalmente la situación, pero no es menos cierto que aquellos límites no son fatales ni inamovibles, que ni se intentó seriamente combatirlos, que la izquierda en su conjunto -con sus grandes diferencias y de responsabilidad según los casos-, es principal hacedora de su fracaso y aplastamiento.

IV- LOS RESULTADOS DEL 30 DE OCTUBRE.

La abrumadora diferencia a favor de la UCR y la extrema polarización del voto son los rasgos distintivos del saldo electoral.

Las reacciones ante el precipitado sesgo -en ambos aspectos- son, como se podrá ver, previsibles: en el peronismo, su aparato se vuelve sobre sí mismo y denuncia "manipulación" de medios de comunicación cuando no se adjudica,

(2) Vex Brocato, Carlos, El fracaso del frente de izquierda, lug. cit., 21-10-83, p. 9.

directamente, triunfos inexistentes (ver "La Voz" del 31-10, su primera edición, donde aparece un reportaje al "consagrado gobernador electo" de la Provincia de Buenos Aires, Herminio Iglesias); en el radicalismo se supera la sorpresa de un triunfo que ni el propio Alfonsín esperaba, al menos en tales términos (ver "Tiempo Argentino" del 30-10, donde Alfonsín declara: "No sé si ganamos, pero por lo menos no vamos a perder por goleada"); la izquierda, en su gran mayoría, deberá esperar varios días y atrasar sus órganos de prensa para "explicar" lo sucedido.

1) *La sociedad civil*, polarizada en los términos que describiéramos, "op-ta" entre radicalismo (alfonsinismo) y peronismo según la imagen que de ellos captara: ve en el peronismo una parálisis política, el matonaje -ya no sólo de la burocracia sindical-, el posible retorno del autoritarismo y la violencia de los años '73-'76; el peronismo en su conjunto es para ella el fenómeno que muestran Soriano y Olivera en "No habrá más penas ni olvidos", un fenómeno que Luder y cia no se preocuparon en autocriticar ni siquiera con un criterio electoralista. En el radicalismo la población ve lo contrario; las banderas que pudiera haber levantado otrora el peronismo, enarboladas dinámicamente, las iniciativas de Alfonsín en el campo de las libertades democráticas, la prédica antimilitarista decidida. Al igual que en algunos izquierdistas solitarios, el grupo de la sociedad civil cree que la alternativa es: autoritarismo-fascismo o democracia y vota en consecuencia.

2) *La UCR* centró su campaña, en efecto, en una idea "movimientista" amplia, dándole un carácter ágil a su proyecto político que, de alguna manera, no era antitético al del peronismo. La utilización de la denuncia del pacto sindical-militar, sumó a su manifestación de "efectivo opositor" a la dictadura, el mérito de enfrentarse a uno de los sectores más odiados por la mayoría de las masas: la burocracia sindical; no importa que esta denuncia estuviera englobada en la ideología burguesa para las masas pues ya vimos que en este marco se da precisamente, el proceso electoral. La preeminencia en su campaña, del "respeto" a la democracia, su iniciativa en ese plano, el repudio abierto a la ley de autoamnistía (a diferencia de la torpe justificación que hiciera Luder), fue otro ingrediente clave para conformar un proyecto político capaz de interesar y atraer a un gran espectro del electorado: en la necesidad de sortear la crisis económica su plan es el más sólido para la burguesía -sin el peligro de algún desborde "populista" como ocurriría con el peronismo-; en la cabida que le da a la lucha por los derechos humanos -la investigación, el castigo de los responsables máximos, pero todo por vías ordinarias- para una pequeñoburguesía que no quiere más violencia ni sangre y que tampoco pretende extender "un problema de las Madres" a un problema para la sociedad; en la prudencia y desapego a medidas extremas en general, tan caras ambas a las clases medias; en la prometeda lucha contra el matonaje sindical y la alternativa que ofrece ante los desacreditados dirigentes, para la clase obrera; todo esto enmarcado y mediado por la expectativa de una reversión de la situación económica, aporta elementos para la comprensión del vuelco de más de la mitad del electorado hacia Alfonsín.

3) En esa falsa alternativa, es fácil ver que el *PJ* representó justamente lo contrario de lo antedicho para la población. Y, si bien se recordará, como dijo Alfonsín, el 26 de octubre, que los "grandes proyectos populares" no diferían en sus objetivos básicos sino en los "hombres y los métodos" para ejecu-

tarlos, observaremos que precisamente porque los métodos no son los mismos, los objetivos habrán, forzosamente, de cambiar; en otras palabras, un mismo fin podrá ser alcanzado o no según el medio planteado: no es indiferente, entonces, la forma al fondo.

De su organización partidaria el justicialismo sale debilitado y desgastado por su lucha interna, en la que los sectores combativos se ven desplazados -no solamente Intransigencia y Movilización sino incluso "los 25" que apoyan a Cafiero-. En el radicalismo, en cambio, los relegados son los sectores conciliadores con el peronismo y, aún, con la dictadura -Línea Nacional-; pero resuelta la interna radical, y con bastante antelación a la peronista, esos sectores apoyan y, en tanto no contradiga la política "movimientista" de Alfonsín, son integrados a la conducción, dando una imagen de unidad y coherencia.

El Partido Justicialista se presenta con la prepotencia de su aparato sindical, la ausencia de sus ramas femenina y juvenil, el desplazamiento de su sector profesional y el anquilosamiento de su aparato político. A las críticas del radicalismo responde evasivamente o con insultos, al eje democrático de la UCR opone el eje de la liberación -totalmente vacío y prostituido en su boca-, a la adhesión de Alfonsín a la marcha contra la amnistía del 19-8, la adhesión de Cafiero -que sería desplazado- y el silencio de Luder. Así, el P.J. no hará más que seguir el ritmo que le marque la UCR; y sólo tras el acto radical en Ferro es que el peronismo decide convocar a un acto en Capital -Velez- y la enorme multitud reunida el 26-10 en el Obelisco por Alfonsín induce otra vez a cambiar los planes al P.J. y a seguir los pasos a la U.C.R.: la última puntada radical -el 30-10- ya no podrá ser emparejada. Dejando en manos del radicalismo las "banderas históricas" que le caracterizaran, y no pudiendo contraponer el em-bate de éste en los planos de lucha democrática, el peronismo permite que su rival gane -y aún en el marco de la polarización- extenso terreno a la izquierda (caso P.C., sectores periféricos del M.A.S. y del P.O.), del sector estudiantil y pequeñoburgés radicalizado y del proletariado de las zonas de mayor concentración y peso específico, ámbitos estos -sobre todo los dos últimos- que fueran patrimonio y avanzada del voto del FREJULI en el '73. Aún la derecha, viendo el acorralamiento progresivo del peronismo a medida que se acercaba el 30-10, y considerando su dudosa confiabilidad, le dio la espalda, asegurando la diferencia porcentual dada.

El peronismo, entonces, mantiene el grueso del voto de la clase obrera. La capacidad de seguir conservándolo es, empero, escasa, dada la agudización de su parálisis provocada por la crisis que significará su derrota, lo que hace que no tenga nada para atraer a los sectores obreros que todavía mantiene ni mucho menos para recuperar los perdidos; no hay ningún canal de movilización para ofrecerles. Incluso se da, especialmente en las primeras semanas después de la derrota, la necesidad de no descabezar violentamente la cúpula partidaria, pues esto entrañaría el riesgo de permitir el ascenso de representantes, encubiertos, de la derecha y el verticalismo; pero, al mismo tiempo, esta exigencia entra en colisión con la de resolver la crisis y dinamizar su propuesta lo más rápidamente posible para estar en condiciones de pelear el campo al alfonsinismo, que siguió cautivando y atrayendo peronistas tras las elecciones con, entre otras propuestas, la "democratización sindical"

La izquierda no se encuentra, tampoco, en condiciones de capitalizar esta

crisis. El momento esperado quizá durante largo tiempo la encuentra sometida al aparato político del P.J., y con muy escasa autonomía, pues, para ofrecer una alternativa. La política de "ganar el movimiento desde adentro" le impide tomar una iniciativa enérgica capaz de erigirle en la fracción hegemónica (el conflicto del diario La Voz ilustra hasta las profundas divisiones en su propio seno, a la vez que el desconcierto del peronismo en su conjunto para intervenir en él)

Si alguien podría especular en aquel momento (noviembre) sobre la posibilidad de que el P.J. en su conjunto se volcara a la izquierda para combatir al alfonsinismo, intentando volver a la política del "peronismo histórico", expectativas que pudieron creer ser confirmadas por ciertas declaraciones de los exponentes retrógrados del movimiento como Imbelloni ("Vamos a ser los fiscales del gobierno, le vamos a pedir que cumpla con todas sus promesas") o Iglesias, verdadero "animal político", aunque en una versión que, pensamos, Aristóteles no ratificaría ("nosotros somos los defensores de las Madres de Plaza de Mayo"), tales expectativas, entonces, se pueden ver -llegada al país la jefa del movimiento, la Señora-, fácilmente desechadas. En efecto, las declaraciones de Isabel son la otra cara de su "sabio silencio" del exilio: su tipo de apoyo a Alfonsín ("es un presidente maravilloso" ¿en qué? ¿en lo político, en lo personal...?) sus "críticas" a la conducción del P.J. ("se perdió porque no se siguieron las enseñanzas de Perón", "se empujaban y se peleaban por el micrófono", no hay que cortar cabezas porque "hay cabezas que se cortan solas"), son tan faltas de significado como su pasado aislamiento español, a menos que se quiera ver en este tipo de actitudes de la Señora la sabiduría del protagonista, que personificado por Peter Sellers, retratara tan bien Kosinsky en "Desde el Jardín".

4) Los análisis de la izquierda.

Ya hemos señalado (en III) la limitación auto-impuesta del conjunto de los partidos y corrientes que se reclaman del movimiento obrero a través de su profunda división para su participación en esta lucha política. Esa frontera, implica y a la vez viene dada por los exitistas pronósticos que "elaboraran" para las elecciones. El aplastamiento del 30-10, especialmente del PC, del MAS y del PO, nada grave significarán, como se verá, para ellos: cada uno se formulará -a grandes rasgos- una línea en la cual la autocrítica no sea sino la forma coyuntural de mantenimiento de militantes y periferia. No es de sorprender en absoluto, lamentablemente, la incapacidad de estas organizaciones en realizar un balance político, en saldar interpretativamente su conflicto con la realidad. Así como su "fracaso" frentista, su aniquilamiento electoral, su imposibilidad de análisis científico no ideológico en lo que este último conlleva de falsa conciencia condicionará, y gravemente, nuestro futuro político, la aptitud de las masas para la lucha global, la capacidad efectiva de combatirle a la burguesía su iniciativa y su hegemonía actuales.

a) La "autocrítica" del P.C.

El descalabro electoral de la izquierda asume en el Partido Comunista una notable dimensión. El hecho de que haya habido una "rebelión" en contra de su dirigencia con respecto al voto a presidente y vicepresidente, y de que ya obtenido un diputado son rasgos más que evidentes.

Unos argumentos tecnicistas (la UCR efectuó "una campaña electoral más efectiva" a diferencia de la "campaña gris" del P.J.) (3), idealistas (la ma-

yoría de la población "creyó" que el "anhelo de democracia" "sería mejor garantizado por la UCR", aunque por qué, se investiga...) (3), preceden al análisis social superficial del porqué del triunfo radical.

En cuanto a las razones del fracaso partidario, el P.C. da cuenta de los "fuertes prejuicios antiperonistas, en algunos sectores, que aún no hemos podido vencer, y la incompreensión de la esencia de nuestra línea, que aún no hemos podido superar (...) nos han restado también otras decenas de miles de votos". (4). En otro lugar se insiste con la "incompreensión de la posición adoptada, insuficiencias, errores y debilidades en la instrumentación de la campaña..." o se señala el peso de "una importante franja de viejos militantes, a veces portadores de resabios sectarios particularmente sobre el peronismo-, y el masivo ingreso de nuevos afiliados, provenientes, en lo fundamental del justicialismo. En éstos, seguramente, influyeron los conflictos con sus antiguos dirigentes. Ambas circunstancias operaron negativamente y restaron votos. (5) Esto en cuanto a los elementos autocríticos, pues el P.C. señala factores externos, también, como la polarización, los afiliados menores de dieciocho que no votan, los no empadronados, etc.

De todos modos cabe que nos preguntemos: ¿por qué no se pudieron superar esos prejuicios, por qué no se comprendió la esencia de la línea comunista? Hasta aquí llega la "autocrítica" del P.C.

¿Y cuál es su posición marxista ante el alfonsinismo? "Apoyaremos todas las medidas positivas y criticaremos todas las decisiones negativas del gobierno"; nada menos! Apoyar lo bueno separándolo de lo malo censurable, lo positivo y lo negativo cada uno por su lado! ¿Que viva la dialéctica!

b) El balance del P.O.

El del Partido Obrero es, quizás, el intento más serio y profundo en cuanto a interpretar los resultados electorales. En efecto, seis de las ocho páginas de *Prensa Obrera* Nro. 38 (3-11-83) se dedican a interpretar el resultado electoral, habiendo emitido, al día siguiente del triunfo de Alfonsín, un comunicado de prensa en el que expone lo esencial de su análisis.

P.O. comienza reconociendo claramente que el triunfo radical aniquiló a la izquierda; también es meritorio que vea que la burguesía hegemonizó por completo la salida electoral lo que significa "todo un signo del gran atraso político de la clase obrera." (6).

Explica el resultado por la cuestión democrática, en el sentido que Alfonsín capitalizara su denuncia del pacto sindical-militar y que encarara dinámicamente "la aspiración democrática elemental de todas las capas de la población". (7) También ve como todo el mundo el carácter policlasista del voto.

Lo singular comienza cuando analiza el rol de la izquierda. Esta paga su incapacidad de agruparse en un frente independiente, según P.O., debido a que el PC, IMP, FIP y chinos representaron el ala izquierda de un planteo regimentador del imperialismo, por un lado; y, por otro, el PI y el MAS, sólo "hicieron

(3) *Qué pasa* Nro. 142, 9-11-83, p. 2.

(4) *Idem*, *ibídem*, p. 3.

(5) *Id.*, *ibídem*, p. 7.

(6) *Prensa obrera*, cit., p. 2, col. 4.

un planteo de democratismo formal y aventurero" siendo que el primero "no representó nada diferente al alfonsinismo, ni en planteo político ni en social" (8), en tanto que el MAS levantó un programa indefinido: primero "el socialismo democrático (¡a lo Felipe González!), luego, la deuda externa (¡a lo Celso Furtado!) (...). Fue un planteo burgués de pies a cabeza". Entonces ¿para qué lo llamo P.O. al P.I. a un frente? ¿Tan sólo para tratar de ganarles gentes? ¿Y al "MAS burgués proimperialista"? ¿No le tenía horror a los "frentes populares"?

Por supuesto, que dentro de la izquierda, la posición del P.O. es intachable, ya que "planteó toda (!) una campaña por el frente ant imperialista de toda la izquierda" (9) ¡"Toda una campaña"! Desde mediados de julio y sin insistirles a los partidos que no respondieron ni combatir por su efectivización, cambiando el carácter del frente cuando la disposición como dijéramos antes (en III, 2) se centró con el MAS.

En cuanto al carácter del voto, este sería "políticamente burgués y conservador" (10), pero desencadena "un hecho de posibilidades revolucionarias". No sabemos debemos confesarlo- qué es lo más grandioso de esta frase: como ya no sería de marxistas ni marxianos sino, simplemente, de marcianos hablar, tras el 30-10, de "situación revolucionaria", "período revolucionario" conceptos precisos y definidos, P.O. nos habla de "un hecho" ¿Cual? ¿qué es un hecho? ¿un suceso? ¿un proceso? lo ignoraremos en tanto no conozcamos la epistemología histórica del Partido Obrero. "Posibilidades": pero si un "hecho" es de "posibilidades revolucionarias" también lo será -y en la misma medida, mientras no aclaremos en qué se basan, qué alcances y a través de qué ritmos pueden desarrollarse estas "posibilidades"- de posibilidades contrarrevolucionarias, ¿o la historia es fatal? Las posibilidades revolucionarias -y todo porque el alfonsinismo no conseguirá, según P.O., evitar la debacle de los aparatos burocráticos que sostuvieron, aliados a los militares, al Estado burgués- sólo pueden ser, en el marco del proceso histórico que se da en la Argentina -y muy especialmente después del 30 de octubre- la excusa con la que P.O. pretenda mantener militantes decepcionados de que no se abra en lo inmediato -o no se haya abierto ya- una situación revolucionaria o mejor aún, una revolución; las "posibilidades revolucionarias" son, no cabe duda, la razón misma de la existencia del Partido Obrero.

Pero se "ha desencadenado un hecho" como el referido, ¿qué tareas se darán?; para P.O. (ver portada de Prensa Obrera Nro 38 y el comunicado de prensa citado, en la página 8 del mismo Nro) son tareas sindicales, con la excepción de la de derechos humanos, relativamente- que si bien sabemos pueden convertirse en políticas, no se dará tal cosa en el marco de un planteo semejante, si bajo un "hecho de posibilidades revolucionarias" no formulamos meramente luchas gremiales.

3) La "explicación" del MAS.

La del Movimiento al Socialismo es, a todas luces, la más pobre de las

(7) Id., ibíd., col. 3.

(8) Id., p. 6, col. 1.

(9) Id. N. 8.

(10) Lug. cit., p. 8.

interpretaciones sobre el 30 de octubre, pobreza querida -lo que se evidencia en el espacio que le da Solidaridad Socialista Nro 48 (dos páginas de las ocho) y en la ausencia de un trabajo articulado- son notas sueltas sobre aspectos parciales cada una.

También el MAS, según parece, (a semejanza del P.O., que nos dedica dos páginas las cuatro y cinco del Nro 38 de Prensa Obrera para demostrarnos que lo pronosticaron todo) previó el triunfo alfonsinista "que ya se insinuaba desde tiempo antes del comicio".

El porqué del resultado no está en "Alfonsín ni la UCR sino (en) el movimiento justicialista. La victoria de aquéllos se explica por el fracaso de éste" (11) Y el fracaso de éste, suponemos, se explicará por la victoria de aquéllos. La UCR triunfa a expensas de "las grandes aspiraciones democráticas" (12) de la sociedad civil argentina, que no podrían ser cumplidas por el peronismo, contra el que se votó para que "podamos vivir un poco mejor" (13). El peronismo fracasó porque "no puede liderar la lucha obrera y popular" (12).

En cuanto a la izquierda "la falta de un frente socialista sirvió a Alfonsín y Luder" (14). "Si la izquierda socialista se hubiera unido en un frente como el que propusimos desde el MAS y desde Solidaridad Socialista, para presentar una sólida alternativa, clara y distinta a los viejos partidos patronales, parte de esos sectores obreros y populares (que votaron a Alfonsín o Luder) la habrían votado" (14) Esta tautología es todo lo que nos dicen del descalabro de la izquierda, como no sea, para variar, que la responsabilidad es de los demás, "de las direcciones del PC, el PSP, el FIP y el PO, que prefirieron confiar en algún sector patronal o en su propio sectarismo" (14) ya que el MAS quedó incólume, ya que "solamente el MAS, que mantuvo un programa ant imperialista y socialista y llamó a no confiar en los viejos partidos, mantuvo el voto de sus afiliados" (14) argumento con el que obvian el "error de cálculo", en cuanto a los votos (no menos de 400.000 y ¡hasta un millón! según el militante que nos tocara) que esperaban obtener. Esta diferencia no importa ya que, por ejemplo, el MAS obtuvo "1,66 % en Rafael Castillo y 1,43 % en Isidro Casanova (La Matanza) o 0,92 % en Dock Sud (Avellaneda)" (14) algo clave, nos imaginamos. De modo que "sigamos construyendo un partido socialista obrero, revolucionario e internacionalista" que aquí no pasó nada y para acompañar "la experiencia de los trabajadores" "exijamos a Alfonsín que cumpla". Tal el saldo que saca el MAS.

El fracaso de un polo frentista ant imperialista le da al voto por Alfonsín de una parte de la izquierda un carácter especialmente pragmático: nadie, aun sabiendo que no peleará -ni mucho menos- el triunfo, decide votar por la construcción de una alternativa posible, por la cimentación de una futura opción.

5) Carácter político global de la votación.

Una primera visión de los resultados permite apreciar una derechización relativa de la votación en cuanto a lo que fuera la del '73, derechización que se-

(11) Solidaridad socialista, cit., p. 1, col. 2.

(12) Idem, ibíd., col. 3.

(13) Id., ibíd., col. 1.

(14) Id., p. 2.

ria expresó directa de la diferencia de proyectos entre los programas del FREJULI y el alfonsinismo, que está revelando, a su vez, la diferencia de los desarrollos históricos del '69-'73, que tiró abajo a la dictadura, y del '81-'83, que miró y esperó la caída del gobierno militar.

Varios son los elementos que hacen a este giro. En primer lugar, apuntaremos el desplazamiento del eje de la lucha por la liberación y el antimperialismo (que desembocara en la "primavera camporista") hacia el de la democracia poco definida opuesta al "corporativismo-fascismo". Por otra parte, la falta y la imposibilidad del planteo de una alternativa por la liberación marca un cierto éxito del "proceso" militar: se refuerza la dependencia del país respecto del imperialismo al tiempo que se estrechan los lazos y acuerdos entre éste y nuestro establishment y los diversos programas económicos de la sociedad política son cuidadosamente consultados y "lavados" con las grandes empresas multinacionales, dándose una absoluta regimentación en cuanto a la deuda externa. Finalmente, podemos ver, derivado de este análisis, limitados intentos nacionales (compárese Grinspun con Gelbard, por caso); esto trae aparejado un cambio de frente de la clase dominante - haciendo salvedad del proyecto iniciado en marzo del '76 - en relación a los peligros de dejar en manos del aparato político-militar los factores de la cuestión nacional.

Pero aquella primera visión no puede obviar el terrible retroceso - aún físico - que sufrieran las masas trabajadoras en la Argentina a partir del golpe de Videla y cía. En este sentido, el voto de algunos de sus sectores en contra del movimiento que llevó a aquel golpe de Estado, encierra un carácter - dentro del marco antedicho - relativamente progresista.

En síntesis, el voto expresa una contradicción entre las legítimas aspiraciones democráticas - aunque de contenido muy limitado, por no plantearse, ni basarse en una lucha antimperialista que le dé efectividad, realidad a esas aspiraciones - y la "democracia" caída del cielo, otorgada por la clase dirigente por su propia conveniencia y por imposición del imperialismo, recibida y no conquistada.

V. Perspectivas del Gobierno de Alfonsín.

1) El nivel económico:

a) La dictadura militar ha legado al "gobierno democrático" una estructura económica diezmada por el agio y la hiperexplotación. La capacidad ociosa de la industria puede estimarse a grandes rasgos en un 40 % con la consecuente creación de un monstruoso ejército industrial de reserva. El producto bruto interno disminuyó en términos absolutos, potenciando a la vez la caída del ingreso per cápita. Las reservas en divisas sufrieron una drástica caída, producto entre otras cosas, de la evasión de capitales nacionales al amparo de un dólar subvaluado. Sumado a esto, el endeudamiento externo, reconoce un récord por habitante a escala mundial sin que un solo dólar pueda corresponderle en la inversión de bienes de capital. Este estado de cosas, que delineamos a muy grandes rasgos, tiende a condicionar decisivamente las posibilidades concretas del alfonsinismo de estructurar una estrategia productiva que permita revertir esta situación otorgándole un mayor margen político de maniobra.

b) El gobierno radical se propuso corregir en parte estas desviaciones que, llegado un punto, hacen peligrar los intereses de la burguesía en su conjunto.

Ello implica que debe procurarse una redistribución del ingreso algo más equitativa que el que aplicó la dictadura en favor de la suboligarquía financiera, un reparto más homogéneo en favor de la burguesía en su conjunto. Para esto será necesario un moderado intervencionismo estatal que manipule el crédito y fije límites precisos a la actividad bancaria y financiera. Al mismo tiempo, se propone reducir el déficit fiscal para limitar la emisión monetaria y consecuentemente la inflación, dentro de los estrechos límites que al mismo tiempo le presenta su pretendida política de desarrollo en materia de salud y educación. La recuperación del aparato productivo se basa exclusivamente en el aprovechamiento de la capacidad instalada, cosa que conjuntamente con el manejo de la política crediticia que la acompañe, le permitirá reducir en parte el elevado índice de desocupación-subocupación tendiendo a la vez a un aumento pausado de la demanda global. Por lo dicho, surge a las claras que la política económica de Grinspun no se impone un plan de desarrollo nacional, sino simplemente una modificación parcial de la penuria actual. Desde ya esto resulta imposible sin modificar las relaciones de propiedad que históricamente han frenado tal desarrollo.

Podría concederse una cierta expectativa en favor de un mayor incremento de la actividad productiva, en la medida que el incremento de las tasas de interés, vuelque alguna proporción del ahorro interno hacia el campo de la actividad no especulativa, y en la medida que la lógica de inversión del imperialismo, le conceda algún interés al mercado argentino.

La abultada deuda externa exige un control estricto de la balanza de pagos, y una producción agrícola que permita un nivel adecuado de exportación. La capitalización del campo de los dos últimos años, lleva por objeto afrontar este compromiso.

c) En cuanto a las limitaciones, en el corto y mediano plazo, la reactivación puede impulsarse mediante recursos de alto potencial subutilizado que no precisen grandes inversiones: la tierra agrícola pampeana, la capacidad industrial ociosa y el ejército industrial de reserva. Pero para el largo plazo, una política que pretenda reestructurar el sistema económico desquiciado estos años, se topa con el estrangulamiento externo - un mercado regido por una lógica financiera especulativa, una colosal deuda externa, una profunda distorsión del sistema de precios, hiperinflación, etc. - y con la oligarquía financiera nativa, usufructuaria de esta deuda y detentadora de un fabuloso poder, pues controla el sector externo a través de la deuda y la economía interna mediante factores generadores de inflación.

"La mayor parte de las propuestas de los programas expuestos - escribe Néstor Lavergne antes de las elecciones - sólo analizan una mitad de este problema: el incremento relativo del salario y del ingreso de los sectores productivos. No se dice (o no se explicita, y queda, por lo tanto, confuso) si esta transferencia de riquezas a los que recientemente se han perjudicado, determinará simultáneamente una exacción a quienes ilegítimamente se han beneficiado con la especulación originada por esa misma distorsión de los precios. Porque si esto no ocurre, la transferencia que se pretende será solamente nominal, los incrementos de salarios y de ingresos para la producción no pueden salir del aire, sin una partida de la riqueza recuperada de la especulación que la sustancie. De lo contrario, si solamente se cuenta con el aumento nominal de salarios y de

recursos puestos a disposición de la producción sin una contrapartida de riqueza real, esta nueva modificación brusca de precios relativos originará una escala de hiperinflación sin modificar la actividad especulativa.

"La cuestión política y social implícita en el programa antiinflacionarista es la siguiente: sobre *quien* recaerán las consecuencias económicas de la necesaria variación que permita corregir las distorsiones actuales en el valor real de los bienes y sus precios relativos (...).

"El enfrentamiento político es con el capital especulativo financiero y el programa económico básico es de *dónde* van a salir los recursos para superar la crisis. Al no poder avanzar sobre estos dos temas, la propuesta populista repite, en condiciones aún más graves, la situación que llevó al desastre a la política del anterior gobierno peronista. La administración de la economía privada por el estado y el pacto social como único remedio a utilizar girarán primero en el vacío y más tarde se desintegrarán por la falta de recursos reales y por el poder hegemónico del capital especulativo financiero que está en la vereda de enfrente del pacto social." (15).

2) Derechos humanos

a) También en este problema la herencia de la dictadura -con lo grandiosa y monstruosa que ha sido la represión- condiciona al gobierno, el que a la vez será exigido por los organismos de lucha por los derechos humanos (especialmente Abuelas, Familiares y Madres), quedándole, pues, escaso margen de acción. Aquel está realmente necesitado, interesado en "resolver" y encarar en forma "equilibrada" este tema.

b) La metodología alfonsinista, en este campo, apunta a recortar el espacio político de los sectores golpistas y más reaccionarios, autoritarios, para evitar los costos históricos que acarrearán para la burguesía tomada globalmente. Así como en lo económico con la suboligarquía financiera, también en lo político se trata de establecer una convivencia con los círculos autoritarios de la clase dirigente; del mismo modo que para el plano de la economía, para la esfera de la política es necesario frenar efectivamente aquellos sectores, impidiéndoles la posibilidad del retorno a la hegemonía de la clase dominante. Es así que se disponen medidas que "investiguen" de alguna manera la cuestión desaparecidos y que tiendan a demostrar al conjunto de la población -que no votara por derechos humanos, lo que permite, en este sentido, un margen de maniobra algo más cómodo a Alfonsín, sin perjuicio de lo señalado en a)- que algo se está haciendo: formación de la comisión investigadora (inconsulta y prácticamente irrepresentativa), enjuiciamiento (militar!) de las tres primeras Juntas del "Proceso", creación de nuevas figuras delictivas como la de sedición para efectivizar ese recorte de espacios políticos del que hablamos.

Justamente ese margen de maniobra es lo que le permite al nuevo gobierno

(15) Levergne, Néstor, *El debate sobre el programa económico del gobierno constitucional*, Buenos Aires, Cuadernos del Bimestre, 1983, pp. 31 y 50. También puede consultarse: Schvarzer, Jorge, *Argentina 1976-'81: El endeudamiento externo como pivote de la especulación financiera*, Buenos Aires, Cuadernos del Bimestre, 1983, y, del mismo autor, *Martínez de Hoz. La lógica política de la política económica*, Buenos Aires, CISEA, 1983.

nombrar esa Comisión en lugar de una compuesta por los afectados, que se sugiere "parcial", "ideológica", porque pondría por encima de lo nacional el móvil individual, como si hubiera una contradicción entre el "dolor" particular de los familiares y desaparecidos liberados, y el interés general de la nación argentina, como si esa llaga "singular" fuera tan sólo eso, como si estuviera escindida de la herida universal, histórica, que sufre -aunque sólo sea conciente una parte de ella- nuestra sociedad civil; y esto como si los jefes del "Proceso" no fueran juzgados por parte interesada, la "justicia" militar. Para completar este cinismo -constitucional, al menos un real avance en relación al cinismo dictatorial- son equiparados el terrorismo de Estado y las organizaciones "subversivas" el aparato represivo impune e impunible en su accionar, y los intentos foquistas, Obregón Cano y Bidegain rápidamente detenidos y Camps y Astiz -por nombrar sólo a los ya conocidos por toda la población- en tren de viajeros.

c) Las limitaciones de este sistema operativo dependerán, en lo interno, de la eficacia del proyecto alfonsinista general: una reactivación económica que permita una recuperación, aun relativa, del salario real, puede hacer olvidar, quién sabe por cuánto tiempo, los derechos humanos a una sociedad civil sensibilizada pero no especialmente movilizad y concientizada por ellos. De esto, consecuentemente, se desprende que, en lo externo al gobierno, una articulación de esta lucha con la económica sindical, con las más sentidas para el conjunto de las masas, podría impulsar en forma profunda y feraz a la misma; la concientización y movilización que puedan ejercer los partidos populares (caso PI y Humanismo y Liberación con sus representaciones parlamentarias, el PC por necesidad como en el caso de Inés Olleros, IMP y JP, etc) en conformidad con los organismos combativos de derechos humanos, y a su vez con los de lucha sindical ser el primer paso en aquél sentido.

3) La cuestión sindical

a) Aquí, el lastre inicial lo constituye, para el gobierno radical, la relación política con el peronismo más cavernícola, impeliéndole a desembarazarse de éste: no hay posibilidad de diálogo.

b) Las medidas que se dará el alfonsinismo en el poder para revertir tal situación, se pueden ver compendidas en la Ley Sindical. Esta apunta a limitar el poder de los sindicatos -control de las Obras Sociales por el Estado, representación del 25 % para la minoría-. El gobierno aspira a destruir o marginar el poder sindical de la burocracia, pero va más allá aún: ataca a los sindicatos mismos, y por lo tanto a la clase trabajadora, para crear un sindicalismo adicto o incluso distintas líneas sindicales -más de un sindicato por actividad. La primera sería la más hipotética: la destrucción de cuadros sindicales por la represión y la ausencia de organicidad de la combatividad, dispersa ésta, hace que quienes puedan ganar las elecciones sindicales en lo inmediato sean una segunda línea de la burocracia, relativamente combativa pero no clasista.

Siendo que el proyecto de ley no ha de ser fácilmente aprobado, el alfonsinismo se está jugando a una negociación con sectores de la burocracia "limpios" para las masas (Ubaldi?) y con sectores políticos del peronismo, lo que implica un intento de división del peronismo y de la burocracia sindical, cuestionando así la posibilidad de reunificación del justicialismo. Esta presión conduce a éste a levantar el fantasma del comunismo, se encuentra entonces entre la espada y la pared: o se acerca al radicalismo o se derecha más.

c) El radicalismo podría encontrar el "techo" a este intento, en lo global, en la estructuración de un polo clasista que se desarrolle fuertemente, posibilidad a la que se jugara parte de la izquierda que lo votó. Esto, hoy es mera hipótesis y deseo, en un periodo que no es de gran alza obrera e, incluso, de retroceso político de la misma, en que el desplazamiento de la burocracia se da desde arriba, por el gobierno, y no desde abajo, por una movilización de masas. (16).

En este marco que acabamos de analizar, y a lo largo de las páginas restantes, vemos que el alfonsinismo ha logrado superar la crisis de la forma de dominación de una fracción de la burguesía sobre la sociedad argentina en su conjunto, que se desatara hacia 1980 por la convergencia del comienzo de agotamiento del modelo hegemónico alcanzado en 1976 y de, consecuentemente, el resurgimiento de choques entre los distintos sectores de la clase dominante; sobre este agrietamiento golpea entonces el combate por los desaparecidos y el incipiente movimiento de luchas económicas y aquél se resquebraja y por completo a partir de la aventura de Malvinas, cuyas hondas contradicciones precipitan la extinción del bloque histórico conformado en el '76. La estructuración de un bloque nuevo como el que es hoy representado por el gobierno, anticipándose al posible desborde popular -el eufemístico "estallido social" que, eventual e hipotético por la desorganización de las luchas en los diferentes planos, por la despolitización y desconfianza en las direcciones gremiales y políticas de las masas, pero de todos modos probable por el nivel misero de las condiciones de vida de la clase obrera y pauperizado de la pequñoburguesía-, supo recuperar para la sociedad política a una sociedad civil entonces dispersa y escéptica, que hoy abre un compás de espera bastante ilusionado en una democracia verdadera y efectiva. Aquellas anticipación y recuperación, que señalan que sigue siendo de la clase dirigente la iniciativa política, anuncian un futuro a corto y mediano plazo de amplio margen para el flamante gobierno, en el que la organización, la articulación de las diferentes luchas populares -económica, derechos humanos, cultural, etc.- que necesitará una reestructuración y unificación de la izquierda y su decidida participación de avanzada en ellas, irá marcando los límites a una forma de dominación asentada sobre una democracia formal.

Diciembre, 1983

(16) En los próximos números trataremos más específicamente el tema de las perspectivas de reestructuración de la izquierda.

Praxis

ESTUDIOS - DEBATES - DOCUMENTOS.

El conocimiento de nuestro mundo no puede separarse del proyecto de transformarlo.

ALGUNOS DE LOS NUMEROS TEMATICOS PROXIMOS A APARECER:

- número especial dedicado a Lasalle y Marx: Ferdinand Lassalle, por Franz Mehring, La cuestión obrera y otros textos inéditos de Lasalle, los textos de Marx y Engels sobre Lasalle, la correspondencia secreta de Lasalle con Bismarck y un apéndice sobre Marxistas y Lassalleanos en Argentina.
- número especial dedicado a Los modelos de interpretación de la formación económico-social Argentina. La interpretación liberal, la nacionalista y la marxista, en sus diversas vertientes.
- número especial dedicado a La crisis de la izquierda argentina. Balance crítico de un siglo de socialismo argentino, del Vorwärts a Política Obrera: anarquismo, comunismo, trotskismo, peronismo, guerrilla. Perspectivas: ¿sobre qué bases se constituirá la nueva izquierda revolucionaria en nuestro país?.

LEA EN EL PROXIMO NUMERO DE PRAXIS:

- Crítica del "socialismo solitario". A partir de "Los deseos imaginarios del peronismo", de Juan José Sebrelli, por Horacio Tarcus.
- Democracia socialista y dictadura del proletariado, de Ernest Mandel.
- Dialéctica y Revolución. Entrevista con Michel Lowy.
- Quietismo y conservadurismo en la clase obrera argentina, por Milcíades Peña.
- Además, la sección Lecturas críticas con la bibliografía marxista al día, incluye un trabajo sobre los textos de Poulantzas recién aparecidos en nuestro país.

ESTUDIOS-DEBATES-DOCUMENTOS. PRAXIS es una publicación trimestral independiente de toda organización política o institución académica. Pedimos el apoyo de cada uno de nuestros lectores: 1. Suscríbase por un año; 2. Obtenga un suscriptor; 3. Obsequie una suscripción a sus colegas o amigos.

Precio de la suscripción:

- ARGENTINA: suscripción anual (4 números) \$a 180
- EXTERIOR (vía aérea): suscripción anual (4 números) U\$A 15

Para suscribirse enviar este talón a nombre de:

Sr. 
Emilio Cafassi

CC 181 Sucursal 13 B
1413 Capital Federal
ARGENTINA

Adjunto a nombre de
Emilio Cafassi, por importe
de una suscripción anual, a partir del nro
inclusive. La revista debe ser remitida a

Dirección

EDITORIAL PLANETA
EDITORIAL ARIEL - SEIX BARRAL
EDITORIAL SUDAMERICANA - PLANETA

Presentan los libros
más solicitados del año



LIDERES

por Richard Nixon

Los principales estadistas del mundo
en una visión desde el poder.

BUSCADORES DE ESTRELLAS

por Colin Wilson

Cinco milenios de Historia de
la Astronomía

SOBREVIVIR - CALOR DE HOGAR

por Vitus Dröschner

La gran lección del Reino Animal,
en dos obras insustituibles.

COSMOS

por Carl Sagan

La evolución cósmica de quince mil
millones de años.

MALVINAS, LA TRAMA SECRETA

por Kirschbaum, Cardoso y Van der
Kooy

El libro más completo sobre el tema
Malvinas. EL MAYOR EXITO EDITORIAL
DE LOS ULTIMOS 10 AÑOS.

CARTA ESPERANZADA A UN GENERAL

por Marcos Aguinis

CARTA ESPERANZADA A UN GENERAL (Puente sobre el abismo) es un
texto impresionante, que lleva a cabo uno de los análisis más profundos y
descarnados de la mentalidad militar, conocidos hasta el presente.

AHORA, MI PROPUESTA POLITICA

por Raúl Alfonsín

Para conocer el pensamiento del
Presidente electo.

LA REPUBLICA PERDIDA

por Luis Gregorich

Crónica ilustrada de medio siglo de
desencuentros argentinos.

CUATRO PARA DELFINA

por José Donoso

La última obra de un escritor audaz
y profundo.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ

por Octavio Paz

Una obra deslumbrante y rebelde.

TEORIA DE LA ORGANIZACION

por James G. March y Herbert A.
Simon

Todos los secretos de la llamada
"Revolución de las organizaciones"

Distribuye:

EDITORIAL PLANETA ARGENTINA S.A.I.C.
Viamonte 1451 (1051) Buenos Aires